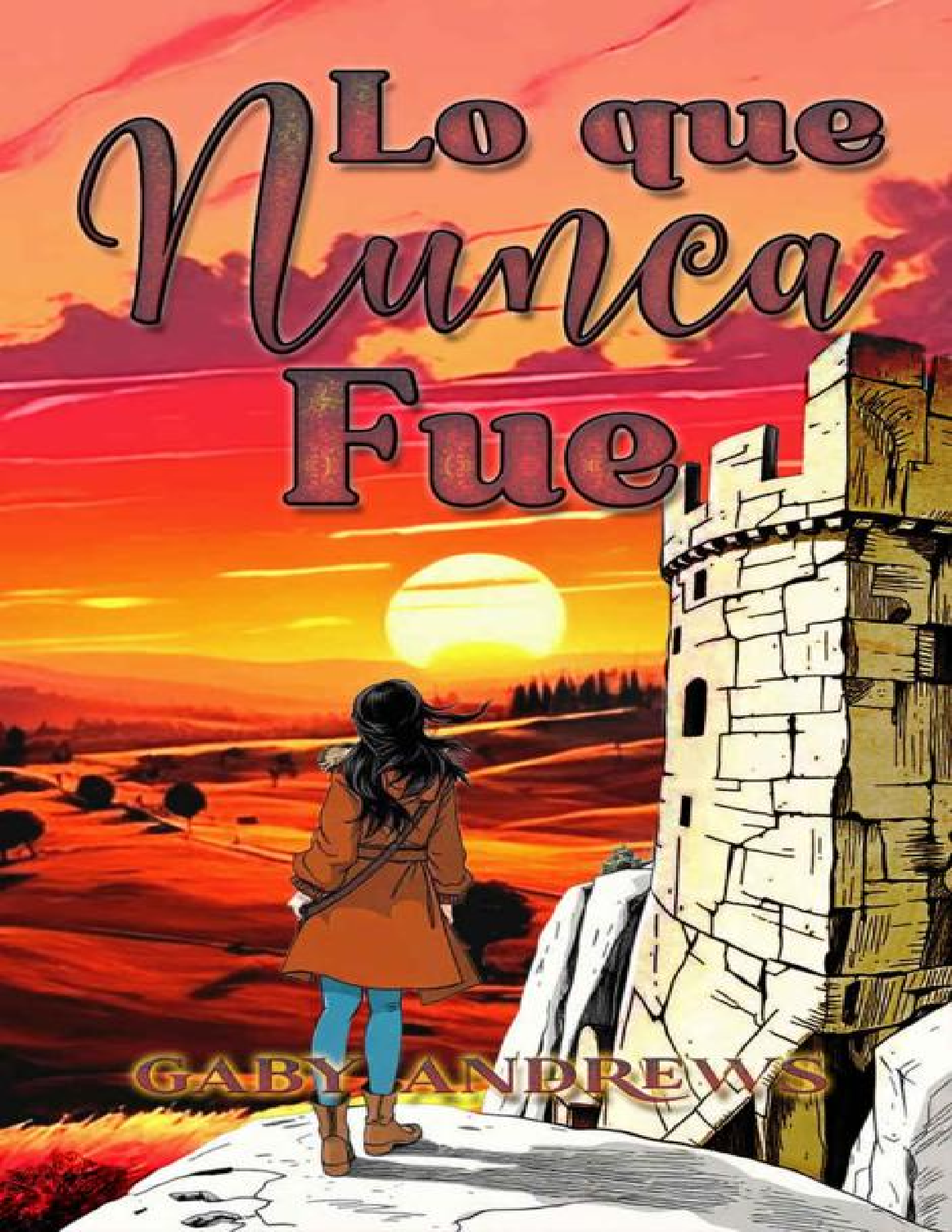
Lo que Nunca Fue



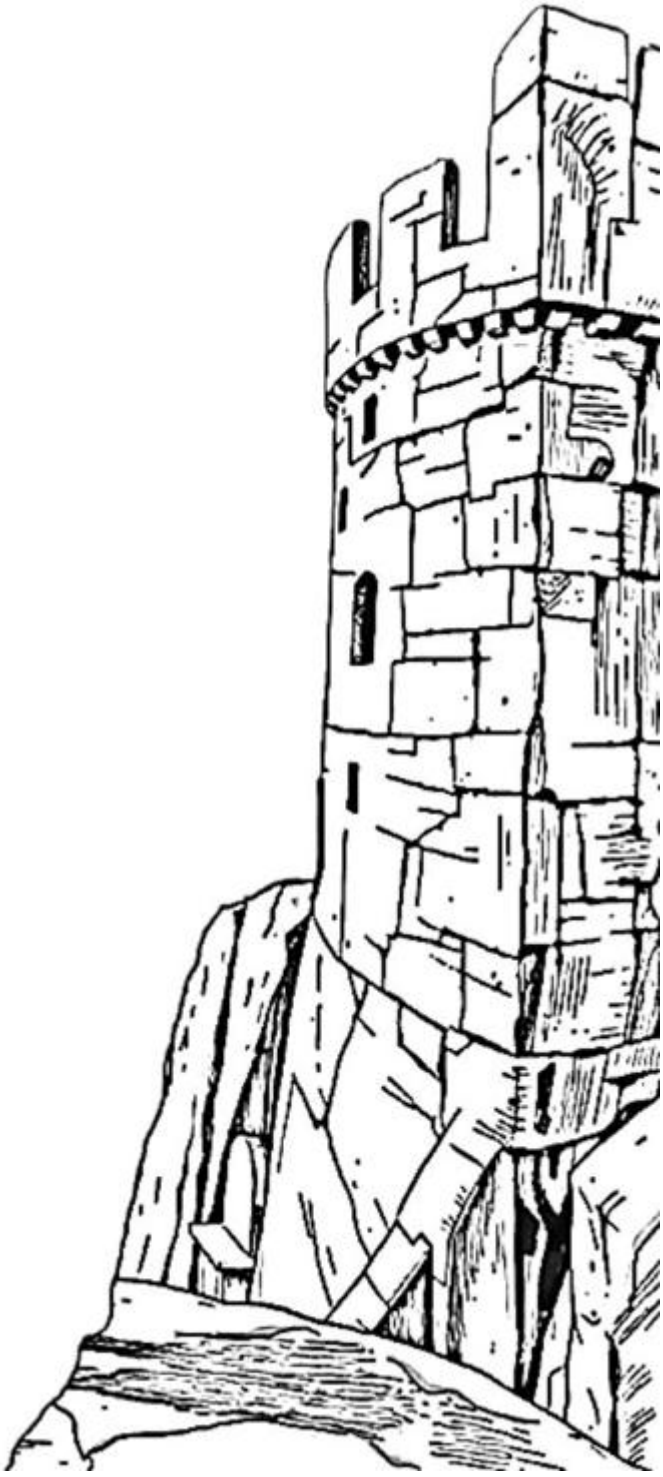
GABY ANDREWS

Contents

Lo que nunca fue
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
Epílogo
¿Te puedo pedir algo?
¿Te apetece leer algo más?

Lo que nunca fue



Gaby Andrews

©Texto: Majo López Andrés, bajo el seudónimo Gaby Andrews, 2025
©Imagen cubierta: Majo López Andrés, 2025
ISBN: 9798317211639
Deposito Legal:V-1673-2025
Año de edición: Abril 2025
mafiniajos@gmail.com
IG. :@majolopezand
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones es-tablecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamen-te prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. La infracción de los dere-chos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código pe-nal).
Los hechos, personajes y localizaciones de este libro son ficticios. El autor se ha tomado pequeñas licencias en algunas escenas.

Con esta novela hago un guiño al que va a ser mi pseudónimo en novela romántica contemporánea, dejando Majo López solo para mis novelas de románticas fantasía urbana

A ti, que sabes que tu dragón está contigo

1



Septiembre 2024

Acabo de instalarme en mi nueva casa. Observo todo lo que me rodea y sonrío. El gato se ha acomodado en el sillón y mi ropa ya está guardada en el armario. Subo al piso de arriba para darme un baño. Me estoy preparando cuando suena el móvil, lo descuelgo y me dispongo a entrar en la bañera.

—¿Diga?

—Esto… hola, Ari. Soy… soy Sonia.

Me quedo paralizada a medio camino de sentarme en el agua, miro la pantalla que está sobre una repisa y aprieto los dientes.

—¿Qué quieres?

—Pues…

Termino de sentarme en la bañera y seco mis manos para poder volver a coger el teléfono y ponérmelo en la oreja mientras se digna a decirme por qué me ha llamado.

—¿No piensas hablar? —pregunto impaciente.

—He intentado localizarte todo este tiempo. —No respondo a eso, muerdo mi labio inferior e inspiro esperando que continúe—. Rafa…

—¡Habla de una vez, quiero darme un baño tranquila! —Me pone nerviosa tanto rodeo y resoplo esperando que continúe.

—Rafa ha tenido un accidente.

Por un momento me quedo en silencio, no sé qué decir. El enfado de recibir esta llamada se ha esfumado con sus palabras.

—¿Cómo está?

—Muy mal, no creen que vaya a salir de esta.

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta y aprieto el teléfono con mucha fuerza entre mis dedos.

—¿Qué pasó?

—Un camión chocó de frente con su moto. Te he llamado porque he supuesto que querrías verlo antes de que…

Un gemido lastimero apaga su voz. Cierro los ojos tratando de no visualizar esa imagen que acaba de llegar a mi mente. Noto que me tiembla la mano y vuelvo a tragar saliva notando que el nudo es más fuerte.

—¿En qué hospital está?

—Ven esta tarde al hospital Reina Victoria. Yo también necesito verte. Te espero en la segunda planta a las siete. ¿Podrás?

—Allí estaré.

Cuelgo sin despedirme y dejo el móvil sobre la sillita donde tengo las toallas, me sumerjo en el agua por completo y aguanto la

respiración con los ojos cerrados, viendo pasar frente a mí la imagen clara de Rafa sonriéndome.

Durante una hora larga, en la que el agua sigue caliente, voy rememorando momentos que hemos pasado juntos. Mis recuerdos me llevan al día que le dije que estaba enamorada de él. Me rechazó. Tan amablemente y con tanta gentileza que no pude odiarlo, no pude sacarlo de mi vida.

Tan mala fue mi suerte, que empezamos a ser los mejores amigos del mundo y, durante mucho tiempo, yo seguía imaginando que un día me declararía su amor. Soñaba y fantaseaba con ese momento. Anhelaba justo ese instante en el que sus palabras me dijeran que no podía vivir sin mí.

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que eso no sucedería, terminé saliendo con otros, mientras él seguía sin pareja.

Mientras me visto, Michu viene a exigirme mimos. Cuando termino, lo agarro en brazos y bajo a comer algo. Mi mente no deja de llevarme al pasado.



Bajo del coche y, a lo lejos, veo como sube Rubén al ascensor. Me ajusto la ropa tirando de la blusa de botones negra que me he puesto. Miro mis botas que no tienen ni una mota de polvo, pero me agacho para hacer ver que quito algo de la punta. Me pongo en pie y cojo aire. Al mirar hacia donde estaba él me doy cuenta de que me está esperando.

Camino con una seguridad que no siento, acercándome con pasos largos y firmes hacia mi viejo amigo. Al llegar donde está, me ofrece paso con un gesto de la mano.

—Cuanto tiempo… —murmura, dándome la sensación de que lo dice con los dientes apretados.

—Demasiado.

—¿No piensas darme dos besos? —Las puertas se cierran tras él y su mirada azul se clava en la mía.

Me estiro con una sonrisa temerosa, al acercarme, él apoya su mano en mi cintura.

—¿Quién te ha avisado?

—Sonia. —Aparto la mirada y cruzo los brazos sobre el pecho.

Rubén viste totalmente de negro, con unos vaqueros y una camiseta sencilla. Su olor me ha puesto nerviosa.

—¿Y Nacho? Que sepas que pregunto por ser cordial y porque me parece raro verte sin él.

—Pues no seas cordial —suelto tajante y lo miro apretando la mandíbula.

Rubén asiente y salimos a una sala de espera, en unas sillas junto a las puertas nos está esperando Sonia.

—¿Has venido sola?

La pregunta me molesta. Tiro de mi blusa e inspiro.

—¿Dónde está? —pregunto por nuestro amigo.

Rubén ríe sin ganas y mete las manos en los bolsillos. Observo sus brazos fuertes y aparto la mirada para dirigirla a un pasillo que hay junto a nosotros.

—Sí, es por ahí. —Sonia se dirige hacia la entrada y la seguimos de cerca—. Luego hablaremos tú y yo, creo que al menos deberías escucharme.

Está claro que al final voy a tener que hacerlo.

Se detiene frente a la puerta de una habitación y mira el pomo. Antes de abrir se gira hacia mí y apoya una mano sobre mi antebrazo.

—Ari, está muy mal, hay máquinas por todas partes y él está un poco desfigurado. La cara…

—No te preocupes.

Me detengo al verla entrar, inspiro de nuevo y trato de calmarme. La mano de Rubén se apoya en la curva de mi espalda y presiona para que pase.

Al verlo me quedo bloqueada. Freno mis pasos y lo observo con miedo. Está rodeado de cables y goteros. Nada de lo que me hubieran dicho, me habría preparado para esto.

—¿Estás bien? —El susurro de Rubén junto a mi oído hace que me estremezca.

Una náusea sube por mi garganta y contengo las ansias de salir huyendo. Sonia se acerca a mí y agarra mi mano para acercarme un poco más a Rafa, su madre está junto a él sentada en una silla.

Intento respirar con normalidad, para controlar mis emociones. La visión de aquel lugar con mi amigo postrado en aquella cama me está matando. Suelto el aire por la boca y me doy la vuelta apretando los ojos con fuerza. Veo pasar a su madre por nuestro lado, le susurra algo a Sonia y se marcha.

Rubén rodea mis hombros y me aprieta contra su costado.

—Puedes irte si quieres —me susurra.

Niego y vuelvo a mirar a Rafa. Recuerdo sus ojos marrones. Esos que no puedo ver ahora porque están cerrados, sus labios finos, que están deformados e hinchados.

—¿Po… podéis dejarme sola con él un momento? Por favor… —suplico nerviosa.

Escucho pasos tras de mí y cómo se cierra la puerta. Ahora solo el pitido de las máquinas y el respirador es lo único que se escucha. Me acerco notando como mis rodillas tiemblan y apoyo una mano sobre la suya.

—Tanto tiempo sin vernos y ahora esto… Te he amado tanto, aún creo que lo hago.

Cierro los ojos conteniendo las lágrimas, por su aspecto y lo que me han dicho no le queda mucho tiempo de vida.

—¿Crees en la reencarnación? Pienso que, en otra vida, podremos tener nuestra oportunidad. Voy a necesitarla, no me valdrá que seamos buenos amigos.

Cierro los ojos inclinándome para darle un beso en la frente, el único lugar donde no hay gomas ni aparatos. Limpio mi beso con el pulgar y aprieto su mano entre mis dedos.

—Te querré siempre, nunca dejaré de hacerlo.

Lleno mis pulmones de aire y salgo de la habitación apretando los puños a los lados de mi cuerpo.

—Tengo que irme.

—Ari, ¡tenemos que hablar! —exige Sonia.

No sé si voy a poder soportar un minuto más en este lugar, miro el pasillo y mis rodillas se aflojan temblorosas.

—Quiero salir de aquí.

Rubén vuelve a apoyar su mano en mi espalda y hace que me mueva hacia los ascensores. Los tres caminamos despacio, no puedo borrar la imagen de esa cama de mi mente. «Rafa, adiós».

Llegamos a la planta baja y nos dirigimos a la cafetería. Sigo temblando, no sé cuándo dejaré de hacerlo.

Elegimos una mesa junto a las ventanas, Rubén ha apartado una de las sillas donde da un poco el sol y con la mano me indica que me siente ahí, creo que piensa que tengo frío, pero es miedo, rabia, pena.

—Quiero aprovechar que no has venido con Nacho, para hablar contigo. —Empieza a decir Sonia. Solo asiento, ya no estoy con Nacho, pero a ellos no les importa—. Nos ordenó que saliéramos de tu vida.

El impacto de esas palabras me deja bloqueada. La miro atónita, por un momento incluso olvido que estoy en aquel lugar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estábamos cenando, la última a la que vinisteis. —Empieza a contar Rubén—. Cuando salimos a fumar, Rafa, Oliver, Tico y yo, él apareció con sus aires de superioridad y nos explicó muy amablemente que no debíamos seguir viéndote, que tú te sentías incómoda. Que esa cena iba a ser la última a la que acudiríais, y que no nos molestásemos en volver a quedar contigo, porque ya haría él lo que fuera para impedirlo. También nos amenazó para que no te dijéramos nada.

«¿Por qué no me extraña lo que estoy escuchando?», trato de ordenar en mi mente todo lo que me acaban de contar para darle un sentido a las cosas que en su momento no entendía.

—Yo te llamé un día, después de aquella cena, para quedar y tomar algo.

Presto toda mi atención a Sonia ahora.

—No me llamaste después de aquella cena.

—Sí, contestó Nacho. Cada vez que te llamaba lo cogía él, me ponía excusas para no pasarte el teléfono.

Me acomodo en la silla inspirando con fuerza. Cierro los ojos y me los froto con las manos mientras trato de asumir todo lo que me están contando. Sí, es muy posible que hiciera algo como eso.

Noto como las lágrimas se agolpan tras mis párpados y busco el servilletero sin éxito. Rubén mete la mano en su bolsillo y saca un paquete de pañuelos tendiéndome uno.

—No sabías nada, ¿verdad? —pregunta Sonia.

Niego, no tengo fuerzas para nada más ahora mismo. Aprieto los puños con el pañuelo entre mis dedos. Me levanto para marcharme y Rubén me detiene sujetando mi brazo.

—No deberías conducir ahora. Quédate con tus amigos hasta que estés más tranquila.

Sus palabras llegan a mi corazón. Pensé que ellos me habían dado de lado cuando me casé. Esa cena de la que hablan fue justo una semana después de volver de nuestro crucero por el Mediterráneo.

—No puedo creerlo…

—No hemos podido hablar contigo desde entonces y créeme, lo hemos intentado. —Sonia se levanta después de decirme esto y se acerca a la barra para pedir algo.

—Dile que necesito tomar algo caliente, por favor. —pido a Rubén que no se lo piensa y la sigue para decírselo.

Al volver a la mesa dejan una taza de tila frente a mí. Se vuelven a sentar y el silencio que se instala entre nosotros hace que la situación se vuelva tensa.

—Me he ido de casa, he pedido el divorcio. Mi marcha no ha sido agradable ni amistosa.

Rubén se reclina en la silla y bebe de su taza, su cuerpo es grande en comparación a la sillita, debe medir metro noventa y parece que se cuida bien, ya que tiene un cuerpo bien definido por el ejercicio, al menos lo que la ropa deja ver.

—Me alegro, ¿qué quieres que te diga? Te manipulaba incluso sin que tú te dieras cuenta. Fuimos a tu casa y no nos dejó entrar, diciéndonos que no estabas y no querías vernos —dice Rubén, soltando la taza y cruzando los brazos sobre el pecho.

—No sabía nada de todo esto.

Recuerdo que perdí el móvil por esas fechas y que él se encargó de comprarme otro. Justo nos mudamos. Se me hizo raro que nadie quisiera despedirse de mí, ni hablar conmigo hasta hoy, me enfadé.

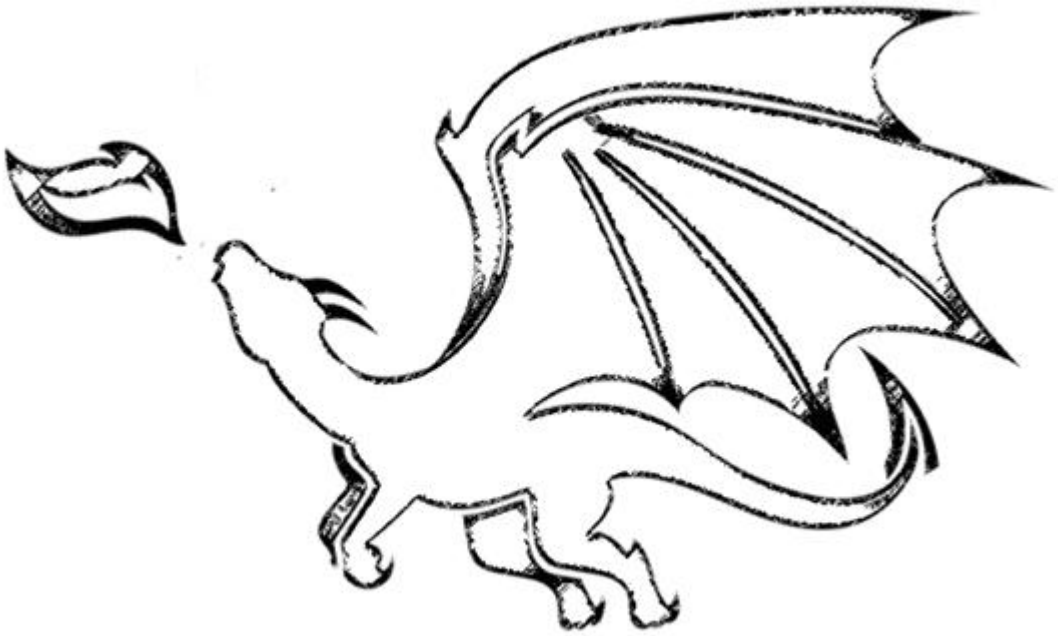
—Estaba furiosa con vosotros.

—Hoy he rezado para que cogieras el teléfono. Hablé con tu madre y me dijo que te habías vuelto a mudar y que no te encontrabas muy bien, pero no me contó que te habías separado.

—Le pedí que no se lo contase a nadie. —Hago una pausa y trato de cambiar de tema—. No se va a recuperar, ¿verdad?

—Los médicos nos han sugerido que nos despidamos, que de un momento a otro se irá. No nos han dado ninguna esperanza.

2



Estoy frente al ordenador mirando las teclas, necesito ponerme a escribir ya, hace demasiado tiempo que no lo hago y mis lectoras empiezan a impacientarse. Michu se sube a la mesa y pone su enorme culo sobre el teclado, veo como las letras *jgfklhmn* se repiten una y otra vez sobre la pantalla blanca.

—Podrías escribir por mí la novela. ¿Qué te parece?

Su maullido me hace sonreír y rasco su cuello haciendo que incline la cabeza buscando mi mano, me levanto a por un café, necesito tomar algo caliente. Mientras voy a la cocina, Michu rodea mis pasos buscando restregarse con mis piernas.

—¿Si me caigo vas a poder levantarme tú?

Escucho la canción de *Winter falls* que me indica que me están llamando, voy a la mesa para descolgar. La voz de Sonia al otro lado me provoca un estremecimiento, solo puede llamar para dos cosas.

—¿Ari? Rafa ya…

Gime y se atraganta con sus propias palabras, ajusto el teléfono entre mis manos y ahogo un lamento deseando que ella no me haya escuchado. No habíamos vuelto a hablar desde el día del hospital. Esta llamada es la peor de todas.

—Dime que tengo que hacer… quiero estar ahí.

—Rubén me ha dicho que puede pasar a por ti, si quieres.

—Sí, por favor.

—Le he dado tu número, él te llamará.

Cuelga, escucho como llora al hacerlo. Yo no puedo evitarlo, agarro a Michu entre mis brazos y lloro desplomándome en el sofá que tengo al lado. No sé el tiempo que estoy lamentándome por todo lo sucedido, por todo lo perdido. Me dan unas ganas terribles de llamar a Nacho y gritarle hasta quedarme afónica, para ver si entiende de esa forma todo el daño que me ha hecho, pero para él yo soy la culpable de todo lo malo que me pasa. Soy su pérdida de tiempo, su desgaste emocional.

Rafa me rechazó tantas veces de tantas formas amables y bonitas que, en vez de alejarme de él, solo me enamoraba más. Casarme fue la salida fácil a aquel círculo vicioso en el que yo misma había entrado.

Rubén no tarda en llamarme y me dice a la hora que va a pasar a por mí. Cuando cuelgo subo para darme una ducha. Las imágenes de nuestra amistad van rondando mis recuerdos. Voy reviviendo sus sonrisas, sus guiños, la forma en que veía la vida. Era del tipo de persona que te atrapaba con su carisma; que con sus razonamientos y ética te hacían ver todo de otra forma.

Me visto acorde con lo que voy a vivir, ropa oscura y elegante, un pantalón negro de pinzas y una americana del mismo color sobre una camisa de seda color turquesa. Mientras ajusto los últimos retoques de mi maquillaje suena el timbre. Salgo con el delineador aún en la mano para abrir la puerta.

Rubén entra mirando todo con curiosidad. Ha elegido un pantalón negro y una camisa en un tono gris oscuro, lleva la chaqueta colgada del brazo.

—Vas a pasar calor —dice mostrándome que él la lleva en la mano.

Me la quito y la dejo sobre el sofá dando un suave beso en la cabeza de Michu antes de coger el bolso.

—¿Nos vamos?

—¿Tienes un gato? —Lo mira sorprendido—. Además, es negro.

—Sí, el motivo de mi separación.

—¡Bienvenido a la familia, peludo!

Su coche está aparcado en la puerta junto al mío, nos subimos y salimos hacia La Cruz.

Al llegar al tanatorio entramos en busca de Sonia. Tico y Oliver están con ella. Estela también se acerca al vernos llegar y todos me saludan esquivando mi mirada.

—¿Vienes sola? —pregunta Tico.

—No es el momento, Tico. —Rubén se interpone un poco y sonríe.

Mis viejos amigos reunidos para lo que menos nos esperábamos.

Mientras estamos en el tanatorio todo va bien, nadie habla mucho conmigo, intento no pensar. Me siento fuera de lugar, saber que la persona que más he amado en mi vida está en la habitación de al lado esperando para que lo llevemos a su descanso eterno, me revuelve el estómago. Salgo fuera un momento para tomar el aire.

—Sabía que estarías aquí.

Mi cuerpo se tensa, sé quién está a mi espalda. Tengo claro que voy a tener que girarme y enfrentarlo. ¿Qué hace él aquí?

Me doy la vuelta y tropiezo con los ojos grises de Nacho. Está más delgado, y parece que hace días que no se afeita.

—La pregunta es, ¿qué haces tú aquí?

—¡Tu amigo es noticia! Ha salido en el periódico. Sabía que no te perderías su funeral.

Una mano grande y fuerte se apoya en mi hombro, inspiro. Sin verlo sé que es Rubén. Trato de tragar saliva y noto la tensión por la situación que está creando Nacho.

—¿Por qué has venido?

—Creo que la respuesta es más que evidente. Si te escondes de mí, tengo que encontrar el lugar para poder verte.

—Vete y déjame tranquila. —Aprieto los dientes con fuerza tratando de calmar mi ansiedad por tenerlo delante.

—¿Ya te están llenando la cabeza de basura? —pregunta señalando a Rubén con la barbilla.

El agarre de mi amigo se ajusta un poco más fuerte al escuchar a Nacho. Apoyo mi mano sobre la suya y doy un par de palmaditas.

—Nacho, vete. No es ni el lugar ni el momento para montar un espectáculo.

—Eres tú la que provoca estas cosas, llevo llamándote dos meses, he hablado con tus padres, incluso te he buscado en redes sociales, ¡pero nada!

—Quiero que me dejes en paz.

—Lárgate. —Esa simple palabra me hace mirar a Rubén. Su gesto tenso y su postura me dice que ya no va a mantenerse al margen.

—Tú quién eres para decirme lo que debo o no hacer —recalca Nacho subiendo el tono de voz.

El hermano de Rafa sale justo en ese momento. Se interpone entre nosotros y mirando a Nacho le pide amablemente que se marche. Sonia está con él. Así que supongo que ha sido ella quien le ha pedido que saliera a echarlo.

—Nacho, esto es un funeral, no queremos escándalos. Respeta que nosotros, la familia, estamos afectados, y no queremos estar pendientes de estas movidas. —Fran se gira hacia mí y me agarra rodeando mis hombros y llevándome con él al interior del tanatorio.

La tensión de mis músculos y el miedo en mi interior es palpable. No camino con firmeza y creo que los demás lo notan. Fran sujeta mi mano sentándose a mi lado y en ese momento me doy cuenta de lo mucho que necesitaba ese gesto.

—Rafa me contó que te habías separado.

—¿Lo sabía? —Fran asiente.

Rubén se queda de pie frente a nosotros, levanto la mirada y noto que está tenso con los puños apretados. Por un momento solo escuchamos los murmullos de la gente que sigue viniendo a dar el pésame.

—Nunca dejó de estar pendiente de ti, eras su mejor amiga. Tenía muchas ganas de que te pusieras en contacto de nuevo con todos. Estaba dándote tiempo para que te dieras cuenta de lo que sucedió.

—Diez años. Ese imbécil me ha hecho perder diez años, con sus mentiras y tramando cosas para evitar que yo siguiera con mi vida. No os podéis ni imaginar todo el daño que me ha causado. Es que he llegado a ser muy ignorante y me está doliendo darme cuenta de muchas cosas.

—Seguimos siendo tus amigos —afirma Rubén, haciéndome ver con sus palabras que le da igual lo que haya pasado en todo este tiempo. Que siguen ahí para mí.

—Estoy recibiendo tantos golpes, que no sé cómo reaccionar.

—Nosotros estaremos aquí —dice Fran apretujándome contra su costado.

—Siento mucho lo de Rafa.

Nuestras miradas se cruzan, él me rodea en un fuerte abrazo y un estremecimiento de pena recorre mi cuerpo. No me dice nada más, se levanta y se marcha para estar con su familia. Rubén ocupa su lugar y yo me reclino en el sillón donde estoy, tratando de acomodarme.

—Si todo esto no termina pronto voy a entrar en un trance del que no sé si podré salir —susurro tratando de exorcizar mi cansancio emocional.

—Tú eres fuerte —responde mi amigo agarrando mi mano para darme un suave apretón y soltarme enseguida.

Aprieto el puño sintiendo aún la sensación de su agarre. Froto mis manos una contra la otra y al levantar la vista el resto están de pie frente a nosotros.

El paseo hasta la iglesia y luego el cementerio no lo he llevado bien. Por momentos pensaba que me echaría a llorar, pero al final he contenido las ganas. Al terminar, todos se marchan y el grupo se queda en la puerta del cementerio, en silencio, mirando hacia el interior.

Los padres de Rafa se cruzan con nosotros y nos abrazan despidiéndose y agradeciéndonos que hayamos estado a su lado

hasta el final. Su madre me mira con ternura y me da dos besos volviendo a estrecharme con fuerza.

—Cuando puedas ven a casa, tengo que darte algo.

Aprieto los dientes y asiento. En su familia nos conocían a todos, somos el típico grupo de amigos del pueblo que sus padres se conocen entre sí, sus hermanos terminan uniéndose a nuestras quedadas y al final en vez de ser solo seis, acabábamos siendo veinte. Observamos cómo se marchan y nos quedamos de nuevo callados.

—¿Nos vamos? —propone Rubén sacándome de mis pensamientos.

—Vale.

—Tu gato te estará echando de menos. —Dibuja una sonrisa pícara que atrapa mi mirada y la aparto rápidamente dirigiéndola hacia otro lado.

—¿Tienes gato? —pregunta Estela—. ¡Yo tengo dos!

No quiero irme, no quiero que se vayan, necesito seguir hablando con ellos y reencontrándome a mí misma.

—¿Por qué no os venís a conocer a Michu? Tengo cerveza en la nevera.

No hace falta decir más, Oliver pregunta por el coche de Rubén, se apunta a venir con nosotros.

—Yo llevaré al resto —ofrece Estela.

Emprendemos el paseo hasta el tanatorio donde hemos aparcado. Estela va contándome cosas sobre sus gatos y descubro que ella y Tico están juntos, lo que me parece maravilloso. Vamos charlando y los ánimos van en alza hasta que llegamos a los coches y recordamos exactamente porqué están aparcados en ese lugar.

Miro al tanatorio. Al darme la vuelta para observar a mis viejos amigos tropiezo con una imagen desoladora. Sonia está llorando en silencio, Oliver también. Todos miran hacia el edificio con pesar.

—Yo casi mejor me voy a casa —murmura Estela. Tico entrelaza sus dedos con los de ella y sonrío con ternura al verlos.

—Sí, otro día quedamos —sugiere Oliver.

3



Rubén me acompañó a casa y luego se marchó. Llevo dos días encerrada con mis propios demonios buscando la forma de seguir escribiendo.

Decido al fin dar un paseo por el pueblo donde me he instalado hace algo más de un mes. Después de mi separación repentina y a

la desesperada, mis padres me ayudaron a encontrar esta casa, que nadie conoce y me encanta.

Recorro las calles con pasos lentos, encuentro vecinos que me saludan sonriendo, uno de ellos se detiene a preguntarme cuando me he mudado, todos me conocen y saben dónde vivo, pero nadie me había visto aún.

Este pueblo va a ser como mi familia y estoy encantada. Contando conmigo somos ciento siete habitantes y alguna cabra. Sonrío al recordar al alcalde en funciones cuando me dijo aquello.

—¡Buenos días! —Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Me doy la vuelta para comprobar que tengo a mis espaldas a Ramón, el señor alcalde, un hombre de unos sesenta años, su barriga redonda sobresale exageradamente haciendo que sus pantalones queden caídos.

—¿Qué tal el día?

—Les he contado a algunos vecinos que eres nueva por aquí y que te traten muy bien, así te quedarás más tiempo.

—La idea es no irme.

Se frota la calva y ríe entre dientes.

—También les he dicho que no la deben molestar. Por su trabajo, pero no les he dicho en que trabaja.

—Muchas gracias por no contarlo. Podría suponer un problema para mí.

Mi teléfono suena interrumpiendo la conversación. Miro por encima de las casas, ya que estamos en el mirador que hay llegando a la parte alta del pueblo. Descuelgo al ver que es Rubén y me responde con un: «Estoy aquí».

—¿Aquí dónde es? Porque mi aquí seguro que es mucho más alto que el tuyo.

El alcalde sonríe al escucharme y se despide con la mano siguiendo su camino. Miro la plaza donde estoy y me siento en el banco de piedra que hace las veces de baranda para que la gente disfrute de las vistas.

—Pues en la entrada del pueblo. Acabo de llegar, ¿era necesario que te vinieras a vivir al pueblo fantasma?

—Estoy arriba, en la plaza Las Vistas. —No espero respuesta y cuelgo sonriendo.

Me siento y observo los cuatro árboles, rodeados de adoquines, que adornan las esquinas del parque, en el centro hay una enorme fuente redonda.

Es un lugar bonito y tranquilo. De pronto el título de mi próxima novela aparece frente a mí como un espejismo: *Segundas oportunidades y otros finales*. El protagonista sería Rafa, aunque le cambiaría el nombre, y la protagonista, está claro que voy a ser yo. De pronto una duda asalta mi mente: Sonia parecía muy afectada con su muerte, ¿estarían juntos?

—Siempre me han gustado las vistas desde este lugar —dice Rubén mientras me da dos besos para saludarme.

—A mí siempre me gustó este pueblo, pero aquí no estaban mis amigos.

—Odiabas venir con tus padres.

Los dos estallamos en carcajadas al recordar cuando ellos me arrastraban para pasar el fin de semana.

—¡Y mírame!

—¿Por qué no te instalaste en su casa?

—Aún la usan.

—¿Estás buscando trabajo? —dice acomodándose para poder ver el paisaje a nuestras espaldas.

—¿Me estás ofreciendo uno?

—No, pero separada y con casa nueva, igual necesitas algo.

—Teletrabajo.

Nadie sabe quién soy, ya que escribo bajo seudónimo y jamás he dado la cara ante mis lectores, por motivos que ahora mismo ya no existen, o tal vez sí, hasta que firme el divorcio.

—Entonces te las estás apañando bien.

—De momento sí. Gracias.

Mis ojos se quedan enredados en los suyos, con un brillo intenso sobre ese azul que hace que me pierda en ellos. Dibuja una sonrisa que me pone un poco nerviosa y aparto la mirada disimulando para observar el paisaje.

—¿Qué pasó con Nacho?

Me giro para encararlo. Pienso por un par de segundos si es conveniente que cuente algo de lo sucedido. Al final me encojo de hombros para quitarle importancia.

—Si te digo que se acabó el amor, ¿me creerías?

Resopla negando con la cabeza sin borrar la sonrisa.

—Entonces no quieres hablar del tema. Me parece bien.

Nos quedamos en silencio. No me resulta incómodo, al contrario, disfrutamos del paisaje y nos hacemos compañía, me gusta la sensación. Me extraña que, con el tiempo que ha pasado que no nos vemos, me sienta así de cómoda a su lado.

—¿Crees que puedes invitarme a una de esas cervezas de las que hablaste el otro día?

—¡Claro! —Me levanto y sacudo los pantalones—. Vamos.

Paseamos por una callejuela por la que solo pueden pasar un par de peatones o una bicicleta, Bajamos por una empinada calle algo más ancha y llegamos a las afueras, donde está mi casa.

—Cinco minutos te separan del centro del pueblo —bromea Rubén.

—¡Menos es nada!

Reímos mientras entramos. Observa todo con curiosidad repasando mis muebles modernos, la estancia es amplia y abierta.

—No vives mal. —Suelta un silbido.

—Se hace lo que se puede.

—¿La has reformado tú?

Niego y señalo las puertas del jardín. Paso junto a la nevera y saco un par de cervezas.

—Unos ingleses se instalaron aquí. Compraron dos casas y con ellas hicieron esto.

—Me gusta.

Se sienta en uno de los sillones que hay bajo la marquesina mirando hacia el jardín.

—Te hemos echado de menos —continúa hablando y da un buen trago a su botellín.

—Él me dijo que pasabais de mí, cuando intentaba ponerme en contacto con vosotros siempre tenía palabras que me hacían tener miedo de vuestra respuesta.

Agacho la cabeza sabiendo que he sido una mujer manipulada durante algo más de diez años.

Sus dedos atrapan un mechón de mi pelo apartándolo de mi mejilla. Su mirada está clavada en la mía. Creo que he olvidado respirar e inspiro apartándome de su contacto y reclinándome contra el respaldo del sillón. Deshaciendo así el embrujo en el que me había atrapado su gesto.

Rubén observa la pequeña piscina rodeada por vegetación y muros para tapar las vistas a los vecinos.

—Rafa sabía todo: donde os mudasteis, qué pasó con tu móvil cuando lo perdiste. Lo que no nos contó fue que te habías separado.

—¿Cómo se enteró?

—Ni idea. —Tiene la mirada perdida en algún punto, pero sé que su mente está rebuscando en otro momento de su vida.

—¿Él y Sonia…?

—No, él no ha estado con nadie, al menos nada serio. Que yo sepa —contesta interrumpiendo mi pregunta.

Bebemos mientras los pájaros cantan en el jardín, es el único sonido que ahora mismo interrumpe nuestro silencio.

Mi móvil suena de pronto y lo saco del bolsillo. Leo el nombre de Alex en mi pantalla provocándome un vuelco en el estómago.

—¿Me disculpas?

Entro en la casa y me alejo lo suficiente de Rubén para responder.

—No tengo nada —suelto antes de que me diga lo que quiere de mí.

—¡No! ¡Me vas a matar! ¿Lo sabes?

—¡No grites! Ya he descubierto lo que voy a escribir —susurro para que no me oiga el rubiales.

—¡Pues ponte! Ari, te doy un mes, si no me entregas algo tendremos que buscar a otra.

—Sabes que me da igual, ¿verdad? Gano más dinero por libre que con vosotros.

—Si voy a tu casa te pongo a escribir a base de latigazos. —Río al notar su tono de voz tenso tratando de bromear.

—Tráete las esposas, ya sabes que me ponen ese tipo de cosas.

Cuelga el teléfono y rio, ese hombre está loco. Al volver al jardín Rubén tiene una ceja levantada.

—¿Tu novio?

—No, mi jefe.

Me siento y bebo de mi cerveza. En ese momento mira su móvil y sonríe ampliamente.

—Me voy, me reclama Aitana.

Se levanta dejando el botellín en la mesa del jardín y a mí clavada en el sillón. No es que quisiera algo con él, pero me había parecido que tenía cierto interés.

Soy tonta, el matrimonio me ha sacado de circulación demasiado tiempo y ahora veo pajaritos donde no los hay.

—¿Tienes pareja? —Me levanto dibujando una sonrisa falsa que no sé si dará el pego.

Vamos por mi cocina en dirección a la puerta de la entrada. No me responde. Al llegar me da un beso en la mejilla apoyando su mano en mi cintura y susurra demasiado cerca de mi oído.

—Una hija. ¡Ten un buen día!

Veo cómo se aleja con pasos elegantes y una mano en el bolsillo. Mi cuerpo ha reaccionado a su susurro. Su aliento en mi oreja y la cercanía me han provocado un estremecimiento que ha recorrido todo mi cuerpo.

—¡Menudo culo tiene! Como se nota que hace ejercicio —susurro frunciendo el ceño.

Yo también debería hacer ejercicio, ir al gimnasio no me iría mal. De repente recuerdo que vivo en un pueblo fantasma con cien habitantes y en peligro de extinción.

«¡Podría montar un gimnasio aquí!», pienso estallando inmediatamente en carcajadas, imaginando a los señores del pueblo haciendo ejercicios de fuerza. Aunque no descartaría que más de uno se apuntase.

Entro en casa y abro mi ordenador. Me pongo cómoda, pijama, turbante para mi pelo largo y negro, lo ato en un moño enredado en la nuca y pantuflas de ir por casa.

Estiro los brazos hacia arriba, luego a los lados y tomo asiento en mi escritorio mientras la pantalla brilla con el programa que uso para

mis borradores.

Escribo el título para que no se me olvide, y luego me dispongo a explicar la vida de una muchacha de quince años más perdida en el asunto de madurar de lo que ahora puedo recordar. Esa edad en la que te preguntan qué quieres ser de mayor y solo se te ocurre contestar que tener un novio y un trabajo molón. Así era yo, solo pensaba en el momento presente, pero sin perder de vista que debía casarme algún día. Esos pensamientos me hicieron repetir un curso.

Mis dedos fluyen tecleando hasta que tropiezo justo con el día en que conocí a Rafa y Rubén, los llamábamos los inseparables. Me quedo en pausa, con los dedos suspendidos sobre el teclado recordando.

Septiembre 2005

Sonia está esperándome en la plaza, hemos quedado para ir a la orquesta que han puesto enfrente del ayuntamiento. Me he pintado los labios bien rojos y me he puesto una falda corta y un top de tirantes, menos mal que mi padre no me ha visto salir, porque me hubiera hecho quitarme el maquillaje seguro, bueno, y la falda también. Defectos de ser hija única.

Cuando llego veo que Estela está con ella, al final la han dejado venir. Gritamos y saltamos felices por haber podido salirnos con la nuestra, ya que nuestros padres no querían que saliéramos juntas hasta tan tarde.

Nos disponemos a llegar hasta el ayuntamiento, vamos riendo y canturreando las canciones que escuchamos desde la algarabía que hay montada. Justo en ese momento está sonando nuestra canción y corremos hacia el escenario tan felices que no miramos ni por dónde vamos. Estela salta encontrando un hueco y se pone a bailar como una poseída, nosotras no tardamos en unirnos a ella.

—¿Estáis locas? —gruñe un chico larguirucho y delgado, que está a mi derecha.

—¡Estamos felices! —respondo sacándole la lengua.

Resopla enfadado y me tira de la coleta alta que me he hecho con tanto ahínco. Puedo pasar más de tres horas recogiéndome el pelo, para que ahora venga un impresentable y me lo estropee, además de hacerme daño.

—¿Eres idiota? —digo a la vez que empujo su hombro con el puño dándole con fuerza.

—¿Buscas pelea, enana?

—¡Haya paz! —dice su amigo metiéndose en medio y agarrándome por los hombros con fuerza para frenar mi siguiente ataque.

El tío está buenísimo, rubio, ojos azules, alto, me saca una cabeza al menos, y tiene un pedazo de cuerpo que se me ha olvidado cómo respirar. Su mirada me come de pies a cabeza y me sonrojo desentendiéndome de su agarre algo ofuscada.

Busco a mis amigas con la mirada. Sonia está babeando por lo buenorro que está el rubio. Los vuelvo a mirar y pongo los brazos en jarras recordando que me han estirado del pelo.

—Tu amigo es un…

Pone uno de sus dedos en mis labios para detener mi insulto y noto como mis mejillas se encienden por qué me está tocando. ¿Qué hace?

Estela me agarra por la cintura tirando de mí para apartarme del rubiales. Agarra mi mano y me lleva lejos de esos dos. Despotrico mientras me arrastra a otro hueco que ha encontrado y seguimos bailando. Dejando a esos dos como anécdota de la noche. Sonia les echa el ojo varias veces, pero al final decide que es mejor bailar con sus amigas.

Al terminar el baile, entre risas y paseando hacia nuestras casas, nos encontramos en el parque a la pareja con los que he discutido en la orquesta. Sonia le guiña el ojo al rubio y él nos sonríe. El moreno rebuzna casi como un burro y me enerva solo con escucharlo.

—¡Eres un idiota!

—¿Qué te pasa? ¿Crees que todo lo que sucede a tu alrededor tiene que ver contigo? ¡Eres una niñata!

Y como un toro de miura le doy un buen empujón, que hace que se siente de golpe en el banco. El rubio me agarra antes de que vaya a más la cosa y ríe entre dientes, mientras me sujeta por la cintura y yo trato de atizarle de nuevo al moreno, retorciéndome para que me suelte.

—¿Por qué no te relajas y tratamos de hacer las paces?

—¡Ha empezado él!

—Típico de niñata consentida, echar la culpa a otro. —Está sentado con pose chulesca y me mira con desprecio.

—¡Si me suelta, te pongo morado a hostias!

El rubio ríe a carcajadas y el moreno le sigue con estruendo. De pronto me suelta y se lleva la mano al estómago doblándose de la risa sin poder detenerse. Yo los miro atónita.

—¿Os parece divertido?

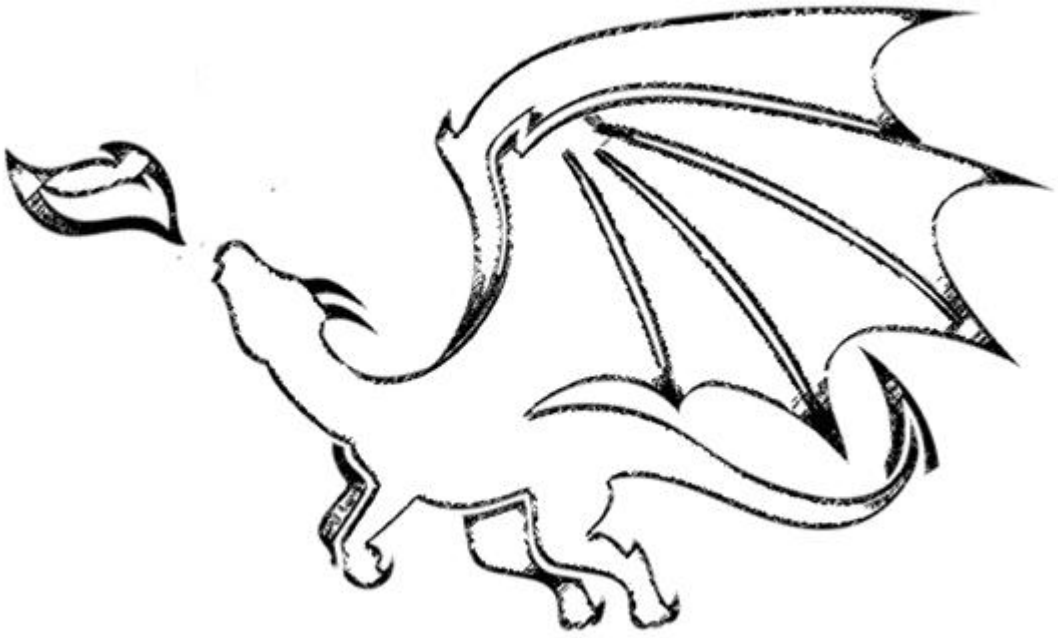
—Firmemos la paz, morena —sugiere el del banco, levantándose con la mano tendida—. No quiero terminar morado.

Cuando cojo su mano, aún algo confundida, tira de mí atrayéndome hacia él y me da dos besos.

—Me llamo Rafa y él es Rubén —dice saludando al resto de mis amigas.

Nos presentamos y decidimos sentarnos con ellos un rato antes de volver a casa. Esquivo la mirada de Rafa, me cae mal, es idiota y siempre lo seguirá siendo. Pero a Rubén no puedo dejar de mirarlo, está potente, demasiado buenorro.

4



Septiembre 2024

Miro la pantalla del ordenador, el cursor parpadea en las últimas palabras. No me cayó bien. Mi primera impresión fue darle un buen guantazo. De buena gana lo hubiera hecho si el buenorro no me lo hubiera impedido. Recuerdo que iba a cambiar nombres en mi historia, esta versión de mi vida tendría un final feliz. Así que me pongo a buscar como llamar a cada uno y modificarlos.

Le mando lo que tengo a Alex, sé que le va a encantar que haya escrito tres capítulos al fin. Ahora lo importante es terminarla.

Viene a mi memoria la madre de Rafa en el funeral, su abrazo y sus palabras.

Miro el reloj que he puesto frente al escritorio para no perderme entre las líneas de lo que voy escribiendo y olvidarme que debo seguir con mi vida. A veces, cuando entro en el mundo de mis personajes, el tiempo vuela y se me olvida hasta qué debo comer. Las cuatro y media, como suponía, había olvidado que tengo que alimentarme.

Voy a saquear uno de los táperes que tengo en la nevera y que mi madre ha traído, me conoce demasiado bien. Saco uno y lo pongo en el microondas mientras apoyo la cadera en el banco junto al fregadero y reviso los mensajes de mis redes sociales y de mi chat.

Sonia me ha escrito para quedar a tomar algo. Así retomamos el tiempo perdido. Le contesto rápidamente que hoy no puedo, pero sí que me apetece.

Mis lectoras intensísimas me han mandado un montón de mensajes, siguen esperando mi próximo trabajo y no he subido nada a redes desde hace meses.

Ellas aún siguen presionándome, aunque no saben por todo lo que he pasado. De vez en cuando las he mantenido ocupadas con alguna historia para que vean que sigo con vida y tratando de encontrar inspiración.

Hago eso mismo diciendo que no puedo contestar a los más de cien mensajes que he recibido, les digo que las quiero mucho y agradezco sus ánimos. Esta semana emprenderé de nuevo mi trabajo en redes. Debo hacerlo.

En el salón tengo un cuadro grande que por la parte trasera es una pizarra, era mi talón de Aquiles cuando vivía con Nacho, no sé lo que habría pasado si lo hubiera descubierto. Ahora mismo lo tengo en modo pizarra. Saco el táper del microondas y me dirijo hacia la pizarra picoteando el contenido sin siquiera mirar lo que estoy comiendo.

Lo dejo en el escritorio y me dispongo a llenar la pizarra de nombres y fechas mientras hinco el tenedor de vez en cuando en algo que parece pollo con salsa de tomate.

Al fin satisfecha con mi planificación, saco la libreta de notas y escribo lo que tengo hasta ahora, con algo de dedicación sería una

chica muy ordenada, pero las prisas por seguir escribiendo siempre me superan y las escaletas y notas terminan en el olvido.

Sigo con la preparación previa a todo lo que tengo entre manos y olvido incluso que estaba comiendo, al llegar la noche soy consciente de que he invertido todo el día sin darme cuenta ni siquiera del paso de las horas. Se nota que este proyecto va a terminar con muy buen pie.

Miro el cuenco de Michu, del que no he sabido nada en todo el día y le pongo un poco de comida. Le pongo agua y voy al jardín para disfrutar del silencio que se respira en este maravilloso lugar. Un maullido atrae mi atención y descubro al caradura de mi gato entrando por la mediera del vecino.

—¿Dónde te has metido? ¿Te han dado de comer fuera de casa?

Maúlla de nuevo y se acerca para restregarse en mi pierna. Su pelo largo y oscuro brilla con la luz de la luna. Me inclino para cogerlo en brazos y lo acaricio con suavidad. Ha sido un día intenso. Ahora solo nos queda cenar, «con consciencia, aquí y ahora», me repito el mantra de *mindfulness*, de aquella clase a la que me dio por ir durante un mes y luego desistí por falta de tiempo. Después de cenar me echaré en el sofá a ver la tele y desconectar.

De camino a la cocina suelto a Michu y mientras me lavo las manos lo tengo pendiente de mí. Me dispongo a preparar la cena y no me lo quito de encima. Quiere comida humana y me agacho a su lado para darle un pedacito de carne que acabo de pasar por la sartén.

—Tu humana te consiente, no vayas a pedir comida a los vecinos, que te conozco.

Me siento en la mesa del salón, desde allí tengo la pizarra bien a la vista. Fantaseo con mi pasado. Quiero hacerlo de forma cronológica, así que va a ser un trabajo un poco duro.

Suena mi móvil que está sobre el escritorio. Decido no contestar, ahora solo es el momento de la cena. Michu está subido en la mesita que tengo junto al sofá y veo que está a punto de lanzar por los aires un rotulador de la pizarra.

—¡Ni se te ocurra!

Se detiene y me mira mientras la música de *Winter falls* suena aún en mi móvil. Otra patadita más y le apunto con el tenedor.

—¡No! —digo alargando la o un poco.

Le da un último toque y sale por los aires, su maullido me hace contener la risa. Él salta de la mesita y corre a esconderse de mi furia. Pero yo no puedo aguantarme y rio.

—¿Qué haría yo sin ti, Michu?

Mi móvil arranca de nuevo. Resoplo y dejo el plato en el fregadero, voy a por el y al cogerlo ya han vuelto a colgar. Tarareo la canción, mirando quién me estaba llamando y me doy cuenta de que es un número desconocido. Frunzo el ceño y en ese momento empieza de nuevo a sonar.

Me tiembla el pulso, pero al final le doy al botón verde.

—¿Diga?

El silencio al otro lado me pone algo nerviosa.

—¿Diga?

—No te haces una idea del daño que me estás haciendo.

Al escuchar a Nacho todo mi cuerpo se queda rígido. No lo soporto más.

¿Cómo ha conseguido mi numero? Cuelgo y pongo el móvil en silencio, no sin antes bloquear su número. Me acerco al sofá y me siento con el mando de la tele en la mano, apunto a la pantalla y Michu se sube a mi regazo sabiendo que estoy nerviosa.

Pongo la última serie de anime que estoy viendo y me acomodo para disfrutar un ratito de desconexión.

El teléfono vuelve a sonar y esta vez al mirar la pantalla lo hago con miedo. No sé quién me llama, pero debo responder. Así que descuelgo de nuevo y espero a que al otro lado digan algo.

—¿Ari? —La voz de Rubén me provoca un suspiro de alivio y una risa tonta.

—Eres tú.

—¿Esperabas otra llamada?

—Lo que no me esperaba era la tuya.

—Si quieres cuelgo.

—¡No, por favor! No lo hagas.

—Solo he llamado para darte las buenas noches —dice como si fuera de lo más normal.

Un remolino de emociones hace que mi estómago se maree. Trato de no sonreír, pero al final lo hago.

—Pues buenas noches.

—Descansa. —El pitido del móvil me dice que ha colgado y rio con ganas. ¡Está loco!

5



He quedado con Sonia para ir a visitar a la madre de Rafa. Conduzco hasta La Cruz, el pueblo donde vivía y donde me he criado. Cojo la avenida principal y sé que ella está al otro lado esperándome. Se tarda menos de cinco minutos en cruzarla con el coche, este pueblo es más grande que donde vivo ahora, pero tampoco es una ciudad. La veo sentada y llamo su atención con el claxon, al verla levantar la

vista la saludo. Viene corriendo y se sube en el asiento del copiloto con una risita nerviosa.

—Tenía ganas de quedar contigo, pero para esto se me hace raro. Me debes una.

—Perdona que te haya metido en este marrón, pero no quería ir sola a ver a Lorena.

—Va a ser duro entrar allí.

Asiento y conduzco hasta la casa de nuestro amigo.

—¿Aún vivía aquí? —pregunto, recibiendo un asentimiento de Sonia— ¿Y tú?

—Yo vivo enfrente de donde me has recogido.

Eso no ha respondido mi curiosidad. Quiero saber si está con alguien, si es feliz. De todas formas, ahora no es el momento, así que nos dirigimos a visitar a la madre de Rafa.

Nos abre Fran saludándonos con dos besos y un abrazo. Siempre nos habíamos llevado bien con él, supongo que en estos momentos Sonia mejor que yo, ya que ella no ha perdido el contacto.

—Venimos a ver a tu madre. Le pidió a Ari que se pasase porque tenía algo para ella.

Sonríe y nos acompaña a la sala donde Lorena está sentada en una butaca mirando hacia la calle con aire triste y cansado.

Saludamos y parece que se da cuenta de que no está sola, se levanta para darnos un abrazo fuerte y nos guía hasta el dormitorio de Rafa. Saca una caja donde pone escrito a mano: Para Ari.

—Deberíamos dejar sola a Ari, ¿Me acompañas, Sonia?

Mi amiga asiente y ambas me dejan en la habitación de Rafa. Es algo más grande que una caja de zapatos. La miro con miedo, la acaricio y levanto la vista. Repaso cada rincón, sabiendo que tal vez no vuelva a entrar en ese lugar.

Solo he estado aquí dos veces, una de ellas demasiado nerviosa como para saber qué hacer y la otra deseando lanzar a Rafa sobre su cama y comérmelo enterito. Me acerco a sus estanterías.

En una de ellas hay premios de natación, medallas y un trofeo de atletismo, en los otros hay libros, Stephen King entre otros del género llenan los espacios. Llama mi atención *Cumbres borrascosas*, parece no encajar en la estantería, es como un intruso mal colocado

entre compañeros desconocidos. Lo recoloco en su sitio acomodándolo, dándome cuenta de pronto que no es mi estante y no debería tocarlo.

Inspiro observando su escritorio, siento el impulso de abrir los cajones, solo un vistazo. Al final lo hago, me siento como una ladrona a la que pueden pillar haciendo una fechoría. Una pelota de goma para el estrés, unos lápices, carboncillos y bolis. Unos dibujos manchados con huellas de dedos.

Inclino la cabeza repasando en mi memoria, ¿desde cuándo dibujaba Rafa? Saco los folios teñidos de carbón y los pongo sobre la mesa, observo los trazos algo rabiosos sobre el papel. Paso al siguiente encontrándome con la silueta de dos personas cogidas de la mano. Sigo pasando bocetos y encuentro el dibujo casi perfecto del rostro de Rubén. Por un momento imagino cosas que no me caben en la cabeza, paso al siguiente y veo un dibujo mío, algo emborronado. Mi corazón se salta varios latidos. Lo sostengo un momento entre mis dedos temblorosos.

«¿En qué estaría pensando cuando lo dibujó?». Por unos segundos necesito con desesperación saber por qué dibujó aquello y en qué pensaba cuando lo hacía.

Sigo revisándolos encontrando rostros conocidos y al terminar los dejo en su orden y los guardo donde estaban, abro el otro cajón y encuentro cinco sobres cerrados con el nombre de Rubén en el remitente y el mío con mi dirección antigua en la parte frontal.

—¿Qué es esto? —los pongo al trasluz, pero no veo nada.

Trato de no pensar en abrirlas, no son para mí, aunque sí estaban dirigidas a mí. Esta es la casa de Lorena y estas cosas son de su hijo que ya no está.

Me contengo, notando la tensión en mis dedos, el hormigueo en las yemas, que exigen romper el sobre y leer el contenido.

Aprieto los labios y suelto las cartas en el cajón. Maldigo mi curiosidad y todas las respuestas que no voy a obtener jamás. Estiro la mano para mirar un libro solitario que hay sobre el escritorio acompañado de más de veinte motos en miniatura de colección.

Ojeo las páginas y me doy cuenta de que Rafa solía escribir en los márgenes. De pronto deseo leer cada una de sus anotaciones. Lo

cierro, conteniéndome y lo vuelvo a dejar en su sitio.

Pienso en *Cumbres borrascosas*, vuelvo sobre mis pasos y lo saco de su lugar para ver si hay anotaciones. ¡Ahí están! Repaso con los dedos su letra y lo guardo de nuevo. Sería incapaz de llevarme algo de este santuario sin permiso.

Veo de reojo la cama, donde he depositado la caja. Observo el color rojo del cartón y trago saliva decidiendo si este es el lugar adecuado para abrirla. ¿Por qué tenía una caja para mí? ¿Acaso sabía que iba a pasarle algo?

Me siento junto a ella y entreabro un poco la tapa. Cierro los ojos y la vuelvo a cerrar. «Aquí no».

La cojo con fuerza y me levanto para irme. Justo antes de abrir me doy cuenta de que el escritorio tiene unos estantes interiores y de casualidad he visto el título de una de mis novelas. Me he quedado congelada mirando mi libro. Quiero llevarlo conmigo, lo necesito. Me agacho, dejando la caja a un lado, para poder acariciar el lomo y junto a él están los otros cinco que completan la colección de Gaby Andrews. Aprieto los dientes sintiendo la impotencia por desear ver si ha escrito en los márgenes, si los ha leído.

Quiero llevármelos, pero no debo hacerlo. La puerta se abre de pronto y yo estoy de rodillas bajo el escritorio. Lorena me mira con curiosidad y veo que viene sola y cierra tras ella.

—Necesito llevármelos —digo con lágrimas en los ojos.

Me tiende la mano para ayudarme a que me levante y mira bajo la mesa, el estante oculto que yo he encontrado por casualidad.

—¿Tienen valor para ti?

—Sí, pero no puedo decirle por qué.

Lorena asiente varias veces y los saca uno por uno echándoles un vistazo.

—¿Has visto la caja? —pregunta mientras saca los dos últimos.

—No he podido. ¿Sabe por qué tenía esto para mí?

—Son cosas que iba guardando, sabía que esa caja existía porque muchas veces decía: esto voy a guardarlo en la caja para Ari, algún día volverá a casa con los suyos y se la daré.

La agarro con más fuerza entre mis brazos. Lorena sale del cuarto y vuelve al momento con una bolsa para meter los libros.

—Muchas gracias por dármelos.

—Seguro que tú les sacas más provecho que yo, si quieres alguno más, llévatelo.

Voy hacia el estante donde estaba *Cumbres borrascosas* y lo cojo.

—¿Puedo este también? —Ella asiente y abre el cajón inferior del escritorio.

Saca las cartas de Rubén y las mete en la bolsa bajo el último libro para poner peso sobre ellas.

—Creo que esto también te pertenece, aunque no sé por qué lo tenía mi hijo. Después del accidente he pasado muchas horas entre estas paredes y las descubrí una tarde mientras ordenaba sus cosas. ¿Tal vez se las tendría que haber dado a Rubén?

—Yo hablaré con él antes de abrirlas. ¿Le parece bien?

Ella sonríe y se encoge de hombros. Ya nadie puede decirnos qué hacer y qué no. No está el que sabe la verdad de esas cartas, supongo que el único que puede ayudarnos a descifrar el misterio es Rubén.

Salimos del cuarto, no sin antes echar un último vistazo. Inspiro con pesar y siento que me falla el temple. Tengo que contenerme, para no echarme a llorar, me llevo sus tesoros. Nunca sabré el porqué de todo esto.

Sonia nos ve cargadas con mis nuevos tesoros. Abre mucho los ojos y por último ayuda a Lorena con la bolsa. Nos despedimos y nos dirigimos al coche.

—¿Qué te llevas? ¿Libros?

—Me encanta leer y su madre me ha dicho que podía coger los que quisiera.

—¿Has podido ver la caja?

—No, he sido incapaz de abrirla.

—Entonces no creo que te quedes para tomar algo.

—¿Podemos quedar otro día?

—Sí, claro, avísame con tiempo que tengo que buscarle niñera a la peque.

—¿Eres madre? —Asiente mientras baja del coche en la puerta de su casa.

—Ya nos contamos la vida un día con una cerveza y un plato de patatas fritas.

—Perfecto, ya te llamo y quedamos.

Nos despedimos y me alejo hacia mi casa cargada con mis tesoros. Tengo que llamar a Rubén para decirle que la madre de Rafa me ha dado las cartas y para ver qué hago con ellas, aunque siendo un poco mala, me encantaría abrirlas ahora.

Hoy ha sido un día lleno de emociones que me tienen en tensión. Tal vez debería darme un buen baño con una copa de vino y luego sentarme en el salón con mis libros para leer las anotaciones de Rafa. Es lo que más me apetece ahora mismo.

Aparco y subo la cuesta hasta mi casa, entro y descargo todo en el sofá. Michu me recibe entre maullidos y cabezaditas en mi pierna. Lo cojo en brazos y subo arriba para abrir el grifo de la bañera y llenarla.

Voy a hacer un poco de tiempo mientras se llena y bajo con mi peludo a por el vinito. Doy un beso en la cabecita a mi peludo antes de soltarlo, y me sirvo una copa, y me la llevo arriba para disfrutarla.

Tengo miedo de abrir esa caja, por eso estoy metida en agua caliente. «¿Qué descubriré entre las páginas de mis libros? ¿Cómo sabía que eran míos?», pienso mientras disfruto del calor que me infunde el agua.

Al terminar, bajo con el pijama puesto y mis pantuflas, el pelo mal recogido y muchas ganas de pasar las páginas de mis novelas. Saco un táper de la nevera y lo caliento en el micro. Mientras espero cojo un tenedor y me siento en el sofá con la cena en las manos y mis libros al otro lado metidos en la bolsa.

Picoteo las albóndigas de carne con salsa que hace mi madre, perfectas y deliciosas. Voy sacando los libros y poniéndolos en orden. Dejo a un lado las cartas y sigo con la cena.

Cuando tengo todo organizado cojo el primero como si fuera uno de los tesoros más grandes de la humanidad. Abro la primera página y leo una dedicatoria que yo misma he escrito.

Deseo que disfrutes de esta novela y que encuentres en ella una historia que llene tus horas de emociones.

Con cariño Gaby Andrews

«¿Cómo consiguió esta firma? Solo he firmado tres libros desde que soy autora y todos se los llevó mi editor», pienso repasando mi propia letra con los dedos. Al pasar la página arriba a la derecha hay tres palitos como si fuera un tres en números romanos. Sigo recorriendo las páginas y veo anotaciones. La primera me encoge el corazón. «¿Tanto me conocía?»

Me encanta esta frase, Ari. ¿Cómo se te ocurren estos diálogos tan ingeniosos?

Voy leyendo todas sus anotaciones. Cuando termino el libro me levanto a por un café. Tengo la espalda dolorida y las rodillas agarrotadas por la postura. Pongo la cafetera en marcha y miro el reloj de la pared que hay sobre mi escritorio, son las dos de la madrugada. Vuelvo al sofá y cojo el siguiente libro. Cada vez sus comentarios son más claros, le coge el gusto a la lectura y va marcando sus escenas favoritas.

Me he dormido en algún momento y me despertado de mala postura con uno de los libros en mi regazo. Está cerrado, miro hacia el jardín. Vuelvo la vista hacia el reloj y descubro que es la una y media del mediodía.

Me estiro bostezando y voy a por un café, ahora mismo solo quiero seguir con mis libros, revisando anotaciones y sonriendo con cada ocurrencia.

Mi móvil suena desde la mesita que tengo frente al sofá. Voy por él y veo que es Rubén que me ha mandado un mensaje para ver si quedamos.

Miro mi trabajo, es lo único que quiero que ocupe mi tiempo, y rechazo la invitación sin pensarlo mucho. Vuelvo a revisar las novelas con una buena taza repleta del líquido negro humeante. El aroma ha impregnado toda la casa y me siento relajada para continuar.

Termina el día y solo me queda un libro y la caja. Quiero terminarlo, pero ahora mismo necesito estirarme en la cama y dormir cómoda. Así que me llevo el libro, subo las escaleras con mi móvil en una mano y la última novela en la otra.

Lo primero que encuentro es una parrafada que ha escrito en donde yo suelo poner las dedicatorias.

Cada libro que leo tuyo es mejor que el anterior. Pese al género pésimo que has elegido, amo leerte. Incluso me has hecho comprar *Cumbres borrascosas*.

«Por eso tenía ese libro entre sus novelas de terror», pienso empezando a repasar la última de las mías. *Cumbres* para mañana junto con la caja.



A las nueve estoy mirando el reloj de mi teléfono. El sol entra por la ventana reflejándose en las paredes. Me levanto perezosa y voy a la cocina para comer algo que me mantenga en pie. Desde que fui a ver a Lorena no he comido demasiado bien, solo cafés y unas albóndigas. El interés por todas las anotaciones de mis libros me ha tenido atrapada hasta ahora. Miro al sofá y observo la caja, no sé qué es lo que me está impidiendo abrirla. Tal vez porque no quiero encontrarme nada que me haga más daño.

—¡Michu! —Lo llamo varias veces.

Lleno su cuenco y escucho un maullido desde el jardín. Levanto la vista y veo al dichoso gato mirándome desde el otro lado de la puerta. Está entornada así que espero paciente a que entre y muevo un poco el comedero con el pie.

—Si quieres comer tendrás que entrar.

Tomo asiento en la mesa del salón y empiezo a comerme las tostadas. Al terminarlas voy directa a por el libro que me queda. *Cumbres borrascosas*.

Regreso y me siento frente al café, reviso la novela por completo. La anotación del final me hace sonreír.

¿Esto es romance o terror?

Cierro los ojos empapándome de todo lo que he leído y descubierto de Rafa. De todo lo que conocía de mí y que nadie sabe.

Me levanto a por la caja y la pongo sobre la mesa. Quito la tapa, como si de una tirita se tratase y encuentro algunas cosas que no reconozco. Empiezo a sacarlo todo. Entradas para el cine. Reposición de películas antiguas, son para ver *Cumbres borrascosas.* Una está rota y la otra intacta, tal vez la usó. «¿Tal vez la intacta era para mí?», inspiro pensando en lo que podría haber sido ir a esa reposición con Rafa. Un móvil. Lo miro y le doy mil vueltas, me resulta familiar, pero está sin batería, decido cargarlo mientras reviso todo lo demás.

Una carta cerrada con mi dirección, cuando vivía con Nacho, me llama la atención. La abro sin pensarlo mucho y leo el contenido. Me pide perdón por no haberme rescatado de las fauces del león. Está llena de frases hechas y enigmas. La dejo a un lado para analizarla más tarde. Entradas para ir al *Oceanografic*. Un dibujo mío sentada en un banco.

Me tumbo en el sofá y miro al techo durante un buen rato. Trato de no pensar, pero todo vuelve a mi mente como si fuera un yoyó que no deja de rodar para marcharse, aunque la cuerda lo atrapa y

lo devuelve a mí otra vez. El móvil me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla, es Rubén.

—Antes de que digas nada, hoy no acepto un no como respuesta.

Sonrío al escucharlo y miro de reojo sus cartas sobre mi mesita.

—Tengo algo tuyo, o mío, según se mire.

—¡No me líes! Hoy quedamos.

—¿Entonces no quieres que te hable de unas cartas que me ha dado Lorena para mí que vienen de ti?

—¡Lianta! —Por un momento el silencio al otro lado de la línea me dice que está pensando en lo que le he dicho—. ¡Ni se te ocurra abrirlas!

—Pues si no vienes hoy a mi casa las abro.

—¿Es una amenaza? —Chasquea la lengua varias veces.

—No, una advertencia.

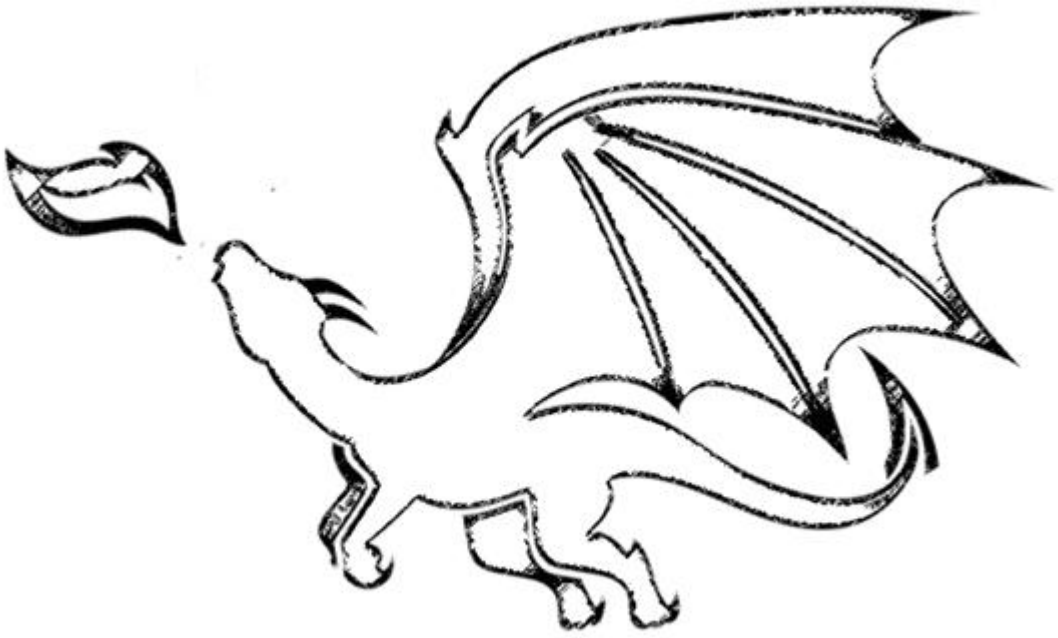
—A las cuatro estoy allí —dice apresurado.

—Me parece buena hora.

Cuelga sin decirme ni adiós y sonrío al recordar que el otro día hizo algo parecido. Me levanto y voy hasta el ordenador para conectarlo y sentarme a escribir. La caja de recuerdos me ha inspirado para un nuevo capítulo.

Una escena en la que mi yo adolescente se vino al pueblo a pasar lo que quedaba de verano. Había pasado casi un año desde que conocimos a los chicos y las quedadas continuas nos habían convertido en grandes amigos. Sonia tuvo un rollete con Rubén y luego todo se fue al traste entre ellos.

6



Junio 2006

Estamos sentadas en un banco del parque mientras devoramos un paquete de pipas. Sonia está furiosa con Rubén porque dice que es un pulpo y se está agobiando. Todos los buenorros tienen algún defecto.

—Deberías haber esperado para conocerle más —apunta Estela mientras trata de atraer un gato hacia nosotras.

—¿Tú lo que quieres es que se me pase el arroz?

—¡Tía, que tienes dieciséis años! —contesto con un gesto exagerado de mis manos.

—¡En fin! Hay más peces en el río.

—Y en el mar, y en las peceras y en los acuarios, incluso en los charcos —se burla Estela.

—¡Ya os vale! No me entendéis.

Sonia se levanta y al hacerlo se da cuenta de que los chicos vienen por la calle de abajo. Se lleva una mano al pecho teatralizando el momento y señala con el mentón.

—¡Que vienen!

—Claro, siempre quedamos aquí —respondo resoplando.

Al llegar, Rafa se sienta a mi lado y me da un codazo para que le dé pipas. Pone la mano para que se la llene y lo hago sin chistar. Rubén agarra la cintura de Sonia y la atrae contra su pecho para besarla, ella se deja llevar. Le sigue el juego mientras Estela y yo nos miramos con un gesto evidente de que estamos cansadas de sus discursitos que luego no cumple.

—Rubén, tenemos que hablar —dice ella muy seria después del beso.

Se alejan y yo me giro para descubrir que Rafa me está mirando de una forma extraña. Mi estómago da un vuelco y aprieto el paquete de pipas entre mis dedos con fuerza. Me di cuenta de que me gustaba ya hace unos meses, pero no lo sabe nadie. Cuando me mira así es como si mi cuerpo se convirtiera en gelatina. Mañana me voy al pueblo con mis padres y no puedo irme sin decirle lo que siento. Lo he pensado mucho, he practicado delante del espejo, pero ahora no me veo capaz.

—¿Po… podemos hablar? —Rafa sonríe y asiente. Estela nos mira y levanta una mano para que no nos movamos del sitio.

—Ya me voy yo, que no me gusta hacer de sujetavelas.

Mis mejillas arden y estiro mi coleta para acomodarla por encima de mi hombro. Evito mirar a Rafa mientras ella se aleja y cojo aire. Lo hago un par de veces más y al final lo suelto a bocajarro.

—Me gustas.

El silencio me pone nerviosa así que levanto la mirada para ver qué pasa y lo encuentro mirándome.

—Estás muy guapa cuando te sonrojas. Ari, tú sabes que no siento lo mismo, ¿verdad? No quiero hacerte ilusiones. Pero no me gustaría que esta situación provocase que nos alejásemos. Me

encanta que seamos amigos. Eres la persona que mejor me entiende.

No puedo hablar, las palabras no salen de mis labios. En ese momento vuelven Sonia y Rubén y ella se sienta al lado de Rafa. Dejando al otro apoyado en el coche que tenemos justo enfrente.

Los cuatro nos quedamos en silencio y el primero en romper el frío hielo que se ha instalado entre nosotros es Rubén.

—Mañana te vas, ¿verdad? —me pregunta mirándome.

—Sí, me voy a pasar el verano al pueblo.

—Podríamos ir a verla —sugiere Rafa desconcertándome—. ¿Qué te parece?

—Me gustaría, aquello es un pueblo de viejos y me aburro muchísimo.

Me doy cuenta de que Sonia parece enfurruñada, no participa en la conversación y termina por marcharse, dejándome sola con los chicos que siguen hablando conmigo muy animados.

Los dos me acompañan a casa y al llegar al portal nos detenemos, charlando aún del pueblo y de que vendrán con las motos a verme.

—Ari, podrías venirte con nosotros algún día a la piscina —propone Rafa—. ¿Y a ti que te ha pasado con Sonia?

—Lo hemos dejado, ella cree que puede tener mejores opciones que yo y no he podido quitarle la razón.

—¿Mejor que tú? —interroga Rafa.

—Eso me ha dicho.

Los dos estallan en carcajadas. Por un momento me siento tan cómoda que no quiero irme, pero mis padres me han dicho que si no estoy a las once en casa me castigan. Antes de entrar en el portal, Rafa agarra mi mano y hace que me dé la vuelta para mirarlo.

—No dejes de ser mi amiga. Por favor.

Su semblante serio y tenso me pone nerviosa, asiento y sonrío. Me tiemblan hasta los labios, su contacto altera mi corazón haciendo que se dispare y me suelto entrando y cerrando la puerta detrás de mí. Subo la escalera a la carrera y al llegar, saludo y entro en mi cuarto para mandar un SMS a las chicas.

Les cuento algo nerviosa, que me he declarado y todo ha salido mal, pero estoy bien.

Septiembre 2024

Llevo horas escribiendo, me levanto entumecida, estos dos días están siendo letales. Miro el reloj y soy consciente de que Rubén está a punto de llegar. Apago el ordenador y voy por un vaso de agua a la cocina. Abro el frigorífico y suena el timbre de la puerta. Sin pensarlo voy a abrir y me encuentro de frente con Nacho.

—Estás horrible. Deberías volver a casa, allí al menos te maquillabas al levantarte, era tu única obligación.

Mi respiración es pesada, casi no entra aire en mis pulmones. Aprieto los puños y me interpongo entre él y el interior de mi casa.

—Vete.

—No sabes lo que me ha costado encontrarte, aunque una vez he llegado a esta mierda de pueblo, estaba claro dónde vivías.

—¿Quién te lo ha dicho? —Trato de tragar saliva, pero no lo consigo.

—Eso no te importa.

—Vete… —No me interesa seguir con la conversación, quiero que se marche.

Da un paso hacia delante para intentar entrar y no dejo que lo haga. Su cuerpo está tan cerca del mío que el miedo recorre todo mi sistema nervioso.

—¿Sabes cómo estoy sufriendo? ¡Todo esto es culpa tuya! ¿No te das cuenta de que me haces daño? Tienes que regresar.

No respondo, solo miro sus ojos taladrando los míos. «¿Cómo no pude ver el vacío en su mirada cuando convivíamos?».

—¿Perdona, te apartas? —Rubén se hace sitio entre él y yo y entra en mi casa como si fuera suya, a sus espaldas cierra de un portazo casi estampando la madera en las narices de Nacho.

—¿Qué haces? —pregunto sorprendida.

—¿Quieres que lo deje entrar? —Se agarra al pomo como si fuera a abrir.

—¡No, no! —Me interpongo para que no abra haciendo que suelte el pomo y que se aleje de la puerta, apoyándome en ella por miedo a que lo haga.

Mi ex al otro lado aporrea una y otra vez exigiendo que salga. Los golpes insistentes hacen que me estremezca con cada uno de ellos.

Rubén apoya su mano en mi hombro y, con suavidad, hace que me aparte de la puerta, abre y mira afuera como si pudiera matar solo con ese gesto. Observo a ambos hombres con inquietud, noto mis manos temblando y las aprieto con fuerza. Rubén saca el móvil y marca un número mostrando la pantalla a Nacho, este abre mucho los ojos y aprieta los labios.

—Ari, que sepas que esto me va a costar la vida, si no vuelves pronto a casa yo… yo no sé lo que haré.

—Pues puedes buscarte a otra a quien tocarle las narices. Adiós —suelta Rubén cerrando con firmeza—. ¡Si vuelves a aporrear la puerta llamo a la policía!

Esperamos un momento y no escuchamos nada, luego unos pasos alejándose nos dan la señal para que podamos seguir con nuestras vidas.

—¿Algún día me contarás qué pasó?

—¿Lo ves necesario?

—Sí, quiero saber qué pasó en cada minuto de tu vida desde que desapareciste de la mía, hasta la última coma.

Sus palabras me han robado el aliento dejándome confundida y sin saber qué responder. Inspiro y suelto el aire despacio.

—Tengo que comer, estaba trabajando y no me he dado ni cuenta de la hora.

—Te haré compañía, así puedes contarme cosas de tu vida.

Se sienta en la mesa del salón y yo voy por algo a la cocina.

—No sé qué comer.

—Es tarde para pensar, cualquier cosa que no te dé trabajo.

—Llevo a base de recalentados dos días.

Busco en el congelador y saco un paquete de verduras para saltearlas. Mientras cocino Rubén se mantiene en silencio, a la

espera. Decido acercarme a él y entregarle las cartas que me dio Lorena, muy a mi pesar, tal vez jamás averigüe que escribió en ellas.

Vuelvo a mi tarea y pongo lo que necesito sobre la mesa. Rubén golpetea con los sobres sin abrir observando mis movimientos por la cocina. Llevo mi plato y me siento frente a él para comer.

—¿Está rico? —Me quita el tenedor y pincha un pedazo.

—¿Lo está?

—Mucho, me encanta la berenjena.

Rubén abre uno de los sobres y lee en voz alta.

> Hola Ari:
>
> Soy Rubén, te escribo para decirte que le pidas a Sonia que me deje en paz. Sé que estás en el pueblo y no puedes hacer mucho, pero a ti te hace caso.
>
> P.D. Saludos de Rafa.
>
> Rubén

—Puedes leerlas tú misma, se las di a Rafa para que te las enviase, pero no lo hizo.

Parece que son cartas sin sentido, tal vez las escribió por aburrimiento. Quito importancia al asunto y cambio de tema.

—¿Sabías que dibujaba? —No me interesa leerlas y menos delante de él.

—Sí, empezó cuando tú te casaste, al poco tiempo.

—¿Sabes por qué no tuvo nada serio con ninguna chica?

Rubén desvía la mirada, observa las puertas que dan al jardín y se levanta para abrirle a Michu que estaba fuera. Espero paciente su regreso mientras termino con el plato de verduras y vuelve a sentarse frente a mí.

—No sé si puedo contarte algo como esto. Pensaré en ello. ¿Aún sientes algo por él? —Su mirada curiosa hace que me remueva inquieta en mi asiento.

7



Ha pasado demasiado tiempo, no sé cómo responder a su pregunta. Por un momento escaneo las emociones que he tenido desde que ha pasado todo, pero no encuentro nada parecido a lo que sentía por él en el pasado. Tal vez es la pena por la pérdida, por no haberme puesto en contacto con él hace un par de meses, cuando decidí separarme.

—No —respondo muy segura de mí misma, más de lo que había imaginado—. No siento nada por él. ¿Añoranza, tal vez?

No se me pasa por alto que Rubén ha cogido las cartas y se las ha guardado cuando se ha levantado para abrir al gato.

—¿Vamos a dar un paseo? —me propone.

Miro nerviosa hacia la puerta e inspiro deseando que Nacho ya no esté en la calle. Él se levanta y me tiende la mano para que no me lo piense más.

Observo su gesto y lo ignoro encaminándome hacia la puerta.

—Te enseñaré el pueblo.

Ríe entre dientes y me sigue de cerca. Miro la calle antes de atreverme a salir y al final doy un paso afuera. Nada explota ante mí, ni se pone a llover, y mucho menos aparece Nacho de repente. Respiro aliviada de que todo esté tranquilo y sea de lo más normal.

—¿Vas a enseñarme el pueblo? Interesante. Tengo media hora para eso. —Está tan cerca de mí que mi cuerpo se estremece al notarlo. Su voz hace que mi piel vibre reaccionando a su cercanía.

—Tardaremos más. —Disimulo mi nerviosismo, parezco una quinceañera.

—Lo dudo.

Caminamos cuesta arriba, en este lugar todo está en esa dirección. Subimos una callejuela estrecha, llegamos a una replaceta con un árbol y un banco.

—¿Nos sentamos? —pregunto al escucharle resollar.

—¿Dos calles y pretendes que esté cansado? —bromea.

Sonrió y seguimos con la pequeña excursión en busca de la Ermita de Santa Inés, que se encuentra en el parque donde nos vimos el otro día. Allí también está la casa más grande del pueblo, el ayuntamiento. Tomamos un sendero que sube hasta lo que es la torre de La Fortaleza, que servía para vigilar el acceso a La Cruz.

—¿Ari? —Al llamarme me detengo y me doy la vuelta para mirarlo—. ¡Que me ahogo!

Se lleva la mano al pecho de forma teatral y tose varias veces. Luego se agacha cerca de una roca para sentarse en ella fingiendo que está jadeando.

—¿Tú no eres de ir al gimnasio?

—No me tortures, que yo soy más de hierros y pesos pesados.

—¡Qué exagerado eres, si solo llevamos diez minutos andando!

—¿Tanto? ¡Me esperan para cenar! —Trata de marcharse y rio a carcajadas.

—Quería llevarte a la torre.

Señalo hacia arriba y él sigue mi dedo, luego frunce el ceño y asiente.

—Creo que sobreviviré al paseo.

—De pequeña imaginaba que era una princesa y estaba atrapada en este pueblo. Por las tardes subía con mi padre hasta lo alto y yo esperaba triste a que mi príncipe viniera a sacarme de aquí.

—Princesa… ¡Estabas atrapada! —Su tono burlón me hace reír con ganas.

Llegamos a la torre. Desde allí, las vistas al otro lado de la montaña son impactantes.

—¡Las siete torres! Siempre me ha parecido impresionante.

—Y a mí…

Cada uno de los torreones, tiene su pueblo, en uno de los picos de las montañas que se elevan rodeando La Cruz, el más grande de todos. Hay muros que casi no se distinguen, y enlazaban un pueblo con otro formando una muralla de protección. En el pico más alto hay un castillo del que solo quedan escombros.

—Y dime, princesa que quiere ser rescatada, ¿también hay princesas en las otras torres?

—Claro, cada princesa tiene su torre y su dragón.

—¿Tenías un dragón? —Su gesto de sorpresa y el tono de la pregunta provoca que me muerda el labio para no sonreír.

—¡Pues sí! ¿No te acuerdas de Zeus? —Rubén se queda pensativo y al final niega—. Sí, hombre, ¿el perro que tenía más años que Matusalén?

—¡Válgame! ¿Esa cosa sin dientes?

Le doy una palmada en el brazo y lo miro enfadada.

—¡Era mi pequeño!

—¿Perdona? ¡Eso era un demonio con patas!

Los dos reímos. Sí, ese perro era un pequeño Satanás que no dejaba de ladrar.

El teléfono de Rubén suena y no tarda en contestar alejándose un poco de donde estamos. «Seguramente tiene pareja». Escucho algo sobre Aitana y la hora de recogerla, discute unos minutos y al final cede resoplando.

—Tengo que irme, en una hora tengo que estar en La Cruz.

—Bien, volvamos.

—¡Vale! Bajar es fácil, solo tenemos que dejarnos caer y rodaremos hasta tu casa —suelta con sarcasmo, haciéndome reír.

Empezamos el descenso y al llegar a mi casa, se acerca y me da dos besos.

—Gracias por venir hoy.

—He venido justo a tiempo para sacarte a pasear, me debes una.

Se marcha sin darme opción a responderle y sonrío. Es un loco.

Cuando entro en casa y cierro tras de mí, veo el ordenador en la mesa y sin pensarlo voy directa a sentarme frente a la pantalla.

Justo en ese momento, Estela me manda un mensaje y veo que han abierto un chat donde están todos los amigos. Tal vez lo tenían de antes y me han agregado.

Sonrío con tristeza. He perdido diez años de mi vida con ellos. Tiempo que no voy a recuperar.

Estela
El viernes podríamos quedar para cenar,
son fiestas en La Cruz y hay que seguir
con las tradiciones.
Sonia
No puedo, tengo a la peque.
Oliver
Contad conmigo.
Estela
Puedes traerla, o que se la quede su padre.
Rubén
Yo sí que voy a la cena, contad conmigo.
Sonia
Eres un capullo.

Ari

¿Dónde iríamos?

Tico
Ari, creo que tú estás obligada a ir. Y sin preguntas.

Oliver
Muy obligada

Ari
¡Ah! Mira que bien.
Pues ya me decís dónde tengo que ir.

Rubén
Yo te recojo.

Ari
Vale.

Sonia
¡Mira! Pues yo llevaré al demonio.

Dejo el móvil y me pongo a escribir. Cuando lo hago desconecto del mundo entero y mi mente se mete en el universo de mis personajes, pero claro, ellos son mis amigos y las palabras de Sonia con su pequeña demonio, como ella la ha llamado, me ha dejado un poco pensativa. Tiene una hija y no la puede dejar con su padre. Cuando Rubén ha dicho que iba a la cena le ha llamado capullo, él también tiene una hija. Blanco y en botella.

Me concentro en la escritura, en este capítulo voy a inventarme cosas, intentaré torcer la historia para ver como podría haber sido mi vida si Rafa hubiera estado conmigo.

Septiembre 2006

A mi regreso al pueblo llamo a mis amigas, siempre empiezo por Estela. Quedo con ella porque sé que sus padres le limitan más las salidas, y luego llamo a Sonia, ella siempre está dispuesta a salir de casa. Le digo hora y sitio y suelta un gritito de bienvenida que me hace muy feliz.

Al llegar al parque encuentro a Rafa sentado en el banco y sonrío, le debe haber llamado alguna de mis amigas. Me siento a su

lado y charlamos un momento.

—¿Siempre llegas a tiempo para ir a las fiestas?

—Las fiestas en La Cruz son lo más importante. No me las puedo perder.

Las chicas no tardan en llegar, él intenta chincharme todo el tiempo con pullitas, pero no le hago mucho caso. Hoy es mi día, el regreso después de algo más de dos meses.

—¡Ya tenemos plan para las fiestas! —suelta Estela frotándose las manos.

—A ver, sorpréndeme.

—Pues hemos alquilado un local con otros amigos —responde Rubén que acaba de incorporarse al grupo, ya estamos todos.

—¿Más gente? —pregunto sorprendida. Siempre me pierdo algo en verano.

—Mi hermano Fran, sus amigos y unos chicos de nuestra clase, Tico y Oliver —responde Rafa apretando mi rodilla para hacerme cosquillas.

Doy un saltito en el banco tratando de desentenderme de su mano y cuando lo consigo me quedo de pie junto a Rubén.

—¡Seremos más de veinte! —grita Sonia feliz.

—¿Eso es bueno? —le pregunto a Rubén en un susurro.

—A ella parece que le gusta. ¿A ti no?

—Me incomoda un poco.

—Te caerán bien. —Rubén me agarra por los hombros y me apretuja contra él—. ¡Ya lo verás, enana!

Después de mil planes y juegos en los que yo parecía el juguete de mis dos amigos, todos se ofrecen a acompañarme hasta casa. Al llegar al portal, deciden ir a acompañar a Estela, de ahí a casa de Sonia y luego ellos a sus casas. Yo me quedo con las ganas de hacer la ruta, pero al final cedo y subo cansada los dos pisos sin ascensor que me separan de la calle.

Las fiestas son lo mejor de La Cruz. Orquestas, feria, concursos de comida, juegos para los más pequeños y, sobre todo, música en la carpa hasta altas horas de la noche. Lo más esperado del año y lo mejor, la fiesta de disfraces.

Unos días antes quedamos. Todos hemos puesto dinero para comprar alcohol y comida para el lugar que han alquilado los chicos, una cochera de uno de ellos, por un precio aceptable, nos ha dejado estar allí. Uno del grupo ha traído unos altavoces y ha instalado todo el cableado para que se escuche bien por el local y prácticamente toda la calle. ¡Como si la cochera fuera una discoteca! Unas neveras mantendrán el hielo a raya y un estante sujetará los paquetes de vasos que hemos comprado. Parece ser que todo está bien planeado.

El primer día de las fiestas la carpa está a reventar. Nosotras tres olvidamos que tenemos un local y terminamos la noche entre risas volviendo solas a casa. Los chicos han desaparecido y nosotras hemos quemado la pista.

—¡Hola, chicas! —saluda Rafa, que nos ha sorprendido apareciendo de pronto en la esquina de mi calle.

—¿Dónde os habéis metido? —pregunta Estela.

—En el local —dice encogiéndose de hombros.

Charlamos un rato y al final mis amigas deciden irse, ya casi amanece.

Para mi sorpresa, Rafa coge mi mano y me retiene antes de entrar en casa. Al hacerlo tira de mí con suavidad y su mirada atraviesa la mía dejándome paralizada.

Siento un estremecimiento que sube desde donde nuestras manos se unen. Mi estómago entra en pánico y siento un vértigo que me pone muy nerviosa invadiéndome por completo.

Su mano libre se desliza en mi cuello y me atrae hacia él con cuidado acariciando mi nuca, yo simplemente me dejo llevar al tiempo que siento como sus labios se pegan a los míos.

Mi primer beso, la suavidad de su contacto hace que me estremezca, mi cuerpo entero cambia de pronto. Quiero más.

Rodeo su cuello notando cómo me excita solo con estar cerca de mí, como cada roce hace que reaccione a ello de una forma que nunca había experimentado.

Su lengua empuja entre mis labios, me dejo llevar y accedo a su invasión ahogando un suave gemido al que él responde pegándome a su cuerpo. Todo se intensifica y parece que mis acciones no me

pertenezcan, que mis movimientos inconscientes me llevan a exigir más de lo que me está dando.

Me pega a la pared ocultándonos de la vista de los pocos que empiezan a pasar por la calle en dirección a sus casas. Su mano se desliza bajo mi camiseta por mi espalda, el contacto de su caricia es una auténtica locura, no sé cómo continuar, solo dejo a mi instinto que haga lo que quiera.

Una inquietud que no había sentido antes se instala en mi bajo vientre. Empujo las caderas buscando las suyas y él coloca sus manos en mi trasero para pegarme a su cuerpo todavía más. Gimo entre sus labios y detiene el beso apoyando su frente en la mía respirando tan agitado como yo.

—Tenemos que parar… —susurra muy cerca de mis labios.

Yo tengo los ojos cerrados. Deseo decirle que no se detenga, que quiero más, pero no lo hago. No quiero estropear el momento. Muerdo mi labio inferior y él acaricia mi cuello y mi mejilla. Tengo la espalda pegada a la pared y estoy deliciosamente atrapada por la persona que amo.

—No te vayas, por favor —suplico notando una vibración en mi piel que nunca había sentido. Todo es nuevo para mí.

—Es muy tarde. Tenemos todas las fiestas por delante. —Se aparta un poco de mí y me mira agarrando mis mejillas con delicadeza y acariciándolas con el pulgar.

No se me escapa lo que ha dicho. Busco en su mirada, que se oculta en la penumbra.

—¿Solo las fiestas?

Se encoge de hombros y se aparta de mí, dejándome un frío en la piel, que no me gusta nada.

—No le cuentes esto a nadie. ¿Vale? De momento va a ser nuestro secreto.

Se da media vuelta y se marcha dejándome de pie en el portal, aún tengo las llaves en la mano y las miro como si no fuera normal que estuvieran allí.

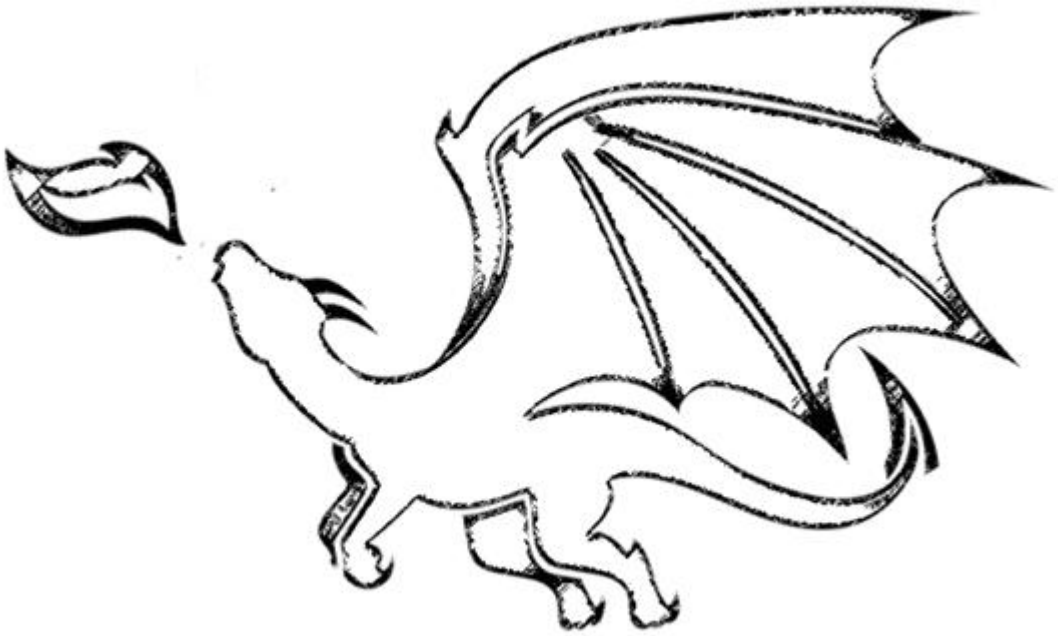
Me acuesto sobre las siete de la mañana. Mi inquietud con lo sucedido no me deja dormir, doy mil vueltas entre las sábanas, excitada por la situación, imaginando como podría haber sido

terminar lo que empezamos, pero sus palabras vuelven a mi mente una y otra vez, rompiendo la magia que trato de crear para olvidarlas.

Me levanto cansada. Agotada por no haber pegado ojo. La comida está en la mesa y mis padres ríen con anécdotas de la noche. Mi madre me pregunta qué tal me fue a mí, pero me encojo de hombros.

Al terminar salgo para ver lo que traman estos en el local. He quedado con las chicas allí. Lo sucedido la noche anterior sigue perturbándome y manteniéndome con la intriga de: ¿por qué no debo contarlo?, ¿por qué dijo que teníamos todas las fiestas por delante?, ¿después no volverá a tocarme?, ¿estamos saliendo?, ¿qué ha pasado? Tengo tantas preguntas que me duele la cabeza y no es resaca.

8



Septiembre 2024

Rubén ha quedado en recogerme a las nueve, la cena es a las diez y me ha dicho de tomar algo antes, así que no he podido rechazar su oferta. Me pongo un vestido corto, sé que son fiestas en La Cruz, así que decido maquillarme y ponerme unos tacones. Dudo que quieran ir a reventar la pista, como hacíamos antes.

Llaman al timbre y antes de abrir observo por la mirilla. Ya no va a pillarme desprevenida quién sea que llame al timbre. Salgo con el bolso en mi mano y Rubén me mira como si le sorprendiera que me haya arreglado.

—¿Qué pasa? ¿Debería haberme puesto más cómoda?

—Estás preciosa, ¿aún buscas un príncipe?

—¿Te estás ofreciendo para rescatarme?

—¡Podría hacerlo, ¿sabes?!

—¡Ariadna! —Nos interrumpe, sobresaltándonos, el grito del alcalde.

—¿Ocurre algo? —pregunta Rubén viéndolo llegar acalorado.

—No, no, solo venía a hacerle una sugerencia a Ariadna.

—Usted dirá.

—¿Te importaría dar el pregón de las fiestas de La Fortaleza? —propone Ramón.

—¿Fiestas? ¿Pregón? —pregunto sorprendida.

—Claro, las fiestas son en tres semanas.

Pienso en la sugerencia y en que Rubén está a mi lado. ¿Me lo está ofreciendo porque soy escritora? Me agarro del brazo del alcalde y tiro de él para llevármelo hacia un lado. Mi amigo nos mira con una ceja levantada, no puedo dejar que se entere de que soy escritora.

—Lo hablamos mañana, no puede decir a nadie en que trabajo. ¡A nadie!

—Solo te lo estaba pidiendo porque eres la última que se ha incorporado al número de vecinos del pueblo.

Asiento varias veces y trago saliva bajando por mi garganta el nudo que se ha formado por el susto.

—Mañana lo hablamos. Gracias.

—No se preocupe, ya lo hablamos en su momento, no lo contaré a nadie.

—Espero que siga guardándome el secreto, puedo meterme en problemas

Se hincha de orgullo por tener un secreto que nadie más conoce y mete las manos en los bolsillos.

—Pues como nueva vecina, contamos con usted para que des el pregón.

Se da la vuelta sin más y empieza a marcharse despidiéndose de Rubén con la mano.

—¿Secretitos con el alcalde? —pregunta mi amigo con los brazos cruzados sobre el pecho y tono burlón—. ¡No sabía que fueras de esas!

—¡Claro! ¿Estás insinuando lo que creo? ¿De esas? —Ríe y me sonrojo—. En realidad, me hubiera gustado que no supierais lo del pregón, para daros una sorpresa.

—¡Te guardo el secreto! —No responde a mi pregunta y hago que se detenga.

—¿De esas?

—¡De las que cuchichea!

Reímos y niego con la cabeza subiendo a su coche.

—¿La hija de Sonia es tu hija?

—Muy aguda. —Mira a los lados para salir de un cruce y por una milésima de segundo sus ojos se cruzan con los míos.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis. Es un peligro con patas. —Sonríe tan ampliamente y tan lleno de orgullo que provoca un efecto de envidia en mí.

—¿La vais a traer a la cena?

—Al final ella ha decidido que venga, todas las decisiones dependen exclusivamente de Sonia. Yo solo me dejo llevar.

—¿Estáis juntos? —En cuanto sale la pregunta de mis labios ya me he arrepentido.

—En una escala del uno al diez… ¿Cómo estás de interesada en saber la respuesta?

—Uno. —No quiero mostrar ningún interés en Rubén y no sé hasta qué punto esta conversación puede estar tergiversando todo.

—Pues no te contesto. —Estira sus labios en una sonrisa traviesa que me provoca un hormigueo en la boca del estómago.

Entramos en La Cruz y pasamos por la avenida donde recogí a Sonia el otro día, hace sonar el claxon y me giro para descubrir a mi amiga saliendo del portal con una pequeña de la mano. La niña saluda y Rubén se dispone a aparcar en la acera de enfrente. Nos separa el paseo y otra carretera que circula en dirección contraria. Así que da tiempo a que ellas lleguen donde estamos.

—¡Papá! —grita la niña saltando a sus brazos.

Es bonita, de pelo rubio como su padre, ojos azules y grandes también como él. La carita es de su madre, eso lo tengo muy claro, ya que éramos amigas desde bien pequeñas y es clavadita.

—¿Te la llevas? Tengo que pasar por casa de mis padres. ¿Por qué no me acompañas, Ari? Seguro que se alegran de verte después de tanto tiempo —sugiere mi amiga que me tiende la mano en un gesto para que vaya con ella.

—Ve, yo guardo sitio en el bar —Rubén tiene a Aitana en brazos y yo solo asiento y me marcho con Sonia.

Paseamos en silencio por la avenida, giramos por una de las calles para dar la vuelta en la siguiente esquina de nuevo, no estamos lejos de su casa y hacemos el recorrido casi en silencio. Al llegar al portal busca las llaves en su bolso.

—No estoy con Rubén. Lo digo porque estoy segura de que te lo estás preguntando. —Saca las llaves señalándome con ellas.

—Tenéis una hija en común, algo hay.

—Solo eso. He visto cómo te mira, así que supongo que le gustas y sé cómo eres. Estoy segura de que no has cambiado nada.

—No quiero una relación, pero sí que me lo he preguntado.

—No sabes las veces que he imaginado que Rafa iba a buscarte y te sacaba de esa casa. —De pronto cambia de tema—. Me daba rabia que vivieras con alguien que nos alejó de ti con mentiras, para cuando nos dimos cuenta de lo que había pasado, era demasiado tarde. Rafa nos dijo que tú eras la que tenía que ver las cosas. Que volverías con nosotros a casa y así ha sido.

Sonia está de pie frente a mí, sujetando la puerta para que no se cierre. No sé qué decirle. Ahora estoy viendo con tanta claridad todo lo que he vivido y porqué lo he vivido así, que me asusta todo lo que puedo descubrir destapando el pasado.

—He vuelto a casa muy tarde.

Ella me rodea con sus brazos en un apretón que parece que está sanando todos los rotos que tenía en mi corazón. La imito estrechándola con ganas y aprieto los ojos deseando que estos últimos años no hubieran sucedido como lo han hecho.

—¿Te hizo daño?

Me separo un poco de ella y la invito a subir para seguirla.

—Ahora estoy bien, he visto la tela de araña que había tejido para mí y la he roto. En realidad, yo solo me dejaba llevar por sus idas y venidas. Él quería ir a algún sitio y yo sabía que si no íbamos

se enfadaba y estallaba en discusiones absurdas que siempre ganaba Nacho, así que al final siempre se hacía lo que él quería por no discutir y meterme en dramas. En mi mente, yo ya había aprendido a manejarlo. Un día me di cuenta de que convivir con alguien a quien amas, no es complacerlo por no discutir. ¿Tarde? Sí, pero al menos me he dado cuenta.

—Imaginaba cosas mucho peores.

—No ha sido tan malo. —Suspiro al decir esas palabras y me deshincho como un globo sabiendo que sí lo ha sido—. Creo.

Entramos en su casa y sus padres me reciben con abrazos y achuchones que agradezco muchísimo. He dormido mil veces en esta casa, me han cuidado como si hubiera sido una más de sus hijas.

Después de mil preguntas y sonrisas melancólicas salimos para ir a cenar, ya que ahora sí que llegamos un poco tarde.

—Desde que has vuelto mi madre preguntaba mucho por ti, así que tenía que traerte.

—Me apetecía verlos. En cuanto pueda, también iré a ver a los padres de Estela.

—Los verás.

Mientras paseamos hacia el bar donde vamos a cenar, Sonia va contándome cosas sobre su relación con Rubén.

—Nuestra relación siempre fue un tira y afloja, ya lo sabes. Llegamos a un punto en que me di cuenta de que mi comportamiento no era muy sano para ninguno de los dos, así que lo dejamos para siempre.

Justo termina su historia al llegar al bar, tomamos asiento y los amigos nos abuchean por haber llegado tarde. Fran también se ha unido a la cena. El bar está hasta los topes. La gente habla y grita. La algarabía solo predice la noche de fiesta que nos espera por delante.

—¡Te has puesto muy guapa! ¿Has quedado con alguien después? —pregunta Oliver.

—Con vosotros, la noche lo requería.

—Bienvenida a casa, Ari. —Oliver levanta la jarra de cerveza y todos lo imitan con sus bebidas para brindar.

Sus palabras remueven demasiadas emociones en mi interior y sonrío melancólica.

Al terminar la cena, alguien pide sidra. «Siguen siendo más de sidra», pienso sonriendo.

—¡Por Rafa! —grita Fran levantando su copa. El bar entero nos escucha y se giran para mirarnos, quedando todos en silencio.

La mesa que hay junto a la nuestra levanta sus vasos poniéndose en pie, el resto del bar los imitan y todos gritan a la vez.

—¡Por Rafa!

Mis emociones se disparan con aquello que parece un homenaje, que no estaba planeado. Las voces al unísono aún resuenan en mi pecho provocando que las lágrimas se agolpen en mis ojos. Miro a mis compañeros de mesa y algunos no las contienen. Bebemos dejando las copas vacías.

Es un pueblo, al fin y al cabo, el ochenta por ciento de la gente que había en el bar conocía a Rafa y a sus amigos.

Estamos paseando sin prisa hacia la plaza donde actuará la orquesta. Ahora ya no van a la carpa, aunque tengo que reconocer que me muero de ganas por echar un vistazo.

Tal vez luego me dé una escapadita para ver si sigue igual. Al llegar a la plaza donde está el escenario montado, los chicos se dispersan y yo me quedo con mis amigas y la pequeña Aitana, que durante toda la cena ha ido de brazo en brazo pidiendo atención y ahora se frota los ojos cansada.

—¿Por qué no hay carros para niños grandes? —Suelta un quejido Sonia al cargar a la pequeña.

—Vete a casa, mamá —bromea Estela.

—¡Que se la lleve Rubén, que yo estoy con mis amigas! —reniega sonriendo y acomodándola con la cadera.

—Mamá, yo quiero contigo. —Gimotea la pequeña haciendo un puchero.

Resopla y suelta una risita, muy pagada de sí misma porque la niña quiera quedarse con ella.

—Chicas, os dejo. ¡Disfrutad mucho y romped la pista!

Dicho eso se da la vuelta y se marcha para acostar a la pequeña.

—Yo quiero ir a las carpas. Luego me pasaré a echar un ojo.

—Aquello está lleno de mocosos —anuncia Estela arrugando la nariz.

—¿Éramos mocosas hace diez años? —pregunto curiosa y bromeando.

—¡Sí! —Agarra mi mano y tira de mí para ir hasta donde están los chicos.

—Me encanta esta canción —dice Tico robando un beso de Estela mientras salta emocionado.

Miro hacia la orquesta y siento como Rubén se acerca por mi espalda.

—¿No te apetece bailar? —susurra cerca de mi oído.

Un estremecimiento recorre mi espalda debido al roce de su aliento en mi oreja.

—¿No lo estoy haciendo ya?

—Conmigo no.

Me agarra por la cintura y trata de guiarme en una bachata, que no se le da nada mal, yo tengo dos pies izquierdos y cuando no lo piso me piso yo misma. Ríe por mi torpeza y me guía en unos pasos sencillos que hacen que nos movamos sin mucho esfuerzo y, sobre todo, que parezca que lo hago bien.

Su cuerpo se acerca al mío de forma peligrosa, noto un estremecimiento por el calor que desprenden las manos que me sujetan. Su colonia vuelve a invadir mis pulmones atravesando cada poro de mi piel. Me excitan sus roces, su cuerpo grande y fuerte.

—No se te da mal del todo.

—Puede que haya encontrado a un buen maestro. —Me hace dar otra vuelta y al tirar hacia él me pega por completo a su cuerpo.

—Cuando quieras puedo llevarte a clases.

—¿Eres profesor de baile? —pregunto intentando disimular mi acaloramiento por su contacto.

—¡No! —Ríe con ganas haciéndome dar una vuelta

Bailamos casi toda la noche, hasta que la orquesta decide que ya es demasiado tarde. Estela me acompaña a las carpas. Tenía razón, estaban llenas de mocosos. Rubén y ella discutieron por quién me llevaría a casa y al final ganó mi amiga. Así que ahora estamos de camino al pueblo.

—¿Te gusta?

—¿Estamos hablando de Rubén?

—Te has pasado la noche bailando con él.

—A ver, como te lo explico… Es más alto que yo, eso ya son puntos. Su cuerpo parece esculpido en piedra —Resoplo recordando las dos veces que mi mano ha pasado por su abdomen mientras bailábamos—. Y su carita…

Las dos reímos con ganas.

—¡Vamos, que está para echarle un polvo! —suelta casi gritando.

—¡O dos!

Seguimos con las risas hasta que llega a mi calle y me bajo del coche con los zapatos en la mano.

—Nos vemos pronto, ya sabes dónde estamos.

Me giro para abrir la puerta y busco la llave, al sacarla del bolso veo que la cerradura está forzada. Me doy la vuelta para llamar a Estela que está dando marcha atrás y corro hacia su coche para detenerla.

—¿Pasa algo?

—Ha entrado alguien en casa. —Mi respiración está agitada y siento que el corazón va a salirme por la boca.

9



Estela echa el freno de mano y baja dejando el vehículo en marcha. Mira a nuestro alrededor y cerca de los contenedores encuentra un hierro largo que agarra con las dos manos.

Nos acercamos juntas hacia la puerta, yo me protejo tras ella.

—Llama a la policía. O a alguien —susurra.

Saco el móvil, mis manos tiemblan tanto que no acierto a llamar. Empuja la puerta con el palo y mira hacia adentro, pero solo se ve la mesa de mi escritorio en el salón.

—¿Quién anda ahí?

Por unos segundos contengo la respiración esperando una respuesta.

—¿Entramos? —propongo, a lo que Estela asiente y nos disponemos a pasar cuando escucho un bufido de Michu. Sale disparado hacia la puerta y se escapa corriendo, casi volando como un rayo.

Grito asustada, mirando como huye despavorido y tiro de mi amiga para alejarla de la entrada.

—¡Llama a los chicos, a la policía, pero llama a alguien! —ordena Estela demasiado alterada.

—No es necesario que llames a nadie, soy yo, nena.

Nacho se asoma apoyando el brazo en el marco de la puerta. Me agarro con fuerza a la camisa de mi amiga y ella levanta el palo hacia él.

—¿Qué haces en mi casa? —Mi voz no es firme y mis rodillas se han aflojado.

Miro preocupada a mis espaldas para ver si está Michu, pero no lo veo por ningún lado.

—Si estamos casados, esta también es mi casa, ¿no te parece? Una duda, ¿de dónde has sacado la pasta para comprar esta chabola?

—Lárgate… —No me atrevo a decir más.

—No pienso marcharme. —Muestra una sonrisa afilada que no me gusta nada.

Parece que está borracho. Así que solo se me ocurre contraatacar. Estela se interpone para que me calle, pero mi valor sale de algún lugar que no reconozco.

—Si no te vas llamaré a la policía. —Aprieto los puños apartando a mi amiga.

Lo encaro levantando la barbilla para mostrarle que no le temo. Por dentro soy papilla, mis músculos tiemblan como si supieran que la cosa no va a salir bien.

Sus labios se estiran más en una provocación clara. Mi estómago da un vuelco y doy un paso atrás. Antes de darme cuenta me ha agarrado de la nuca para que no me aparte.

Tira de mí con fuerza haciéndome entrar en casa, para luego girarse hacia Estela y con la voz más letal que le he escuchado nunca, le dice:

—Márchate. No quiero ver a nadie por aquí.

Cierra de un portazo encarándome y en estos momentos solo puedo pensar en Michu. No entiendo a mi maldito cerebro. Tengo tanto miedo a lo que pueda pasarme que no puedo moverme.

—¿Crees que ahora podemos hablar en serio? —Solo puedo asentir, sigo anclada al suelo—. ¡Bien! Pues vamos al sofá tan bonito que nos hemos comprado.

Su caminar es algo torpe y se deja caer sentado, dando dos palmadas a su lado para que me una a él. Trago saliva y le sigo, definitivamente está borracho.

—¿Qué quieres de mí? —Intento hacer que hable, para alargar el tiempo y ver si viene la policía.

No sé si es lo que debo hacer, pero ahora mismo necesito entretenerlo. Imagino que Estela ha ido a buscar ayuda.

—¡Eres mi mujer! Quiero charlar contigo, follarte y comer juntos. En nuestra nueva casa, por supuesto.

Llego al sofá, pero me niego a sentarme a su lado. Como respuesta agarra mi mano de un zarpazo y estira de mí con brusquedad haciéndome caer sobre su regazo.

No sé cuánto tiempo más podré contener las lágrimas. Sus dedos se deslizan por mi muslo, ya que el vestido se me ha levantado y veo como su mano desaparecen entre mis piernas.

—Ahora no —digo notando como me falla la voz porque está intentando encontrar el borde de mis bragas—. Por favor —suplico tensa.

Su mirada atraviesa la mía, saca la mano de entre mis piernas y la desliza por mi mejilla apartándome el pelo de la cara con brusquedad.

—¿Quién te va a querer a ti? Soy lo único que tienes. —Su mirada de desprecio crea un nudo en la boca de mi estómago.

—¡No necesito que nadie me quiera! —pronuncio cada palabra con los dientes apretados.

—¡Me has abandonado! ¿Sabes lo solo que me he sentido? —grita levantándose, lo que me hace caer frente a él, chocando con la mesa de centro.

No puedo aguantarlo más y las lágrimas comienzan a derramarse por mis mejillas. El corazón me va a mil por hora y trato de secarme la cara, pero el miedo me ha superado y en vez de simples lágrimas estoy gimoteando como si fuera el final de mi mundo.

—No me pegues…

—¡No puedo pegarte! ¿Estás loca?

—¡Me estás asustando! —grito, sintiendo como mis pulmones se desgarran y como mi corazón se rompe en mil pedazos.

Va a la cocina y se pone a preparar una cafetera, yo lo observo desde el suelo sin saber si levantarme o quedarme muy quieta para así pasar desapercibida.

—Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad? ¡Te amo!

—Pues márchate de mi casa.

Se da la vuelta para mirarme apretando la cafetera italiana con fuerza. La pone sobre el fuego y vuelve al salón tendiéndome la mano para ayudarme.

Agarro con miedo su mano y él me sujeta con firmeza tirando de mí. Estoy demasiado cerca de su rostro, desliza sus dedos por mi mejilla y cierro los ojos para no verlo. La caricia se alarga hasta mi nuca y me besa. Aprieto la boca para no responder a su beso, aunque el miedo me tiene paralizada. La bilis sube por mi garganta amenazando con echar fuera la cena.

—Bésame.

—Suéltame.

Lo hace y va a la cocina para poner los cafés, deja dos tazas en la mesa del salón. Durante un buen rato estamos en silencio, tomando ese café que me sabe a traición, dolor y mentiras.

El timbre me sobresalta y lo único que se me ocurre es gritar pidiendo auxilio, pero cuando voy a hacerlo, su mano se aferra a mi antebrazo para que no me mueva y la mirada dura que me dedica me deja sin aliento.

—No abras —ordena con tono enfadado.

No, ya no voy a caer en sus redes, he tardado demasiado tiempo en romper su tela de araña.

—¡Policía! —gritan desde fuera.

—¡Abre la puerta desgraciado! —La voz de Rubén resuena al otro lado.

—No te metas en más líos, abre la puerta… —Trato de sonar autoritaria, pero me falla la voz por el miedo.

Con zancadas largas y firmes se dirige a la entrada y abre de un tirón acomodándose el pelo.

—¿Está todo bien, señor?

—¡Mi amiga vive sola y está ahí dentro, este tipo la tiene atrapada, dejaros de gilipolleces! —grita Rubén.

—Sacadme de aquí, por favor —murmuro temblorosa, sabiendo que les ha llegado mi voz dejando ir todo ese miedo convertido en lágrimas.



Para cuando me doy cuenta estoy sentada en el sofá arropada con una manta. Estela se ha sentado a mi lado, me frota el brazo abrazándome y Rubén trajina en la cocina. Los tres estamos en silencio esperando que lo sucedido se borre, pero no lo hará.

—Te vienes a mi casa —sentencia Rubén detrás de nosotras.

—No, gracias.

—No estoy preguntando.

El tono de su voz hace que me gire, lo veo de cara al fregadero, agarrado con fuerza al borde del banco. Me reclino contra mi amiga soltando un suspiro suave.

Voy a ceder, no puedo quedarme aquí ahora mismo. No tengo ganas de pelear con nadie y mucho menos de estar sola.

Nos trae unas tazas con una infusión bien caliente y se sienta frente a nosotras en la mesita pequeña.

—En mi casa estarás más segura hasta que todo pase.

—Nunca me ha puesto la mano encima.

Estoy mirando hacia mi escritorio, el ordenador está en el suelo. Me levanto alterada al descubrirlo y voy a ponerlo en su sitio, toqueteo todo con ansiedad y al darle a una tecla la pantalla de bloqueo salta y el recuadro de la contraseña aparece en el centro.

—Menos mal…

—¿Qué pasa? —pregunta Estela.

—Tengo un secreto que no puedo dejar que él sepa, pensaba que había… entrado y lo había descubierto. Lo ha intentado, pero no ha podido.

—¿Por qué no puedes dejar que se sepa?

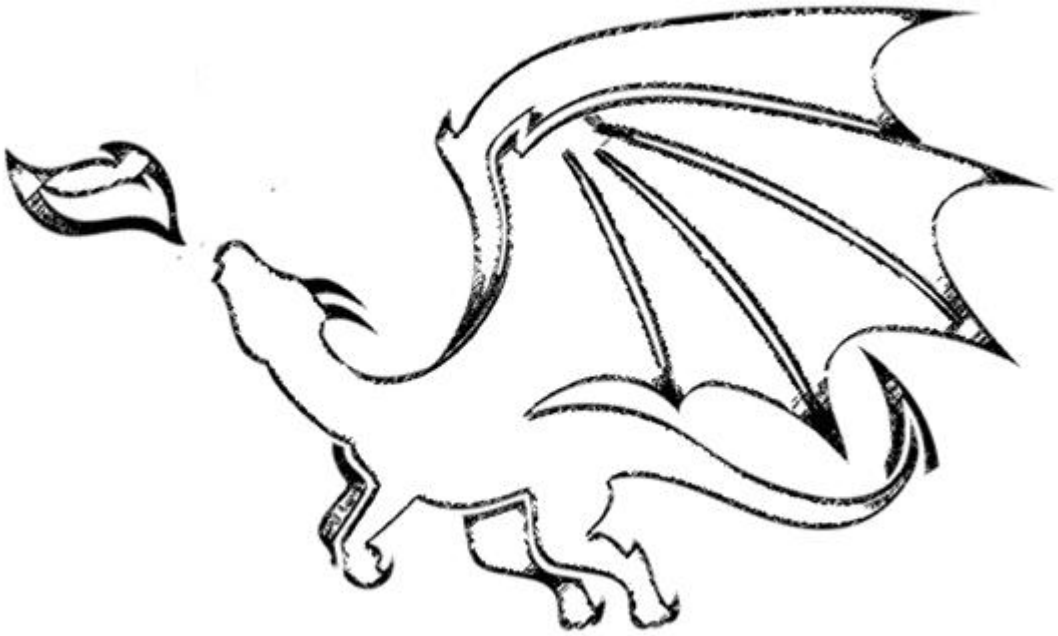
—Él, él no puede saberlo. Cuando todo termine, seré libre. —Mi mente está confusa, las palabras se mezclan en mi cabeza.

Mi voz se rompe en un sollozo, tanto tiempo escondiéndome de sus ataques, capeando sus insultos, destrozada por sus miradas. Mi vida durante los últimos diez años no ha sido fácil. Darme cuenta de ello tan tarde fue lo peor de todo.

Rubén me rodea en un abrazo y mi cuerpo se tensa, noto la calidez y susurra palabras de aliento junto a mi oído acariciando mi espalda. En un momento saco todo el aire de mis pulmones y me acomodo contra su pecho relajándome. «¿He sentido miedo de él? No, él me da paz, pero el primer reflejo ha sido apartarme», pienso en mi reacción, ya que nunca me había dado miedo un abrazo.

—Ari, vámonos. Recoge tus cosas. —Me agarra de los hombros para mirarme a los ojos mientras me habla.

10



Al entrar en su casa hay un recibidor con un pequeño mueble de cajones, junto a él unas perchas y un banco donde dejar los zapatos y las chaquetas. Su casa huele a colonia de niña y la ropita de la entrada me dice que pasa mucho tiempo con su padre.

En el salón está todo recogido, un escritorio de niña junto a la ventana me vuelve a recordar que no vive solo y los juguetes en la caja de al lado, muestra que es un hombre ordenado, cada cosa está en su lugar.

Pasamos por un largo pasillo que lleva a la cocina y las habitaciones, abre la puerta de una que parece estar desocupada, sin mucha decoración.

—Puedes guardar tus cosas aquí. Te prepararé algo caliente, aún no has dormido y casi es medio día.

—No, no me prepares nada, solo quiero dormir.

Asiente taciturno y luego me deja sola, hay dos camas entre ellas una mesilla de noche, y a los pies, un armario. Me echo en una de ellas, la más alejada de la puerta, me cubro con el cobertor, más por protección que por frío y me acurruco contra la almohada. Durante un buen rato doy vueltas, una y otra vez trato de conciliar el sueño, pero lo sucedido no me deja descansar. El cansancio termina por llevarme al mundo de los sueños, donde me atrapan las pesadillas. El rostro de Nacho es el gran protagonista de mi duermevela.



Al día siguiente todos vienen de visita. Temo la reacción de Sonia al verme en la casa del padre de su hija, pero muy al contrario de lo que imaginaba, agradece a Rubén que cuide de mí. La niña juega con sus cosas y le dice a su padre que quiere quedarse a dormir, pero su madre intercede diciéndole que no.

Esa solución no termina de convencer a la niña, pero su padre le promete chuches si se porta bien y su madre lo mira con una ceja levantada, amonestándolo en silencio. Aitana se queda mucho más contenta con esa solución.

Me duele molestar a la pequeña, pero ahora mismo no soy capaz de volver a mi casa.

Durante unos días Rubén y yo adoptamos una rutina, él va al gimnasio y algún día ha ido a llevar a su hija a extraescolares, así que se mantiene ocupado y continúa con su vida. Mientras está en casa, tenerlo cerca empieza a resultarme demasiado cómodo. Sus roces ocasionales, la voz suave cuando se dirige a mí o cuando

charlamos hasta altas horas de la madrugada, se convierte en una rutina a la que podría acostumbrarme. Tiene una risa contagiosa que calienta mi alma cada vez que lo escucho.

Me ha acompañado a ver a Paloma, mi abogada. Los tres fuimos a la policía para seguir los formalismos para una orden de alejamiento que pueda protegerme. Unos días más tarde ya estaba tramitada y yo un poco más tranquila.

El alcalde de La Fortaleza me ha llamado para acordar el pregón. El tiempo que debe durar y más o menos lo que tengo que decir, aunque con esto último ha sido muy tolerante, dice que hable de lo que quiera, pero que mencione que he crecido en el pueblo.

He abierto un par de días el ordenador y he visto lo último que escribí en el documento, inventé que Rafa me besaba, que me tocaba. Nunca lo hizo.

Trato de escribir, de ponerme al día con los retrasos editoriales que llevo, pero todo lo que avanzo lo borro, solo puedo recordar lo que me hizo Nacho, y eso no me deja volar a ese mundo donde Rafa sí me amó y esa historia de ficción que intento hacer mía.

—Tengo que volver a casa —digo al mismo tiempo que pongo la mesa.

Rubén me mira de soslayo y frunce el ceño. Mis músculos se tensan e inspiro, imaginando lo que va a decirme, seguro que pone alguna traba para que no vuelva, me va a convencer para que haga lo que a él le venga mejor y yo cederé porque soy débil, una estúpida que no sabe lo que quiere. Empiezo a machacarme emocionalmente y siento que voy a derrumbarme.

—¿Cuándo?

—Pues había pensado volver hoy o mañana como mucho.

Asiente y frunce los labios en una mueca infantil.

—Me vas a dejar solito… Cuando quieras te llevo, no hay problema.

Suelto todo el aire de mis pulmones y luego rio aliviada dejando ir toda la tensión.

—Pues mañana. —Empezaba a montarme una película y al final no ha pasado nada.

—Vale, desayunaremos y luego te llevaré.

11



Necesito recuperar mi independencia. Además, el pregón del pueblo es en unos días. Tengo que volver, no puedo esconderme para siempre.

He llamado a mi psicóloga, estoy yendo a verla desde hace mucho tiempo, cuando me di cuenta de que algo raro pasaba en mi casa. Empecé pensando que era cosa mía, que me estaba volviendo

loca, todo lo que me pasaba me llevaba al punto de vista de Nacho, de que yo era un mal bicho. Sin decírselo a nadie fui a visitarla y al final fui consciente del problema. La psicóloga me hizo abrir los ojos y empecé a ver las artimañas de mi marido.

—¿Estás segura de que quieres volver a tu casa?

—No, pero debo hacerlo.

—¿Me mudo contigo?

Río mientras cargo la mochila que tengo entre manos.

—No, gracias, pero puedes venir cuando quieras.

—Lo haré. —Sus ojos azules me atraviesan en una promesa silenciosa y me acerco hasta él para darle un abrazo y un beso en la mejilla.

En estos días su contacto y cercanía se han vuelto seguros. Cuando me besó en la mejilla porque se marchaba y por primera vez me dejaba sola en su casa, casi acaba con mis nervios. Luego al volver se acercó a mí y me dio otro en la frente, su mano se apoyó en mi brazo, al hacerlo una sensación agradable me recorrió por completo.

El contacto suave y casual se ha convertido en algo natural. Nacho nunca me daba un beso al despedirse o regresar y aunque los besos de Rubén son más bien fraternales, me gusta lo que siento cada vez que lo hace.

Salimos hacia mi casa y por el camino noto una sensación en mi vientre que me tiene con náuseas todo el tiempo. El miedo a encontrarme con el caos me está trastornando.

Al llegar, el alcalde está rondando por mi calle, una pequeña grúa levanta a un hombre que está atando unas luces. Durante estos días se han preocupado por mí y me han llamado para saber cómo estaba.

Carmen, mi vecina, aparece en su puerta con Michu en brazos y se acerca hasta nosotros. Me localizó poco tiempo después de lo sucedido para decirme que ella cuidaría del pequeño.

—Michu, ¡por Dios!

Lo agarro llevando la nariz hasta su cabecita y oliendo su pelo, luego le doy un suave beso y sus uñas se clavan en mi jersey tratando de subirse a mi hombro para que lo abrace.

—Entró en mi jardín, ya sabes que le gusta venir a verme. Luego me enteré de todo. Lo siento mucho.

Si tenía alguna duda de que todo el pueblo estaba enterado, Carmen me lo ha confirmado.

—Estoy bien, muchas gracias por cuidar de mi pequeño.

—No te preocupes de nada, no volverá a entrar nadie en el pueblo sin que nos enteremos —suelta el alcalde mirando hacia la parte baja de la carretera que serpentea hasta el cruce de La Fortaleza—. Hemos instalado un sistema de vigilancia y una alarma avisa cuando pasa un coche. Como aquí no viene mucha gente, no va a resultar molesto. Ya hacía tiempo que queríamos hacerlo, nos has dado la excusa perfecta.

Inspiro conteniendo un suspiro de alivio. Aprieto los labios y luego sonrío.

—No sé cómo agradecerle todo esto.

—¿Diciendo quién eres en el pregón?

Miro hacia Rubén que me observa con una ceja levantada y mi mochila en la mano.

—¿Quién se supone que eres? —pregunta el rubiales con curiosidad.

—Ariadna. —Sonrío nerviosa y asiento mirando al alcalde—. Luego hablamos usted y yo.

—Me parece bien, tenemos que acordar unas cuantas cosas y un par de eventos a los que quiero que asistas. Aunque mi idea es que vengas a todo.

—¿Hay comida? Porque yo también me apunto —bromea Rubén riendo.

Observo su gesto travieso y mi corazón parece haberse tomado una pausa para arrancar en una apresurada palpitación. Llevo mi mano al pecho y aparto la mirada. Estos días me hace sentir cosas que no me apetece tener en cuenta ahora mismo.

—¡En el noventa por ciento de los actos hay comida! —Ríe el alcalde con ganas.

—Pues cuente conmigo y mis amigos.

—¡Genial! Nunca habéis venido cuando me secuestraban y ahora quieres hacer acto de presencia en todos los eventos. —Apoyo una

mano en la cadera mostrándome algo molesta.

—¡Tenías un dragón! No necesitabas amigos, princesa.

Niego conteniendo la risa y veo la confusión en el rostro de mis vecinos.

—Está loco, no le hagan caso.

Nos despedimos, yo con Michu en brazos y Rubén cargando mis cosas.

Al entrar en casa suelto al gato que se va feliz a tumbarse en su torre gatuna. Encuentro las cosas por en medio. No toqué nada el día que me fui, así que está todo tal cual. De pronto me asalta la duda de que tal vez hizo algún destrozo en el resto de la casa. Miro la escalera con miedo y Rubén apoya la mano en mi espalda y me empuja un poco para que suba.

—Estoy contigo.

Sus palabras son la fuerza en mis piernas. Asiento y pongo el pie en el primer escalón.

—No puedo… —Inspiro agarrando aire. Rubén pasa por mi lado y veo su mano tendida frente a mí.

—Vamos, no sé a qué tienes miedo, pero lo revisaremos todo con lupa y luego me quedaré a dormir.

Ahogo un grito y le doy una palmada, él ríe entre dientes, atrapa mi mano y sube tirando de mí para que lo siga.

—Gracias.

—He pensado que puedo mantenerte ocupada.

—¿Qué? —Me detengo a medio camino de subir un escalón y lo miro confundida.

Se gira con su sonrisa traviesa dibujada en los labios y me guiña un ojo.

—¿Estás mal pensando? —Ríe con ganas y llegamos arriba.

Revisa los dormitorios, todo bien. Entra al baño de mi habitación y no encuentra nada, yo voy tras él, observando todo con meticulosidad. Abro armarios y cajones revisando que todo esté en su sitio, incluso miramos debajo de las camas.

—Tengo una teoría: vino y se quedó esperándote abajo mientras se metía entre pecho y espalda todo el licor que tenías en casa. —Se apoya en la pared del descansillo.

—Lo he pensado.

—¿Me quedo a comer?

—¿Solo piensas en comida? —pregunto burlona.

—¡Y en entretenerte!

Resoplo y veo como se dispone a bajar, lo sigo de cerca y antes de que decida si se marcha, le ofrezco unos espaguetis.

—Prefiero una tortilla de patatas.

—Yo quiero que me hagan una, no sé hacerlas.

Rubén abre mucho los ojos y da una palmada dirigiéndose a la cocina para ponerse manos a la obra.

—Estoy pensando cuál sería la mejor forma de mantenerte ocupada, ya tengo dos opciones.

—¿De qué narices estás hablando?

—Bailar y cocinar. Hay cursos en La Cruz.

—Al baile no te voy a decir que no, lo de cocinar…

—No se hable más, esta tarde hablo con Maica y te apunto, viernes por la tarde en la escuela de danza.

—¿Tenéis una escuela de danza?

—¡Claro! Aitana está apuntada a *ballet*. Hay bailes de salón, y creo que flamenco también.

—Apúntame.

Saca los utensilios que ha estado buscando, lo he dejado hacer porque me gusta mirar cómo se mueve, parece un felino, seguro de sí mismo, buscando en una cocina ajena. Pasa un par de horas en el gimnasio al menos cuatro días a la semana. Tiene un cuerpo fuerte en el que me encantaría perderme.

Descubro a mi mente pensando en fechorías y me zarandeo mentalmente.

Mi amigo y salvador se enzarza en una lucha con sartenes y patatas que me deja por un rato embelesada. Pienso en si alguna vez he estado tan cómoda con Nacho en casa y eso me da que pensar.

—Nunca.

—¿Nunca? A ver, princesa de la torre de La Fortaleza, ¿en qué estás pensando?

Lo miro decidiendo si contárselo.

—No he tenido el mejor matrimonio del mundo.

—Yo no me he casado y tampoco he tenido suerte, Sonia es una narcisista.

Trato de no reírme y niego con la cabeza.

—Sonia es maravillosa.

—También. ¿No tienes cebolla?

—¡Hablo en serio! No, no tengo…

—¡Y yo! —dice muy indignado blandiendo la espátula en mi dirección—. Cuéntamelo —continúa esta vez más serio y apoyando la cadera en el banco de la cocina.

—Me mangoneaba, no me sentía cómoda en casa, hacía cosas que me mantenían alerta, no sé cómo explicarlo. Llegué a pensar que todo era cosa mía. A ver… no es que fueran malos tratos, es solo que sus contestaciones a veces me hacían parecer la villana. Él se comportaba como si fuera una víctima, manipulándome para que yo hiciera lo que él había planeado desde un principio. Vestirme a su gusto, maquillarme cada día, no hablar con ciertas personas o cuando no era necesario.

—Eso son malos tratos. —Su gesto es serio y ahora mismo aprieta la espátula con fuerza entre sus dedos.

No sé qué responder y veo como se gira para preparar los huevos y el resto de la tortilla, sigue con unos movimientos que parece tener ensayados. Al terminar la tortilla la deja sobre la mesa y aplaudo feliz al ver la formita redondeada y perfecta que le ha quedado.

—Ahora solo falta que esté buena.

—¡Está deliciosa! No creas que he olvidado que estábamos hablando de ti, y no de tortillas de patatas.

Estas dos semanas en su casa se ha portado como un caballero, pero mi mente no paraba de hacerse ideas raras imaginando posturas escandalosas en su dormitorio. «Te hablas a ti misma como si estuvieras en una novela romántica», pienso resoplando.

—Me obligó a dejar el trabajo, para poder quedarme en casa y tener hijos y bla, bla…

Dejo de hablar del tema, empiezo a sentirme incómoda y ridícula, cada cosa que cuento sobre mi matrimonio, que en su momento me

pareció de lo más normal, ahora mismo lo veo como si hubiera estado totalmente ciega en cada momento de mi vida.

—Quedarse en casa para criar hijos no es malo, si realmente quieres hacerlo.

Busca en mi congelador y al final suspira aliviado sacando una barra de pan, luego la descongela y va poniendo la mesa.

—Sabes que es mi casa, ¿verdad?

—Estoy pensando que si quieres puedes pagarme un sueldo y yo hago el papel de esclavo.

—¡Interesante oferta! ¿Y cuánto me cobrarías?

—Depende. —Su voz ahora es más profunda y su mirada acaba de impactar con la mía dejándome casi sin aliento.

—Me niego a preguntar.

Suelta una risotada que me parece demasiado atractiva y se sienta frente a mí en la mesa.

—De lo que me obligues a hacer. ¡Eres una mal pensada!

—Me pagan por imaginar cosas. Por cierto, ¿en qué trabajas?

—Estoy de vacaciones, pero se terminan el lunes, vendo coches de segunda mano.

—Pero, ¿vendes?

—¿Me has cambiado de tema, princesa? Primero, explícame lo de que te pagan por imaginar y segundo, retoma el tema del que estábamos hablando.

—Recuerda, teletrabajo. ¿Vendes algún coche?

Ríe, me coge el plato y me sirve un pedazo de tortilla, asintiendo en respuesta a mi pregunta.

—Creo que podría dejar el trabajo si me pagases bien, el de cuidarte me gusta más. ¿Qué te hizo darte cuenta de que ese no era tu lugar?

Dando un rodeo me ha devuelto a la conversación inicial.

—Verás, hace tres años, decidí que quería escribir.

—¿Escribir? ¿Cómo?

—Pensamientos, historias, inventarme personajes.

—¿Libros? —Asiento y él se inclina hacia la mesa como si fuera a confesarme un secreto—. Sé cosas.

Entonces recuerdo los libros de Rafa en su casa y pienso si él me habrá leído.

—Quiero saber lo que sabes.

Se levanta limpiándose las manos en una servilleta, la suelta sobre la mesa y camina hasta una estantería que hay junto a la puerta del jardín para traer uno de mis libros.

—He leído este.

Un peso enorme cae de mi cuerpo liberándome de un secreto que no podía seguir guardando, mi pasión, lo que más feliz me ha hecho en los últimos años.

—Por eso sugirieron hacer el pregón, pero Nacho no puede enterarse. Aún no.

—No te preocupes por eso, solo lo sabíamos Rafa y yo, y lo del pregón, todos tus amigos iremos a verte muy orgullosos. Sigue contándome la historia.

Por un momento retrocedo en el tiempo mientras me llevo un trozo de tortilla a la boca, trato de recordar que activó la alarma en mi cabeza.

—Supongo que el no poder quedarme embarazada me invalidaba para ser perfecta para su plan.

—¿No puedes tener hijos?

Me encojo de hombros, no quiero tocar ese tema y sigo devorando un pedazo de tortilla.

—¡Um! Qué rica, me gusta mucho. —digo mirando la tortilla para cortarme otro trozo.

—Seguro que no tanto como tú a mí.

Rubén sigue comiendo como si no hubiera dicho nada, yo he visto mi matrimonio fallido pasar frente a mis narices en un instante, después de sus palabras.

—Rubén… yo…

—Sigue contándome tu historia.

—No es como si me hubieras dicho que te pasase la sal.

—Es la primera gota de muchas que voy a dejar caer hasta que la princesa decida domar a su dragón, matar al príncipe y marcharse con el vendedor de coches.

Nos observamos por un momento, su mirada brilla en un azul más claro que nunca. Está vendiéndome su alma. No tengo ansiedad, ni me siento acosada, solo necesito pasar más tiempo junto a él, pero no quiero que lo sepa.

—No puedo aventurarme a algo ahora mismo y luego… también está Sonia.

Su mano se estira y con el dorso acaricia mi mejilla, luego la retira y sigue comiendo.

—Sonia ha tenido otras parejas, y yo tengo que seguir adelante con mi vida. Tú eres la que tiene el poder de cortar por lo sano, o esperar para ver qué nos depara el futuro.

—Voy a rechazarte.

—Yo insistiré.

El silencio después de esas palabras se alarga, estirándose y enredándose en una conspiración con mis nervios por ver quién aguanta más, si el silencio o mi miedo.

—Sigue contándome tu historia. Sabes que me importa. —Rompe el silencio y se dedica a quitar la mesa.

Bajo la mirada, me froto las manos y pienso en lo que acabamos de hablar, no quiero iniciar nada, cuando aún no he salido de mi nefasta relación.

—Empezaré por el principio, y así entenderás por qué no voy a aceptar estar contigo.

—No te estoy pidiendo matrimonio, solo que me dejes sacarte de la torre, podemos llevarnos al dragón.

Inspiro con fuerza, voy a seguir contándole mi historia.

—A los dos años de casarnos todo iba de lo más bien, o eso creía yo. Un día decidió que debía quedarme en casa, descansar, desconectar y tratar de cuidarme mucho para ver si así me quedaba embarazada. Fueron pasando los años y no conseguíamos nada. Así que le sugerí que fuéramos a ver al médico, pero me dijo que era culpa mía, que encima que había dejado el trabajo y estaba ociosa por casa no era capaz de lo más básico, follar y parir.

Rubén inspira con fuerza y se da la vuelta para mirarme. Estaba de cara al fregadero y yo le estoy llevando los platos de la mesa.

—Ahí empezó todo. Quedaba con sus amigos y yo le decía que hacía mucho que no os veía a vosotros y siempre me decía que me habíais dado la espalda, que yo debía quedarme en mi casa para limpiar y recibirlo a él cuando llegase.

Apoya su mano en mi mejilla y cierro los ojos sintiendo su contacto suave.

—¿Por qué no lo viste?

—Porque me sentía sola y perdida, porque él me hizo ver que, si no estaba a su lado, nadie más querría estar conmigo, sus palabras tejieron una tela de araña demasiado consistente, incluso me peleé con mi familia por su culpa.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Cuando quise convertir mi sueño en realidad. Cuando supe que lo que yo quería iba por delante de lo que él decía. Me dijo que no valía para nada, que para escribir hay que saber y yo no sabía nada, era boba y estaba podrida por dentro, ni hijos podía darle. Tuve momentos felices, la verdad es que todo no fue malo.

—Cuéntame uno.

—Pues la boda de mi prima, por ejemplo.

—¿Él hizo que te sintieras feliz?

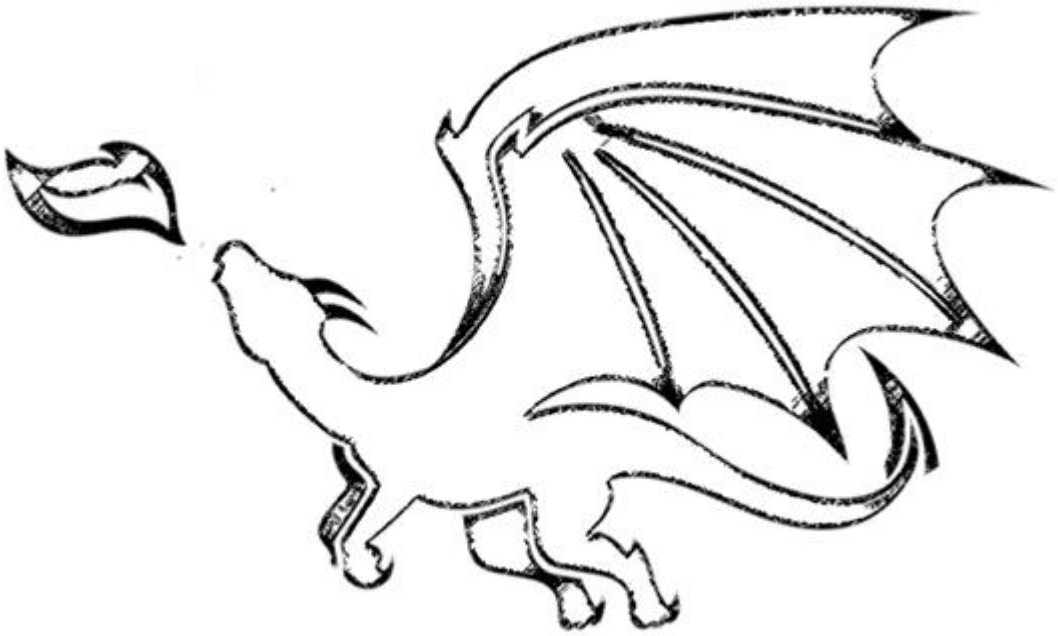
Pienso en lo que me ha preguntado, recuerdo aquel día en concreto, la boda, el banquete, la familia. No, ese recuerdo no me lleva hasta él.

—Estoy yendo a una psicóloga. Empecé a pensar que algo no estaba bien conmigo.

Rubén desliza la mano por mi cuello y me atrae contra su cuerpo, por un segundo me tenso, pero su olor me calma, su cercanía y su calor consiguen que me relaje y olvido lo que estábamos hablando.

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Y ten clara una cosa. —Se aparta un poco deshaciendo el abrazo—. Yo siempre estaré aquí.

12



Al final consigo deshacerme de Rubén que empezaba a ponerme demasiado nerviosa. Voy de camino al ayuntamiento, sé que no hay nadie ahora mismo, pero no podía quedarme en casa. Mientras subo hasta la plaza me encuentro con Paco, uno de mis vecinos, y hablamos un rato, me sugiere que compre alguna cabra que me irá bien para el corral, habla de mi casa como si hubiera vivido en ella y me confiesa que era la casa de su abuela y la de su tía, aunque ahora está más nueva y mucho más bonita, desde que los ingleses la reformaron.

Me voy sabiendo mucho más sobre mi hogar, su abuela dio a luz allí, a sus cinco hijos, y dos de estas también tuvieron a los suyos en la misma casa. Es una casa hospital. Rio por mi ocurrencia al tiempo

que llego a la plaza y Consuelo me detiene para preguntarme cómo estoy. Ya conozco a casi todos los del pueblo y hasta sus nombres.

Al sentarme en el banco de piedra para admirar las vistas, suena mi móvil y miro la pantalla.

—Dime, Alex.

—¿Sabes que sufro del corazón?

—Creo que no me lo habías dicho nunca.

—¡Necesito tener algo para ayer!

—Si me metes prisa no llegaremos a ninguna parte.

—¿Qué está pasando contigo?

Por unos segundos pienso en todo lo que estoy viviendo estos días y decido contarle parte de lo sucedido, al menos no es una excusa, es un parón que no puedo controlar. Todo lo que estoy viviendo no me deja concentrarme.

—Alex, estoy teniendo problemas. Me he separado hace un par de meses y no estoy en mi mejor momento, he empezado a escribir, pero no tengo nada terminado.

Escucho un resoplido, luego un golpe como si hubiera dado un puñetazo a algo y por último un gemido lastimero.

—Este mes no vas a darme nada, ¿verdad?

—Solo tengo cinco capítulos escritos, lo que te pasé el otro día, he tenido un problemilla en mi casa, entraron a robarme hace dos semanas.

—¡Dios, Ari! ¿Estás metida en un agujero negro de desgracias?

—¿Sabes cómo salir?

—Tienes que contarme estas cosas, yo necesito saber por qué no sale nada de tu cabecita, soy como tu padre, tu psicólogo y el loco del látigo, ¿entiendes?

Sonrío pensando en que siempre está pidiendo y pidiendo, no parece un psicólogo y mucho menos mi padre.

—Intentaré terminar algo pronto, pero no me presiones.

—Voy a probar a ser un buen chico.

—Me alegra oír eso.

Durante un buen rato estoy disfrutando de la brisa cálida de principios de octubre, las fiestas de La Frontera a la vuelta de la esquina y tengo que hacer el pregón. Pienso que me falta poco y no

tengo mucho que decir, pero esta noche sin falta me siento a ver qué sale, el alcalde quería verlo, así que estoy en serios problemas.

El coche de mi padre pasa por el cruce que entra al pueblo. He oído la alarma que acaba de sonar, estoy cerca de la puerta del ayuntamiento. Tomás sale y se estira desperezándose, se asoma a la baranda mirando a lo lejos.

—Buenas tardes, muchacha.

—Hola, Tomás. Es mi padre, no te preocupes.

—Ya veo. Igual bajo a saludarlo luego.

—Bien, se lo diré.

Me despido y emprendo el camino hasta mi casa, llegando justo a tiempo de que aparquen en la puerta. Mi madre sale del coche dispuesta a darme un abrazo y la recibo con un buen apretón. Me niego a soltarla y al llegar mi padre nos envuelve con cariño a ambas.

—¿Por qué no te has quedado con nosotros estos días? —pregunta mi madre algo molesta, agarrándome de las manos para que no me vaya.

—No quería preocuparos.

—Carmen nos dijo el otro día que estabas en casa de Rubén y hoy al ir allí, él nos ha enviado aquí.

—Deberías habernos llamado. ¿Qué te ha pasado? Porque esa parte no nos la han contado —dice mi padre con el ceño fruncido.

—Entrad en casa y os lo cuento.

La cuestión es que no quería que se enterasen. Solo a mí se me ocurre pensar que no les llegaría el chisme, si son amigos del alcalde y de todo el pueblo de La Fortaleza. Después de preparar café para ellos y una infusión relajante para mí, salimos al jardín para sentarnos en el porche.

—En este corral mataban cerdos antes —comenta mi padre haciendo que los pelos se me pongan de punta.

—¡Papá!

—Yo he estado aquí ayudando. Ahora parece una terraza de un hotel —continúa diciendo como si nada.

—¿Qué le pasa a ese Nacho? —se pregunta a sí misma mi madre muy preocupada.

—Nunca me cayó bien —apunta mi padre entre sorbo y sorbo.

Mi madre me sugiere quedarse a dormir conmigo y yo le digo que no varias veces, pero sigue insistiendo, llaman al timbre y al salir encontramos a Ramón, el señor alcalde y a Tomás en la puerta, mi padre les da la mano y se quedan los tres en el salón charlando.

Nosotras volvemos al jardín y mi madre me agarra de la mano cuando me siento.

—Ari, cielo, dime que estás bien.

—Estoy bien.

—Ari… con el corazón en la mano.

—Estoy.

La frase en la que no se vale mentir para mi madre, es: con el corazón en la mano. Ahí tenemos que decir la verdad, sí o sí.

—No sabes el disgusto que me he llevado cuando lo estabas contando. No me atrevo a dejarte sola.

—Creo que debo seguir con mi vida.

—Que tu matrimonio haya sido…

—¿Un truño?

Descarta mi respuesta con un manotazo y mira hacia la piscina. Suspira con desgana y se levanta para ir hasta los pequeños árboles que hay al fondo.

—La vida no es solo casarse porque la sociedad lo diga y aguantar contra viento y marea lo que venga. Es amar lo que haces, con quien estás y la vida que estás viviendo. Amar, simplemente. —Va caminando por el jardín mientras habla.

La observo desde el borde de la piscina donde me he sentado, viene donde estoy y se sienta conmigo y vuelve a suspirar.

—Estoy sufriendo tanto —murmura abrazándome.

—Estoy bien, mamá.

—No lo estás, sé que eres dura.

—Mamá, voy a necesitar que te marches, porque tengo que trabajar, y quiero seguir con mis cosas.

Sé que si no insisto terminará quedándose, ella siente mi malestar y no va a dejarme tranquila hasta que se salga con la suya, pero debo ser firme.

—Rubén ha estado muy preocupado por ti, ¡llevarte a su casa y todo!

—Se ha portado muy bien, sí.

—Siempre mirándote como si fueras parte de su existencia. —Suspira y sonríe como si le hiciera ilusión cómo me mira Rubén.

—¿De qué estamos hablando ahora?

—De que siempre ha estado enamorado de ti.

—¿Quieres hacer el favor de no decir más tonterías? —Empiezo a sentirme incómoda con la conversación.

Mi madre suelta una carcajada y agarra mis manos.

—Estoy a una llamada de teléfono.

—Sí, mamá. Lo sé.

Nos abrazamos y se levanta dispuesta a marcharse, yo suspiro aliviada al ver que al fin ha cedido y ya se van.

Mi padre me da un abrazo y me quedo en la puerta de mi casa junto a Tomás y el alcalde.

—¿Ramón? Creo que ya sé lo que voy a decir en el pregón. Mañana lo subiré al ayuntamiento y lo hablamos.

El hombre asiente y mete las manos en los bolsillos.

—¡Me parece bien!

—Que tengas una buena noche, muchacha. —Se despide Tomás con un movimiento de la mano.

Entro en casa y cierro con doble vuelta y echo el cerrojo. Voy hasta la cocina y cierro también las puertas de cristal del jardín, no sin antes comprobar que Michu está en casa.

Suspiro tranquila, ya que al fin estoy sola y puedo sentarme a escribir un rato.

Septiembre 2006

Aquel año las fiestas estaban siendo sonadas, al menos para mí. Sentir sus caricias en mi piel. Mi primera vez con la persona que más amo. Rafa me había robado todo, desde el sueño hasta el sentido.

Durante los cuatro días que duró no me había dejado ni a sol ni a sombra. Tampoco nos habíamos dejado ver mucho, íbamos a su casa en el campo, con la moto y allí pasábamos el día. Entre risas y besos nos descubrimos contándonos secretos que solo nosotros conoceríamos.

Al volver a las clases, el frío llegó a mi vida como una bofetada de realidad. Rafa no me dirigía la palabra. Podía estar teniendo una pesadilla, pero no, estábamos en el instituto y no me miraba ni a los ojos, cambiaba de pasillo o cruzaba de acera.

Durante la semana ni nos habíamos cruzado casi, sin embargo, las pocas veces que lo habíamos hecho ya no era el mismo.

El primer día lo pasé entre malos pensamientos y razonamientos que no me llevaban a ninguna parte, el segundo me dio por llorar, lloré como una tonta, pero no le conté a nadie lo que me estaba pasando. Así sucesivamente hasta el viernes que quedamos para salir con los chicos, y yo salí decidida a recuperar lo que me pertenecía.

Al llegar al parque está solo él, en el banco. Me siento a su lado y no dice nada.

—¿Se puede saber qué coño me estás haciendo?

Se gira a mirarme y frunce el ceño como si estuviera cabreado con mis palabras, conmigo más bien.

—No te hago nada, te he dado lo que querías, no puedo darte más. ¿Te crees que no me duele?

—¿Te duele girarme la cara después de que te di todo? ¡Hasta me acosté contigo!

—No podemos seguir, ¡no podemos!

—¿Acaso estás loco?

Octubre 2024

El cursor parpadea en la pantalla, decido borrar todo hasta el punto en el que ambos empezamos con aquel romance. Me decido al fin a escribir lo que realmente sucedió en aquellas fiestas.

Septiembre 2006

Empiezan las fiestas y todos estamos un poco excitados. Hemos reunido un buen grupo de amigos, somos más de veinte, contando a los amigos del hermano de Rafa.

La primera noche, las chicas la pasamos en la carpa disfrutando de la música y olvidando que teníamos bebida y comida en el local que habíamos alquilado, la cochera de uno de los amigos de Fran.

El segundo día es el concurso de tortilla de patatas del pueblo, ese día vamos al local, ya que no nos interesa lo que están haciendo, bebemos y cenamos allí con el hermano de Rafa y sus amigos. Fran está a mi lado y tontea conmigo más de la cuenta. El alcohol deja fuera de juego a Estela, y Sonia la lleva a casa, yo voy con los chicos a la carpa. Aquella noche, no veo a Rubén y a Rafa.

—¿Te acompaño a casa? —pregunta Fran.

—Sí, no me apetece volver sola.

Caminamos hasta mi portal en silencio y al llegar, me detengo para darle las gracias, él me rodea la cintura y me besa.

En un primer momento, me quedo paralizada, no espero eso del hermano de la persona a la que amo, no espero su contacto y no sé cómo reaccionar.

Al final me cuelgo de su cuello rodeándolo con mis brazos y sigo su beso dejándome llevar. Me siento excitada y me gusta como besa, es mi primer beso y eso lo hace mucho más atrevido.

Él se marcha y yo subo a mi casa agotada y sonriente. Llego a mi cama y al echarme y apagar la luz, mi mente vuelve al beso. He besado al hermano de Rafa.

—Soy idiota…

El alcohol podría ser una excusa, pero no, la curiosidad y el qué podría pasar si dejase de querer a Rafa, pudo conmigo.

—Solo quiero no quererte.

Fran no intenta nada más, él toma distancia y yo lo agradezco, a Rafa casi no le veo el pelo y al terminar las fiestas volvemos a la rutina, en ella incluyo ser la mejor amiga del hombre que amo. Porque es a lo único que aspiro, ser su mejor amiga.

Un par de semanas después Fran se presenta en mi casa, nervioso. Deja caer el peso de su cuerpo de un pie al otro hasta que al fin se apoya en un coche que hay tras él.

Bajo para ver qué quiere y lo encuentro apoyado en un coche mirando al suelo y con las manos en los bolsillos, es guapo, de pelo negro, con la piel bronceada, pero no es Rafa.

—Siento haberte besado.

—No te disculpes. Fue cosa de los dos.

—Es que creo que te gusta mi hermano y bueno, fui un idiota.

—Sí, me gusta tu hermano. —Hago una pausa y miro al suelo pensando en qué decirle —. Estoy enamorada.

Levanta la vista por primera vez para observarme con atención. Me apoyo junto a él en el coche y me encojo de hombros.

—No sé por qué te seguí el beso.

—A mí me gusta Sonia.

Los dos estallamos en carcajadas y al final nos relajamos un poco. Solo fue un momento de locura.

—No le he contado nada a Rafa —continúa explicando.

—Ni yo a nadie —respondo cansada.

Me tiende la mano y con una sonrisa deslumbrante espera a que la agarre.

—Prometo no contarlo nunca.

—Y yo. Lo prometo.

Y así sellamos el que fue uno de los mayores errores de mi adolescencia.

Rubén pasa por mi casa justo cuando estamos chocando las manos y se detiene frente a nosotros mirando nuestro gesto.

Fran me suelta de golpe y lo observa.

—¿Qué tramáis? —pregunta con curiosidad.

—Estamos pensando en comprarle un regalo a mi hermano para su cumpleaños —miente y se marcha dejándonos solos.

La mirada azul y cristalina de mi amigo me atraviesa como si pudiera hurgar en mi cerebro.

—¡No me mires así!

—Voy a por Rafa, ¿te vienes?

—Ya que estoy en la calle…

Paseamos despacio, él camina con las manos en los bolsillos.

—¿Todo bien con Sonia? —pregunto por curiosidad.

Aprieta los dientes marcando así más su mandíbula y se detiene para mirarme.

—No hay nada con ella. Supongo que me equivoqué.

—Bueno, lo que importa es que no vayáis a toda prisa y os metáis en algo que no queréis.

Su mirada cambia, no la aparta de la mía, brilla con más intensidad y su gesto se tensa.

—Pues eso he hecho, meterme donde no quiero y cagarla, pero bien. Porque donde quiero entrar no sé si podré hacerlo algún día, por idiota.

—¿De qué hablas?

Se gira y sigue andando, no responde a mi pregunta y llegamos a la casa de nuestro amigo, donde su madre nos deja pasar y nos ofrece una merienda que aceptamos con gusto.

Rubén bromea conmigo y hablamos de lo que vivimos estas fiestas, me entero en esos momentos de que Rafa estuvo con alguien y que se enrollaron. Al principio sale el tema sin querer y luego les sigo el juego, con todo el dolor de mi corazón para que se abran a mí y no me dejen fuera. Escucho las batallitas de ambos y me remuevo inquieta, fingiendo una felicidad que no siento. Muriéndome un poco por dentro al descubrir que lo que yo anhelo se lo ha dado a otra.

Fran nos sorprende uniéndose a nosotros, y justo Rubén vuelve a sacar el tema de la chica. Nos miramos unos segundos y suelta que él también besó a alguien. El corazón se me dispara, solo quiero que el suelo se abra y desaparecer en las profundidades de la tierra. Froto las manos en mis vaqueros, estoy acelerada.

—¡Pero, Fran! —salta Rafa dándole una palmada—. ¿Quién era? ¡Venga cuéntanos!

—¿Quién fue la tuya?

En ese momento descubro su juego, quiere sacarle información, hacerle daño con lo que hicimos, aunque me da miedo, quiero gritarle que fui yo, que su hermano me besó a mí, pero me muerdo el labio con ansiedad, todo esto me supera.

—Pues no la conocéis es una forastera, vino solo a las fiestas.

—Yo besé a una de vuestras amigas.

El silencio se hace en la mesa. Rubén lo mira con mala cara.

—¿Quién? —pregunta muy serio. Al volverme hacia él descubro que tiene los puños apretados sobre las rodillas.

—No puedo dar nombres.

—Ari no ha sido, estoy seguro, ella me lo hubiera contado. Somos amigos. —dice Rafa como si nada.

Rubén me mira de nuevo y luego a Fran.

El aire se detiene en mis pulmones llenos hasta los topes. La situación me da miedo, parece que va a estallarme en la cara. Suelto el aire despacio y al terminar miro al primer chico que me ha besado en mi vida y asiento. Estoy enfadada porque el muy imbécil se ha liado con una y me lo ha contado como si fuera una hazaña. Yo también sé jugar.

—Pues mira, sí, fue ella.

El silencio me deja paralizada. Mis dos amigos me están mirando, yo no puedo apartar la vista de Fran que está frente a mí. Rubén agarra mi antebrazo y me giro hacia él.

—¿Está mintiendo?

Niego y al hacerlo se levanta para marcharse y dejarme con los dos hermanos. Rafa no me quita el ojo de encima, cuando Fran suelta lo que mi mente no deja de repetirme.

—¿Disfrutaste con la forastera? —pregunta con tono jocoso.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Igual que lo haríais vosotros dos.

Me levanto empujando la silla con fuerza y cae al suelo, miro a ambos al borde de las lágrimas y me marcho a toda velocidad sin despedirme.

Fuera está Rubén, paseando de un lado a otro sin alejarse mucho, diez pasos, los cuento mientras él no me ve, no puedo

seguir adelante sin echarme a llorar y parece que el punto donde estoy me mantiene con fuerzas.

—¿Estás contenta?

Asiento. Se detiene y viene hacia mí, apoya sus manos en mis hombros y justo en ese momento me echo a llorar como una idiota.

Rubén se queda quieto un momento y al final me abraza con fuerza para consolarme.

—Tranquila…

—Todos tomamos malas decisiones, ¿no?

—Todos.

Siento sus manos fuertes protegiéndome mientras mis lágrimas se derraman con ganas por mis mejillas, mientras las sacudidas de mi llanto hacen temblar su pecho.

Octubre 2024

Resoplo, trato de recordar el momento y aprieto los ojos casi llorosos. Sí, esta sí es mi verdad. Pienso un momento en aquel abrazo de Rubén, intento recordar ese día, es como si lo estuviera viviendo ahora mismo.

—¿Estabas llorando también? —Pienso en voz alta.

Releo lo que he escrito, ahora no sé si sucedió algo más, arreglo los estropicios de escribir a toda velocidad y cierro el documento para abrir otro en blanco.

Tengo que ponerme con el pregón.

—¿Lloraba? ¿Rubén estaba llorando? —No puedo quitarme esa idea de la cabeza.

Mientras mis dedos vuelan por el teclado escribiendo lo que ya tenía pensado, trato de buscar en mi memoria lo que realmente pasó aquel día.

Todo estalló sin yo buscarlo, la rabia de escuchar a Rafa contando que había tenido un lío con alguien me puso tan nerviosa que solté la bomba. Pienso por unos segundos deteniendo mi escritura. «El asunto no pareció afectarle, pero a alguien más sí que

le afectó. No, debe ser por el tiempo que ha pasado, que me hace ver cosas que no son».

Termino con lo que estaba y subo para acostarme. Es tarde, pero me voy a la cama satisfecha con lo que he escrito. Durante la noche, cualquier ruido me despierta. He cerrado la puerta del dormitorio y abajo está todo cerrado a cal y canto.

13



Es temprano cuando salgo a dar un paseo con mi pregón impreso en el bolsillo. Voy a subir a la torre y cuando baje pasaré por el ayuntamiento para ver lo que tiene pensado. Mañana empieza la fiesta y quiero dejarlo todo zanjado, las circunstancias me han hecho ir con el tiempo justo.

El paseo me sirve para pensar cómo debo seguir con la novela, quiero que quede bien y no estoy yendo por el camino que me había planteado en un principio.

Quería inventarme una historia de amor entre Rafa y yo, esa que no hubo, pero cuando invento algo, acabo borrándolo.

Me siento en lo más alto y cierro los ojos recordando mi infancia y cuando era una adolescente, esos días que vivía entre La Cruz y La Fortaleza, donde mis padres tiraban de mí de un lado para otro, vacaciones, fines de semana y puentes largos, aquí, el resto del año en La Cruz.

Observo los siete pueblos que conforman los torreones que protegían al pueblo más grande y recuerdo la pregunta de Rubén, inocente pero bonita. «¿Cada torre tenía a su princesa?» Cierro los ojos tratando de imaginar cómo sería una historia así.

Sacudo esas ideas intentando borrarlas y me levanto dispuesta a bajar de nuevo. Esa historia la escribiré en otra ocasión, quien sabe, fantasía medieval.

Al llegar al parque, miro hacia la entrada del pueblo. Mi casa es la primera que hay al llegar, así que miro la zona de aparcamiento que delimita el barranco, con un muro de piedra que sujeta toda La Fortaleza. La muralla construida para que la princesa no escape.

—¿En qué piensas? —pregunta el alcalde.

—En que cuando era pequeña solo quería huir de aquí. Mi padre decía, si pasas el muro te tiraré de las orejas.

El alcalde ríe entre dientes y asiente pensativo.

—Este pueblo debió ser muy aburrido para ti.

—Yo quería estar con mis amigos en La Cruz, consideraba el venir aquí, como un castigo maligno. Por cierto, traigo el pregón —digo sacándolo del bolsillo.

—Pues si quieres nos sentamos al solecillo y lo leo.

No me desagrada la idea de tomar el sol mientras él me lee, así que asiento y le tiendo las dos hojas de mi discurso.

El alcalde termina la lectura mientras yo veo dos pajarillos peleando por un pedacito de pan que hay en el suelo. Sonrío por la belleza de algo tan simple.

—¿Sabes qué pienso?

—Necesito que me lo diga.

—Es maravilloso como has reunido todas esas palabras para describir el pueblo al que no querías venir y en el que te has quedado a vivir.

—Gracias —respondo emocionada y recogiendo mi pregón.

—Bien, te informo de que tienes que abrir las fiestas con el pregón y asistir a la cena de gala. Nada, una cena aquí en el parque, vamos a poner unas mesas y unas estufas con una carpa que traen en un rato. Es el mismo lugar donde darás el pregón, solo que cada grupo se instalará su mesa.

»Tus amigos pueden asistir a lo que quieran, gratis, por supuesto. Al día siguiente hacen una misa en la ermita y luego subimos todos juntos a almorzar a la torre. Luego libramos hasta la hora de la comida, que también me encantaría que asistieras, ya que viene el alcalde de La Cruz y algún que otro concejal que se cree medio importante, ¡bueno, así lo piensan ellos! Ven, te voy a dar el orden del día, para que no te pierdas nada.

—¿Qué? Pero, Ramón, yo no quiero todas estas obligaciones.

—Eres lo más importante que nos ha pasado en mucho tiempo, déjanos disfrutar de ti al menos estos días.

—El problema va a ser mi marido. Espero que no se entere de todo esto.

Ramón se detiene a medio camino de la puerta del ayuntamiento y se gira para mirarme muy serio.

—Entiendo. No diremos en ningún momento que eres escritora, pero sí diremos que eres una nueva vecina, y esto ya lo sabe él, ¿no? —Asiente un par de veces y se frota la barbilla—. Avisaré al pueblo para que no digan nada sobre tu trabajo secreto.

—Os lo agradecería, mucho. Ya sabes que mi marido es un problema para mí ahora mismo.

—Si es un problema para ti, lo es para el pueblo. Nosotros cuidamos de los nuestros.

Después de esa charla, gracias a la cual me siento más segura del lugar donde vivo, bajo a mi casa sin mucha prisa y al llegar al portal encuentro una cesta de mimbre vacía con una nota dentro.

Si llenas la cesta, te llevo a merendar.
Rubén

—¡Serás caradura! —río lanzando la nota en la cesta y entro en casa con ella en la mano.

Me dispongo a comer y echo un ojo al portátil que me hace ojitos desde el escritorio. Como buena escritora pongo el ordenador en la mesa del comedor y mi plato con los cubiertos. Voy leyendo lo último que he escrito mientras pincho distraída de mi comida.

Al terminar, empujo el plato y pongo el portátil frente a mí para seguir escribiendo.

31 de diciembre de 2006

Hemos quedado para cenar en casa de Sonia, también irán los chicos, así que me visto todo lo sexi que puedo. Una faldita corta con medias negras y unos zapatos de tacón cuadrado y algo de plataforma, para la parte de arriba he buscado una blusa de botones, así salgo de casa recatada y luego abro un poco.

Mientras camino con la comida que me tocaba llevar a la cena, los dulces, escucho que alguien me llama. Después del encuentro de fiestas no he visto casi a Rafa, digamos que me evita, Rubén ha empezado a salir con Sonia de nuevo y tenemos nuevas incorporaciones, Oliver y Tico.

En cuanto termine la cena, tengo claro que me voy de fiesta con otro grupo, ya he quedado con Fran, el hermano de Rafa y con sus amigos. No tengo ganas de pasar tiempo con ellos, estar cerca de él, me duele demasiado.

Cenamos, la cosa no va mal, nos zampamos las uvas y al final brindamos con sidra, la bebida que elegimos todos por mayoría absoluta para el brindis. La cena transcurre entre risas y anécdotas. Rafa evita mirarme, las chicas me apoyan y están más pendientes de mí. Me ha dado por beber cualquier tipo de alcohol que he pillado a

mano y trato de asimilar la incomodidad que siento desde que he entrado en la casa.

—Me tengo que ir, chicos. Disfrutad de la noche.

—¿No te quedas? —pregunta Rubén haciendo que me detenga.

—Pues no me apetece, la verdad. La cosa está un poco tensa.

—Si es por mí, eres tú la que me evita. —Esta vez es Rafa el que interviene.

—Parece que has olvidado que en los últimos meses no has quedado con nosotras para nada. ¡Casi tres meses! —digo tratando de controlar mi mal humor y lo que el alcohol está haciendo en mi cabeza. No estoy borracha, pero sí entonada.

—No he podido.

—Ya claro…

—He estado enfermo —dice muy serio.

Todos lo miramos sorprendidos. Rubén es el único que parece saber de qué va.

—¿Esperas que te crea?

—No, pero tampoco quiero que te vayas. Me prometiste que serías mi amiga…

—¡A las amigas se les cuenta que estás enfermo y no se las da de lado!

Me tiende su móvil con el teléfono de Fran en la pantalla.

—Llámale, le preguntas y luego le dices que no irás con ellos. —Sonríe casi con miedo.

Cojo el móvil y llamo, mientras los tonos suenan no le quito el ojo de encima, está pálido. Tal vez veo lo que quiero ver. Su hermano descuelga al otro lado y le pregunto por lo de la enfermedad. Me dice que le están dando quimioterapia. Casi se me cae el teléfono al suelo, el miedo me invade y de pronto necesito sentarme. Estoy tan asustada que los temblores me hacen pensar que voy a caer al suelo. Rubén me ayuda a sentarme y Rafa coge el móvil y le dice a Fran que no pase a por mí, que me quedo con él.

—Te necesito, quiero recuperar a mi amiga.

No puedo evitar echarme a llorar, la cerveza y el Peche me están jugando una mala pasada.

—¿Te vas a morir?

—No —responde Rubén con tono enfadado.

—Estoy mejor. —Sé que miente, su mirada me lo dice.

—Deberías decirnos la verdad —dice Estela que también está llorando a moco tendido.

—Vaya mierda de Nochevieja… —se queja Tico que deja un botellín de cerveza con más fuerza de lo normal en la mesa.

—¡Se va a poner bien! —Rubén aprieta los puños, su enfado es por el miedo. Lo conozco demasiado.

Nos quedamos haciendo preguntas a Rafa. ¿Cuánto tiempo de tratamiento le queda?, ¿dónde está yendo a que se lo pongan?, ¿quién lo acompaña? Y un sinfín más que responde con demasiada paciencia. Sonia propone salir a dar una vuelta y lo hacemos. Por el camino Rafa coge mi mano y tira de mí para que camine a su altura dejando al resto más adelantados.

—Te vas a poner bien. —No le estoy preguntando, solo quiero estar segura de lo que va a pasar.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, pensaba que no querías saber nada de mí después del numerito en tu casa.

—Fran no es bueno para ti, pero si quieres estar con él, lo respeto. Tú decides.

—Yo estoy enamorada de ti. —Me giro para enfrentarlo, mirándolo a los ojos con seriedad.

Entrelaza sus dedos con los míos estrechando mi mano y sonríe con tristeza.

—Yo… No puedo corresponderte.

Intento soltarme de su agarre, pero no cede. Me resigno a seguir cogida de su mano, sin dejar el paseo.

—¿Estás enamorado de alguien?

—¿Ahora mismo? De la vida, quiero aferrarme a ella con todo lo que venga. Quiero vivir cada día como si fuera el último. Hoy podría serlo.

Me detengo con el corazón desbocado, pero su sonrisa triste frena mis palabras. Iba a decirle que no dijera esas cosas, que iba a estar bien, pero me he dado cuenta de que lo que ha dicho es algo que necesitaba soltar. Suspiro agachando la cabeza.

—No quiero verte triste, tu sonrisa siempre me anima —continúa hablando—. Cuando me diagnosticaron, hacía solo unos días del incidente en mi casa, no lo habíamos hablado, ni sabías por lo que estaba pasando. Me sentía solo. No podía dejar de pensar que iba a morirme y que tú estabas enfadada por aquello.

—Tenía más miedo que enfado. Habías estado con una chica y me lo estabas contando como si fuera una hazaña.

—¡Quiero poder contarte estas cosas! —Se detiene sujetándome para que lo mire.

—No… Eso no es justo para mí. ¿Te parece muy egoísta?

—No, me parece humano.

Sus dedos se deslizan por mis mejillas y se enredan en el pelo de mi nuca, que se está soltando del recogido que me ha hecho mi madre. Da un paso hacia mí y nuestros labios se unen en un beso suave que poco a poco va intensificándose. Mi cuerpo parece que flota sobre el suelo, sus dedos en mi nuca, son como fuego y su lengua en mi boca me excita llevándome hasta un punto de no retorno. Lo amo.

Octubre 2024

Borro ese último párrafo. Cada vez que intento introducir el beso, me suena todo a hueco. Quiero un punto de enlace donde él se da cuenta de que me ama, pero, ¿dónde?

El timbre me sobresalta y me levanto para abrir, no sin antes cerrar la tapa del portátil. Rubén me está mirando con un plato tapado con aluminio y una botella de vino.

—He traído algo de comida.

—Menos mal, porque si tengo que llenar la cesta comemos alfalfa, te lo aseguro.

Se pone en pose pensativa y sonríe ampliamente, provocando que mi corazón se caliente un poco, latiendo algo más rápido.

—Creo que si merendamos los dos alfalfa podría soportarlo, pero empiezas tú.

Río con ganas y entra en casa entregándome la botella. Deja el plato sobre la mesa y mira el contenido de la cesta que sigue vacío.

—Me he entretenido con el trabajo. Dame un momento y me cambio de ropa.

—Estás genial así.

Me quedo paralizada mirando mis vaqueros desgastados y la camiseta que llevo.

—¿No vamos al campo?

—Sí, pero no a hacer alpinismo.

Voy hasta la nevera y saco un táper que contiene algo de jamón serrano y queso. En uno de los armarios tengo pan de molde y lo pongo sobre la mesa para preparar unos sándwiches.

—¿Te gusta muy cargado? —digo levantando una loncha de jamón en el aire.

—¡Siempre!

Hago dos para cada uno y los envuelvo para meterlos en la cesta. Luego añado unas manzanas y una tableta de chocolate negro.

—¡Listos!

Levanta una ceja, saca el chocolate y arruga la nariz.

—¿Esto se come?

—A mí me gusta.

—Soy más de chocolate con leche, cuanta más mierda tenga, mejor está.

—¡Qué burro eres! Y, ¿dónde se supone que me vas a llevar?

—Pues… había pensado que como tú eres de la zona, seguro que conoces alguna ruta de senderismo sencilla.

—¡Qué cara más dura tienes! —Saco la nota de la cesta y se la paso para que relea sus propias palabras—. Tú ibas a llevarme a algún lado.

Se encoge de hombros con esa sonrisa traviesa que me encanta.

Desde mi casa hay una senda que descubrí de pequeña junto a mis padres y le propongo dar un paseo por allí, ya que lo recuerdo como un camino corto que nos trae de vuelta llegando hasta la torre

por el otro lado. Llamo a casa para que mi padre me diga lo que se tardaba en ir y volver y me dice que un par de horas.

Me explica que solo tenemos que cruzar un par de calles para encontrarnos con un cartel que señaliza varias rutas y que nos guía por la montaña hacia varios puntos, en el plano se ve con claridad que la única que va y vuelve por lugares distintos es la que yo había propuesto.

Cogemos la cesta y salimos por mi calle hacia la salida del pueblo, allí hay un aparcamiento y un banco de madera, junto al acceso de la senda hay unos planos y unas indicaciones que parecen bastante sencillas, aunque llegados hasta este punto creo que recuerdo el camino sin necesidad de planos.

Iniciamos la ruta y, como la senda no es muy ancha, tenemos que ir uno tras otro pisándonos los talones. Llegamos a un árbol gigantesco donde el camino se ensancha. Le cuento a Rubén que es un viejo árbol centenario y camina directo hacia él para rodearlo en un abrazo.

—¿Se te ha ido la pinza?

—Puede, pero no podré abrazar nunca otro árbol como este. ¡Ven conmigo!

—Ni de coña…

—¡Así podemos comprobar si llegamos a agarrarnos de las manos! ¡Venga, ven!

—No me vas a hacer abrazar un árbol.

—Lo estás deseando, ven.

Al final cedo, no sé lo que me hace acercarme hasta el dichoso árbol y rodearlo en un abrazo, la mano de Rubén alcanza la mía y agarra la punta de mis dedos, al otro lado no llegamos a tocarnos. Por un momento y sin que él me vea, cierro los ojos y pego la mejilla a la rugosa madera. Inspiro despacio y suelto el aire con lentitud. Al abrir los ojos miro hacia arriba para encontrarme con sus ramas repletas de hojas y sonrío.

—¿Cómo te sientes?

—Demasiado bien, se me hace extraño —susurro volviendo a cerrar los ojos.

—Entonces me alegra haberte obligado a abrazar un árbol. ¡Ahora yo también quiero uno, tengo celos del tronco!

—¿Un qué?

—No te hagas la tonta, ¡un abrazo!

Suelta el árbol y estira los brazos hacia mí para que lo haga.

—¡No pienso abrazarte!

—Te estás haciendo la dura, los dos lo necesitamos.

Su mirada cristalina atraviesa la mía y me pone algo nerviosa. Sonríe ampliamente y mueve las manos en un gesto para que me acerque a él.

—No pienso hacerlo. —Arrugo el entrecejo y cruzo los brazos sobre el pecho.

—No muerdo.

Me quedo en silencio observando la escena y por un momento pienso en cómo me sentiré. Inspiro, miro el árbol y doy dos zancadas hacia Rubén, para rodearle con mis brazos.

Él hace lo mismo estrechándome contra su pecho y me dejo llevar notando que por primera vez no siento el rechazo inicial que suele invadirme con el contacto.

Desde el secuestro de Nacho, sus roces ocasionales y sus besos amistosos me causaban un pequeño vértigo interior, que me dejaba paralizada unos segundos. Hoy no.

El olor de su perfume me trae paz. No, no es el perfume, es su abrazo, su calor.

Por unos minutos el silencio me lleva a escuchar el canto de los pájaros, su respiración y sus latidos. No quiero que me suelte.

Su mejilla roza la mía rascando mi piel con su barba de un par de días, me atrae hacia él estrechando más el abrazo si es que se puede.

Su cara se esconde en mi pelo suelto, inhalando el olor de mi champú. Sus labios rozan mi oreja incitándome a que tome la iniciativa, provocándome un estremecimiento.

—¿Por qué hueles tan bien? —murmura.

No soy capaz de pronunciar palabra, anhelo mucho más. Quiero que bese la piel que hormiguea bajo su aliento reclamando un roce algo más tangible.

Estiro el cuello hacia un lado, dándole acceso, diciéndole sin palabras que deseo lo que me ofrece y en ese momento el contacto de sus labios en la base de mi cuello me provoca una vibración en toda mi piel, hasta el punto de sentir fuego en mi vientre.

Nunca he sentido una excitación así. Cierro los ojos gozando de su contacto, de la forma en que me tiene sujeta, la brisa sobre mis mejillas, algo más fría en el interior del bosque.

Deshacemos el abrazo y nos miramos, por unos segundos, me quedo atrapada en esos ojos azules, inmóvil ante la idea de la distancia entre nuestros cuerpos.

—¿Seguimos? —pregunta refiriéndose al paseo.

Asiento, algo turbada por la situación y empezamos a caminar de nuevo. Rubén está muy pendiente de mí, agarra mi mano para ayudarme a superar algún obstáculo o me coge de la cintura cuando saltamos alguna roca para dejarme él mismo en el suelo.

Todos sus roces y agarres me recuerdan lo ocurrido antes y me hacen sonrojar. Pienso en ello y de pronto vuelvo a desear que esté entre mis brazos.

Llegamos a lo más alto de la torre, nos reciben las vistas a las otras torres y ponemos la pequeña manta que he traído en el suelo para sentarnos alrededor de la comida.

—¿Rubén? —Estoy deseando invitarlo a quedarse a cenar y lo que surja, pero me quedo en silencio y no sé qué decir a continuación.

—¿No piensas decirme lo que estás pensando? —suelta deteniendo el sándwich a medio camino de su boca.

—Se me ha olvidado. —Me hago la loca y rebusco en mi cabeza, solo deseo decirle que se quede esta noche en mi casa, pero no lo haré.

—Eso es la edad, ¡estás vieja! —Su tono es burlón y su sonrisa, como siempre, traviesa.

Le lanzo un pedazo de pan y el ríe con ganas. Si realmente supiera lo que provoca su simple presencia en mis emociones, no sé lo que pasaría entre nosotros. Tal vez terminaríamos haciendo algo de lo que luego me arrepentiría. Nada de ataduras, ya sé lo que resulta de estar con alguien. No voy a volver a caer.

—Estoy pensando que cuando pasen las fiestas de La Fortaleza podríamos salir a cenar o a ver una película.

—¿Cine? —Apoyo un dedo en la barbilla y pienso en lo que era ir al cine cuando aún iba—. Hace siglos que no voy, concretamente, la última vez que fui aún salía con vosotros.

—¿Con Nacho no ibas?

Niego y rebusco entre mis recuerdos. Pienso en cómo era esa faceta de mi vida, pero no hay nada.

—No, ir a ver películas era una pérdida de tiempo.

—¿Eso piensas? —Me encojo de hombros ante su pregunta—. ¿Y cómo te cogería de la mano si no es en la penumbra de una sala de cine?

Me sonrojo y aparto la mirada buscando alguna pelusa inexistente sobre la superficie del mantel.

—No voy a dejar que me cojas de la mano —digo muy seria.

—Sí, lo harás, y además me besarás en una de esas butacas.

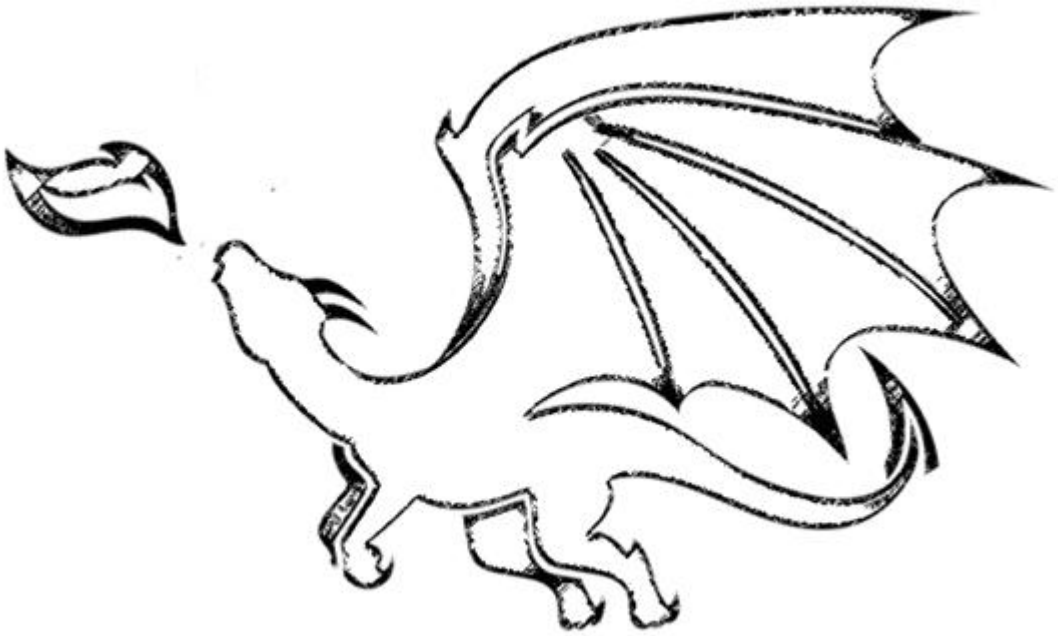
Me remuevo inquieta, estiro la mano para sacar una onza de chocolate. Terminamos con la comida. Rubén cambia de tema para aligerar un poco la tensión, que se ha acumulado debido a su sugerencia de que va a besarme en el cine.

Nos dirigimos a casa y cuando está en la puerta decide no pasar.

—Es mejor que vuelva a casa. Nos vemos en el pregón, aunque creo que quieren venir a verte antes.

—Os espero aquí entonces, igual preparo algunos canapés.

14



1 de enero de 2007

He quedado con Rubén, vamos a hablar con las chicas sobre lo de Rafa, él sabe más cosas y queremos hacer preguntas que igual nuestro amigo no quiere responder. Mientras camino por la avenida repaso mi ropa, llevo una falda negra corta, con unas medias muy gruesas y en la parte de arriba un jersey de lana rojo, de cuello vuelto. Luego voy a comer con la familia, por lo que he aprovechado para arreglarme un poco.

—Hola —saluda y levanta la mano—. ¡Qué guapa!

Sonrío y me detengo frente a él, su mirada tiene un brillo oscuro que me provoca un estremecimiento. Como si algo me atrajera hacia

él. Salgo de esa sensación extraña de que me mira con deseo y sonrío nerviosa.

Nos encaminamos hacia la casa de Sonia, hoy estará sola y nos dijo que fuéramos allí. Sus padres se fueron ayer de cena de gala y se quedaban en el hotel hasta hoy.

—¿Cómo te va con Sonia?

—No va. Es un tira y afloja continuo que empieza a desquiciarme demasiado.

—¿Tú la quieres? —Lo miro esperando una respuesta, pero no lo hace, solo sonríe cansado.

—Yo creo que me tiene como chico de emergencias, no es malo que yo piense así de ella también, ¿no?

Su respuesta me deja algo confusa, así que lo agarro del brazo para detenernos.

—¿De qué hablas?

—Olvídalo, no sé ni lo que digo…

—¡No juegues con ella! —Se suelta de mi agarre con un tirón y apoya la mano en mi hombro.

—¡Es ella la que me ha engañado, así que tengo que mentalizarme que es una chica para pasar el rato! Y no solo lo ha hecho una vez, lo sabes.

Trago saliva, su mirada ahora es triste y sé que cualquier persona tiene cierto aguante, él no va a ser menos y Sonia no deja de tirar de la cuerda y un día se romperá.

—Deberíais dejarlo antes de que os hagáis daño.

—Lo mismo digo, olvida ya a Rafa, esta situación solo te perjudica y lo sabes.

—Vaya par estamos hechos… —Reímos aflojando la tensión que se había creado entre nosotros.

—¿Sabes lo que podríamos hacer? Salir juntos y dejarnos de tonterías. —Su voz ha sonado demasiado seria.

Río para quitar importancia y empiezo a caminar de nuevo. Sé que me sigue de cerca, en mi mente no cabe esa posibilidad y sé que él no habla en serio, pero por unos segundos su mirada me ha dicho más que sus palabras.

Octubre 2024

Esto último, ¿es cosa mía o pasó en realidad? Tengo que tener cuidado con eso. Cierro los ojos apoyando la cadera en la encimera de la cocina repasando en mi mente lo que he escrito.

Pasar la tarde con él ha sido maravilloso. Muerdo mi labio inferior recordando nuestro abrazo, el erotismo de la situación ha sido desbordante. «Me hubiera encantado que me hiciera suya allí mismo, como dicen las protas de mis novelas», pienso sonriendo y negando con la cabeza. La verdad es que me he excitado tanto por un simple beso bajo mi oreja que si me lo dice mi yo del futuro no me lo creo.

Preparo un sándwich y me siento en la mesa del salón con un bote de refresco a disfrutar de un ratito de paz y silencio. Debería intentar comer algo más sano.

Miro la pantalla de mi portátil abierta en el escritorio, el último párrafo viene a mi memoria. Recuerdo que subimos en el ascensor y Rubén vibraba diferente. «¡Estás loca, Ari!, ¿vibraba diferente?» Inspiro pensando en aquel día. Fuimos para hablar con las chicas, también con Oliver y Tico, al salir de allí yo estaba destrozada. Las preguntas y sus respuestas no eran muy reconfortantes.

Bajamos él y yo solos, de nuevo. Rubén apoyó la mano en mi espalda y me susurró al oído que Rafa lo iba a superar. Luego se abrieron las puertas y cada uno se fue por su lado despidiéndonos con un simple hasta luego.

Su cercanía era distinta.

Michu se sube a mi regazo y se acomoda contra mi vientre. Lo cojo en brazos y voy a mi escritorio para apagar el portátil. Releo lo último que he escrito y sonrío.

Compruebo que toda la casa está bien cerrada y luego subo a mi dormitorio para sentarme en mi sillón de lectura, para terminar un libro que tengo a medias.

15



Me despierto sorprendida por la incomodidad y dolorida por la postura, son las cuatro de la madrugada. Michu está en mi cama durmiendo. «Eres más listo que el hambre», pienso negando. Me estiro perezosa y empiezo a ponerme el pijama. Entro en la cama atrayendo contra mí al peludo buscando calor.

—¡Michu, hace frío! —Me responde con un maullido quejica.



El sol entra por la ventana y calienta mi mejilla, solo una rendija deja pasar los rayos que me despiertan. El peque no está por ningún lado, pero seguro que no tardará en exigir su comida. Bajo a desayunar, lo primero que hago es llenar su cuenco y aparece como por arte de magia. Sonrío al ver lo comilón que es y me siento con el café en el jardín.

El timbre de la puerta me sobresalta y sin soltar la taza voy a abrir, pero justo antes de hacerlo aprieto el pomo con miedo y me acerco a la mirilla. Estela está al otro lado con los brazos en jarras y dando puntaditas con el zapato en el suelo, vuelve a llamar y suspiro cansina, sabiendo que me ha oído. Abro y hago un gesto con la taza para que entre. Bebo y la sigo de cerca.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—¿No es un poco pronto para visitas? —Sé que mi tono de voz ha sonado refunfuñón, pero me da igual.

—¿Me voy? —Se da la vuelta sorprendida.

—¡No! —digo alargando la o—. ¿Quieres un café?

—¿Puedo quedarme aquí? Serán solo unos días.

Mi mente grita un no en mayúsculas, pero me muerdo la lengua y espero a ver si dice algo más.

—¿Qué te pasa? —la animo para ver si me cuenta lo que la ha traído hasta aquí.

—Tico me ha echado de casa.

—¿Qué? —aprieto el asa de la jarra entre los dedos, deseando que se marche.

—No te preocupes, no es la primera vez que discutimos.

—Yo tengo cosas que hacer, Estela, no sé si es buena idea —digo apresurada.

—No me obligues a ir con Sonia, ¡no se puede compartir vida con ella!

Suspiro y trato de pensar una treta para echarla, no me gustan las visitas de larga estancia.

—Te voy a invitar a un café y me lo vas a contar todo con pelos y señales, no te voy a dejar vivir aquí si no me lo explicas. —Esto parece un filón para mis novelas, mi escritora cotilla entra en acción.

Pasamos la mañana entre confidencias delante de un café que se enfría por el descuido. Estela me cuenta que Tico es un bonachón y a veces se aprovechan de él por tonterías, ella no soporta esas situaciones y siempre terminan discutiendo por lo mismo. Mientras preparamos algo de comida, yo le hablo sobre mi última decisión con respecto a Nacho antes de la separación, no volveré a caer en sus redes, tejidas especialmente para mantenerme atrapada.

—¿Cómo no veías lo que te estaba haciendo?

—Porque tiene una forma especial de hablarme, me pide las cosas con ese cariño añadido a las palabras en las que todo lo que él hace es por mí, para mi mayor bienestar.

—¡Ya! ¿O más bien por el suyo?

—El suyo, siempre fue por el suyo.

—Dime por qué no nos buscaste antes. Te hemos echado tanto de menos…

Yo sí que los he echado de menos y ahora soy consciente.

—Nacho me convenció. Sus palabras me hicieron ver que, como estaba casada con él, quedar con vosotros no era lo más normal y si quedábamos, sería en fechas señaladas. Luego sucedió la mudanza y perdí el móvil. Y como vosotros tampoco contactabais conmigo, pensé que…

—Sí lo hacíamos —dice tajante, dejando mis palabras en el aire —, hasta que tu móvil desapareció del mapa.

—Creo que le seguí el juego porque ver a Rafa me hacía daño.

—¿Te casaste enamorada de Rafa?

Río con desgana de espaldas a ella mientras pongo la mesa.

—Tú no sabes lo que es amar a alguien que te lo da todo, pero no llega a darte nada.

—Ari, él sufría por verte así.

—Qué egoísta fui, ¿verdad? —La ironía ya me sale sola.

—No se trata de egoísmo, sufristeis todos con esta situación.

—¿Todos?

Estela asiente y sirve los platos de sopa de pollo que hemos preparado. Entre las dos lo llevamos a la mesa. Sé que está tratando de ordenar las palabras para explicarme lo que tiene en su mente, a veces se queda pensativa y es eso lo que está haciendo ahora, siempre es meticulosa con lo que dice.

—Te lo voy a contar, aunque creo que no soy la indicada.

Nos sentamos dispuestas a comer y antes de seguir con la conversación probamos la sopa. Está deliciosa y creo que es mi primera comida de verdad desde que estoy en esta casa.

—Deberías quedarte unos días. —Estela ríe por mis palabras.

—Gracias por invitarme. —Hace una pausa saboreando la sopa—. Rafa no podía quererte.

Mi corazón se congela con esas palabras, aunque sé que eso era así de real, pero darle voz a lo que sé, me ha dolido.

—Creo que me quedó claro en su momento.

—Yo creo que sinceramente había un triángulo amoroso que no podíais romper. Rubén creo que estaba enamorado de ti en aquel entonces.

Me quedo paralizada con la cuchara de camino a mis labios. El líquido cae en el plato seguido del cubierto que lo salpica todo. Saltamos ambas tratando de que no se derrame más y limpio el estropicio con papel de cocina.

Ninguna de las dos dice nada durante un rato, hasta que volvemos a sentarnos y ella continúa con lo que me estaba diciendo:

—Rubén y Fran tuvieron una pelea hace muchísimo tiempo. No sé si recordarás que nuestro amigo apareció con el ojo morado una vez.

—¿Por qué nadie me dijo nada?

—Teníamos la falsa esperanza de que Rafa mandaría a la mierda a su hermano por ti. Estábamos equivocados. El que lo mandó a la

mierda fue Rubén. Aunque tengo que decirte que yo siempre he pensado que Rafa estaba más por Rubén que por ti.

Inspiro mirándola como si estuviera loca, luego sus palabras van calando en mí lentamente. Sí, ella ya me había dicho esto antes.

—Sí, recuerdo que una noche de pijamas me lo preguntaste. ¿Qué te llevó a pensar eso?

—Yo nunca lo he visto con nadie, así que o estaba muy enamorado de ti y no podía permitírselo por algún motivo moral, o estaba enamorado de nuestro amigo. La cuestión es que siempre que se liaba con alguien nadie lo veía, siempre nos lo contaba él. ¿No te parece raro?

—¿Por qué ocultar algo así?

—No creo que en su familia se lo hubieran tomado demasiado bien. Ya sabes, pueblo pequeño, cotilleos, malas lenguas, la primera, Lorena. Y si la persona que amas, no te corresponde, ¿para qué lanzar la piedra?

El silencio que viene después nos deja absortas en la comida pensando en sus últimas palabras.

Recogemos todo y subimos para ver qué me pongo esta noche. Entre las dos sacamos toda la ropa de mi armario dejando sobre la cama la que posiblemente pueda ponerme. Michu huye de nosotras soltando un bufido, después de ser atacado por una percha que por descuido cae muy cerca de su hocico.

Ya tengo decidido que elegancia sexi es mi mejor opción. Una chaqueta americana con falda granate y blusa blanca sin botones y bien escotada. Ahora llega el momento de relajarme. Le comento a Estela que voy a darme un baño con sales y que puede sentirse como en casa, y me meto en el aseo para prepararlo.

Durante dos horas fantaseo con las palabras de Rubén diciéndome que le daré un beso en un cine. Su voz retumba en mi interior haciendo que todo mi cuerpo arda. El calor de su abrazo, el simple recuerdo de sus labios rozando la piel bajo mi oreja, vuelve causando una tormenta de emociones que no me deja indiferente.

Mis manos pasean por mi cuerpo saciando la sed que ha dejado Rubén en mi piel, busco mi placer dejándome llevar por la excitación y sintiendo todo mi cuerpo temblando y tensándose por la

anticipación de mi propio deseo. Imagino sus manos abriendo mis piernas para penetrarme y echo la cabeza hacia atrás dejando que mis dedos hagan de mi fantasía una realidad a medias.

Estela oye que estoy ya por la habitación arreglándome y me sube fruta para merendar.

—¿De dónde la has sacado?

—He salido un momento para llenar la nevera, si voy a vivir aquí unos días no estoy dispuesta a alimentarme de congelados y táperes y precocinados.

—La verdura congelada no es mala.

Me lanza una mirada reprobatoria y resopla. Luego coge el cepillo y se pone a ayudarme con el pelo. Mi melena es larga y siempre suelo llevar una cola alta o pelo suelto, es como más cómoda me siento y mi vieja amiga lo sabe.

Así que me seca el pelo cepillándolo para estirarlo y luego me recoge el pelo en una elegante cola, dejándolo mucho más voluminoso de lo que suelo llevarlo, me gusta cómo queda y doy mi aprobación a su trabajo con un asentimiento. Ella sonríe y me deja sola para que termine de maquillarme.

Cojo las tarjetas donde he escrito a mano el pregón, mejorando algunas partes y destacando cosas que creo debían estarlo. A las ocho estamos listas y mis amigos en casa. Estela ha comprado pastas y licor dulce, lo que le agradezco con una sonrisa al ver que está sacando cosas para picotear mientras se hace la hora de subir a la plaza.

—Hoy este pueblo va a tener más de trescientos habitantes —apunta Tico levantando los brazos en una ovación

—¿Habitantes? Eso no aumenta la población, ¡serás burro! —responde Estela que ni lo mira a la cara.

Reímos y charlamos como en los viejos tiempos. Aitana no está, así que le pregunto a mi amiga que ha hecho con su hija. Rubén contesta por ella diciendo que los abuelos se han quedado el testigo por hoy.

Cuando todos salimos para dirigirnos hacia la plaza, Rubén se rezaga un poco para esperarme, apoya su mano en mi cintura,

siempre con ese cuidado que tiene de no pillarme por sorpresa. Miro de reojo a Sonia, no sé cómo está la situación entre ellos.

—¿Te preocupa algo, Ari?

Sonrío, mis dudas con él son tan grandes y de tantas formas que no sé cómo responder a eso. Me ha dejado claro lo que quiere, pero ¿a Sonia también?

—No lo sé, ahora mismo solo quiero pensar en el pregón.

—Todo va a salir bien. —Se acerca y me da un beso en la mejilla y un abrazo rápido.

Me deja sola en la casa apagando las luces y cerrando con Michu a buen recaudo con su comida y la casa caliente.

—¿Estáis juntos? —La voz de Sonia me sobresalta, sorprendiéndome.

Saco la llave de la cerradura y me giro para mirarla.

—No, ¿por? —Nos encaminamos hacia el grupo que está en la esquina.

—Pues debería ser un sí. Lleva mucho tiempo deseándolo.

En ese momento llegamos a la altura de nuestros amigos y dejamos la conversación en el aire. Rubén ríe por algo que dice Tico y Estela se une a nosotras, contándole a Sonia en confidencia porque está en mi casa.

«Ari, no hay mayor ciego que quien no quiere ver, y tú no tienes un pelo de tonta», pienso frustrada y rebufo agarrando con fuerza mis tarjetas para el pregón.

Al llegar a la plaza buscamos asiento todos juntos, han dispuesto sillas de frente a un pequeño escenario que han decorado con cortinas rojas y blancas para llenar el fondo y el frontal del escenario, un atril se levanta en el centro y tres hombres con violines tocan una melodía mientras el público espera a los altos cargos.

El alcalde sube y se pone tras el atril con una hoja de papel, la música se detiene y las charlas entre amigos enmudecen. El alcalde en funciones tiene toda nuestra atención.

—Hoy es un día grande para nuestro pueblo. ¡Somos uno más!

Todos ríen por el chiste y algunos aplauden. Al mirar tras de mí, me encuentro con todos los vecinos y familiares, mis padres están al

fondo también, la plaza está repleta.

El alcalde me hace un gesto para que suba con él al escenario y sintiendo las piernas como gelatina me dispongo a hacerlo. Rubén atrapa mis dedos antes de que me aleje y con una sonrisa deslumbrante, susurra:

—Tranquila, estamos aquí.

Asiento y voy hasta mi posición entre aplausos y ovaciones.

—Buenas noches. Me llamo Ariadna. Nuestro queridísimo alcalde, Ramón, me propuso hablar esta noche para inaugurar las fiestas y no pude negarme. Tengo que decir que lo primero que vino a mi memoria fue la verbena de la plaza. La orquesta en este mismo escenario y la gente del pueblo bailando con amigos y familia. Podría contar mis mejores recuerdos, como el concurso de gachas o la cagada del burro.

Todo el pueblo estalla en carcajadas. Solemos soltar un burro por el pueblo y si se detiene a cagar en la puerta de una casa, ese vecino está invitado a todos los eventos de las próximas fiestas. Sigo comentando la nostalgia que siento por cada rincón que he estado recorriendo, les hablo de cómo odiaba venir aquí de pequeña y del bien que me hace vivir aquí ahora.

Con un grito de júbilo cortamos la cinta y nos disponemos a sacar las mesas para que nos sirvan la cena allí mismo. El presidente de fiestas ha contratado un *catering* y después se retirarán las mesas para poder bailar.

—¿No podemos ir a otro sitio a cenar? —pregunta Sonia—. ¿Tenemos que poner nosotros las mesas?

—¿Dónde sugieres? ¿Subimos a la torre? —dice Rubén señalando la oscuridad profunda que viene de la montaña.

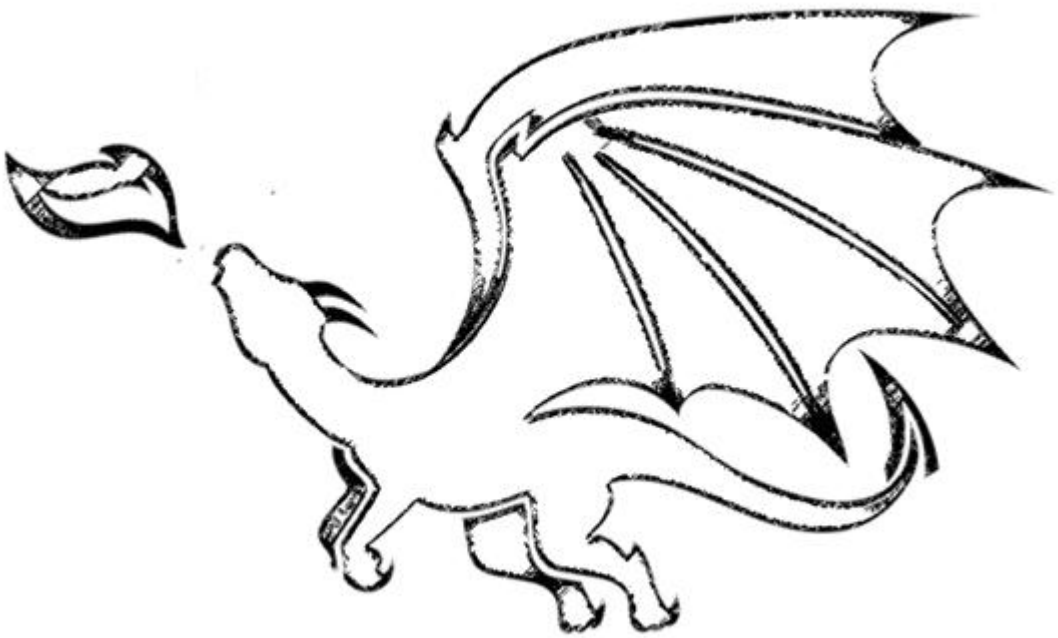
Mi amiga niega con la cabeza mientras tira de un par de sillas para sentarnos en una esquina de la plaza. El alcalde me secuestra para presentarme a unos altos cargos, como él los ha llamado. Cuando vuelvo tengo solo un sitio, junto a él.

—¿Crees que podemos dar un paseo después? —susurra Rubén, acercándose a mi oído.

—Creo que luego tenemos lío con la verbena.

—Vas a bailar tanto esta noche que vas a tener que comprarte zapatos nuevos —promete estriando sus labios en una sonrisa que lo hace más atractivo, si es que se puede, y luego se gira a hablar con Oliver.

16



Sobre las tres de la madrugada seguimos bailando y riendo. Sonia, Tico y Oliver se marchan a La Cruz. Estela decide quedarse en la verbena y nosotros bajamos a casa un momento, ya que necesito ir a ver cómo está Michu, y sobre todo dejar mi conciencia tranquila, ya que no dejo de recordar lo que sucedió con Nacho.

—Espero ser el primero que te dice que estás preciosa.

—Creo que Estela se te ha adelantado.

Abro la puerta y mi pequeño viene a recibirme. Entramos al tiempo que lo cojo en brazos y voy hasta la cocina para beber agua.

—Tengo mucha sed. —Me lleno el vaso y me lo llevo a los labios, sin perderlo de vista.

Rubén me sigue de cerca y apoya la cadera en la encimera de la cocina junto a mí.

—Y yo.

—¿Quieres? —ofrezco sacando un vaso para él.

Tiene el pelo revuelto y la piel algo acalorada por el baile, las mangas de la camisa arremangadas y la lleva por fuera del pantalón. Está demasiado sexi con ese aire descuidado.

—No, mi sed es de otro tipo.

—¿Ahora eres un vampiro? —Jadeo fingiendo miedo y me agacho para soltar a Michu. Al incorporarme está muy cerca de mí.

Por un momento nos miramos sin decir nada. Él apoya la palma de su mano en mi mejilla y cierro los ojos dejando que me acaricie.

—¿Volvemos al baile? —dice de pronto descolocándome.

Había imaginado que me besaría, que diría algo diferente, pero me he quedado con las ganas. Muerdo mi labio inferior y agarro su camisa por la cintura, tiro de él para que no se aparte, justo cuando iba a hacerlo.

Me pongo de puntillas buscando sus labios y en ese instante él se inclina para hacer lo mismo. Nuestros labios se rozan con suavidad. Mi mano libre busca su cuello y me aferro a él para que no se aparte, deslizando mi lengua en su boca. Un gemido ronco brota de su pecho.

Siento su mano agarrándome por la espalda y atrayéndome contra su cuerpo. Nuestros labios se devoran mutuamente con ansiedad y deseo. Muerdo y saqueo cada centímetro de su boca dejándome llevar por lo que anhelo desde hace días.

Rubén me atrapa de la cintura levantándome para que me siente sobre la encimera y se acomoda entre mis muslos para seguir con lo que estábamos. Siento su fuerza al agarrarme y me aferro a sus hombros sin separarme de él.

No soy consciente del tiempo que llevamos besándonos, pero no quiero que pare. Aun así, Rubén se separa un poco y pasa su mano por mi cuello en una caricia que me hace cerrar los ojos.

—Dime lo que quieres.

Al abrirlos tropiezo con el brillo azul de su mirada.

Las llaves en la puerta nos sobresaltan y nos separamos, yo arreglándome el pelo y bajando de un salto al suelo y él metiéndose la camisa en los pantalones. Al fijarme en ello me doy cuenta de su excitación.

—Es mejor que no hagas eso. —Señalo con la mirada su entrepierna y al agachar la cabeza, se saca de nuevo la camisa.

Estela pasa por el salón haciendo como que no nos ha visto y sube con pasos cansinos desapareciendo por el hueco de la escalera.

Rubén y yo nos miramos y estallamos en carcajadas.

—¡No hagáis mucho ruido que quiero dormir! —grita nuestra amiga desde el piso de arriba, lo que provoca que nos riamos con más ganas.

Se sirve un vaso de agua y después de beberlo de un trago se gira hacia mí. No sé qué decir y parece que él tampoco.

—¿Me voy?

—No —respondo lo más rápido posible.

Deseo que me abrace y siga con lo que estábamos, pero, ¿quiero más? Me rodea el cuello con los brazos acercándome a su cuerpo para besarnos. Sus labios rozan los míos, esta vez con menos ansia, más calmados y llenos de una ternura que nadie me había ofrecido, provocándome un vértigo suave en el estómago como un hormigueo. Diez años casada y nunca me han besado con esta cadencia tortuosa que me excita más que la apresurada de antes.

—Lo quiero todo de ti —susurra sobre mis labios.

—No quiero que dejes de besarme nunca.

Suelta el aliento que parecía estar conteniendo y sin saber cómo, vuelvo a estar sobre el banco sentada, su mano explora bajo mi blusa acariciando la piel de mi estómago. Nuestros besos cada vez son más apasionados, van subiendo de temperatura justo hasta el momento en que sus dedos pellizcan mi pezón a través del encaje de mi sujetador. Jadeo echando la cabeza hacia atrás y sus labios rozan con suavidad la base de mi cuello consiguiendo estremecerme de deseo.

—Quiero hacerte el amor, pero en una cama y sin visitas —susurra apoyando su frente en la mía.

No puedo responder, estoy temblando de deseo.

—Creo que tengo que irme —continúa diciendo, dándome un beso y retirándose lentamente.

Baja mi blusa y al apartarse me da un beso en la frente.

—Creo que sí —digo no muy convencida—, más que nada por no echar a la visita, no quedaría muy bien.

Lo acompaño hasta la puerta y allí nos besamos de nuevo, esta vez evitando despedirnos, no queriendo terminar la noche.

—Me voy... —Muerdo su labio tirando de su camisa para que no se aparte.

—Sí, tienes que irte.

Desliza su mano bajo mi blusa acariciando la piel de mi espalda y haciéndome gemir al notar el calor de su contacto.

—¡Ufff! Sí, definitivamente me voy.

Se da la vuelta sin más y empieza a caminar calle abajo, de pronto vuelve hacia mí en una pequeña carrera y me da un beso rápido para luego marcharse corriendo hasta su coche, subirse y salir del pueblo todo lo rápido que puede. Yo entro y cierro la puerta tras de mí, echando la llave. Me reclino en la madera y sonrío apoyando los dedos en mis labios.

Subo la escalera con una sonrisa tonta, despacio, sin ningún ansia por llegar a mi cama, el sabor de sus labios sigue en los míos, me los toco despacio al tiempo que entro en mi habitación.

Pienso en cómo ha ido la noche, el baile con mis amigos, riendo y pasando un buen rato, el contacto continuo de Rubén, su cercanía.

De pronto la puerta se abre y Estela se apoya en el marco.

—¿Por qué narices no lo has subido a tu habitación?

—Porque no ha querido contigo en la casa.

—Si lo sé me largo a la mía...

—¿Te dije que no me gustan las visitas?

—Sí —se separa de la puerta y agarra el pomo para cerrar de nuevo—. Pero también me dijiste que querías que cocinase para ti.

Río mientras voy al baño para quitarme el maquillaje. Me miro en el espejo con la toalla en la mano, por un momento mi mundo se detiene y en el reflejo que me devuelve el espejo tengo diez años menos.



La voz de Nacho llega hasta mí, como llegada de ultratumba.

—Deberías maquillarte a diario, ponerse guapa es casi, casi una obligación para la mujer.

—¿Tú crees que debo arreglarme para ir al trabajo?

—No, creo que deberías dejar el trabajo, piensa que si queremos tener hijos es mejor que te cuides más. A mí me parece una idea estupenda.

—Trabajo en un banco sentada en una butaca, ¿crees que eso es malo para un embarazo? —digo con sarcasmo.

—Creo que es lo mejor, sabes que lo digo por ti, ¿verdad?

—¿Y cómo crees que me sentiré si estoy todo el día ociosa en casa?

—Como una diosa.

Viene hasta mí y me abraza agarrándome por la cintura y besándome, sus labios babean toda mi boca y luego tira de mí para llevarme a la cama.



Cojo la botellita para quitarme el maquillaje y empiezo a frotar con energía. Retiro todo y me lavo la cara para ponerme crema hidratante después.

«¿Por qué no me di cuenta de que me estaba manipulando?»

Los besos de Rubén vuelven a mi memoria recordándome que esos me han sabido a gloria y que los de Nacho me parecían babosos y soportables. ¿Qué narices pasaba conmigo para no darme cuenta de estas cosas?

Me voy a la cama con mi pijama calentito y comprobando que Michu está en mi habitación sobre el sillón de lectura.

En mi memoria recuerdo las noches con Nacho, sus caricias eran más obligación por la ovulación que por placer. Sí, yo decidía el día para concebir hijos. Tapo mi cabeza con el cobertor y ahogo un grito contra la almohada.

¿Quiero atarme a otra relación? Inspiro con fuerza y trato de regular mi respiración contando lentamente, respirando despacio. Me encanta como me hace sentir Rubén, me apetece mucho y no quiero pensar en si puedo o no estar con alguien ahora.

17



Al día siguiente hay un almuerzo en la torre, subo a la ermita con Estela que está más cansada que yo. Habremos dormido dos horas o menos.

—No estoy hecha para trasnochar. —Suelto un quejido por las agujetas de tanto bailar.

—¿Es la edad? —bromea mirándome de reojo.

—Pues… Vamos a misa, ayer trasnoché un poco y hoy estoy hecha un ajo, sí, posiblemente es la edad.

—¿Misa? ¡Has dicho a un almuerzo! —Acaba de darse cuenta de que la he engañado para que me acompañe.

Sonrío lentamente y me agarro de su brazo.

—¡Mira! Esto también lo hacen las viejitas, cogerse del bracillo. —Evito la respuesta.

—¡Eres una cabrona!

—¿Cuándo te vas?

Resopla y sigue andando hasta la puerta, mira la madera como si en cualquier momento fuera a caerle un rayo y tiro de ella para que entremos.

—Somos invitadas de honor.

—No, guapita, tú eres la invitada.

Achico los ojos y al final cede y entra conmigo.

Una hora y media después salimos en dirección a la torre. El panadero está subiendo su carga pesada junto con cuatro chicos más.

—Ahí va nuestra comida —murmura Estela cuchicheándome al oído.

—¿Le robamos y salimos corriendo?

Estallamos en carcajadas y un par de feligresas se giran a mirarnos con mala cara.

—Señora Rosa, ya no estamos en misa —respondo a su mirada inquisidora.

—Lo sé, niña, pero ¡me has dado un susto!

—¿Ves? ¡Me ha llamado niña! No somos tan viejas.

—Como te he echado de menos… —Estela está mirándome con una sonrisa melancólica.

Rodeo su cintura y la aprieto contra mí para darle a entender que yo también.

Nos sentamos en el suelo con un bocadillo y una botella de agua. Todos han llevado algo para picar menos nosotras, como buenas despistadas, pero los vecinos nos han ofrecido patatas fritas y muchas más cosas. Todos ríen y sus charlas son animadas.

Nosotras damos un repaso a la cena de ayer, Estela no deja de hablarme de Tico y de sus cosas y yo algunas las comparo con lo que yo viví. No tiene ni idea de lo que es un mal marido.

—¿Estáis casados?

—¿Estás loca? ¡Ni de coña me caso! Si he entrado en misa porque me has obligado.

—No es necesario que te cases por la Iglesia. —Levanto una ceja acusatoria.

Carmen nos oye, está sentada con otro grupo y se gira hacia nosotras acomodándose a mi lado e interrumpiendo nuestra conversación.

—¿Chicas, os puedo dar un consejo de viuda?

—¡Claro!, siempre somos buenas escuchando, luego ya hacer lo que nos aconsejan es más difícil —responde Estela sonriendo.

—Cuando una persona se casa, la relación ya no es como cuando son novios. Hay cosas que tienes que valorar, poner en la balanza y ver hacia qué lado pesa más. Si no estás cómoda con el otro y estáis conviviendo, la salida fácil es salir corriendo, lo complicado es solucionarlo. Lo bonito es respetarse, ser amigos incondicionales, vivir hombro con hombro, que te acompañe en tus locuras y quiera que hagas cosas por tu cuenta. Todo eso es estar casado, bueno, eso y mucho más. Tal vez se olvide de tu cumpleaños, pero si le dices que quieres tirarte por un puente, puede que te acompañe a hacerlo, y créeme, son esos momentos los que tienen más valor. Mucho más que el hecho de comprarte unas flores. Eso, puedes comprártelo tú.

Carmen apoya la mano en mi hombro y se levanta para ir a por otro bocadillo, en casa no hubiera comido más, pero aquí es gratis. Nosotras pensamos en sus palabras. Estela mira su almuerzo sin mover ni un milímetro de su cuerpo.

Yo rememoro mi matrimonio y todas las veces en las que Nacho decía que no a lo que yo quería hacer, y si yo decía que no a lo suyo se volvía loco. No, lo mío no era amor, ni respeto, ni convivencia, ni mucho menos era amistad. Fue manipulación, sufrimiento y muchas cosas que no tienen que ver con el matrimonio.

—¿Yo tomo la salida fácil? —pregunta Estela.

Asiento y ella sonríe sin ganas. Muerde el bocadillo y seguimos comiendo en silencio.

Cuando llegamos a mi casa mi amiga decide marcharse a hablar con Tico, parece que lo que nos ha dicho Carmen le ha afectado. Yo sé que en un rato debo volver a la plaza para la cagada del burro. Tengo que soltar al animal.

Ahora hay unas cuantas horas que voy a aprovechar para dormir. Cierro todo bien y me subo a mi cuarto a echar una cabezadita.



A las cuatro menos diez, subo con pasos lentos hasta el ayuntamiento. Entro y encuentro a Ramón y a Tomás de pie en el recibidor.

—¡Ya has llegado!

—¿A qué hora empieza? —pregunto observando la mesa alargada del fondo repleta de comida.

En ese momento entra Rubén, lleva unos vaqueros ajustados a sus muslos y un suéter beis, el pelo revuelto y una sonrisa que ilumina mi tarde.

Al llegar a mi lado nos saluda a todos y se inclina para darme un beso rápido que me deja paralizada, el aire ha dejado de circular por mis pulmones y su agarre a mi cintura que ha venido después ha tensado todo mi cuerpo. No sé cómo reaccionar ahora mismo.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

Nos quedamos solos. Tomás ha salido entre risas comentando con Ramón algo que no ha llegado a mis oídos, ya que mi mente sigue en el beso confiado de Rubén. Mira a todas partes y se inclina

de nuevo para devorar mis labios con lentitud. Mis rodillas se vuelven gelatina y me aferro a sus hombros para no caerme.

—Hola. —Dibuja una sonrisa traviesa.

—Has hecho que se me olvide hasta el día en que estoy, pero Rubén, no sé si quiero este tipo de relación.

—¿Qué tipo de relación?

—¡Ariadna! —me llama el alcalde.

—Tenemos que hablar —digo preocupada.

—Y besarnos, no pienso dejar de hacerlo.

—¡Ari! —grita Ramón desesperado.

Salgo a su encuentro dejando las palabras de Rubén traspasando cada poro de mi piel y casi sintiendo los besos de anoche como si fuera ahora. Rememorando el que me acaba de dar. «Ari, tú tampoco quieres dejar de besarlo»

Llegamos a la plaza, todas las calles están cerradas con pequeñas vallas para que el burro no se escape del pueblo. Es el burro Jacobo, de la señora Consuelo, así que mejor procurar que no se vaya muy lejos. Lo suelto entre vítores del público y el burro se espanta y corre hacia una callejuela, muchos de los vecinos lo siguen de lejos para no molestarlo.

—Este juego es muy raro —comenta Rubén distraído.

—Es tradición, si no lo hacemos los vecinos emigran a otros pueblos —responde el alcalde—. Ya lo intentamos un año y casi se me comen.

—Sigue siendo raro. —Rubén frunce el ceño rascándose la nuca algo nervioso.

El alcalde suelta una risotada y nos invita a tomar una merienda rápida en el ayuntamiento. Algunos trabajadores también acuden a la comilona, sobre la mesa que he visto antes hay comida dulce y salada y muchas botellas de diferentes licores y refrescos.

Mientras estamos allí, la alarma de la cámara de acceso al pueblo suena y Tomás se va a ver qué pasa. Asoma la cabeza por una de las puertas y me mira.

—Un coche rojo matrícula 4568 KPV ¿Te suena?

Sí, y tanto que me suena, es Nacho, pero no lo digo, solo asiento y agarro la mano de Rubén con fuerza.

—¿Vamos a ver? —pregunta el alcalde.

—No, voy yo. Estoy bien —respondo nerviosa.

—Las calles están cerradas, tienes tiempo de bajar y no estás sola. —Aprieta Rubén mi mano para que lo mire.

Emprendemos la bajada a mi casa y justo al llegar, Nacho viene a pie de la zona donde ha dejado el coche, mi calle es la última, pero también está cortada.

—¿Por qué han puesto estas vallas?

—Hay un animal suelto y no quieren que se escape del pueblo —anuncia el alcalde, levanto la vista para darme cuenta de que Ramón y Tomás también han bajado detrás de nosotros.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Rubén enfadado.

—¡Cuidado! He venido a ver a mi mujer, porque no sé si lo sabes, pero seguimos casados.

Me aparto de Rubén, al ver que iba a agarrarme la mano y doy un paso al frente para encararlo.

—No, ya no estamos juntos. Casados sí, porque aún no hemos arreglado los papeles del divorcio, pero ya no soy tu mujer.

Miro fijamente los ojos de Nacho, los tiene inyectados en sangre, rojos como si no hubiera dormido o estuviera borracho, opto más por lo primero, ya que no me llega el olor a licor.

—Cielo, vuelve a casa…

—Recuerda que tienes una orden de alejamiento —digo apretando los dientes tratando de contener mi miedo.

—¡No estoy cerca! ¿No crees que estoy a más de trescientos metros? —Su sonrisa burlona me pone los pelos de punta.

—Voy a llamar a la policía. —dice el alcalde.

—¡No! Nacho ya se marcha.

Noto la tensión de su cuerpo, su rictus en el gesto. No dice nada durante unos segundos y pienso que hará algo que termine complicándolo todo.

—Hemos puesto cámaras de vigilancia en los accesos del pueblo, así que cada vez que usted llegue podemos presentar pruebas a la policía para que hagan su trabajo. Creo que es mejor que no venga más por aquí. —Esta vez ha sido Tomás quien ha hablado.

A mi espalda está Rubén, ni cerca ni lejos, simplemente noto su presencia. Me giro un poco para comprobarlo y veo que tiene los puños apretados y no quita el ojo de encima a Nacho, pero parece que está conteniéndose para no decirle nada.

—¿No ves el daño que me haces con tu actitud? —Su voz suena a súplica, pero esto ya me lo sé.

—¿Y tú no has visto el daño que me has hecho durante todo este tiempo?

—¡Vosotros no lo veis, pero yo siempre he cuidado de ella y la he protegido de sí misma!

—¡Márchese, señor! —gruñe el alcalde.

Me giro hacia él y niego con la cabeza.

—Es cosa mía, Ramón.

—¡Nadie te va a dar lo que te di yo! —grita tan enfadado que doy un paso hacia atrás.

Rubén está ahí detrás de mí, esperando por si necesito algo, pero sin intervenir.

—Voy a llamar a la policía. —Saco el móvil y Nacho da un paso hacia atrás.

—Vuelve a casa y hablemos.

Me llevo el móvil a la oreja con el número de la policía marcado, y veo como retrocede un poco más. Nadie dice nada, simplemente estamos esperando. Al final cede y se marcha. Antes de llegar a la valla que nos separa de su coche se gira y me mira.

—No sabes lo que haces…

«¿Acaso eso es una amenaza?», pienso observando cómo sube al coche y se aleja por la carretera que lo lleva hasta La Cruz.

Justo cuando el vehículo se pierde de vista, Rubén apoya su mano en la curva de mi espalda.

—¿Estás bien?

—No, necesito sentarme. Gracias —digo esto último dirigiéndome al alcalde y a Tomás.

Ambos asienten y se marchan dejándonos solos.

—¿Entramos? —me pregunta Rubén presionando en mi espalda para que camine hacia casa.

Cierra la puerta y me rodea en un abrazo, que parece que esté reconstruyendo los cachitos de mi alma con tiritas. Sus brazos fuertes cubren mi espalda y su cuerpo se pega al mío protegiéndome de ese miedo que me acecha.

Mi cuerpo aún tiembla por la tensión, escondo la cara en su pecho y acaricia mi pelo, noto cómo besa mi coronilla varias veces.

—¿Sabes que eres una mujer muy valiente?

—Gracias por no intervenir.

—No lo necesitabas. Además, si lo hubieras necesitado sí que lo hubiera hecho.

Levanto la mirada buscando la suya y tropiezo con un brillo sincero en sus ojos, su gesto es serio y atractivo, sus facciones marcadas parecen estar tensas. Levanto la mano y apoyo la palma en su mejilla.

—Gracias.

Me pongo de puntillas para robarle un beso, que me devuelve con lentitud.

El timbre nos sobresalta y al ir a abrir miro quién es antes de hacerlo. Me giro hacia Rubén y niego abriendo de par en par para dejar entrar a todos. Esta noche en el pueblo hay una cena de gachas y estaban invitados, pero han venido demasiado pronto. Estela entra de la mano de Tico y Aitana salta sobre su padre que la agarra con fuerza dándole un sonoro beso en la mejilla que ella rechaza gritando.

—¡Rubén, no me dejes sorda! —gruñe la niña apartándolo.

—¿Cómo me has llamado? —Su padre la mira con cara de falso enfado.

—¡Rubén! —dice como una adulta convencida.

—¡Me has hecho pupita en el corazón! ¿Por qué no papá?

—¡Mamá te llama Rubén! —responde muy seria y le apunta con un dedo dándole golpecitos en el hombro con cada palabra, lo que provoca la risa de Sonia.

—Mamá puede llamarle Rubén, tú lo llamarás papá hasta que tengas cuarenta años.

—¿Por qué, Sonia? —dice la niña muy convencida.

—¿A qué te pongo deberes todo el fin de semana y te quedas sin cine?

—Vale, mamá, le llamaré papá.

Todos reímos ya que estábamos pendientes de su conversación. Rubén más feliz que nadie besuquea a la niña que lucha contra él, ya que no la deja tranquila.

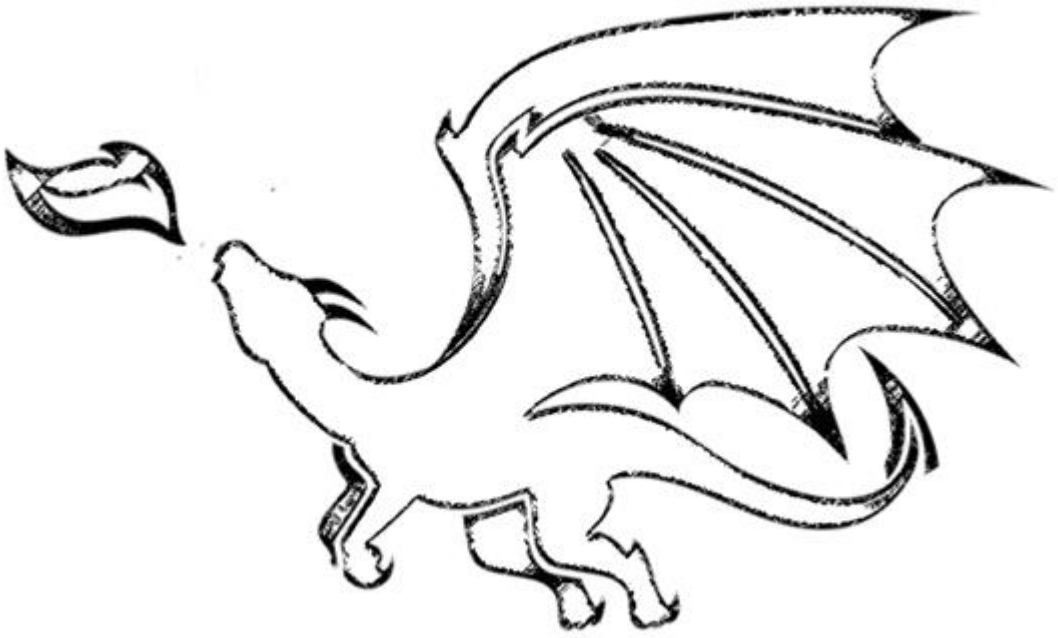
Estela me cuenta en la cocina lo de Tico, han estado hablando y lo han solucionado, me alegro mucho por ella, aprovecho para contar que Nacho ha estado aquí y al terminar me doy cuenta de que todos estaban escuchando.

—¿Y tú por qué no has hecho nada? —le pregunta Sonia a Rubén dándole un cachete en el brazo.

—No lo necesitaba, ¡es una dragona! —Se queja por el golpe y se frota alejándose de ella.

Sus palabras calan en mí. Veo como el grupo ríe y charla animado mientras Rubén solo me mira. Tengo miedo de confiar en él. Hace poco que he dejado a Nacho y la cosa no ha sido fácil, durante más de un año he ido dando tumbos con la relación para darme cuenta de que no necesito a un hombre para ser feliz. Justo cuando decido que puedo tenerlo todo sin estar con nadie, aparece Rubén besándome con esos labios que saben a pecado «Sí, Ari, sus besos saben a pecado, como en tus libros», pienso relajándome y sonriendo.

18



Menos mal que las fiestas en este pueblo duran nada y menos, después de un empacho de gachas y de todo tipo de comidas a las que hemos sido invitados, ahora me paso el día dormitando. Voy por la cocina atando mi pelo con una goma mientras arranca el portátil, me preparo el café y voy a sentarme frente a la pantalla brillante para ver que se me ocurre ahora.

En la cena de gachas, Rubén pasó un poco desapercibido para mí, ya que estuvo toda la noche con Aitana.

Después de aquel día me dijo que no podría venir al día siguiente, que era el último de las fiestas, pero también lunes, y él tenía que trabajar, que ya nos veríamos, no he vuelto a saber de él, aunque he estado tentada de llamarle o mandarle un mensaje.

Al final he decidido que tenemos cosas que aclarar, hablar sobre lo que parece que estamos iniciando y lo que supondría para mí estar ahora mismo en algo serio.

Fijo la vista en la pantalla y achico los ojos leyendo lo último que escribí.

Febrero 2007

—¡San Valentín es una mierda! —digo frustrada.

—Búscate un novio y olvídate del pipiolo. —Estela se mira las uñas mientras me habla.

—¿Y qué sugieres? ¿Tico? ¿Oliver?

—¿Fran o Rubén? —replica atravesándome con la mirada.

—El rubiales está con Sonia y el hermano de Rafa está por Sonia —pronuncio cada nombre puntualizando que el interés de todos es ella, la chica de ojos verdes.

—¿Cómo sabes eso de Fran?

—Por qué me lo dijo él un día.

—¿Pero tú no te das cuenta de que Rubén y Sonia no tienen futuro? Solo saben hacerse daño el uno al otro, yo creo que en realidad nunca se han querido. La última ha sido que Sonia se ha liado con otro tío y él se ha enterado, creo que fue hace un par de días.

Trato de tragar saliva intentando pasar el nudo que esa información ha formado en mi garganta. El silencio que se ha instalado entre las dos no es incómodo, al contrario, Estela sabe cuándo callar y eso está haciendo ahora.

—Por ahí viene tu amor.

—Sí, ¡ojalá!

—¿Por qué te obsesiona tanto Rafa?

—No lo sé... ¿Crees que me gusta esta situación?

Mi voz se pierde en la última palabra. Observo su caminar chulesco, esos pasos largos que le traen hacia mí. Está delgado, mucho y últimamente más. Al llegar donde estamos estornuda y se frota las manos con energía.

—¡He tenido una idea! Como San Valentín cae en sábado, ¿por qué no nos vamos a cenar juntos en plan amor de amigos?

—¡Qué idea tan genial! —Se anima Estela.

Para mí la noche perfecta hubiera sido cenar con él a solas. Mi mal humor va en aumento y decido marcharme a casa. Espero un momento y cuando llegan Oliver y Rubén me levanto del banco y me despido de todos con dos besos.

—Nos vemos mañana, chicos, si quedáis para cenar me avisáis del sitio y acudo allí.

—¿Te encuentras mal, Ari? —pregunta Rubén que ha ocupado mi asiento.

—No, estoy cansada de ciertas tonterías.

Camino sin prisas hacia mi casa cuando me doy cuenta de que el rubiales se ha plantado a mi lado.

—Te acompaño.

—No tengo ganas de hablar, Rubén.

—No lo hagas.

Caminamos hombro con hombro. Yo suspiro varias veces y la última él me imita exagerando el gesto.

—No tengo ganas de tonterías.

—No es culpa suya. Tal vez sea culpa mía y no quieres verlo.

—¿De qué hablas?

—De que la vida es retorcida y mucho. Tal vez hay algo que no quieres ver.

Pienso unos segundos en lo que ha dicho, resoplo porque parece más un galimatías y lo miro de reojo, su perfil es perfecto con esa nariz y esos labios marcados. Siempre ha sido muy guapo.

—¿Cómo estás? —Cambio de tema para no enfadarme más con sus enigmas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por lo de Sonia, acabo de enterarme.

—Ya te lo dije una vez. Le gusta hacerme daño.

—Pero tú vuelves a lo mismo. —Lo encaro mirando sus ojos azules y brillantes.

—Porque donde yo quiero estar, tengo el acceso vedado.

—¿Dónde es?

—Olvídalo —susurra atravesándome con la mirada.

Hemos llegado a mi casa y estamos de pie frente a mi portal. Rubén tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

—Nos vemos mañana. —Me despido con un gesto de la mano.

Él espera a que entre en casa y luego se marcha.



Sábado por la mañana recibo un mensaje en el que Estela me dice que hemos quedado en la hamburguesería. «¡Cuánto romanticismo!», pienso con ironía.

Por la tarde me arreglo. Mi madre mete el dedo en la llaga preguntándome si he quedado con algún chico y al final salgo de casa casi a las nueve, voy con tiempo, me pilla muy cerca.

Al llegar a la puerta Rubén tiene el ojo negro e hinchado y Rafa un moratón en la mandíbula.

—¿Qué ha pasado?

El rubio mira hacia otro lado y Rafa aprieta los dientes con fuerza. Oliver y Tico llegan en ese momento y les pregunto a ellos, que estoy segura de que sí saben algo del aspecto de los otros dos. Sonia no tarda en hacer acto de presencia y entre unos y otros al final me quedo sin enterarme del suceso.

Octubre 2024

Saco el móvil y marco el número de Rubén, necesito saber cosas sobre las que no me enteré. En dos tonos descuelga.

—¿Cómo estás de liado?

—Me has pillado a punto de llamar a un timbre.

—¿Qué te lo impide?

—Tú. —En ese momento suena el timbre de mi casa y suelto una risa colgando el teléfono—. ¿Qué querías?

—Necesito información de nuestro pasado que no tengo.

Su mirada suspicaz me taladra. Se cruza de brazos mientras yo vuelvo al escritorio.

—Tú dirás.

—¿Vas a contarme la verdad? —pregunto muy seria.

Por un momento se mantiene en silencio y levanto la vista buscándolo, me está mirando enigmático, echa un vistazo al portátil y asiente despacio.

—Primero quiero leerlo.

—Pero quiero la verdad. Por mucho que duela.

—Puede que sea el momento —susurra más para sí mismo que para mí.

No hay mucho, seis capítulos, ¿qué puede tardar en leerlo? Empujo el portátil, me levanto de la silla y voy a por café. De forma automática se sienta a leer todo lo que he escrito.

Espero a que la cafetera haga su trabajo observo la espalda ancha de Rubén, la concentración mientras lee y su presencia. Me gusta que esté aquí.

Sirvo dos tazas, bien largo y voy a llevarle una a él, luego me quedo de pie junto a la mesa observando sus expresiones mientras sigue con la lectura. Es guapo a rabiar, siempre me lo ha parecido.

—Estás escribiendo sobre nosotros. —Es una afirmación, no una pregunta.

—¿El cambio de nombres no te ha persuadido?

—Está clarísimo quién es quién. Pero tienes muchos vacíos.

—Ayúdame a llenarlos. Necesito que esta historia se ponga en papel y poder cerrar el libro de mi adolescencia de una vez por todas. Al principio quería modificar la historia y darle un final feliz, pero ahora solo quiero la verdad.

Inspira mirando la pantalla y da un sorbo a su taza. Su aire enigmático me deja hipnotizada observando su perfil.

—Rafa no podía quererte —sentencia con sus palabras lo que fue un hecho.

Gruño bajito y doy un pisotón en el suelo. Levanta la vista para mirarme, pero no me está viendo. Parece que su mente está buscando en el pasado.

—Dime algo que no sepa —suplico despacio.

No puedo dejar de estudiar sus gestos, él sigue perdido en nuestra historia, en el ayer.

—Lo último que has descrito, que te acompañé a casa, al volver estaba Fran con los chicos, Sonia se llevó a Estela antes de que yo llegase. Se puso a hablar de lo bobo que era Rafa por no fijarse en ti y de que, al menos para San Valentín, podría tener pareja si quisiera. Iba algo entonadito, así que nos soltó que le molabas mucho y que iba a follar contigo tarde o temprano.

Se hace un silencio demasiado espeso. Rubén se levanta con la taza en la mano y va a la cocina a echarse el poco que queda.

—¿Qué pasó?

—Le pegué. Con todas mis fuerzas. Le reventé la nariz por el impacto del golpe. Rafa se unió a mí y entre los dos, digamos que, dejamos fino a Fran. La noche de San Valentín Rafa se fue antes —continúa explicándome lo siguiente que he escrito.

—Sí, lo recuerdo y tú con él.

—Me contó que hacía mucho tiempo que estaba enamorado. Fue un mal rato para ambos.

Algo palpita en mis sienes. Mi corazón se ha detenido por unos segundos que me han parecido eternos.

—Tengo miedo de preguntar, pero necesito saberlo.

—De mí, estaba enamorado de mí —dice despacio, sin ganas y sin perderme de vista.

19



Voy hasta el sofá y me dejo caer suspirando. Las suposiciones de Estela no eran solo eso, su instinto estaba en lo cierto. Rubén aprieta los puños apoyados sobre sus rodillas, sigue sentado en mi escritorio. Mis recuerdos se aceleran, cambian y buscan respuestas que no tengo. Hay tantas preguntas que deseo formular, pero de las que no sé si quiero una respuesta, tengo miedo.

—Responderé todo lo que quieras saber, solo si eso no va a hacerte más daño del que acabo de causarte.

—Ya no duele. —Lo miro para que lo tenga claro—, solo me confunde, cambia mis recuerdos. Es extraño.

—Puedo contarte la historia desde el principio.

Me reclino en el sofá y miro al techo. Niego con la cabeza, ahora no quiero saber más. Necesito reacomodar mis recuerdos.

—Querré saberlo en algún momento, pero ahora no.

—Cuando tú quieras.

—¿Para qué habías venido? —pregunto sin moverme—. ¿Puedo pintar el techo azul?

Se sienta a mi lado e imita la postura.

—Sí, píntalo, puedes hacer lo que te propongas en la vida. El viernes iniciamos las clases de baile, quería venir a decirte los horarios.

—¿Puedes responderme una pregunta? —Asiente y me acomodo mirando hacia él—. Lo último que he escrito, cuando tú me acompañaste a casa. Todo eso de que era culpa tuya y yo no lo veía, ¿te referías a…?

—Yo ya intuía lo que más tarde me dijo él. Sabía que algo le pasaba conmigo.

—¿Sabes? Es como si, como si… ¡Me siento tan tonta!

—Rafa me pidió que no te contase nada. No voy a contarte como fue nuestra conversación porque va a ser algo que se queda para mí. Lo único que me pidió fue que tú no te enterases, que nadie lo supiera nunca.

—¿Por qué? —Lo miro confundida— ¿Por qué ocultar que le gustabas?

—Cuando le pregunté, su respuesta fue que no lo entendería. Era su vida y no iba a entrometerme en ella. Nunca lo hice.

—Supongo que tenía sus razones.

—Nunca lo sabremos.

Antes de que se marche, quedamos para cenar esa misma noche, ya que tiene que ir a recoger a Aitana y llevarla a inglés. Me promete que continuaremos hablando del tema, si quiero.



Durante un buen rato me dedico a mí misma, mascarilla, hidratación, relajación, un baño, una meditación, hago algo de yoga, y por fin me decido a encarar mi ordenador con un aire renovado.

¿Quién sabría su gran secreto? ¿Podría escribir esta novela a dos voces? Tanteo la posibilidad de meterme en la piel de Rafa, barajo su voz, su forma de ver la vida, y esa otra persona que llevaba dentro y nadie conocía.

Escribo un rato intentando acomodar la historia con el personaje de Rafa como protagonista y al final desisto. Sigo pensando que ver la novela desde mi punto de vista es lo único válido. Me voy al sofá y me echo un rato antes de que venga Rubén. Miro al techo y tomo la decisión de comprar pintura azul y blanca, voy a pintar nubes.



—He traído vino. Espero que me prepares algo rico para cenar.

Estoy mirándolo como si un extraterrestre hubiera poseído su cuerpo. Suelta una carcajada y pasa junto a mí para ir a la cocina.

—¿Qué esperas que cocine?

—Sé de buena tinta que tienes en la nevera algo de verduras.

—Sí, algo compró Estela.

Se pone a saquear mi cocina, algo de verduras frescas y unos tallarines.

—Como en casa, tú haz lo que quieras —digo provocando que suelte una risotada y yo me bato en retirada y cojo el portátil para sentarme en la mesa del salón, más cerca de él.

—Cuéntame cómo viviste la enfermedad de Rafa.

Abro un documento en blanco y me dispongo a escribir.

—Mal, fue jodido. Piensa que con dieciséis y hasta casi los treinta, ¡eres inmortal! Que de pronto tu mejor amigo te diga, tengo cáncer y puede que muera, es como si te metieran una patada donde más duele.

Sonrío casi sin ganas, escribo más o menos por encima para no olvidarme de algunas cosas.

—¿Cómo te lo dijo?

—Pues quedamos, quería que fuera a verlo. Al subir a su cuarto me lo soltó de golpe, como un cubo de agua fría. Recuerdo que cuando me fui era como si no fuera real. —Hace una pausa pensativo y suelta el aire de los pulmones en un suspiro—. Parece que fue ayer.

Está cortando verduras sobre una tabla, al mismo tiempo que sofríe un poco de cebolla con mantequilla.

—¿Recuerdas cuando fuimos a su casa y Fran os contó que me había besado? ¿Rafa tuvo un lío con alguien en realidad?

Noto como ajusta el cuchillo en su mano y ha detenido el corte. Me mira tratando de analizar mis palabras.

—Sí, ¿cómo olvidar aquel día? No lo sé.

—Háblame de ello.

Me estudia con detenimiento, luego sigue cortando verduras. Las echa en la sartén y me mira soltando el cuchillo sobre la tabla.

—Cuando me enteré de lo que había pasado no pude quedarme con vosotros. Sabía cómo era Fran y lo que buscaba básicamente en las mujeres. Ahora ha cambiado, pero en aquella época, era como era y sé demasiado bien lo que buscaba contigo. Lo de Rafa, nunca lo vi liarse con nadie, pero no quiere decir que no lo hiciera.

Se lleva la mano al bolsillo y saca dos cartas, las que Rafa tenía guardadas en su casa. Justo la que él abrió el día que se las di y otra

cerrada. Se acerca hasta mí y me la tiende para que la coja.

—¿Qué es esto?

—Ha llegado el momento de que leas las dos primeras cartas.

Saco el papel del sobre abierto, es una hoja de libreta de una raya, aún con los agujeros del gusanillo sin cortar.

La abro despacio, tiene pocas líneas, no sé por qué lo hago, pero retraso lo máximo posible la lectura, veo su letra desigual, sus trazos duros y el papel intacto, ya que nadie la ha abierto desde que Rubén lo metió en ese sobre.

20 de junio de 2006

Hola, Ari:

Desde el mismo momento en que te vi, supe que quería conocerte. Rafa puso los medios, pero Sonia nos separó. Durante un tiempo he pensado mucho en escribirte esta carta, al final me he animado.

Tal vez la escribo por desahogarme y posiblemente no te llegue nunca, pero tenía que poner sobre el papel, lo que me haces sentir. Ya que de viva voz, no soy capaz de hacerlo.

Estoy loco por ti, por tus ojos negros, por ese pelo que siempre llevas recogido, tu forma de andar, lo independiente que eres y sobre todo tu sonrisa. A veces solo permanezco en silencio para poder escuchar tu voz, incluso tu respiración.

Me gustas.

Rubén

Repaso las palabras, todo lo que el texto encierra. Miro a Rubén preparando los tallarines y removiendo las verduras para mezclarlo todo. Inspiro volviendo a rememorar mi historia con toda la información nueva que acabo de obtener.

—¿Cuándo le diste esta carta?

—Se la di cuando dejé a Sonia la primera vez. Tú te habías ido al pueblo, el mismo día que te declaraste a Rafa, eso fue lo que me detuvo para dártela. Se la di y le dije que esperase a que volvieras. Él me contó todo y entonces le pedí que me la devolviera, me dijo que no, que si me lo pensaba mejor más adelante ya veríamos lo

que hacíamos con la carta. Después de esta, supe que él debía guardar cualquier carta que yo escribiera, antes que dártela a ti, porque me aplastarías con la verdad y eso me mataría.

Yo le gustaba, pero él estaba con Sonia y Rafa lo supo todo el tiempo, guardaba nuestros secretos como si fueran tesoros.

—Me estoy dando cuenta de que me ocultabais demasiadas cosas. Todos teníais secretos.

Rubén trae la sartén hasta la mesa, la deja en el centro y quita mi portátil de en medio. Mientras termina de poner la mesa yo observo el trazo de las palabras, su escritura casi perfecta.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Y, ¿a qué jugabas con Sonia?

Me estudia y por un momento no dice nada. Piensa en mis palabras, o tal vez en aquel día. Asiente y con una sonrisa muy apagada me responde.

—¿A qué jugabas tú con Nacho?

A olvidar a la persona que amaba. Su zasca me ha dolido más de lo que él cree.

—¿Me amabas? —quiero que le dé voz a sus palabras escritas, lo necesito.

Su mirada me atraviesa dejándome atrapada por un momento, lo dice todo con ese simple gesto. Nos sirve una buena ración de tallarines y luego se sienta dispuesto a comer. Asiente, como decidiendo que debe darme una respuesta y sabiendo lo que va a decir.

—Nunca dejé de hacerlo. Cada bache que nos separaba me dolía. Que besaras a Fran la primera vez fue una puñalada que me destrozó más de lo que me dolieron todos los desplantes y cuernos de Sonia. —Ríe sin ganas— Luego consolarte porque Rafa se había enterado. La peor noche de mi vida, fue en fiestas cuando os vi enrollaros. —Hace una larga pausa, no me salen las palabras, las suyas están calándome tan hondo que duele—. Lo de Marcos, cada día que te veía con él. Cuando decidiste casarte con Nacho. Con cada uno moría un poco más por dentro.

»Aunque tenía asumido que no íbamos a estar juntos, cada chico nuevo que entraba a tu vida me mataba lentamente. Besarte es…, no, no, que tú me beses a mí, ha sido como si pudiera recuperar el

aliento, como si la vida hubiera regresado a mi corazón, que tanto tiempo hacía que había muerto. Hacía tanto que no me sentía tan vivo. Porque lo importante no es que yo te bese, es que tú me beses a mí. Para mí ha sido el mejor regalo.

Por eso espera a que yo tome la iniciativa. Agacho la cabeza buscando respuestas en mi plato de tallarines. No me va a dar ninguna, ni mi pasado, ni lo que sé sobre él, porque la verdad la tiene Rubén, es el único que sabe todo sobre nosotros tres y es el único que ha sufrido más que nadie.

Pruebo la cena y cierro los ojos saboreándola, está deliciosa. Lo veo comer y sonrío con tristeza.

—No sé cómo responder a todo esto —susurro sin mirarlo. Sabiendo que es la declaración de amor más bonita y triste que me harán jamás.

—Lo sé. He tenido que meditar mucho si contártelo todo, no quería que la verdad nos separase, que te enfadases por lo que sé y no te he contado nunca, pero es mejor la verdad que seguir callando.

—¿El resto de cartas?

—Déjame que te las dé cuando pueda hacerlo. Ahora lee esta que te queda, cuando yo me marche.

Asiento como respuesta y seguimos cenando, de vez en cuando pregunto algo que me trae recuerdos equivocados, Rubén va destapando secretos que no le pertenecían, al menos no todos. Sé que algunas cosas le cuesta contármelas, ya que no son sus secretos, pero lo piensa con calma y me cuenta lo que puede. Le duele el pasado, la pérdida de Rafa y todo lo que no ha tenido, lo veo en sus gestos lentos, sus palabras bien meditadas y su tono de voz apagado.

Al terminar recogemos la mesa sin prisas y juntos fregamos los platos en silencio.

—Creo que debo irme.

En mi mente ahora hay un pasado que no conocía, unos amigos que no sé quién son ahora mismo. Y sé que Rubén se va un poco tocado con todo esto que me ha contado.

Al abrir la puerta de la calle lo miro desde la cocina, levanta la mano despidiéndose y lo dejo ir sin despedirme.

Abro la otra carta y observo también el papel. Este es blanco, un folio bien doblado y guardado dentro de un sobre.

4 de octubre de 2006

Hola, Ari:

Enterarme de lo de Fran ha sido un golpe demasiado duro, no puedo quitármelo de la cabeza. Tengo que borrarte de mi corazón, sacarte como sea, porque empiezo a sufrir con ello.

Me has dejado hecho una mierda cuando me has abrazado para que yo te consolase a ti, ahora mismo no sé quién soy, estoy perdido.

Haré lo que esté en mi mano para olvidarte.

Rubén

Me siento en el sofá con una infusión, las cartas y mi portátil sobre las rodillas. Michu está a mi lado ronroneando y mis dedos vuelan por el teclado escribiendo la historia que no sabía. La perspectiva de Rubén.

Añado aquí y allá su punto de vista, más o menos como él lo ha contado. Cuando lo termine le pediré su visto bueno. Al llegar al punto donde Rafa se le declara lo pongo entre paréntesis y negrita y lo dejo para que Rubén me diga si le vale esa versión.

A partir de aquí, habrá dos voces, la historia en la que Rubén sufre por el amor que vive en secreto hacia el personaje principal y la de ella, que no tiene ni idea de lo que está pasando.

Mientras escribo van pasando las horas y voy llegando a un punto de no retorno. Ahora la historia va a tener un mal final, un doloroso final en el que él muere y ella no termina con el protagonista. Pienso un momento en ello, en realidad, sí estoy con el protagonista, ya que ahora el papel principal es el de Rubén.

Saco el móvil, son las dos de la madrugada, miro el chat de Rubén, está en línea. Repaso en mi mente lo que quiero escribir y me dispongo a hacerlo.

Ari
Tengo que pedirte algo.

Rubén
Lo que quieras.

Ari
Pues al final, estoy escribiendo la novela a dos voces y una de ellas es la tuya, voy a necesitar que la revises.

Rubén
Ok.

Después de esa escueta respuesta Rubén deja de estar en línea y desconecta. Tamborileo en el sofá, una y otra vez mis dedos chocan contra la tela.

Sé que está sufriendo, pero mi mente está bloqueada. No quiero dejar las cosas así, lo necesito en mi vida. Me sorprendo a mí misma pensando eso, llevo la mano a mi pecho, inspiro con fuerza y cierro los ojos. «Te has enamorado, Ari. Deja de ignorar lo que sientes», pienso, sabiendo lo que quiero en estos momentos. Quiero tenerle entre mis brazos.

Ari
¿Rubén?

Espero diez largos minutos antes de ver que vuelve a estar en línea, lee mi mensaje y desconecta.

Pulso en llamada y espero seis largos tonos.

—¿Sabes qué hora es? —Su voz es tensa y noto su enfado enseguida.

—Te he escrito porque estabas en línea y como acabas de desconectarte… muy dormido no estarás.

—¿Qué quieres? Aparte de una revisión.

—Mi beso, te has ido sin darme uno.

Cuelga el teléfono y me quedo mirando la pantalla.

Sé que yo estoy pasándolo mal, pero también está sufriendo con todo lo que hemos removido, hace bien poco que ha perdido a su mejor amigo y yo no paro de hurgar en la herida. Aunque descubrir que mi pasado no era tal como yo lo había dibujado tampoco es que me tenga muy feliz.

Salgo al jardín para ver el agua tranquila y fría de la piscina. Miro la luna, redonda y enorme, como si estuviera pintada en el cielo oscuro salpicado de estrellas.

Me siento en el sillón y me quedo embelesada con esa purpurina celestial. Tengo cerca una mantita que uso para sentarme aquí afuera y me la echo en las rodillas.

Michu salta sobre mí en cuanto me ve ponérmela y se acurruca después de amasar bien mis muslos. Un buen rato a la fresca me deja meditar bien en todo lo que ha ocurrido.

De pronto el timbre me sobresalta. Me levanto asustada y voy para ver quién hay al otro lado.

—¿Estás loco?

Abro la puerta y Rubén se abalanza sobre mí agarrando mis mejillas y besándome con una intensidad que no reconozco. ¿Vulnerabilidad, anhelo, ansia por recibir lo que sabe que es suyo? No lo sé, solo sé que quiero más de esto.

—¿Rubén?

—Calla…

Sigue besándome cerrando la puerta tras de sí y atrapándome entre sus brazos para que nuestros cuerpos estén unidos.

—¿Rubén? Hazme el amor.

Un gruñido ronco brota de su pecho. Me agarra del trasero para que me suba a sus caderas y me lleva con él hasta el sofá sin dejar de besarme. Nuestros labios luchan por dar más de lo que pueden, mi lengua invade su boca jugando con la suya.

—Pensaba que me odiabas por ocultarte tanto.

Muerdo la base de su cuello, tiro de su jersey quitándolo como puedo y él agarra mis mejillas para que lo mire. Tenemos prisa y estamos ansiosos, su cuerpo está tenso por la anticipación y no quiero esperar ni ir despacio ni preliminares.

—Quiero esto.

Sus ojos azules me estudian con intensidad. Su piel caliente bajo mis manos hace que desee acariciar hasta el último rincón.

Sus dientes buscan mi cuello y me muerde, mientras su mano va al encuentro de mi pecho y lo masajea despacio. Jadeo dejándome llevar. No llevo ropa interior y la tela que nos separa me molesta.

Me quito el jersey del pijama y lo lanzo dejándolo caer por donde sea. Estiro mi brazo para coger el mando del aire acondicionado y le doy al botoncito rojo. Rubén casi no me deja moverme, su peso sobre mi cuerpo me atrapa deliciosamente.

Me empuja para que me eche en el sofá y se desliza sobre mí, besando mis pechos y torturándolos de forma dulce y lenta haciéndome gemir impaciente. Los acaricia una y otra vez al tiempo que mis caderas suben buscando las suyas.

Una de sus manos se adentra en mis pantalones y sus dedos llegan a mi sexo para jugar un poco. Empujo la cinturilla frustrada y los bajo para que tenga más acceso. Él lo aprovecha penetrándome con sus dedos con fuerza, empujando hacia arriba con brusquedad y provocándome un grito de placer.

Mis manos se agarran a su espalda dejando que los dedos se claven en su piel exigiendo más. Lo atraigo hacia mis labios y nos besamos de nuevo con impaciencia. Sus dedos indagan en mi interior moviéndose con cadencia, esta vez despacio torturándome por la lentitud de la caricia.

Tiro de sus pantalones bajándolos, empujándolos como puedo con los pies. Liberando su miembro excitado. Saca los dedos de mi interior y sus caderas presionan las mías haciéndome notar lo duro que está, rozándonos con tanta sensualidad que gimo, apretando mis dedos en sus caderas para que me penetre.

Me remuevo inquieta buscando que me llene y lo hace de una sola embestida. Nuestros cuerpos empiezan a moverse, cada vez con más ansia. Hasta que no puedo resistirlo más y me tenso.

—No te detengas…

Gruñe al escuchar mi voz ronca y embiste con más prisas, más errático. Llenándome tanto como puede. Agarrando mi trasero entre sus manos para levantar mis caderas. Haciendo que me estremezca de placer y estalle en mil pedazos temblorosa.

Segundos después me sigue, con gruñidos roncos que me estremecen en una caricia más erótica que las que me han proporcionado sus manos. Tiro de su cuerpo para que no se aparte de mí y lo rodeo con mis brazos y piernas. Lo deseaba y lo sigo deseando.

—¡Maldita sea! ¡Joder! —exclama nervioso.

—¿Qué pasa?

Esconde el rostro en mi cuello, aún siento nuestros cuerpos palpitando por el placer.

—No me he puesto preservativo.

—¿Ves que yo tenga muchos hijos después de diez años de matrimonio?

Se retira un poco para mirarme a los ojos. Acaricia mi mejilla con el pulgar dedicándome una mirada enigmática y sus labios se pegan a los míos con tanta suavidad que me relajo bajo su cuerpo.

—Vamos.

Se levanta y me tiende la mano para que lo acompañe arriba.



Hemos dormido juntos. Nos hemos duchado y sin darnos cuenta nuestras manos ya estaban enzarzadas en otro asalto.

Bajamos a desayunar y hace que me siente a esperar a que me lo prepare.

—Puedo acostumbrarme a esto —susurro mirando como trajina en la cocina.

—Me gustaría que lo hicieras.

Sé que desde que volvió a casa tengo una sonrisa tonta pintada en mis labios, pero me gusta esta sensación.

—¿Por qué dudaste ayer cuando te pedí que me hicieras el amor?

—No quería que luego te arrepintieras.

Nos quedamos en silencio, Viene a mi memoria la caja.

—¿Tú puedes explicarme el contenido de la caja de Rafa?

Ríe soltando una carcajada. Me trae el desayuno y me pide que se la traiga.

—Había un móvil, pero sin la contraseña…

Sonríe señalando una de las entradas.

—Guardó cada una de las entradas que compró para ti, lo hizo expresamente, dijo que algún día volverías y que te hubiera gustado saber que ibas con nosotros, aunque no estuvieras.

—Me gusta… —Todo el vello de mi cuerpo reacciona erizándose al saber aquello, había imaginado algo así, pero escucharlo de primera mano me ha hecho reaccionar estremeciéndome.

—Él sabía que te gustaría.

Se estira, ya que está sentado a mi lado, y me da un beso rápido para seguir con lo que estaba diciendo.

—Fuimos a ver esa reposición por ti, ¿*Cumbres borrascosas*?, dijo que estaba seguro de que nos hubieras obligado a ir.

—¿Quién fue a verla?

—Él y yo. —Detiene sus palabras pensativo sin apartar la vista de la caja—. Y tú…

—¿Y este móvil?

—Esto tiene tela. ¿Cómo te cuento esto?

—No he podido ponerlo en marcha, tiene pin.

—El tuyo. Es tu móvil.

Y en ese momento soy consciente de ello, no lo había notado, incluso al arrancarlo no había recordado la foto de los tres, que tenía de pantalla de bloqueo

—¿Qué?

—Verás, esto va a ser difícil, o tal vez no tanto como yo pienso: Rafa llamó a tu móvil y contestó Nacho. Le dijimos a tu marido que estábamos abajo, en la puerta, que bajase y diera la cara, porque sabíamos que te estaba manteniendo en la ignorancia. Bajó y nos lanzó el móvil a la cara. Dijo que os ibais de La Cruz y que nos olvidásemos de ti, porque no podías ni vernos, ya que sabías que

éramos unos perdedores. Fue nuestro último intento por contactar contigo.

Siento las lágrimas resbalando por mis mejillas. Rubén estira la mano y las seca con suavidad.

—Nunca nos rendimos, aunque tuvimos que respetar vuestro matrimonio.

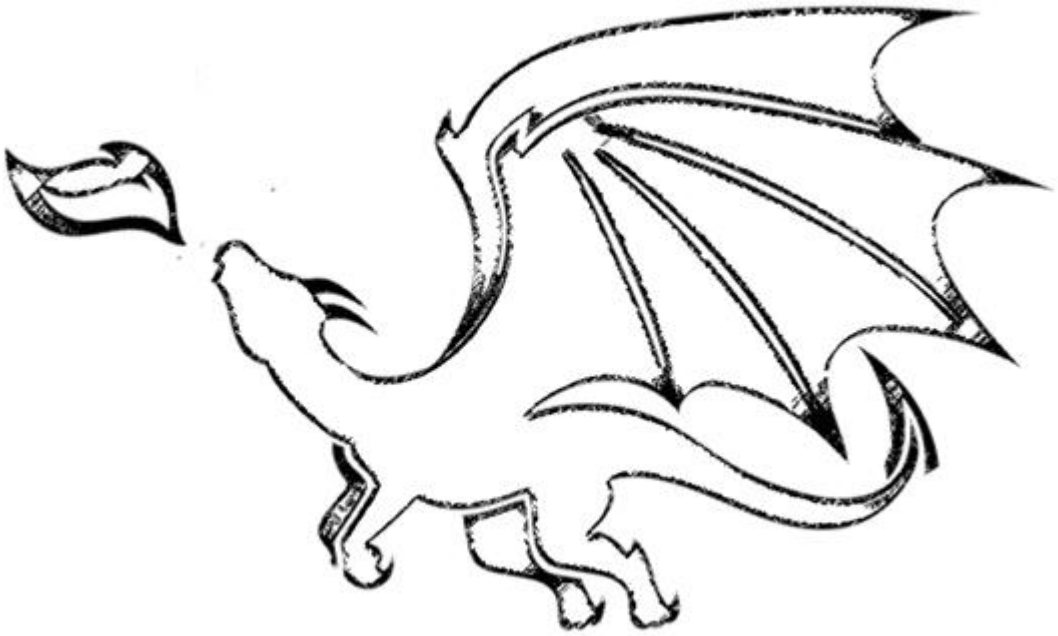
Se levanta para abrazarme y me dejo llevar rodeándolo con los brazos. Por un rato acaricia mi pelo.

—Me hizo perder diez años de mi vida. Estoy viviendo un golpe de realidad con todo lo que me estás contando.

Arranco el móvil en cuanto me calmo y echo un vistazo a los mensajes, todo estaba borrado excepto un mensaje de Sonia donde me decía que no se creía que pasase de ellos de esta manera. Tiene fecha de un par de días después de que perdiera el teléfono. Nacho había borrado todas mis conversaciones.

Rubén me explica que el móvil estaba vacío y que no había ni fotos, y así sigue, me confiesa que nuestro amigo se sabía mi contraseña y que estuvieron comprobando si había algo rescatable del teléfono, pero estaba reseteado.

20



Septiembre de 2007

La noche ha empezado con fuerza, Sonia ha quedado con Rubén, son las primeras fiestas que estaremos separadas.

Vamos a las carpas, Estela lleva su botella aliñada y vamos bebiendo y riendo.

—¿Crees que veremos a estos esta noche? —pregunta dando un trago bien largo.

—¡Me da igual, voy a quemar la pista!

Mi amiga me mira los zapatos de tacón y tose atragantándose con lo que ha bebido.

—¡Tía! ¡Con esos tacones no llegas ni a la esquina!

—¡Que te den!

Al llegar, la gente no nos deja paso, así que nos abrimos camino nosotras a empujones. En medio de la pista están Fran y sus amigos. Tico y Oliver también están cerca y decidimos quedarnos por esa zona. El hermano de Rafa, me agarra del brazo y me mira silbando por mi ropa.

—¡Quita! No seas exagerado.

Llevo una falda con unas medias negras y un top enseñando el ombligo. Quería ponerme sexi para ver si Rafa picaba hoy, pero ni ha venido.

—¿Cómo es que te has puesto tan guapa? ¿Sabías que iba a venir? —Su ego no tiene límites y pongo los ojos en blanco.

—En realidad y como bien sabes, espero a tu hermano.

—Pues la llevas clara, se ha quedado en el local que hemos alquilado, estaba hablando con un chico de videojuegos, ese no se mueve de allí en toda la noche, además no se encontraba demasiado bien. Le dieron la última sesión de quimio la semana pasada y aún está un poco tocado.

Trago saliva, el recuerdo de la enfermedad de Rafa me persigue cada día. Sé que él lo está viviendo, pero cada vez que salta el tema se me revuelve el estómago. El tratamiento casi ha durado un año, y esto no termina aquí, según me contó hace poco, cuando esté seguro de que está curado, en remisión lo llaman, tiene visitas y revisiones. Tuvo que aplazar sesiones porque no estaba al cien por cien y por culpa de eso también se ha alargado todo más tiempo. Yo ya estoy convencida de que esa cosa no volverá.

—¡Tu hermano Rafa está pasándolo en grande en el local! —grita uno de los amigos de Fran que acaba de llegar.

—¿En serio?

—Está en el reservado que hemos montado. ¡Ya sabes! —gruñe agarrándose los bajos y poniendo un gesto demasiado obsceno que me hace sentir náuseas.

Me doy la vuelta para marcharme y Fran me agarra de la mano para que lo mire.

—¿Estás bien?

—Sabes que no.

Tiro de mi mano para que me suelte y veo a Rubén y a Sonia discutiendo de nuevo. Ella lo empuja y él se queda quieto mirando hacia donde estoy. Ella sigue gritando, pero parece que él no le está haciendo el menor caso. Me giro para pedirle a Fran que me suelte y su mirada atrapa la mía. La música de fondo es estridente y molesta y mi corazón bombea a doscientos por segundo.

Intento salir de la pista, sé que he empezado a llorar. Al iniciar mi huida descubro a Estela besando a un chico moreno que lleva una botella como la suya. Se agarran con ansias y ambos disfrutan del momento. Por un segundo veo en ese chico a Rafa y en mi amiga a la tipa que debe estar disfrutando de sus besos y sus caricias. Aprieto los ojos y Fran tira de mí para abrazarme con fuerza.

—Sabes que estoy aquí para lo que quieras.

Levanto la vista para encontrarme con su rostro serio. Me pongo de puntillas rodeando su cuello y aprieto mis labios contra los suyos. Fran no se lo piensa y me agarra de la cintura.

Quiero lo que él no me da. Necesito caricias y que me amen y me dejo llevar por el enfado, la tristeza y la desesperación haciendo que los besos con Fran se alarguen hasta bien entrada la noche. Él intenta acariciarme por debajo de la camiseta, pero no le dejo hacerlo, trata de buscar un lugar más tranquilo, pero yo quiero que nos vean, que se lo cuenten y que le duela más que a mí me ha dolido lo suyo.

Cuando mi tormenta interior se detiene, me aparto un poco para mirar los labios hinchados de mi acompañante, paso el pulgar por ellos y lo empujo un poco para que me suelte. Lo hace y aprovecho para salir corriendo e irme a mi casa.

Rubén septiembre 2007

Sonia vuelve a las andadas, ni conmigo ni sin mí, estamos peleando en la pista, cuando por el rabillo del ojo veo a Fran sujetando a Ari de la muñeca.

Ella me ve y de pronto los dos parece que son imanes y se pegan el uno al otro para devorarse a besos. Me encojo por lo que estoy

viendo. Sé que Sonia sigue reprochándome cosas que yo no he hecho y también sé que me da golpes para que le haga caso, pero no puedo, solo puedo ver que Ari está besando a Fran.

Todo mi cuerpo se tensa por la impotencia de no poder ir hasta ellos y machacarle la nariz a ese imbécil. Durante un buen rato, no puedo apartar la mirada de la escena más terrorífica que he podido presenciar en mi vida. Cada envite de ambos mi cuerpo tiembla de furia. Cada caricia de ella en su espalda me da ganas de vomitar.

Decido marcharme, no puedo seguir presenciando aquello, me está destrozando. Al salir del recinto veo a Sonia tonteando con otro, lo agarra de la cintura y lo besa. Inspiro tan cabreado que no puedo evitar meter el dedo en la llaga.

—Hace un momento estaba follando conmigo.

El tío se nos queda mirando alternativamente. Sonia me da un puñetazo en el costado y el chico se marcha, ella corre tras él no sin antes jurarme que me arrepentiré por eso.

Octubre 2024

Cojo el móvil y pulso el contacto de Rubén. Espero unos tonos y al final descuelga.

—¿No puedes vivir sin mí?

—Estoy escribiendo y me ha surgido una duda. Sé que molestaste a Sonia en las fiestas de La Cruz en 2007, que lo habíais dejado y al salir de las carpas la viste con otro y le dijiste que…

—Sí, sé de qué día hablas, también te vi a ti comiéndote a Fran. Fue un mal día. —Suena cansado y muy arrepentido de haber decidido ayudarme.

—¿Sabes por qué me enrollé con Fran?

—¿Qué pasa? ¿Quieres meter el dedo en la llaga? Porque te gustaba, ¿no?

—No, justo en el momento en que vosotros aparecisteis, bueno, unos minutos antes. Uno de los amigos de Fran llegó con la noticia de que su hermano estaba en el reservado con una chica haciendo de todo. Luego vi a Estela pasándolo bien y también te vi a ti

discutiendo, me dio ansiedad, creo, y lo cogí por banda a él y… el resto ya lo sabes.

—Gracias por la aclaración, pero no me apetecía escucharla.

—Solo quiero que me digas si viste a Rafa o a Fran después.

—¿Estás escribiendo mi parte?

—Sí, estoy contigo ahora.

—Fui al local de Fran para ver si estaba Rafa, pero no lo encontré, una de sus amigas me dijo que se había ido a casa bien pronto, que había vomitado. Luego me encontré con su hermano, que había ido a llevarte a casa. ¿Te acompañó? —pregunta Rubén para asegurarse de lo que le habían contado.

—Sí, lo hizo. ¿Qué más pasó? —continúo insistiendo.

—Me dijo que iba a quedar contigo otro día y me dejó hecho polvo. Al día siguiente fui a ver a Rafa, que estaba fatal de lo suyo, y hablamos sobre lo que había visto, me contó que Fran se había empeñado en tener algo contigo, que estaba claro que se había salido con la suya.

—Gracias por contármelo.

—En una hora bailamos, bonita, así que deja de escribir y vente a La Cruz.

Escribo lo que me ha contado Rubén adornando aquí y allá con mi estilo y recordando cómo es la voz de mi personaje. Con solo quince minutos de tiempo me pongo un pantalón cómodo y unas zapatillas y salgo pitando, sabiendo que no voy a llegar a tiempo.

Aparco en la puerta y no veo a nadie, al entrar en la escuela de baile Rubén sonríe desde el fondo y todos los demás se detienen para observarme, la novedad.

—Hola, tú debes ser Ari. Me llamo Maica, ¿por qué no pasas y empezamos con tu clase? Los demás podéis seguir a lo vuestro, que ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¿Rubén, puedes venir a ayudarme?

En un momento están enseñándome unos pasos y diciéndome que practique, Rubén me agarra de las manos imitando mis pasos y ya parece que estamos bailando. Una hora después salimos de la escuela para recoger a Aitana, que también tenía clases de ballet.

La pequeña se agarra de la mano de su padre y va contándole con entusiasmo lo que le ha pasado hoy durante todo el día. Su amigo le ha tirado de la coleta y se ha caído en la hora del patio.

—¡Ay, y sabes qué! Pedro me ha dicho que si quiero ser su novia. —Va moviendo las manos para acentuar sus explicaciones.

Rubén jadea y abre mucho los ojos, se detiene y tira de su manita para que lo mire.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¡Papá! ¿Tú qué crees? ¡Pues que no! ¡Es muy feo!

Trato de aguantarme la risa, pero ambos se dan cuenta, ya que no lo he conseguido y se giran a mirarme.

—¿Te parece gracioso que mi hija ya esté en el mercado de tener novios?

—Es demasiado joven, son juegos.

—No, Pedro quiere que sea su novia de verdad —contesta muy convencida.

—Hablando de novios, Aitana. ¿A ti qué te parecería si papá tuviera de novia a la tía Ari?

La niña nos mira. Mis mejillas deben estar como dos tomates, ya que no me esperaba para nada esta conversación. La mirada de Aitana es inquisitiva y aprieta los labios un poco. Contengo la respiración a la espera de su respuesta.

—Es guapa, seguro que ella no te quiere a ti.

—¿Yo no soy guapo?

—¡Papá! —La niña se suelta de su agarre y camina delante de nosotros dejándonos con un palmo de narices.

—No lo eres —susurro acercándome a su hombro y rozándolo con el mío.

—Mis dos soles bajándome la moral. Cambiando de tema, ¿cómo llevas la novela?

—Pues voy a ir llamándote cuando te necesite, estoy pensando que ahora que tengo el tema de las fiestas cerrado, debería escribir lo que pasó en Nochevieja.

—Creo que debes pasar antes por el puente de la constitución de ese año.

—¿Qué pasó?

—Rafa terminó el tratamiento. Salimos a cenar en plan, las chicas me están arruinando la vida, él solo me escuchaba y yo me lamentaba. Nos besamos.

Me detengo provocando que Rubén también lo haga, nos miramos sin decir nada un buen rato, suspiro y seguimos andando.

—¿Me lo cuentas todo? —Miro su perfil, indagando si puedo seguir cotilleando o no.

—Pues estaba borracho y en ese plan crítico con el sexo femenino. Al llegar a mi casa en el portal lo agarré y lo besé. Pero al segundo de hacerlo ya estaba arrepentido.

—¿Y Rafa cómo se lo tomó?

—Muy mal, como ya supones. Estuvimos casi hasta Navidades sin hablarnos, ¿no lo recuerdas?

—Ahora que lo dices, recuerdo que él no venía cuando tú sí lo hacías, y al revés. ¿Te importa si lo escribo?

—He estado pensando en la novela y creo que, si más de uno ve las coincidencias con toda la trama, destrozaremos el pasado de Rafa. Al menos lo que él trataba de ocultar.

Seguimos en silencio hasta su casa y voy por mi coche para volver a la mía. La niña me ha dicho que se alegra de que ahora sea la novia de su padre.

Al ir llegando hasta el coche veo que hay alguien de pie apoyado en la puerta por donde tengo que subirme. Cuando estoy a unos metros y me doy cuenta de quién es, ya es demasiado tarde para huir de él.

—He visto el coche y me he dicho, ¿será ella?

—¿Qué haces aquí, en La Cruz?

—Te buscaba.

Nacho está cruzado de brazos y no tiene intención de apartarse para dejarme subir. Mis piernas están temblando y trato de tragar saliva para calmarme, pero parece que la garganta se me ha encogido y no puedo hacerlo.

—¿Te apartas?

—Tenemos que hablar.

21



Saco el móvil y marco el número de la policía, me lo dieron cuando entró a mi casa por la fuerza.

—Ari, cielo. ¿No ves que estoy mal?

Su mirada me hace dudar, su gesto me paraliza. Por un momento dudo de lo que debo hacer, no sé qué me empuja y al final pulso el botón de llamada.

—Ari, por favor, ¡hablemos!

—Policía, mi marido tiene una orden de alejamiento y está apoyado en mi coche impidiendo que me marche.

—No me hagas esto. Ya me conoces, ¡nunca te haría daño!, no sé qué me poseyó el otro día.

—Estoy en la Plaza del Convento, junto a la fuente. Sí, no cuelgo. —Sé que no tardarán, ya que la comisaria está en la misma calle donde estamos.

—Me aparto del coche, cuelga por favor, tú me conoces mejor que nadie.

—No, no te conozco en absoluto, has manipulado mi vida, me has hundido como persona y me has invalidado como mujer. ¡Solo te importaba que te diera hijos y que limpiara tu casa!

Siento una mano apoyándose en mi hombro, busco con la mirada y encuentro a Estela detrás de mí.

—Para un día que vienes a La Cruz y la lías —me susurra sin apartar la vista de Nacho.

Respiro aliviada, no esperaba sentirme así al tener a alguien respaldándome. Le empiezo a tener verdadero miedo a Nacho.

—Señor, debe retirarse del vehículo. —Uno de los policías se interpone entre nosotros dos para que no me mire a mí.

—Solo quiero hablar con mi esposa, en la calle, ni le he pedido que se acercase.

—Bueno, pues esto no es lo correcto, usted no puede estar a menos de trescientos metros de la señora.

La policía termina llevándose a Nacho con ellos y yo voy directa a mi coche. Estela me detiene y me rodea en un abrazo que necesitaba. Me aferro a ella y siento como si mi cuerpo se desprendiera de un peso enorme.



Llego a casa aún angustiada con lo sucedido, cierro bien la puerta y ventanas y me preparo una infusión bien caliente. Por un momento analizo la mirada de Nacho, sus palabras.

No quiero hablar con él, quiero que salga de mi vida. Le temo desde que me encerró aquí. Apoyo la cadera en la encimera y miro hacia mi escritorio, de pronto tengo una necesidad de escribir que no puedo pasar por alto. Me dirijo hacia el ordenador y lo arranco, subo a mi habitación para ponerme cómoda y bajo decidida a olvidar lo sucedido y continuar con la historia de mi pasado.

Recojo mi pelo en una cola y me siento frente al portátil. Escribo la parte que me ha contado Rubén y la remarco bien para que la repase, al final va a tener que repasar todo el libro. Después de releerlo varias veces, me quedo contenta con el resultado.

Pienso en las Navidades de ese mismo año, no tiene mucho de dónde tirar, solo fuimos a cenar y luego me fui con Fran y sus amigos, porque no soportaba quedarme con Rafa y Rubén ya que estaban en un plan bastante raro.

Ahora pensándolo bien, ya sé por qué se comportaban como si se repelieran el uno al otro.

Febrero 2008

En mi clase hay un chico nuevo, se llama Marcos, lo he invitado a que salga con nosotros esta noche. Al llegar al parque, Estela le da conversación. Se sienta junto a ella y parecen bastante cómodos. El chico no es del pueblo y posiblemente cuando trasladen a su padre se vuelva a marchar.

Cuando llega Sonia lo estudia con la mirada, está teniendo una temporada de chicos que no me gusta nada, pero no la juzgo, cada cual disfruta a su manera. Cuando decidimos ir a comprar algo para beber a la tienda de Arturo, al volver ya están todos, le presento a los chicos y parece que se han caído bien. Esa noche me acompaña Marcos a casa.

—¿Qué tal mis amigos?

—Se les ve buena gente.

Es guapo, con esos ojos verdes y ese aire misterioso que parece envolverlo.

—Pues cuando te apetezca ya sabes, solo tienes que mandarme un mensaje.

Al llegar al portal agarra mi mano y tira un poco, para atraerme hacia él. Mi instinto es apartarme, pero en el último momento me dejo llevar.

—¿Qué quieres?

—A ti, desde el primer minuto que te he visto.

Rodea mi cintura y yo su cuello dejando que nuestros cuerpos se toquen y me besa. Su beso es suave y torpe al principio, aunque no es que yo sepa mucho de besos, solo me ha besado Fran. Se aparta un poco y me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres ser mi novia?

El corazón me da un vuelco, trago saliva mirando el brillo de sus ojos y pego mis labios a los suyos. Su lengua explora mi boca, dejo que juegue con la mía y se detiene para estudiarme un segundo.

—¿Esto es un sí?

—Sí, está claro que es un sí.

Esa noche casi no puedo pegar ojo, hemos quedado para dar un paseo solos. Estoy nerviosa, me sudan las manos y aún no estoy en mi primera cita. Es mi primer novio y sigo pensando en Rafa. «¿Podré quitármelo de la cabeza algún día?», pienso abrazando mis rodillas en postura fetal, tratando de conciliar el sueño.

Más de un año enamorada de Rafa y de pronto mi novio es Marcos.

Octubre 2024

Recuerdo que no pude dormir nada y que ese mismo sábado no vimos a ninguno de mis amigos. Paseamos y fuimos a por unos refrescos a la tienda de Arturo. Me sentí liberada por estar con alguien que no conocía, alguien que estaba conmigo y que yo le gustaba. Fue una sensación extraña, pero bonita.

Me levanto del escritorio y voy a la cocina a por una infusión, al pasar junto al reloj me doy cuenta de que son las tres de la madrugada. He avanzado mucho en la historia.

Podría irme a dormir y mañana continuar donde lo he dejado. Al final lo hago, me voy a la cama y me descubro a mí misma comprobando todas las cerraduras de la casa.

¿Debo volver a mi psicóloga para que me ayude de nuevo?



Estoy tomando un café en el jardín tecleando en la pantalla de mi móvil.

Ari

Te invito a comer y te cuento lo que pasó ayer

Rubén

Mal día, pero quiero saber lo que te pasó ayer.

Tengo un rato ahora, ¿quieres que pase?

Ari

Da igual, no te preocupes,
nos vemos cuando puedas.

Rubén

Vale, tengo cosas que hacer con Aitana.

Ari

Tranquilo, ya hablamos.

Su hija es importante y respeto que la ponga por delante de cualquier cosa. Termino el café y vuelvo al escritorio. Mientras estoy tecleando mi segunda cita con Marcos, llaman al timbre y me sobresalto.

Mis piernas tiemblan y mis músculos se tensan dándome la sensación de que mi piel está tirante. Me levanto asustada y observo por la mirilla. Sonia está de pie al otro lado de la puerta. Respiro profundamente, llevándome la mano al pecho y trato de calmarme.

—¡Buenos días! Le he empaquetado la peque a Rubén, espero que no te moleste.

—¿Empaquetado?

—Sí, hoy le toca.

Bajo la pantalla del portátil que había olvidado encendido y señalo la cocina para que entre. Mientras ella va hasta allí yo cierro la puerta con llave y me aseguro dos veces más de que esté cerrada.

—¿Qué haces?

—Cerrando.

—¿La primera vez no estaba cerrada?

—¿Quieres café? —pregunto cambiando de tema.

—¡Claro!

Preparo la cafetera y nos sentamos en el sofá a charlar. Me cuenta cosas sobre su hija, yo la escucho parlotear de lo orgullosa que está de ella.

—¿Cómo te va con Rubén?

Toso por la pregunta casi atragantándome con el café y ella ríe a carcajadas.

—¿Te sorprende que te pregunte?

—Me siento rara hablando contigo de esto.

—¡Nosotros hace más de diez años que no estamos juntos!

Frunzo el ceño al escucharla, lo dejaron un año antes de casarme con Nacho, pero si no han estado juntos desde entonces, hay cosas que no me cuadran.

—¿Y Aitana? Tiene seis años.

Sonia ríe a carcajadas, me da una palmada en el brazo y sigue riendo, sin poder contenerse.

—Aitana es *in vitro*.

Me quedo pálida y sin palabras, no sabía eso y conocerlo me ha dejado perpleja.

—¿Sonia? ¿Qué dices?

—¡Sí! Quería ser madre, ningún hombre cumplía con mis expectativas para casarme o tener una relación seria y yo no quería esperar a tener pareja estable, quería a mi hija en mis brazos.

—No me lo puedo creer…

—Un día estábamos en una cena y lo solté, estaban todos. Recuerdo que Estela me dijo que porqué no iba a una clínica. Empezamos a hablar sobre la procedencia del padre y la de babosos que donan semen y al final Rubén se ofreció.

Estoy tan alucinada que no puedo articular palabra, asiento y me levanto para ponerme más café.

—¿Qué dices?

—Pues lo que oyes, ¿no te lo ha contado Rubén?

—Estoy redescubriendo mi pasado, he vivido demasiado tiempo en la ignorancia.

—Bueno, ya te pondrás al día. Al final Rubén me propuso ser su padre, como si fuéramos una pareja de divorciados. Me prometió que se haría cargo de todo, dinero, recogerla en el cole y quedársela algún fin de semana o semanas enteras, que él quería participar de su vida. ¡Me pareció estupendo!

El impacto de esta historia me ha dejado fuera de juego.

—Me he perdido tantas cosas.

—Pero ya estás con nosotros de nuevo, ahora puedes saber todo. ¿Salimos al jardín?

Asiento y nos trasladamos fuera, cojo las mantitas que tengo preparadas para eso y nos sentamos tapándonos las rodillas.

—¿No piensas contármelo?

—¿El qué?

—Lo que te pasó ayer, toda La Cruz lo sabe.

Inspiro recordando que es un pueblo de cotillas, ¿cómo no iban a saberlo? Deduzco que Rubén tal vez también lo sepa.

—Pues si lo sabe todo el pueblo, ya lo sabes. Nacho me… ¿Increpó?, ¿asaltó? No sé cómo llamarlo.

—Lo podemos llamar hijo de puta.

—Sí, también.

—¿Me contaste que estabas yendo a una psicóloga?

—Sí, pero dejé las sesiones hace poco.

—Retómalas, no puedes vivir con ese miedo en tu interior. Te lo he notado enseguida. Has cerrado tres veces la puerta.

Siento cómo las lágrimas resbalan por mis mejillas y las aparto molesta, no quería que me viera llorar. Ella estira su brazo y me atrae para abrazarme, la postura es incómoda, pero necesito que me abracen, así que me quedo muy quieta recibiendo este calor.

—Es la tercera vez que me asalta —digo decidiendo al fin la palabra de lo que me está haciendo mi exmarido.

—Lo sé. ¿Quieres que me quede contigo aquí?

—No, no va a robarme mi independencia.

Estoy enfadada, me enfada que el temor a lo que pueda hacerme se traduzca en que alguien viva conmigo o yo viva con alguien, no pienso hacerlo, me encanta estar sola.

—¿Y con Rubén? —Su mirada verde me estudia y creo que hasta llega a leer mis pensamientos—. Está claro que no estáis en ese punto, ¿verdad?

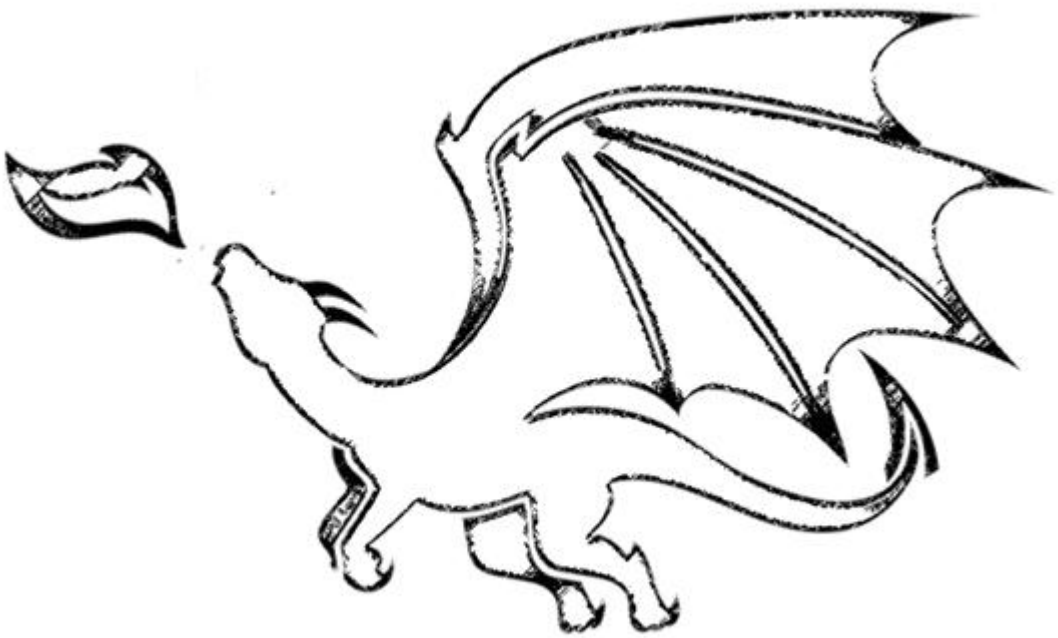
—No, aún no. Algún día puede, pero ahora solo quiero seguir con mi nueva vida sin ataduras.

—Pues solo tienes que ir con cuidado, no sé cómo ayudarte.

—Nadie puede, es algo que tengo que solucionar yo.

Creo que debo coger el toro por los cuernos y parar esta locura, o terminaré volviéndome una enferma de la seguridad.

22



El fin de semana lo paso escribiendo, Rubén tenía a la pequeña hasta el lunes y ese día empezaba a trabajar, así que lo veré por la noche, sí que nos hemos mandado algún mensaje, pero poco más. No salgo de casa para nada y aprovecho para contar toda la historia de Marcos. Escribo todo lo que recuerdo y lo repaso, estuve saliendo con él durante el curso, pero en junio se mudaron de nuevo. Esta vez a Madrid. Fue un año intenso debido a las PAU. Esa prueba casi nos vuelve locos a todos. Rubén y Rafa no se presentaron, optaron por cursos formativos.

Junio 2009

—¿Quieres que seamos novios a distancia? —me pregunta Marcos, rodeándome con sus brazos.

—No, eso no va a funcionar.

El silencio que provocan mis palabras me inquieta. De pronto me besa, con una intensidad desesperada, me dejo hacer sabiendo que su marcha será dolorosa, pero nunca he llegado a quererle como quiero a Rafa. Aún saliendo con Marcos durante más de un año, no he podido sacarme de la cabeza los sentimientos por mi mejor amigo.

—Quiero hacer el amor contigo —murmura muy serio.

Nunca he querido pasar a la siguiente base, sabía que se tendría que ir y no quería correr un riesgo que no podría asumir, si lo hacía con él, tal vez olvidaría a Rafa. Estamos en su casa aferrados como dos imanes uno al otro.

El atrevimiento que me empuja a deslizar mi mano bajo su camiseta lo lleva a él a hacer lo mismo. Empezamos acariciándonos sin dejar de besarnos. Mi primera vez. Todo mi cuerpo se tensa con ese pensamiento y me aparto un poco, algo insegura.

—No sé si...

—Ari.

Me besa devorándome, haciéndome sentir la excitación que siempre noto cuando nos besamos un buen rato, queriendo más, pero negándome a ello. Tal vez así olvide a Rafa, aunque me enfrentaría al problema de tener que sacarme a Marcos de la cabeza.

—¡No, para!

Me aparto arreglándome el pelo, nerviosa y con la respiración agitada. Miro sus ojos encendidos de deseo, su erección empujando el pantalón, la habitación sola y la casa vacía.

Lo empujo hacia la cama y cae de espaldas, subo a horcajadas sobre sus muslos y seguimos besándonos. No voy a detenerme. Esta vez no.

Nos acariciamos sin tregua hasta que el anhelo grita en lo más profundo de mi ser.

—Hazlo ya. ¿Tienes condones?

—Espera.

Se levanta a por un preservativo y se lo pone algo nervioso, sus manos están temblando y observo como se desliza el plástico a lo largo de su sexo. Me tumbo esperando que venga y todo se desfigura a mi alrededor. ¿Dolerá? ¿Es lo correcto?

Se pone entre mis piernas y me mira muy serio.

—¿Estás bien?

—Es mi primera vez.

—Y la mía...

Se reclina para besarme y me hace el amor. Al principio con cuidado hasta que noto el tirón inicial, luego con más prisas, los dos estamos ansiosos por saber lo que viene. El termina y cae agotado, yo siento que falta algo, que no ha sido tal como esperaba.

Mi primera y nefasta vez. Qué bonito lo pintan en los libros y las pelis, no, no es tan bonito, es raro.

Nos despedimos, tristes y sabiendo que no volveremos a vernos después de esto. Sé que Marcos se ha quedado con una sensación incómoda con respecto a mí. Y yo pensando que no volveré a practicar sexo en la vida.

Al día siguiente nos vemos solo las chicas, para tomar algo. Les cuento mi experiencia torpe y rara con Marcos y Sonia ríe a carcajadas con mis idas y venidas de la historia.

—Tía, es normal que duela, pero lo normal es que tú también termines disfrutando, ¡te dejó a medias! —Su risa es estridente y escandalosa y parece que lo pasa en grande con mis penurias.

—A mí no me mires, voy a llegar virgen al matrimonio. Los tíos cada vez me ponen menos.

En ese momento entran Rafa, Rubén y Oliver.

—¡A ver si eres lesbiana! —grita Sonia dándole una palmada a Estela en la espalda. Su excitación excesiva al hablar, me cabrea.

Noviembre 2024

Me viene a la memoria cómo Sonia, dice lo de Estela, sabiendo perfectamente que los chicos ya estaban entrando y la escucharían. Más tarde, el gesto de ella mirando a Rubén antes de soltar la

bomba de que me había follado a Marcos, era de puro triunfo. Como si mi historia fuera de dominio público. Estuve enfadada con ella muchísimo tiempo, nuestra relación se volvió tensa y no nos contábamos nada. Ya no era lo mismo, las confidencias con ella iban a ser de dominio público, así que decidí que no lo haría más.

Después de esa quedada, me fui a La Fortaleza con mis padres a pasar el verano. Hago un repaso mental de la escena, de cómo lo soltó para fastidiarme y de que el más afectado parecía ser Rubén.

Echo la silla hacia atrás y me inclino sobre el escritorio apoyando la frente en mis brazos, suspirando sonoramente. Michu acude en mi ayuda y ronronea a mis pies, luego se sube a la mesa y me da cabezaditas en el brazo. Me incorporo cogiéndolo, para acercar la silla de nuevo al escritorio.

Veo tantas cosas en mi pasado de las que no fui consciente en su momento. ¿Sonia sabía que Rubén estaba por mí? ¿Lo dijo para hacerle daño a él o a mí? Rememoro la escena una y otra vez, tratando de hilar la verdad.

Al final escribo la parte de Rubén, sintiéndose abatido por lo que nuestra amiga había dicho, recuerdo que me marché a los cinco minutos, tiempo suficiente para saber que no se quedaban hablando de mi sesión de sexo. Mi primera vez lanzada al público como si fuera una película porno.

Un mensaje del móvil me saca de mi comedura de tarro y decido que tengo que despejarme.

Miro el teléfono y es el chat de los amigos. Oliver nos invita a cenar, el sábado que viene, que es su cumpleaños. Estela lo lía diciendo si es este sábado que viene o el siguiente y ambos empiezan a discutir sobre sábados. Al final pone el día y la hora para que lo tengamos claro. Todos aceptamos. Rubén no contesta en ese momento, debe estar trabajando.

Decido salir a dar un paseo por el pueblo. Aquí me siento segura, aunque por las noches me encierre en mi búnker particular. Cuando llego a la plaza, tomo la decisión de llamar a la psicóloga y no me lo pienso dos veces.

—Buenos días, María. Necesito verte para hablar contigo.

—Claro, ¿cuándo quieres?

—Para ayer. He tenido un percance y me está causando miedos raros. Tengo que asegurarme de que toda mi casa esté bien cerrada porque si no, no puedo dormir. Entre otras cosas.

—¿Viernes?

—¿A qué hora? Tengo clase de baile.

—¿En serio? ¡Cómo me alegro de eso!

—Sí, empecé la semana pasada. Si es por la mañana, no tengo problema.

—Pues por la mañana. Ya verás cómo bailar va a ayudarte en muchos aspectos.

—Por eso no me negué cuando me lo sugirieron, eso y que mi pareja de baile es un bombón. —Río para quitar hierro al asunto. María también ríe al otro lado de la línea.

Acordamos la cita y al colgar el teléfono me quedo admirando las vistas que tengo delante. Es un paraje verde y montañoso, con el pueblo que baja hacia un pequeño valle y la carretera se pierde tras una montaña, la que nos lleva a La Cruz y nos saca hacia la civilización más alejada.

Decido subir a la torre para despejarme, la subida me hará bien, en diez minutos estaré allí. Al llegar observo el torreón y más allá veo otro a lo lejos. Me siento como atrapada en una de estas torres. Como si no pudiera salir de ella. Nacho ha sido el vigilante de esas paredes desde siempre. Ahora trato de liberarme de su encierro. Me sigo sintiendo bajo su yugo amenazante, aunque me haya alejado de él. Su constante acoso me pesa y cada día siento más miedos que no puedo controlar.

—¿Sabes que de esta torre saltó una novia?

Me sobresalta una voz y me giro para encontrarme a Carmen detrás de mí, se sitúa a mi lado cruzando los brazos sobre el pecho y arruga la nariz.

—¿Cuándo fue? —pregunto con curiosidad. Otra historia para una escritora ávida de sucesos.

—Bueno, yo tendría unos catorce años. ¡Todo el pueblo fue a la boda! —No sé su edad, pero aparenta muchos más de sesenta—. ¡Hace fresquito! —dice arrugando la nariz de nuevo.

Miro a lo lejos y sonrío pensando en lo bonita que podría ser una historia como esta, pero con final feliz. Mis finales siempre son felices, puede ser que la felicidad sea para el novio.

—¿Cuándo se tiró?

—Pues bueno, espera, te cuento todo. La mujer se llamaba María Dolores, era la hija del panadero, en aquella época todas las casas del pueblo estaban ocupadas, ¡éramos más de mil! Pues bueno, el panadero obligó a su hija a casarse con el hijo de uno de los hombres más adinerados del pueblo. Y bueno, según pasaba entonces, para así tener dinero, ya que en aquella época todo se movía por la perra, si tenías una hija guapa, seguro que terminaba emparentada con alguien con el bolsillo lleno.

—Sí, esa época tan maravillosa donde las mujeres eran moneda de cambio. Pero... de este matrimonio no hace tanto tiempo.

—Aquí todo se arreglaba así, hasta hace bien poquito. Bueno, la muchacha estaba enamorada de su vecino, Raúl, un chico de su edad. Pues bueno, en resumidas cuentas, que la chica estaba preparada con el vestido y todo, caminando hacia el altar, y le pidió a su padre visitar la torre a solas antes de casarse. Su padre la acompañó y ella le pidió subir a lo alto sola, así que la dejó ir y de pronto saltó. ¡Todos esperándola en la iglesia!

—¿Qué pasó con el futuro marido? ¡No, no! Lo importante es, ¿qué pasó con el otro chico?

—Pues el chico rico se marchó con su padre y Raúl… ¡Ay, Raúl! Ese muchacho intentó saltar también, y por ese motivo se cerró la torre.

—¿No encontró a otra mujer?

—¡Sí, claro!

La miro esperando una respuesta, pero su sonrisa y la dirección de su mirada me detiene.

—¿Carmen, quién fue?

—Yo, su mujer fui yo, empezamos siendo amigos, digamos que fui su hombro donde llorar. Más tarde nos casamos.

Sonrío satisfecha, una historia con final feliz, al menos para dos, de tres.

—¿Por qué no reabren la torre?

—No lo sé, debes preguntar al alcalde.

—Lo haré, y, ¿qué hay dentro?

—Una escalera para subir a hacer vigilancia. Arriba creo que no hay nada.

Bajamos juntas hasta casa. Vamos hablando de anécdotas del pueblo y voy tomando notas mentales de todo lo que me cuenta. Esto va a dar para otra historia.

23



Recibo un mensaje de Rubén preguntándome qué quiero para cenar. Respondo que tortilla de patatas y a los dos segundos llaman al timbre. Sonrío sabiendo que está haciéndome lo de la última vez.

—¿Sabes lo difícil que es acceder a este puto pueblo sin hacerlo por el camino de entrada?

Trato de cerrar la puerta para dejarlo fuera, pero pone el pie antes de que lo haga, suelta un gruñido empujándome para

apartarme, mirándome con tanto odio que no lo reconozco.

Trato de pulsar el botón de protección de la policía que me he instalado, pero sé que no he atinado ni una sola vez. Estira su mano y me da un golpe en la mía para que suelte el móvil, que por el impacto sale disparado al suelo. He cerrado los ojos con fuerza al verle levantar la mano y me encojo como una cobarde.

—Hablemos. Quiero zanjar esto de una puta vez.

—Tienes que salir de mi casa.

—Nuestra casa, la has comprado con nuestro dinero, bienes gananciales ¿Recuerdas?

Inspiro dándome cuenta de que trama algo. Mis piernas tiemblan y noto como el estómago se me encoge por una náusea. El miedo me está controlando, no puedo permitírmelo ahora mismo.

—Vete, por favor —digo con voz temblorosa.

—¿Quieres el divorcio? Te lo daré, eres incapaz de conseguirte un marido en condiciones, nadie va a querer estar con una holgazana como tú, ¡yo te aguanté tanto tiempo porque me dabas pena!

Su mirada se clava en la mía, estira la mano para sujetar mi brazo, no puedo moverme, estoy paralizada.

—¿Quieres el divorcio? pues todo lo que hay aquí, incluida la casa, y tu cuenta corriente, ¡todo!, es a medias. ¡Y créeme, ahora sé todo lo que tienes, Gaby Andrews!

Mi corazón se detiene al escucharle pronunciar mi seudónimo, inspiro con fuerza y recupero el control.

—¿Cómo sabes que…?

—Porque he pagado a un investigador desde que amenazaste con irte. Y una de las llamadas más recurrentes de tu móvil es de un tal Alejandro Martínez, editor, en una editorial de novela romántica. ¿Voy bien?

—¡Todo eso lo gané con mi esfuerzo!

Su cara se acerca a la mía peligrosamente y grita mientras su saliva salpica mi rostro provocándome otra náusea:

—¡Tú y todo lo tuyo sois míos! —gruñe cada palabra zarandeándome.

—¡Suéltame, me haces daño! Lo hablaremos con un abogado.

—¡No! Volverás a casa, y podrás quedarte con todo lo tuyo, no lo quiero, pero vivirás conmigo y cumplirás como esposa. A ver si de una puta vez vales para algo y me das un hijo.

—¡Prefiero darte todo lo que tengo y que te pudras!

Me agarra por los hombros y me zarandea con más fuerza, me suelta con un empujón que me lanza al suelo.

—Ni creas que te vas a salir con la tuya. Si te vas, te lo quito todo —susurra junto a mi oído y me tenso estremeciéndome por su cercanía—. Mañana a las doce pasaré a por ti, prepara las maletas. Que tengas una bonita noche.

Abre la puerta y sale de mi casa como si nada. Me quedo paralizada mirando la puerta abierta y suelto todo el aire que estaba conteniendo en mis pulmones. No estoy llorando, tengo miedo de empezar y no poder detener el torrente. Si no me voy con él lo pierdo todo.

No sé el rato que estoy sentada en esa misma posición repasando lo que ha sucedido. Rubén llega y mira hacia adentro como esperando encontrarse algo raro. Observa todo el espacio, al final clava la vista en mí y viene corriendo a socorrerme.

—Ari, ¿qué ha pasado? —Intenta levantarme y al final con esfuerzo lo consigue, me acompaña al sofá, pero mi mente sigue viajando entre lo que debo hacer y lo que necesito hacer.

Lo oigo trastear en la cocina, y me trae una infusión. Le doy un sorbo, y me pincha con el dedo el hombro para que lo mire.

—Dime qué ha pasado…

Niego con la cabeza y sigo tomando el líquido caliente que tengo entre las manos.

—Creo que es mejor que te marches.

—Pero…

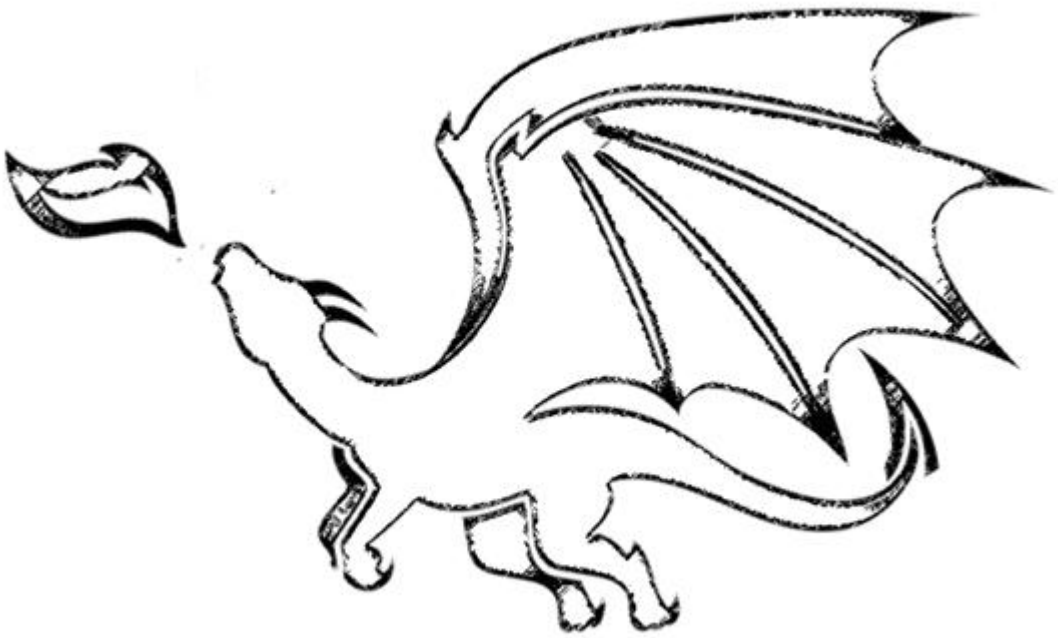
Enmudece observando mi rostro. Me quita la taza dejándola en la mesita baja y me rodea en un abrazo tan fuerte que casi escucho crujir esa tensión que me ha causado Nacho. Me estrecha con más fuerza y me aferro a su espalda oyendo como caen los pedazos del dolor que mi exmarido me ha causado y como entre sus brazos encuentro la paz. Ya no puedo contenerme, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

—Hay que ir a la policía y volver a denunciar.

Mi mente ahora mismo es un huracán de pensamientos que me está enloqueciendo. Inspiro con fuerza sin soltarlo.

—Tengo que volver con él.

24



El silencio de Rubén se me hace demasiado tenso. Su gesto es serio y mi mente está bloqueada, solo escucho mi frase: «Tengo que volver con él»

—¿Es lo que quieres? ¿O te está obligando?

Aprieto los ojos al mismo tiempo que los puños. He terminado mi infusión y ahora mismo él me observa desde el banco de la cocina preparando la cena. No sé si tengo hambre, pero creo que a él le distrae cocinar y la situación lo ha puesto a trabajar.

No digo nada, me mira esperando una respuesta que no va a llegar. Pone los platos sobre la mesa y me agarra de la mano para que le siga y me siente con él.

Miro la comida y la bilis sube por mi garganta, avisándome de que si pruebo bocado irá todo fuera.

Rubén estira su mano y aparto la mía para que no me toque. No hablamos y sus ojos se apagan, no tienen ese azul brillante que tanto me atrae. Veo como su rostro cambia y se levanta de la silla dejando la comida intacta en la mesa.

—Me voy.

Espera una respuesta por mi parte, pero no puedo decirle que se quede, al menos hasta que tenga claro lo que debo hacer. No quiero meterle ahora mismo en mis problemas, ya tiene bastante con su hija y su vida.

—¿Me haces un favor?

—No —responde haciendo que lo mire—. Estás hundiéndote en la mierda tu sola. No sé qué te ha pasado, si no me lo cuentas no puedo ayudarte, y si te cierras en banda, no esperes que te ayude de ninguna manera.

—Está bien.

—¿Piensas seguir guardándote lo que ha ocurrido para ti sola?

—Tengo que pensar lo que debo hacer y no quiero que ni tú, ni nadie intervenga en mi decisión.

—Sabes que te equivocas, ¿verdad?

Aparto la mirada para que no note que estoy a punto de llorar. El silencio ya empieza a molestarme, cuando miro hacia donde estaba veo que se ha puesto a quitar sus cosas de la mesa. Se dispone a ponerse la chaqueta y coge las llaves del escritorio.

—Que no se te olvide que te amo, Ari.

Contengo un quejido que está apunto de brotar de mi pecho y veo su espalda desaparecer tras la puerta cerrada. Aprieto los dientes mirando delante de mí, sobre la mesa sigue mi plato con una chuleta de carne y un pedazo de tortilla. Estiro la mano y aparto todo de un zarpazo haciendo que caiga disparado por todas partes en el suelo. Michu aparece de repente, ya que había desaparecido cuando Nacho entró en la casa. Salta sobre mi regazo y me da cabezaditas en la barbilla para que le haga caso.

Justo con ese gesto estallo en llanto dejando ir todo lo que había contenido con la conversación de Rubén.



Después de estar toda la noche dándole vueltas al asunto, me he despertado con la idea de no perder aquello que me pertenece. Voy a por mi coche con pasos decididos y subo sin pensarlo para salir del pueblo. Voy a recuperar la libertad.

Pienso en lo sucedido la noche anterior con Rubén, aunque aún no lo sabe, sus palabras todavía resuenan en mi corazón. «Sí, sé que suena a novela romántica, pero es que es el único lugar en el que puede resonar un "te amo"», pienso con una sensación de valentía que no sé de dónde sale.

Llego a La Cruz y mi primera parada es en casa de mis padres. Hablo con ellos y les cuento todo lo ocurrido y lo que pienso hacer al respecto, mi madre se echa a llorar y mi padre aprieta mi hombro asintiendo, sé que me apoya.

—No estás sola.

—Por eso he decidido hacerlo. Gracias, papá.

Vuelvo a coger la carretera esta vez para encontrarme con mi abogada. Tengo que tener claros todos los puntos a los que me enfrento para estar segura de lo que va a pasar.

Mientras hablamos, posiblemente Nacho ya está en mi casa. La abogada me pone todo en claro y me explica cuáles son mis opciones. Me entrega una carpeta con todo lo que le he pedido y los papeles del divorcio. También me explica que esto no va a ser inmediato, que en caso de que lo firme de mutuo acuerdo tardaría entre dos y cuatro meses, dependiendo del juzgado y lo saturado que esté.

Regreso a La Fortaleza y al llegar a casa en la puerta, esperándome, está mi ex.

—¡Ya estabas tardando!

El alcalde y Tomás están también en la calle.

—Si quieres que nos quedemos, solo tienes que pedirlo, Ariadna —dice Ramón.

—Toma. —Le tiendo el sobre a Nacho y asiento mirando al alcalde—. Prefiero que os quedéis si no es mucha molestia.

—¿Qué cojones es esto? —grita alterado sobresaltándome.

—Tus propiedades incluida esta casa y el divorcio que te pido que firmes por las buenas. Si no lo haces tendremos que ir a juicio. Mi abogado puede hablar contigo sobre todos esos documentos.

—¿Qué coño es esto? —replica de nuevo muy cabreado.

—No, me niego a seguir soportando que me intimides.

—¿Intimidarte yo?

—Muchacho, tendrás que marcharte —interviene Tomás.

—No, déjalo, Tomás. —Estiro mi brazo hacia ellos para que no se acerquen y asiente dejándome hacer a mí.

He llamado a la policía desde el despacho de mi abogada para avisar de que mi exmarido estuvo ayer en mi casa, que entró a la fuerza y me advirtió de que hoy vendría a por mí a las doce. Yo sabía que llegaría un poco antes, y me daría tiempo a hablar con él.

No deben tardar mucho en llegar así que solo estoy haciendo tiempo para que tenga una denuncia más. Ayer me destrozó el alma y mientras decidía si podía seguir viviendo así o si terminaba con esto de una vez por todas, mi existencia se redujo a la nada. No quiero volver a pasar por esto nunca más.

La policía no tarda en aparecer en la curva del acceso al pueblo. Nacho los ve llegar y trata de marcharse, pero al alcalde y Tomás le cortan el paso, yo miro el sobre que ha dejado caer en el suelo y lo recojo.

—Te dejas esto.

—¡Joder, Ari! Yo te amo, ¿Cómo puedes hacerme esto?

—Tú solo me haces daño y me robas la existencia.

—No es cierto, siempre he cuidado de ti. ¡Siempre!

—Tal vez ahora necesito cuidar de mí misma. —Mientras su voz suena alterada y estridente, yo trato de conservar la calma, aunque mis piernas y mis manos están temblando por el miedo.

La policía escucha mi declaración de todo lo ocurrido ayer y hoy, tengo moratones en los brazos de cuando me sujetó y me zarandeó, lo cuento todo con pelos y señales. El otro policía se lo lleva detenido al coche. Miro como le ayudan a entrar y toman la salida del pueblo, el alcalde y Tomás están a mi lado observando el camino de acceso.

—¿Por qué no nos dimos cuenta de que ayer estuvo aquí?

—Porque no pasó por donde está la cámara.

—¿Estás bien? —pregunta el alcalde.

—Creo que sí, pero tengo que ir a solucionar algo. ¡Gracias!

Vuelvo a mi coche y esta vez tengo un destino que no puedo eludir. Tengo que volver con la abogada para contarle las novedades, me dijo que la mantuviera al día, pero antes debo pasar a ver a Rubén.

Entro en el concesionario buscando a mi Romeo. Voy hasta él, dándome cuenta de que la gente me observa al pasar. Estoy escuchando en mi cabeza la musiquita de *Oficial y caballero*, empiezo a sentirme un poco loca, algo normal en una escritora.

Al tocarle en el hombro se da la vuelta. Estaba atendiendo a dos personas, pero al verme su mirada se ilumina, apagándose de nuevo en un instante. Odio esa oscuridad, sé que es por mi causa.

—Se lo ha llevado la policía.

Abre mucho los ojos y me estudia de pies a cabeza.

—¿Estás bien?

—Flotando, porque parece que al fin puedo dormir tranquila. O al menos eso creo.

Sus brazos me rodean atrapándome contra su cuerpo, su nariz roza mi oreja y un susurro me provoca un estremecimiento.

—Gracias a Dios

—¿Me perdonas por lo de ayer? —me aparta para mirarme—. Tengo mucho que sanar antes de volver a ser yo, y tengo que contarte todo lo ocurrido.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para recuperar a la vieja princesa Ari.

—Había pensado sacarte de aquí en brazos como en la película de *Oficial y caballero*, pero... —Hago un gesto como si fuera a

cogerlo en brazos.

Suelta una carcajada al escuchar mi tontería. Me pongo de puntillas buscando sus labios, rozándolos con suavidad para notar como me atrae hacia él e intensifica el beso. Me levanta del suelo y gira sobre sí mismo haciéndome volar. Un carraspeo nos detiene y los dos sonreímos antes de separarnos.

—Discúlpenme... Ari, ¿puedes esperar?

—Tengo que entregar unos papeles a mi abogada. ¿Comemos?

—Luego te llamo.

Salgo del concesionario con una sonrisa. Ahora tengo que hablar con Paloma y luego volveré a pasar por la casa de mis padres, tengo que contarles lo que ha sucedido.



Después de todo lo pendiente miro mi móvil. Estoy subida en el coche decidiendo si irme a casa o esperar a que él me llame. Le mando un mensaje.

Ari

En tu casa o en la mía.

Rubén

En ninguna, vamos a un bar que conozco.

Ari

Dime y voy a coger mesa, te espero allí.

Rubén

Recógeme en el concesionario y vamos juntos.

Ari

Voy ya de camino.

Arranco y me pongo la musiquita dichosa de *Oficial y caballero* que no logro sacarme de la cabeza. Sonrío al escucharla en los altavoces. Aparco en la puerta de acceso al concesionario, por donde entran los vehículos. Un hombre frunce el ceño al ver donde he estacionado. Sonrío a modo de disculpa justo a tiempo de ver a Rubén cómo corre hacia nosotros.

—Germán, me están buscando a mí, perdona.

—Iba a preguntarle si necesitaba un cambio de coche.

Los dos ríen y Rubén le da una palmada en la espalda.

—Seguro que la convenzo de que lo haga. Voy a comer, nos vemos luego.

—¡Divertíos!

Sube al coche y me da un beso rápido que me sabe a gloria, luego nos dirigimos al Club de tenis.

Rubén ha reservado mesa y vamos a comernos una paella valenciana para dos. Estoy deseando hincarle el diente. El camarero nos saca las bebidas y mientras nos acomodamos me pregunta qué pasó ayer por la noche.

Al sentarme, empiezo contándole lo que pasó el día del baile en La Cruz, cuando Nacho apareció de pronto junto a mi coche, luego le explico el ataque en mi casa y lo bloqueada que me sentí.

Traen una ensalada y, al marcharse el camarero, sigo con la historia. No le cuento solo lo ocurrido con mi ex, también le explico cómo me sentía mientras él estaba allí y cómo me quedé cuando se marchó. Me agarra la mano con fuerza sin quitarme el ojo de encima y yo sonrío.

—He ido esta mañana a la abogada, Paloma. Hemos hablado del divorcio, la casa, los libros y todo mi dinero. Al estar casada con Nacho todo lo que había en nuestro matrimonio, incluso eso, era suyo y mío. Así que lo hemos arreglado para que equitativamente, yo me quedase con la casa del pueblo, el resto me daba igual, pero lo hicimos a partes iguales. Me dio los papeles del divorcio bien arreglados, solo para firmar, pero no lo ha hecho.

—Entonces sigues casada.

—Por lo menos unos meses más.

—¿Qué te hizo reaccionar? Darte cuenta de que lo mejor era hacer esto.

—Michu.

—¡Mi héroe! —Hace un gesto exagerado estirando los brazos hacia los lados y casi gritando las palabras.

—¡Oye, que es mi gato!

Los dos reímos y vemos como el cocinero nos saca la paella, es amigo de Rubén así que al dejarla sobre la mesa me lo presenta y aplaudimos la pinta que tiene ese arroz. Nos deja solos y el camarero nos sirve. Al marcharse me vuelve a preguntar sobre lo que me hizo reaccionar y qué tiene que ver Michu en ello.

—Verás, unas semanas antes de marcharme de casa encontré a Michu en los contenedores de la esquina, el peque empezó a seguirme, tendría tres o cuatro meses. Yo no pude evitarlo. Estaba sucio y espeluznado, así que lo metí en casa, le di una buena ducha y al día siguiente lo llevé al veterinario.

—Déjame adivinar, Nacho no lo quería.

—No, no le hizo ni pizca de gracia. Justo esa semana iba a la psicóloga y su recomendación digamos que fue el empujón que necesitaba para marcharme.

—¿Cuál fue?

—¿No buscabas una excusa para irte? Michu es la mejor.

Estira una sonrisa traviesa en sus labios, provocándome un vuelco en el corazón, estiro la mano y acaricio su mejilla. Adoro esa sonrisa.

—¿Y qué hizo Michu para que reaccionases esta vez?

—Darme consuelo. Lloré con tantas ganas que no pude dormir. Durante la noche, tus palabras casi me vuelven loca. Eso que me dijiste antes de irte.

Provoco para que me lo vuelva a decir, pero pone cara de no entender nada.

—No lo recuerdo... —Al final sonríe y se muerde el labio para tratar de contener la sonrisa.

Su gesto me provoca. Si no estuviéramos en un lugar público no sé si podría haber aguantado para no saltar sobre él.

—¡Vaya! Con lo joven que eres y ya vas perdiendo la memoria. —Pongo los ojos en blanco y estalla en carcajadas.

—Tú me haces perder la razón. —Hace una pausa para que lo mire y, al hacerlo, continúa —: Te amo.

—¿A qué hora dices que te pones a trabajar? —pregunto evitando la respuesta.

—A las cinco, ¿vas a darme trabajo?

Me inclino sobre la mesa levantando un poco el trasero para llegar lo más cerca que pueda de él.

—Quiero que me beses hasta enloquecerme.

—Fácil, demasiado fácil.

Se inclina un poco para encontrar mis labios con los suyos. Me dejo besar y vuelvo a mi sitio para terminar de comer. El camarero nos saca el postre que devoramos con prisas y nos marchamos.

25



Estamos desnudos y saciados sobre la cama. Su mano juega acariciando mi vientre, subiendo hacia mi pecho y volviendo al ombligo, casi enloqueciéndome con la cadencia de la caricia.

—¿Qué haces?

—Tu piel es muy suave —susurra inclinándose hacia mí y mordisqueando uno de mis pezones. Subo mi pecho a su encuentro

y agarro su cabeza para que no se aparte.

Su mano se desliza por mi cadera hasta meterse entre mis muslos, todo mi cuerpo reacciona buscando más placer. Empuja con fuerza en mi interior deslizando los dedos en una caricia que me roba el aliento.

—No te da tiempo a más...

—A ti sí.

Su cabeza se pierde entre mis piernas y su lengua se desliza por mi sexo en una caricia tentadora que me estremece y me deja temblando.

Pierdo el sentido del tiempo y me dejo llevar entre sus brazos.

Sus caricias me llenan de excitación y deseo, en mi memoria no alcanzo a encontrar explosiones de placer como las que me provoca Rubén. Nadie me ha dado placer por el simple hecho de verme disfrutar, hasta que él entró en mi vida.

Cuando al fin alcanzo el orgasmo, me atrapa con cariño rodeándome en un abrazo lleno de ternura. Algo se remueve en mi interior, un hormigueo se instala en mi vientre. Un sentimiento que reconozco demasiado bien, puedo decir que incluso es algo más intenso de lo que llegué a sentir por Rafa.

—¿Te quedas aquí? Así cenamos juntos.

—Me gusta la idea —susurro adormilada.

—Tengo que irme al trabajo.

Asiento y pienso en mi portátil que está en casa, tengo ganas de escribir.

—Aunque me gustaría seguir con la historia.

—¿Cómo vas?

—Marcos, mi primera vez y cuando Sonia os lo dijo a gritos en la cafetería.

Resopla poniéndose los pantalones, se mete la camisa por dentro y los abrocha.

—¿Y ahora qué piensas escribir?

—¿Qué pensaste tú, cuando Sonia dijo que me había acostado con él?

Hinca una rodilla en la cama para llegar a mí y darme un beso.

—¿Tú qué crees? —Su mirada me atraviesa, sé que está tratando de averiguar lo que pienso, lo que siento en estos momentos.

—Dímelo tú.

—Que yo debería haber sido el primero. Después de ese día, ¿cuántas veces más nos vimos?

Pienso en ello, estuvimos meses sin vernos, solo en alguna ocasión, cumpleaños o fechas señaladas. Luego vino la universidad y eso lo complicó todo.

Sale de la habitación y vuelve con dos cartas. Me tiende una y luego la otra.

—Primero la que pone un tres y luego la otra, te las he marcado. ¿Me prometes que las leerás en ese orden?

—Claro, pero, ¿cuándo las escribiste?

—La primera fue cuando en fiestas te vi besando a Fran, la segunda del día que estábamos hablando ahora.

—Vale, lo haré.

—¿Tienes la novela subida en la nube? Lo digo porque en el salón hay un mueble donde una de las puertas tiene una llave dorada, ahí hay un portátil.

—¿Me lo prestas?

—Si eso es el precio para que no te marches, no lo dudes.

—Entonces me quedo. —Sonrío muy feliz.

Rubén vuelve al trabajo y yo voy a darme una ducha, termino con ella y me dirijo a por ese portátil, lo dejo sobre el sillón sentándome junto a él y abriendo la primera carta.

Observo el papel, como siempre, esta vez es de una libreta cuadriculada, la hoja está remarcada con un borde rojo y cortada por la línea de puntos. La letra es más estirada y más bonita.

15 de septiembre de 2008

Hola, Ari:

Hoy te he odiado más que amado, ha sido una sensación horrible saber que habías estado entre sus brazos.

Verlo, me ha matado.

Cerré los ojos por un instante pensando que al abrirlos desapareceríais, como en una pesadilla. En ese momento odié

la voz estridente de Sonia recordándome, mientras voceaba en la pista, que ella fue mi primera vez y que puede que Fran sea la tuya, eso me está matando.

Todo esto me lo he buscado yo. Me enfadé cuando elegiste a Rafa antes que a mí y decidí dejarme llevar por Sonia. Luego era demasiado tarde para arrepentirme y dar marcha atrás, ya no había retorno.

Sigo soñando con decirte que te quiero, y escuchar de tus labios las mismas palabras. Sueño con tus besos, tus brazos rodeando mi cuello.

¿Por qué a él? ¿Por qué besaste a Fran? No tengo derecho a reprocharte nada, pero me duele tanto.

Jamás podremos estar juntos, Sonia es quien manda, yo he dejado que este asunto se me vaya de las manos.

Tú nunca vas a salir con el ex de tu mejor amiga, lo tengo muy claro. Ella no deja de insistir en eso y tiene razón. Desde que se lo dije, siempre me recuerda que la cagué liándome con ella primero. Tienes unos valores muy firmes, ambos lo sabemos. Dejarás de amar a Rafa en algún momento, y entonces estaré perdido, porque los hombres aparecerán en tu vida, serás libre y podrás tener a quien quieras, menos a mí.

Rubén

Por un momento sigo las palabras arrastrando los dedos sobre el papel y la releo un par de veces más. Sigo pensando que todo mi pasado ha sido una mentira.

Saco el móvil y marco el número de mi amiga. Tenemos que hablar de muchas cosas y quiero tenerla delante.

—Estoy recogiendo a Aitana, ¡dime!

—¿Podemos quedar en un rato? Tenemos que hablar de algo.

—¡Claro!, la dejo en inglés y voy a tu casa.

—No, estoy en La Cruz. ¿Nos vemos en el Café de Mari?

—Vale, me pilla enfrente. Dame media hora.

Cuelgo y miro la otra carta, le doy un par de vueltas al sobre y me decido a abrirla.

Si tengo que hablar con Sonia, necesito más información y me da la impresión de que aquí hay algo que tengo que leer.

La miro con cuidado antes de leerla, es corta, más o menos como la anterior. Esta no empieza como las otras, con un saludo. La hoja es blanca y los pliegues están remarcados como si la hubiera doblado varias veces.

2 de agosto de 2009

Te quiero, Ari:

Estos días he estado pensando mucho sobre nosotros. Que lo dejes con Marcos ha sido una gran noticia para mí, ¿a quién voy a engañar diciendo lo contrario?

No sabes lo mucho que me duele no haber sido yo. Cuando te fuiste, Estela lo hizo también y luego Sonia nos contó con pelos y señales todo lo que tú les contaste a ellas. No lo ha hecho por fastidiarte a ti, soy muy consciente de que lo único que quiere es verme jodido.

Desde que le dije que teníamos que dejarlo porque era incapaz de quererla, me odia. Es como una cárcel y mi corazón su prisionero. Es el recuerdo continuo de que la cagué en su momento y de que los errores son un lastre que te acompañan de por vida.

No es culpa de Sonia, es culpa mía.

Hoy ha sido Marcos, pero mañana va a ser otro y voy a ver pasar a cada uno de ellos por tu vida. Recordándome en silencio que pude haber sido yo.

Algún día podré llamar a lo nuestro, lo que nunca fue, sin remordimientos y sin dolor.

Rubén

Doblo el papel y lo devuelvo al sobre con un regusto amargo de mi pasado. Mientras yo tonteaba para olvidar a Rafa, Rubén luchaba

contra el poder de Sonia y su encerrona para que no me hablase de sus sentimientos.

«¿Cómo habría sido mi vida con Rubén?», me pregunto enfadada y frustrada.

Cojo el móvil para mandar un mensaje a Rubén, tengo que salir y necesitaré volver después.

Ari

He quedado con Sonia en la cafetería.
¿Cierro sin más? ¿O tienes una llave secreta?

Rubén

En el cajón de la entrada hay
un juego de llaves, cierra bien.

Ari

Nos vemos luego.

Rubén

¿Has leído las cartas?

Ari

Sí, luego lo hablamos.

Rubén

¿Puedo preguntar si vais a hablar de eso?

Ari

Sí, pero no quiero que intervengas.

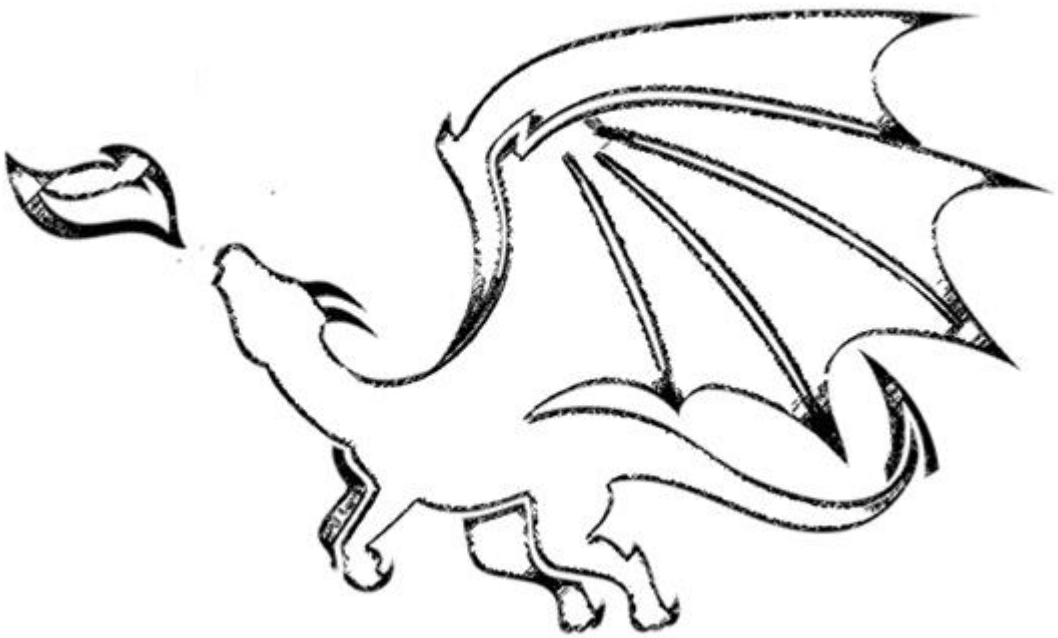
Rubén

Nosotros ya lo tenemos más que hablado y perdonado. Solo te pido que recuerdes la edad que teníamos y como era.

Ari

Solo quiero saber. Hasta luego.

26



Con la única mirada que puedo ver toda esta situación, es con la de adulta. He dejado pasar todo desde que empecé a recordar y a conocer cosas que no vi en su momento. Ahora empiezo a ser consciente de todo lo que me he perdido y de lo que me ocultaron en el pasado. ¿Estela también lo sabría?

¿Mi vida hubiera sido distinta si yo hubiera sabido todo?

Llego al Café de Mari y me siento en la terraza, pido un capuchino y espero a Sonia. El sol es tibio a estas horas y me he sentado de frente, cierro los ojos tras mis gafas de sol e inspiro tranquila. No quiero tener una conversación de defensa y ataque, solo quiero saber la verdad. Es lo único que me mueve estos días,

escribir ese libro, terminarlo y darle un sentido a todo lo ocurrido en el pasado. El único que podría contarme todo ya no puede hacerlo.

—¡Pareces una turista!

—Bien mirado, lo soy.

Sonia se sienta frente a mí, lo que me deja su rostro algo oculto por los reflejos y las sombras. Me cambio de silla para poder ver sus reacciones y me siento a su lado.

—¿Me tienes miedo?

—Todo depende de lo que vayamos a hablar. Me contó Rubén algo el otro día.

—Pues si sabes de lo que vamos a hablar, solo te haré una pregunta. ¿Por qué?

Inspira con fuerza, la camarera se acerca y le pide un café solo. Por un momento nos quedamos en silencio, observo el jersey rojo de cuello alto y gigante que lleva y recuerdo que siempre le ha gustado llamar la atención.

—Fui muy zorra.

Su voz ha sonado apagada. Observo su perfil mientras se mira las manos que ha metido entre sus muslos apretándolas entre sí.

—¿Esperas que te diga que sí o algo? Quiero que me lo cuentes. —Espero haber sonado enfadada, porque lo estoy.

—Estuve muy enamorada de Rubén, no te haces una idea de lo que fue enterarme de que él siempre lo ha estado de ti.

No me mira. Sigue observando sus manos, esta vez está frotándose los muslos en un tic nervioso. La camarera deja el café y se dispone a echar el sobre entero de azúcar y removerlo.

—¿Me odiabas? —Se gira de repente y me mira sorprendida. No dice nada mientras remueve su café. Espero con paciencia que siga hablando.

—Sí, te odié, pero sigo deseando que no te dieras cuenta de ello. Luego me odié a mí misma por ese sentimiento. Yo lo quería tanto.

Pierde la mirada en el infinito, creo que realmente no está mirando nada. Se lleva la taza a los labios y se lo bebe de un trago.

—¿Sabes que yo ignoraba todo eso?

Se sorprende, como si de pronto se hubiera dado cuenta de mi presencia. Se acomoda en la silla y me mira muy seria.

—Cuando me lie con él la primera vez, ¿sabes lo que me dijo? Que le gustaba otra, pero se lio conmigo. Más tarde quise ir más en serio con él y me dijo que no, que él tenía los ojos puestos en otra persona, y me dejó. Yo le dije que había estado con otro chico, no era cierto.

—¿Cómo supiste que era yo esa otra persona?

—Porque un día lo descubrí mirándote. No estábamos saliendo en aquel momento. Él solo te miraba mientras jugabas con Rafa a haceros cosquillas. Me destruyó descubrirlo.

—¿Y eso te convirtió… en qué?

—En una bruja saboteadora. Ahora lo miro desde lejos y me dan ganas de darme una patada en el culo.

Se hace un silencio que nos deja pensar. Por mi mente pasan mil cosas que he ido viendo desde que Rubén y mi memoria están jugando a destapar la verdad.

—¿Cuándo?

Me mira como si no entendiera. Luego coge la taza de café y le da la vuelta en el plato, siempre nos hizo creer que sabía leer los posos, ¿puede que al fin haya aprendido?

—¿Te refieres a cuando lo descubrí? En el banco del parque, una tarde, estabais tonteando y Rubén os miraba como si desease que en vez de Rafa fuera él. Antes de tu explosión de deseo con Fran. Cuando os besasteis en fiestas, ¡me alegré tanto de verte comerle la boca! Ese día me dieron ganas de estrangular a Rubén. Estábamos discutiendo por algo, no recuerdo el que, de pronto me di cuenta de que no me estaba haciendo ni caso, seguí su mirada y ahí estabas tú, besando al hermano de Rafa. Me fui y no se dio ni cuenta. Entonces me tropecé con Álvaro y quise venganza, pero me salió el tiro por la culata porque Rubén se burló de mí en mis narices.

—¿Le presionaste?

—Sí —dice sin ganas y con la boca pequeña—. Fui una zorra. Le decía cosas terribles para que me hiciera caso y pasase de ti.

Aprieta los dientes en una mueca de rabia. Luego resopla y mira el fondo de la taza de café. Por un momento la observo y sonríe con tristeza.

—¿Al final aprendiste a hacerlo? —digo señalando la taza con un gesto de la barbilla.

—Algo mejor que antes sí que me sale. —Alarga un silencio que me impacienta y carraspea antes de continuar—. Antes de casarte con Nacho, empecé a ser consciente de tantas cosas… Hasta los posos de café me advertían.

No sé cómo responder a eso. Pienso en todo lo que ha provocado y en lo mucho que ha cambiado.

—¿Qué puedo decirte?

—Fui mala amiga, pareja y persona. Recuerdo cuando hablé con él, el día que fui consciente. Fue nuestra última pelea, después de eso no volvimos a estar juntos.

Mi vena de escritora se agudiza y apoyo los codos en la mesa. Miro dentro de su taza y veo los posos removidos por las paredes y en el fondo.

—Cuéntamelo, por favor.

—Sé que os hice sufrir mucho a ambos. Tú estabas saliendo con Nacho y yo empecé a ver que ibas a terminar con él. Erais la pareja perfecta, yo nunca había tenido eso con Rubén. Por culpa de mi obsesión, ni con él, ni con nadie.

»Fue complicado ser consciente de lo hija de Satanás que llegué a ser. Mi obsesión me hizo caer en una depresión cuando tú te fuiste. Perderte, perderle y ser consciente de que tal vez os tendría a los dos si yo me hubiera hecho a un lado. Rubén se enteró de que estaba bastante afectada, así que empezó a presionarme para que reaccionase y buscase ayuda. Rafa también se puso manos a la obra y gracias a los dos me redescubrí como persona.

—No sabía nada —susurro reclinándome en mi asiento.

—Te perdiste demasiado sobre nuestras vidas, pero todo termina poniéndose en su sitio. Los secretos que rodean a lo que Rubén sentía por ti, fueron culpa mía.

Sonia llama a la camarera y pide otro café, esta asiente desde la puerta y lo saca al momento, durante todo ese rato, nos mantenemos en silencio y dejamos que todo lo que ha dicho mi amiga se asiente. Mi cabeza trata de ordenarlo todo.

—¿Me odias? —pregunta de pronto sorprendiéndome un poco.

¿La odio? No respondiendo. Hubo cosas que no le perdoné en su momento y hay cosas que no sé si puedo perdonar. No va a ser una de mis mejores amigas, pero el rencor no va a ayudarnos a ninguna de las dos.

—Odiar no, creo que no soy capaz de eso. Hay cosas que me incomodan, supongo que tendremos que rehacer nuestra amistad. Darnos tiempo.

—Rehacer, suena bien, aunque la palabra sea fea.

—Un hombre nos separó como amigas, desde lo de Marcos, tú y yo ya no fuimos las mismas. Hubo momentos en los que pensé que lo hacías para joderme.

—No, bueno sí. Me daba rabia que fueras tú y no yo, me dolía que siempre viniera a buscarme cuando más dolido estaba, pero fui yo la causante de todo eso.

—Si tenemos que solucionarlo, la verdad es la mejor opción.

—Si tienes preguntas puedo contestarlas.

—La cuestión es que no sé qué preguntas debo hacer, porque no sé lo que había a mis espaldas.

—Rubén te ha amado siempre, es el secreto más bien guardado y más grande de todos. Lo demás solo son pataletas mías, en momentos de nuestras vidas.

Seguimos hablando hasta que cae la noche y tengo que volver al piso de Rubén. Sonia me ha contado tantas cosas que tengo que asentar ideas. Al fin y al cabo, mi pasado se está destapando. Aún falta una carta. La universidad nos alejó a todos por un tiempo. Así que mi próxima sesión de escritura puede que hable de Nacho. Esto va a ser duro.

27



Paso la noche con Rubén y le cuento todo lo que he hablado con Sonia. Él remarca algunas cosas con su punto de vista y lo que él vio y sintió en esos días. He descubierto mucho y aún queda una carta.



He estado sin escribir unos días, casi termina noviembre y no me motiva sentarme delante del ordenador. Los días están pasando tranquilos. Rubén y yo quedamos cuando podemos para vernos. Aitana se ha apuntado a alguna comida que hemos improvisado y tengo que reconocer que adoro a esa niña.

Entro en casa después de un largo paseo y miro de reojo el portátil apagado. Cierro con llave y me siento en el escritorio casi sin pensar. Sé que son las doce del mediodía y que tal vez pierda la noción del tiempo, pero de pronto necesito escribir de nuevo.

Repaso el capítulo anterior y me dispongo a teclear. Después de la noche con Marcos, llegó el verano en La Fortaleza. Fue largo, aburrido y de los peores. Tenía que prepararme para la universidad y me iba a vivir con Estela y dos chicas más a un pisito de Valencia. Estaba todo hablado y planeado, hicimos muchos viajes a la capital para buscar ese piso.

Durante el periodo universitario jugamos a ser adultas, creo que puedo recordar cada borrachera y cada fin de semana encerradas en el piso por los exámenes. Mi trabajo a media jornada en la hamburguesería y los nuevos amigos. Tuve un par de rollos con algunos chicos. Además, estar lejos de Rafa me hizo mucho bien, o al menos eso era lo que yo pensaba hasta que volvía a verlo.

Todo ese tiempo lo resumo rápido en un capítulo y trato de hacer una transición que me lleva hasta mi ex.

Estaba buscando un trabajo cuando conocí a Nacho.

Me quedo pensativa tratando de recordar aquel día

Marzo 2013

—¡Perdona!

Escucho que alguien grita tras de mí, me giro y veo a un chico levantando el brazo en mi dirección. Miro a mi alrededor y solo estoy yo con un puñado de currículos en las manos.

—¿Es a mí?

—Sí, perdona, es que se te ha caído esto.

—Gracias. —Es guapo, pelo negro y ojos grandes, mentón marcado y ese perfume que acaba de invadir mis pulmones de forma tan agradable.

—Nada, no te preocupes. —Se lleva la mano al pecho, ya que venía corriendo y sonríe.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No, estoy de paso, he venido a acompañar a un amigo... —Detiene su verborrea y me mira con una ceja levantada—. ¿Conoces a todo el pueblo?

—Casi, me he criado aquí. También es una buena pregunta para entablar conversación.

Sonríe apoyando una mano en la pared junto a nosotros. Su pose segura y chulesca me atrae como la miel a las moscas.

—¿Eso quiere decir que soy interesante?

—No, solo quiere decir que conozco a todo el pueblo.

Reímos y me invita a tomar algo en la cafetería que hay justo en la acera de enfrente. Es una calle estrecha del casco antiguo así que como no pasan coches hay mesas fuera. Nos sentamos en una y charlamos de lo que le ha traído hasta La Cruz.

Se detiene mucho a escuchar y me hace preguntas que me mantienen interesada en la conversación, al terminar me da su número y yo el mío y sigo repartiendo currículos.



Estoy con Rafa y Rubén tomando unas cervezas, ya llevamos tres, cuando alguien me toca el pelo. Siento la tensión de Rubén en su cuerpo al ver al chico en cuestión. Me giro y descubro a Nacho.

—¡Oye! ¿Qué le haces a mi pelo?

—Es tentador, con esa cola alta.

Me levanto y le doy dos besos que él me devuelve tomándose demasiadas confianzas. Le presento a los chicos y termina sentado con nosotros.

Noviembre 2024

Trato de recordar aquel día, las reacciones de los tres. Pienso en Nacho haciendo amigos nuevos, hablando con ellos más que conmigo, captando toda la atención mientras hablaban de motos. Ahora viene a mi memoria que Rafa ya tenía una de esas motos enormes que a mí me daba miedo.

Después de varias horas y unas cervezas más, acaba acompañándome a casa porque sola no creo que hubiera llegado. En la puerta me da un beso, muy caliente, que me deja anhelante y luego se marcha con una sonrisa traviesa que me cautiva. En ese momento pensé que me gustaba más que Rafa. Me extrañó lo que sentí, pero hoy creo que fue su atrevimiento y su aire chulesco lo que me encarceló en una vida que no voy a repetir.

Cojo el móvil y miro la hora, las seis de la tarde. Me levanto de la mesa y dejo todo abierto para ver la pantalla mientras cojo algo de comida de la nevera. Picoteo algo de queso y me preparo un bocadillo. Cuando estoy terminando, escucho el móvil y descuelgo sin mirar la pantalla.

—¿Diga?

—Te estoy esperando para ir a clases de baile.

Me gruñe Rubén desde el otro lado, haciéndome que recuerde que hoy es viernes. Ya llevamos unas cuantas clases y cada vez estoy más encantada con ellas.

—Pues no recordaba que hoy era viernes, ¿te lo crees?

—¿Tengo que decir que sí? —dice burlón.

—Deberías, si quieres quedar bien.

—Vale, sí, te creo. Ven ya, que no llegamos.

Miro como voy vestida y subo a cambiarme los pantalones a por unos más cómodos y los zapatos. Salgo corriendo sin olvidarme de cerrar con llave y me dirijo a La Cruz.

Mientras conduzco recuerdo los días siguientes a ese beso, como las cosas iban aceleradas, cada día saltaba un peldaño más. Era gentil, amable, un amor. Me cuidaba, me protegía, mi príncipe azul.

Al llegar al pueblo estoy enfadada por mis pensamientos. Rubén me lo nota enseguida y coge la mochila que llevo al hombro.

—¿Te quedarás en mi casa hoy?

—Para algo traigo la mochila. —Mi tono ha sido de cabreo y me mira sorprendido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Entramos en el salón donde solemos bailar y sin darnos tiempo a seguir hablando la profesora se dispone a darnos las directrices.

Bailo, olvidando mi enfado y riendo por alguna tontería que hace Rubén.

Entrelaza su mano con la mía y cuelga mi mochila en su hombro mientras nos despedimos de Maica.

Paseamos sin prisas por la avenida disfrutando del fresco de la noche. Él me coge de la mano.

—¿Por qué estabas enfadada?

—Hoy estaba escribiendo la parte en la que conocí a Nacho. Luego he tratado de recordar los siguientes días. Su personalidad no se parecía a nada de lo que yo conocí cuando nos casamos.

Rubén asiente pensativo, observo su perfil serio, la mandíbula marcada y fuerte. Al girarse choca con mi mirada y sonríe de forma automática. Tira de mi mano y la lleva a su espalda haciendo que me pegue a su cuerpo. Inclina la cabeza para besarme con suavidad en la punta de la nariz.

—Es el pasado.

—Lo sé, pero me dejé llevar por él y su palabrería bonita.

—Espero que no pienses ni por un segundo que yo haré lo mismo.

—Sé que no eres así. Nos conocemos desde siempre.

—En realidad te oculté muchas cosas en el pasado —dice apesadumbrado.

—Creo que he entendido porqué lo hiciste. Pero no creas que te he perdonado aún.

Se inclina y devora mis labios con anhelo. Me aferro a sus hombros para no caerme porque mis rodillas se han aflojado por la sensación de ingravidez que me está provocando.

Una vocecilla nos saca del momento, haciendo que Rubén se ponga firme como si estuviera en el mismísimo ejército.

—¡Papi! —La niña llega cogida de la mano de Sonia, que me sonríe sin ganas.

El padre se agacha para cogerla en brazos y la levanta en el aire haciéndola reír. El silencio incómodo entre nosotras es tan palpable que Rubén trata de desentenderse de ellas pronto. Cuando se marchan, él tira de mi mano para que lo mire.

—Hoy estás muy rara.

—A veces pienso que sigo atrapada en La Fortaleza con mi dragón y que ese príncipe nunca va a llegar a salvarme.

Reemprendemos la marcha hacia su casa, parece que va pensando en algo. Se detiene de nuevo y me mira.

—¿Sabes qué pienso? —No me deja responder—. Creo que tu dragón emprendió el vuelo en algún momento, lo dejaste ir y crees que el príncipe debe salvarte. —Hace una pausa—. En realidad, lo que tienes que hacer es dejar que sea el dragón quien te salve. Que regrese a tu vida y te haga volar, luchar contra esos príncipes y ser libre al fin.

—¿Cómo voy a ser libre si estoy contigo?

No sé por qué he dicho eso, pero su mirada me dice que le he hecho daño con mis palabras.

—Estar con alguien no tiene por qué significar que vas a perder tu libertad. Aunque si es lo que piensas. —Se quita mi mochila del hombro y me la tiende para que la coja—. Deberías volver a casa.

—No quería decir que…

—¿Ari? Sabes lo que siento por ti, pero hay momentos en los que pienso que estás conmigo por estar, por no sentirte sola. No me has

dicho lo que sientes, y lo respeto, pero con lo que acabas de decirme, creo que lo tengo claro. No soy Nacho, ¿sabes?

—Rubén… —Trato de intervenir.

Un ruido estridente me sobresalta. Me giro para mirar detrás de nosotros y unas luces me deslumbran. Me llevo una mano a los ojos para protegerme del destello.

Alguien tira de mí, pero el impacto es tan rápido que no me da tiempo a reaccionar.

No siento el suelo bajo mis pies. Alguien grita algo, ¿es Rubén? La fuerza del golpe me impulsa, levantándome en el aire. Antes de impactar en el suelo veo como el coche se aleja a toda velocidad. Ruedo por el asfalto y un golpe seco contra algo me hace verlo todo negro. El dolor en mi cuerpo es muy fuerte. Es como si me estuvieran arrancando las extremidades. La oscuridad me envuelve, trato de abrir los ojos, pero no sé si lo he conseguido.

—¡Ari! —Escucho mi nombre a lo lejos. Es una voz desesperada y rota.

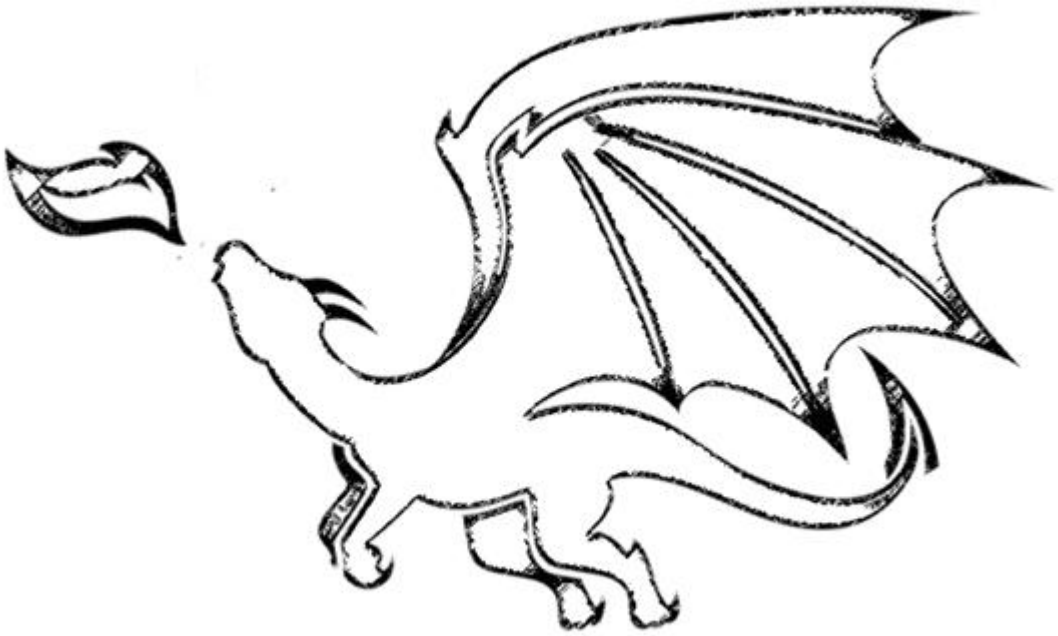
El dolor no me deja moverme, es tan intenso que no quiero ni abrir los ojos.

—Por favor, Ari, no te duermas, mantente despierta.

«Pero estoy dormida, ¿o no?», trato de decir, pero mis labios no se mueven. «Rubén, no», mis palabras no salen por más que lo intento y el dolor me atenaza con demasiada fuerza.

Escucho unas sirenas a lo lejos, pero el sueño me lleva, siento que algo tira de mí.

28



Me aprietan la mano, noto el calor de otra estrechándola. Algo me toca la frente, sonrío por la calidez del contacto y trato de abrir los ojos, es como si me pesasen.

—¿Estás bien, cariño?

Mi madre me aparta el pelo de la frente y sonríe.

—¿Dónde estoy? Me duele todo.

—Normal que te duela, estás en el hospital, hija. —La voz de mi padre llega desde el otro lado de la cama, me giro para intentar verlo, pero no puedo mover la cabeza.

—Hija, no te muevas que no estás bien y puedes hacerte daño.

Intento llevar mi mano hasta el pecho, tengo un dolor punzante a esa altura, pero mi mano no responde.

—Tu madre ha dicho que no te muevas.

Repite mi padre algo nervioso y al fin puedo verlo.

—¿Qué me ha pasado? Lo último que recuerdo es que... —No termino la frase y aprieto los dientes recordando que estaba discutiendo con Rubén, aunque más que una discusión, le desilusioné, la cagué mucho. No puedo dejar las cosas así.

—Te atropellaron. Ya está en la cárcel. Todo está bien, hija, ahora solo debes preocuparte de descansar y sanar.

—¿Y Rubén? ¿Cárcel? —Demasiada información, noto los nervios en mis padres y no quiero presionar.

—Déjate de Rubén y Rubenes, estás convaleciente, hija, no te preocupes por los demás

—¡Mamá! Contéstame.

—Rubén está bien, hija. Ha sido quien ha ayudado a la policía con el caso —responde mi padre.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Mucho, y ese Rubén no ha venido a verte. —Mi madre me ha clavado un puñal más profundo que todo ese dolor que siento ahora mismo.

Cierro los ojos, no tengo ganas de razonar con ella ahora, no quiero discutir, ni pelear, solo quiero que contesten a mis preguntas, pero con mi madre a veces es imposible y más si está nerviosa.

—Tengo hambre —murmuro, deseando que ella se marche a ver si me pueden traer algo de comer.

—Ahora mismo voy a ver.

—No, papá. Quiero que vaya mamá, ella sabe lo que me gusta. Por favor.

Mi madre me suelta la mano y se marcha refunfuñando algo sobre qué haríamos sin ella. Inspiro con fuerza, lo que me provoca otra punzada en el pecho.

—Papá, ¿puedes contarme qué ha pasado, por favor?

Se sienta a mi lado y me agarra la mano.

—Verás, hija, Rubén nos llamó desde el hospital, nos llevamos un susto terrible. Aquí estabas tú, sedada hasta las trancas, porque tenías demasiado dolor. Tu novio, Rubén —dice esa palabra como si nada—, nos contó que Nacho había intentado matarte.

—«¿Matarme? Ha dormido en mi cama, hemos estado diez años casados, no es posible»—. La policía le hizo muchas preguntas a Rubén y estaban buscando a tu exmarido. Te dejaron bajo vigilancia con dos guardias y hasta que no dieron con él no se marcharon. Está en prisión hasta que salga el juicio por incumplir la orden de alejamiento que ya tenía pendiente y por intentar matarte.

Cielos, intentó matarme. Me duele tanto la cabeza que casi todo lo que me cuenta es como si no fuera real. En estos momentos solo intento respirar, concentrarme en ello.

—¿Cómo está Rubén?

—Pues trató de apartarte antes de que el coche impactase contigo, pero era demasiado tarde así que salió despedido también, aunque él no está tan afectado como tú, un esguince en la muñeca porque al cogerte se soltó por el golpe y magulladuras.

—¿Es cierto lo que ha dicho mamá?

—¿El qué?

Cierro los ojos deseando que no sea verdad.

—Que no ha venido a verme.

—Sí ha venido. Pero tu madre cree que debería poner una tienda de campaña en tu cuarto y quedarse a vivir aquí y que si no lo hace no te merece. Está enfadada con el mundo, cariño, no se lo tengas en cuenta.

El doctor entra en la habitación seguido de mi madre y mira mis pupilas, luego me ausculta y por ultimo una enfermera me toma la tensión. No sé cuántas preguntas me formulan y cuántas respondo.

—Siento mucho lo sucedido. Preguntamos por su pareja, pero su madre nos dijo que se estaba separando.

—Bueno, ella no hace falta que sepa estas cosas, ¡ya puede marcharse, doctor! —dice mi madre como acelerada y agarrando al médico del brazo para llevárselo.

—¡Mamá! ¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Estás loca? —grito para que pare, y el esfuerzo me hace ahogar un gruñido por el dolor.

—Señora, es mi obligación informar a la paciente de su diagnóstico completo. —El médico se suelta del agarre y vuelve donde estaba para hablar conmigo—. Tiene una costilla rota,

también se rompió el antebrazo y magulladuras varias, además de un esguince cervical. Y lamento mucho su pérdida. Estaba usted embarazada, pero no se preocupe por eso, es joven. Ahora solo tiene que preocuparse por recuperarse del accidente.

«¿Ha dicho embarazada?», pienso abriendo los ojos de forma desmesurada.

—¿Embarazada? Espere un momento… yo… doctor, yo no podía quedarme embarazada.

—Vaya, lo lamento —dice titubeando—. No piense ahora en ese asunto, le recomiendo que se recupere y cuando pueda, si así lo desea. Podemos realizarle unas pruebas, pero de lo que sí estamos seguros es de que usted estaba embarazada y lo ha perdido en el accidente.

Gimo, suelto todo el aire de mis pulmones y me aferro a las sábanas con fuerza.

—¿Necesita saber algo más sobre lo que acabamos de hablar? —continúa diciendo el médico.

Solo acierto a negar. Observo cómo salen de la habitación, miro a mi padre de reojo y susurro que quiero quedarme sola y que se lleve a mi madre. Él asiente, ella nos ha oído, así que después de mucho esfuerzo al final consigue sacarla al pasillo. Escucho sus voces alejándose y sin más, pierdo toda la fuerza que me queda y me echo a llorar.

Mi cuerpo se estremece y con el movimiento, el dolor se acentúa, lo que provoca que llore con más ganas. Me seco las lágrimas con la mano que sí puedo mover. Una enfermera entra para ver como estoy, saca un rollo de papel higiénico y me tiende un trozo para secarme las mejillas.

—¿Ariadna, necesitas que te demos algo para descansar? —me tutea haciéndome sentir cómoda. Su voz es suave y su contacto cálido.

Es la enfermera que estaba con el doctor y sabe por qué estoy tan alterada, así que solo asiento.

—No sabía que podía ser madre, casi diez años intentándolo.

—¿Os hicisteis pruebas?

—No, mi marido estaba seguro de que…

—Ah… era de esos —susurra, pero la escucho y asiento.

—Sí, y espero que se pudra en la cárcel.

—Deduzco que ahora estás con alguien, ¿no? ¿Ese hombretón que viene a verte de vez en cuando?

—¿Quién? —pregunto aturdida.

—El rubio de ojos azules, cuando sonríe parece que le brillan más, ¡qué ojos!, aunque sonríe poco, tengo que reconocerlo.

—Sí, creo que estamos juntos, aunque lo último que sé, es que discutimos antes del accidente.

Al fin he conseguido calmarme y la enfermera está inyectando algo al gotero.

—Esto te ayudará a dormir y a controlar el dolor, que después del esfuerzo de llorar va a ser más agudo.

—Gracias.

—Perder un hijo es doloroso, da igual el tiempo de embarazo y las condiciones, siempre duele.

Me da un leve apretón en el hombro y cuando se marcha saluda a alguien que no tarda en aparecer por la puerta. Rubén

Las lágrimas que vuelven a brotar sin control. Él se acerca hasta mí y trata de secarlas.

—¿Qué ha pasado?

—¿Tú lo sabías? —pregunto notando el cansancio de lo que sea que me ha puesto la enfermera.

—¿El qué? —Su mirada intensa me atrapa y deseo que me abrace, pero sé que no puede.

—Que estaba embarazada y lo he perdido.

Su reacción me dice que no estaba enterado de nada, entrelaza los dedos con los míos y pasa su mano libre por mi mejilla. El sueño tira de mí, pero me resisto.

—No te preocupes ahora por eso.

—Era tuyo. Nuestro. —Mi voz es cada vez más débil y mi agarre a su mano también. Veo como aprieta la mandíbula y me acaricia la mejilla.

—Ari… ahora solo descansa. ¿Vale?

Asiento y me acaricia la mejilla, cierro los ojos y dejo que me venza el sueño, no sin antes decir las palabras que me anudan la

garganta desde hace días. Estoy enamorada de ti, Rubén.

29



Diciembre 2024

—Ya sé que has estado convaleciente, pero ¡mira como estoy! Me estás haciendo perder peso y no lo necesitaba, ¿sabes? —Alex camina de un lado a otro de mi salón mientras observo sus pasos.

—Alex, he estado en el hospital.

—¡Hace un par de semanas que no! —Se sienta dejándose caer a mi lado en el sofá y llevándose las manos a la cara para frotársela.

Rubén nos deja un plato de aceitunas en la mesita baja y unas cervezas, se sienta frente a nosotros y muestra su sonrisa traviesa.

—Creo que Ari se merecía un mes de vacaciones —dice dando un buen trago a su cerveza.

Alex suspira desplomándose y casi resbalando del sofá hasta el suelo, se endereza y resopla cansado.

—Quiero que me prometas que después de Navidades me darás una obra entera.

Coge la cerveza y bebe casi apurándola y dejándonos sorprendidos. Rubén levanta una ceja y contiene una risa apretando los labios.

—Ahora no podrás conducir —bromea brindando con la suya.

—Mejor, me quedaré aquí a dormir y así pondré a trabajar a esta humana. Tengo el látigo por algún lado en mi maletero —bromea irónico.

Todos reímos con ganas quitando un poco de tensión al asunto.

—Tengo una idea —propone Rubén—. ¿Qué tal si te quedas?, hoy cenamos con nuestros amigos y así te distraes un poco.

—No sé yo…

—Decidido, Alex, luego te quedas aquí a dormir. Voy a ponerme algo más decente para salir. —Me levanto dolorida y Rubén me tiende una mano para ayudarme, que acepto agradecida.

Subo a mi habitación despacio dejando a mis dos chicos en el salón.

Cuando me dieron el alta me instalé en casa de mis padres y desde entonces no he tenido nada de privacidad. Es como vivir en un autobús en hora punta, donde todos han entrado y salido a su antojo sin darme opción a cerrar la puerta.

Me encanta quedarme con ese silencio ruidoso que produce mi mente de escritora, ese que surge justo cuando me quedo sola y empiezan las voces en mi cabeza, los personajes que hablan y tratan de llevarme al lado oscuro. Donde todo lo que dibujan en mi mente se traslada al papel a través de las teclas.

Con mis padres no había manera de llegar a ese punto emocional que tanto me motiva para escribir. Las visitas y la poca privacidad no me han dejado concentrarme.

Ayer di la noticia de que volvía a casa y casi me comen viva. Sé que lo hacen porque están preocupados, pero siempre he sido muy independiente y estar allí era asfixiante.

Por otro lado, Rubén me preocupa. No lo dice, pero se siente mal con todo lo ocurrido. Ha estado cuidándome, no obstante, ha tenido un aire ausente que no me ha gustado nada.

Nuestra conversación antes del accidente le dolió demasiado, estoy segura de ello, y tal como a mí me duele la perdida de nuestro hijo, sé que a él también.

Le he estado dando vueltas a ese día en que le pedí disculpas y le confesé mis sentimientos. Ahora no estoy segura de que llegasen a salir las palabras de mis labios. Tengo serias dudas, ya que no he vuelto a mencionar nada del tema ni él tampoco.

Necesitamos quedarnos a solas, aunque solo sea unos minutos. Me hace falta el tiempo que se tarda en decir que lo siento y que me he enamorado perdidamente de él.

Cuando bajo la escalera ya me están esperando de pie frente al escritorio. Alex es un hombre imponente, moreno de ojos negros, su cuerpo es atlético y es casi tan alto como Rubén. Ahora mismo mi mirada se pierde en los ojos de mi chico, que me mira con anhelo. Me fijo bien, tratando de buscar ese brillo en su profundidad azul, pero en los últimos días ha desaparecido.

Busco su mano con la mía y en vez de agarrarla la apoya en la curva de mi espalda.

Salimos los tres de la casa en busca de su coche. Alex va al suyo y saca cuatro ejemplares de mi primera novela para entregarlos, se los pedí cuando me informó de que venía, para regalárselo a mis amigos. Ya ha llegado el momento de contarles quién soy.

En algo más de diez minutos estamos en La Cruz buscando sitio para aparcar. Alex no ha dejado de llenar silencios y al bajar del coche se estira como si hubiera ido sentado horas.

—¡Qué pesadilla viajar en coche!

—¿Cómo sueles hacerlo?

Sonríe sin apartar la vista de alguien que se acerca a nosotros. Al girarme veo a Estela que viene con pasos rápidos.

—En bici. Para trayectos largos, sí que cojo el coche.

—¿Cómo estás? —Estela me rodea en un abrazo suave y me besa la mejilla tres veces seguidas haciendo todo el ruido posible y dejándome medio sorda, luego me mira y vuelve a besarme repetidas veces en la otra mejilla.

—¡Estela, para! —Se aparta un poco y estiro mi mano para señalar a nuestro invitado—. Este es Alex.

Se dan dos besos y busco a Tico para presentarlos.

—No lo busques, voy a separarme —dice gruñona.

—¿Pero estabais casados? —se burla Rubén—. Porque… no recuerdo haber ido a ninguna boda.

—¡Calla! Se acabó, Tico no puede seguir en mi vida.

Me fijo en Alex que no quita la vista de Estela y le hago un gesto a Rubén para que lo vea.

—Vamos delante que Sonia tiene que recoger a Aitana —apunta Oliver que acaba de llegar y está saludando a nuestra amiga para enseguida saludar al resto.

Terminamos con las presentaciones y vamos hacia el bar donde hemos quedado.

—¿Luego podemos hablar? —pregunto a Rubén en un susurro.

No sé si es por mi mirada o la ansiedad que se ha metido bajo mi piel y estoy segura de que es bastante notable, pero asiente.

—¿Rubén? —continúo impidiendo que se aleje.

—Dime.

—¿Me besas?

Algo que no ha hecho desde que entré al hospital. Solo en la mejilla o en la frente. Trago saliva pensando que no lo va a hacer, no sé por qué, pero por unos segundos pienso que no lo hará.

Se inclina dejando un beso en mi frente, lo detengo antes de que se aparte y devoro sus labios con desesperación, pensando que puede que sea el último. El cuello me tira por el esfuerzo y me aparto en cuanto noto la punzada. Nuestras miradas se cruzan, inspiro y veo como la suya vuelve a apagarse.

—Chicos, ¿sabéis que estáis en la calle y que no tenéis dieciséis? —se burla Oliver.

Rubén se rasca la nuca riendo tímido y empieza a caminar hacia ellos dejándome atrás. Inspiro sabiendo que tengo que solucionar algunas cosas antes de que todo se vaya al traste.

Sonia aparece por detrás de mí y al llegar donde estoy camina a mi lado.

—Me alegra verte activa de nuevo.

—Gracias. —Miro hacia los chicos.

—Él está mal desde que pasó todo.

—¿Qué pasó? —pregunto con miedo por si le ha contado lo del aborto.

Se detiene y la miro, cosa que aún no había hecho, me doy cuenta de que Aitana está con ella.

—Hola, tita Ari —saluda la pequeña algo seria.

—¡Hola, guapetona! ¿Qué te pasa?

—¿Ya estás curada? —Su gesto es de preocupación así que me agacho frente a ella y sonrío para que vea que no pasa nada.

—Estoy genial, cielo. ¿Me das un abrazo?

—Papá dice que te duele todo y que tenga cuidado.

—Pero tú sabes dar abrazos con cuidado —Estiro mis brazos para que lo haga y no se lo piensa más, con cuidado rodea mi cuello y la estrecho contra mí con cariño.

—Ponte buena para ir de excursión.

—Lo haré, te lo prometo. —Me levanto y miro a su madre sabiendo que nos hemos quedado con la conversación a medias— ¿Qué decías?

—Que está así desde lo del accidente, está mal —recalca Sonia que ha dejado ir a la pequeña con su padre y está corriendo hacia el bar donde Rubén la espera en la puerta.

—Yo también estoy mal. No es algo que pase todos los días.

Iniciamos la marcha con pasos lentos, los chicos ya están dentro y Estela nos está esperando en la puerta.

—¿Fumamos? —bromea haciendo un gesto con los dedos como si sujetase un cigarro.

—Todos locos... —murmura Sonia, que pasa por su lado y entra en el bar dejándonos fuera.

—¿Estás bien? —pregunta mi amiga.

—Cansada de secretos, silencios y miedos.

Estela rodea mis hombros con un brazo y me pega a su costado.

—Ahora nos hacemos un par de chupitos y verás como la cena entra mejor.

—¡Me apunto a los chupitos!

Vamos a la barra y el camarero, que conoce a Estela, bromea con ella y saca la botella de licor casero que tiene escondida bajo la barra.

A los dos segundos Rubén está a mi lado agarrando mi chupito y bebiéndoselo él.

—No puedes beber alcohol. —Su mirada me atraviesa furiosa.

Inspiro al darme cuenta de que sigue preocupándose por mí. «¿Cómo no va a hacerlo, Ari? Te ama desde siempre, lo sigue haciendo», me digo a mí misma agarrando sus dedos entre los míos para que me mire.

—Llevas rehuyéndome desde que salí del hospital.

—No es buen momento para hablar de esto.

—No más secretos.

Su pulgar roza mi barbilla y me atrevo a sonreír.

—Vamos a la mesa.

Agarra del brazo a Estela que se ha tomado tres chupitos, mientras nosotros hablábamos, y nos dirigimos a nuestros asientos.

En cuanto me siento les cuento quién es en realidad Alex y les paso mis libros a todos, guardo el de Tico que no me esperaba que no viniera a la cena. Veo caras de sorpresa.

—No os lo había contado antes, porque tenía que guardar el secreto debido a mi matrimonio.

—Pues tener una amigui famosa me mola —suelta Estela levantando su copa.

—A ver, Estela, famosa, ella no es, solo es mi cruz diaria. —Alex da una palmada en la mesa quejándose de mí.

Todos ríen y pedimos la cena, mientras esperamos algunos miran mi libro y me preguntan cosas sobre cómo es que escribo y de

donde me saco las ideas para formar un libro entero. Oliver promete no leerlo, por si lo dudaba, pero lo guardará en un lugar bonito.

Durante la cena, Alex tontea más de la cuenta con nuestra amiga, las risas de ella son estridentes. La charla se va animando, pero yo solo puedo pensar en hablar con él. Esta noche no va a poder ser porque tengo un invitado en casa. No sé cuánto tiempo más podré esperar.

—¿Puedo quedarme en tu casa? —pregunta Estela.

—Tengo a Alex, no hay más habitaciones.

—Vete a casa de Rubén. —Me guiña un ojo y pone morritos de caprichosa—. ¿Porfa?

Veo sus intenciones y levanto una ceja. Hace dos días estaba bien con Tico, si termina liándose con mi jefe, quién me dice que no se arrepiente luego.

—Puedes quedarte conmigo. —Rubén se ha acercado hasta mi oído para decírmelo.

Parece que la vida me ha regalado una oportunidad para hablar y solucionar las cosas.

Busco en mi bolso y saco las llaves para entregárselas a mi amiga. Las coge y guiña el ojo a Alex.

—Luego os llevo a casa —señala mi rubiales, que está viendo que ambos van un poco picados con los chupitos.

—Yo ya no bebo más, si pasa algo quiero enterarme —grita Estela feliz.

Río a carcajadas por las ocurrencias de la rubia y apoyo mi mano en el muslo de Rubén inconscientemente. Él atrapa mis dedos y se los lleva a los labios para besarlos. Un estremecimiento recorre mi piel poniendo mi vello de punta, al sentir su contacto.

La pequeña nos interrumpe subiéndose a su regazo y se pone a conversar con su padre, con pose y gestos de adulta. Todos reímos por sus ocurrencias y preguntas, al tiempo que Rubén le sigue el juego haciendo cosas parecidas.

Es un padrazo y es parte de lo que más amo. Hubiera podido ser el padre de mi hijo, pero todo acabó antes de que lo supiéramos.

Estira su brazo hasta rozar mi mejilla con su pulgar secándome una lágrima, soy consciente en ese momento de que estoy llorando

y me retiro de la mesa para ir al aseo.

Me aferro al lavabo mirándome en el espejo y respiro acelerada. En un segundo iba a ser madre y en el mismo segundo lo perdí. No me había dado ni cuenta de que había tenido un retraso. Tanto tiempo intentándolo y ahora me lo arrebata.

—¡Malnacido!

En el reflejo del espejo aparece Rubén y su mano agarra mi muñeca para que me dé la vuelta y así poder abrazarme. Me escondo en su pecho dejándome llevar por el dolor que he estado aguantando estas semanas.

Mi madre me contó que ella había perdido un bebé, que es de lo más normal y que no pasa nada, pero sí pasa. A mí sí que me pasa. No ha sido solo eso, son un cúmulo de cosas que no dejan que siga con mi vida normal, es una serie de acontecimientos con nombre propio, Nacho.

—Todo va a estar bien.

—No, todo está mal.

La puerta se abre tras nosotros y un jadeo hace que me tense esperando que nos griten o nos echen, estamos en el baño de las chicas y alguien ha entrado.

—¡Oye! ¡Sois unos guarros!

Rubén se gira y solo hace falta su mirada para que la mujer que ha entrado de un paso atrás.

—Pe…perdón. ¿Está bien?

Rubén asiente en su dirección y yo me escondo de quien sea, no puedo dejar de llorar. Escucho la puerta que vuelve a cerrarse y él trata de secarme las mejillas. Ha cogido un pedazo de papel secamanos y lo está usando con tanto cuidado que no noto casi ni que roza mis mejillas.

—¿Puedes controlarte hasta que salgamos de aquí?

Asiento y agarra mi mano para salir del baño, se disculpa con una chica que hay en la puerta y llegamos a la mesa.

—Sonia, ¿llevas a Estela y Alex a La Fortaleza? Eres la más serena de la mesa.

—Sí, no hay problema, hoy haremos de taxi Aitana y yo.

—Gracias. Te debemos una.

—Cuídala —dice Sonia, refiriéndose a mí.

Rubén me lleva de la mano hasta la calle y empezamos a caminar por la acera.

—Quiero que me perdones por lo que hablamos el día del accidente.

Se detiene a mirarme por un momento, la acera en la que estamos es estrecha así que mi espalda toca la pared y él casi está apoyado en el coche rojo que tiene detrás.

—¿Recuerdas lo que hablamos?

—Sí, te dije que no era libre porque estaba contigo y luego todo se complicó. Intenté disculparme, pero creo que me quedé dormida en el hospital.

Rodea mi cintura y me atrae hacia su cuerpo.

—Sabes que nunca voy a cortar tus alas, ¿verdad?

Nos quedamos en silencio, quiero decirle tanto, pero no sé cómo hacerlo. Tengo miedo de volver a sufrir, aunque le conozco más de lo que conozco a nadie y sé que él jamás me haría daño. Asiento y sonrío.

—Sé que si hace falta volarás conmigo —murmuro segura de lo que digo y siguiendo su propia metáfora.

—Y si quieres ir sola, me quedaré en casa esperándote. Jamás te voy a decir lo que tienes o no tienes que hacer.

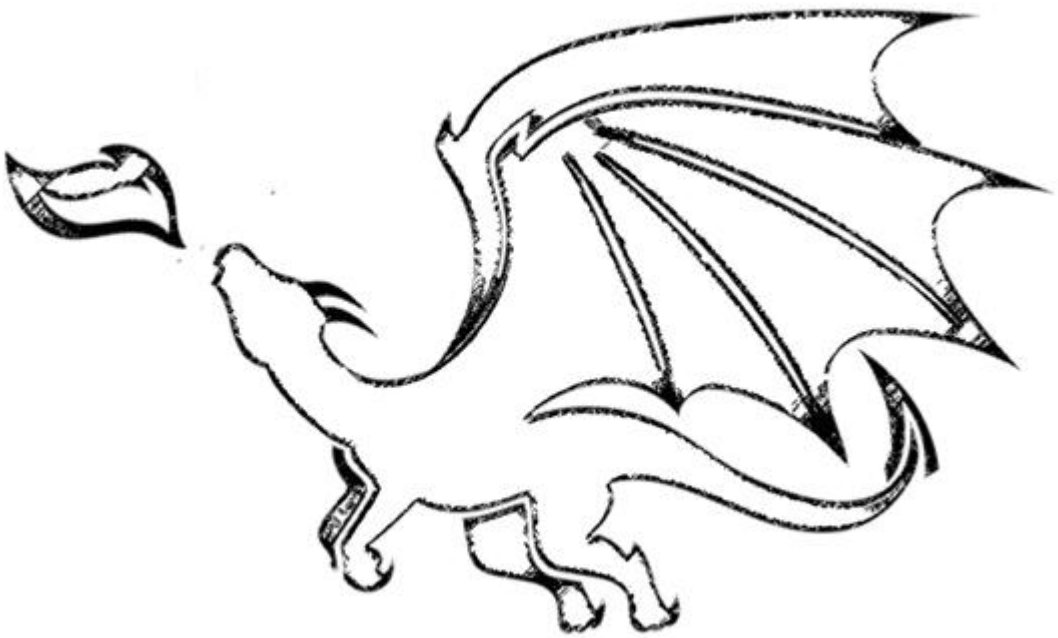
Me escondo en su pecho y Rubén termina apoyado en el coche. Me pongo de puntillas y busco sus labios con los míos. El beso es lento, lleno de palabras que no salen de mis labios por más que me empeño, un te amo mudo que no sé cuándo voy a poder pronunciar. Busco su lengua con la mía despacio y él me responde enredando sus dedos en mi pelo suelto.

—Vamos a casa —susurra sobre mi piel dejando un beso en la base de mi cuello.

Inspiro y cierro los ojos notando cómo las sensaciones de tenerle tan cerca me estremecen de deseo.

El camino que nos queda hasta nuestro destino lo hacemos despacio, de vez en cuando se detiene y me roba un beso, volvemos a retomar la marcha y rio porque parecemos adolescentes. Vuelve a detenerse al oírme reír y me atrae hacia él para besarme de nuevo.

30



Cuando entramos en su piso nos recibe el silencio, que llenamos con nuestras ansias de placer. No enciende la luz, simplemente me atrapa entre la puerta y su cuerpo y me besa con ganas.

—Voy a memorizar cada rincón de tu piel esta noche —promete con voz ronca.

—Lo estoy deseando —susurro metiendo mi mano por debajo de su camiseta.

Acaricio su abdomen notando los músculos marcados por el ejercicio, busco su espalda para agarrarme a él mientras me dejo llevar por otro de sus besos.

Su mano busca bajo mi ropa el contacto de mi piel y con torpeza nos deshacemos de las camisetas, enredándonos en el proceso y

riendo. Arrastro la lengua remarcando una línea marcada en su piel, hasta llegar a su pezón para morderlo. Jadea agarrándome del trasero y levantándome en el aire.

Dando impulso entrelazo mis piernas a su cintura y me agarro a sus hombros, sumergiéndome en otro beso. Su lengua lucha con la mía con anhelo excitándome como si no lo hubiera hecho nunca. Al llegar a su habitación, se sienta a los pies de la cama y yo lo empujo para que se tumbe, quedándome a cuatro patas sobre su cuerpo. Nuestras miradas se cruzan y no puedo evitar estremecerme al imaginar lo que está deseando hacer.

Me inclino para dejar un camino de suaves besos por su cuello hasta encontrar de nuevo sus labios. Su mano se entretiene en el botón de mis pantalones y al final consigue desabrocharlo y meter la mano entre mis piernas.

—No parece muy cómodo este pantalón —bromea mordiendo mi labio con suavidad.

Me bajo de la cama y termino de quitarme la ropa. Miro su cadera aún cubierta por los suyos y gruño desabrochando y tirando de ellos para quitarlos.

—Creo que me gusta que me desnuden. —Su sonrisa traviesa dibuja una luz en su mirada que había perdido.

Se incorpora y tira de mí para hacerme caer a su lado. Su mano se pierde entre mis muslos y gimo al notar como me penetra con suavidad para luego empujar más fuerte en mi interior. El movimiento cadente me hace gemir por el deseo de la siguiente embestida. Una y otra vez sus dedos acarician mi interior y mis uñas se aferran a su espalda. Nuestros labios cargados de deseo no pueden despegarse.

Un pellizco en mi pezón me estremece y aprieto los dientes estirándome junto a él.

—Déjame que repase todo tu cuerpo con mi lengua…

Miro su rostro serio que se inclina hacia uno de mis pechos. Sus dedos juegan cada vez más lento entre mis muslos.

Como me ha prometido, su lengua resbala por mi piel, llevándome a tratar de imaginar cuál será su próxima caricia.

Sale de mi interior dejándome un vacío extraño que quiero que vuelva a llenar. Exijo agarrando su mano para que no se detenga.

—¿Qué quieres?

Nos miramos. Su pregunta me ha excitado más de lo que lo ha hecho cualquier caricia de esta noche.

—Que sigas con tu trabajo.

Se sube a mis caderas y su miembro roza el interior de mi muslo. Lo acaricio y veo cómo su mandíbula se aprieta. Se agarra de la sábana a los lados de mi cuerpo y yo juego, mientras observo su gesto de placer. No sé cuánto tiempo llevamos entre besos y caricias, aun así, no quiero que la noche acabe, y al mismo tiempo estoy deseando que me penetre. Detiene mis caricias, sujetando mi mano y se acerca hasta mi oído.

—Tengo que ponerme un condón.

La tensión de su postura es palpable, inspiro sintiendo el calor de su cuerpo pegado al mío. «¿Quiero que se lo ponga?», pienso removiéndome inquieta bajo su cuerpo.

Se incorpora para ir por uno y vuelve rasgando el papelito. Yo observo excitada como desliza el plástico a lo largo de su miembro y como al terminar me estudia con lentitud. Estoy tumbada en la cama mirando como mi chico de ojos azules parece un dios griego frente a mí.

—Ven...

Se acerca abriéndome las piernas para ponerse entre ellas. Yo me dejo hacer. Se desliza en mi interior con suavidad haciendo que jadee. Muevo mis caderas buscando las suyas y embiste con fuerza contra mí penetrándome.

Me agarro a su trasero tirando de él y empieza empujar una y otra vez, provocando que mis caderas busquen las suyas. Nuestros cuerpos exhaustos no dejan de moverse, tensos y cargados de deseo. Noto mi cuerpo llegando al límite y estallando de placer en un estremecimiento que me deja temblando.

Deseo que no pare, veo su rostro entre sombras tenso por la cadencia de los movimientos que le llevan al clímax. Gruñe tembloroso entre mis brazos, jadeando con cada envite hasta caer desplomado sobre mi cuerpo. Rodeo su cuello para que no se

aparte, no quiero que se aleje ahora mismo. Su respiración aún agitada roza mi cuello y el cansancio me lleva a un sueño que no buscaba.

Por la mañana una luz me estorba y tapo mi cara con la almohada. Gruño y me doy la vuelta para cubrirme de lo que parece ser el sol. Una caricia en mi trasero me recuerda todo lo que sucedió ayer, su mano se desliza por mi espalda y sus labios se posan en mi hombro, me estremezco y suspiro por la caricia.

—Buenos días —susurra junto a mi oído.

Sonrío incapaz de responder. Necesito un café y tal vez un par de horas más de sueño.

—Quiero dormir más…

—Había pensado tomar un café juntos mientras decido cómo hacerte el amor.

Mi piel vibra con sus palabras. Destapo mi cabeza soltando la almohada y lo miro.

—¿Entonces puedo levantarme a por ese café, desnuda?

Sonríe ampliamente y me da una palmada en la nalga. Se levanta y lo veo salir por la puerta vestido solo con unos calzoncillos.

Me incorporo mirando cómo desaparece y veo que mi ropa está tirada por la habitación. Decido levantarme sin vestirme, como le he dicho, e ir a por ese café.

Al darse la vuelta con la taza en la mano se queda paralizado mirando mi cuerpo, he conseguido el efecto deseado. Su gesto se tensa, cargado de una oscuridad llena de deseo.

—¿Quieres que te deje tomar el café?

—Deberías, no soy muy sociable hasta que me lo bebo.

—Entonces no me queda otro remedio.

Me tiende la taza y me la llevo a los labios sin quitarle la vista de encima. Se acerca y apoya la mano en mi cintura atrayéndome hacia él y pegando nuestras caderas.

Su mano se desliza por mi trasero y me aprieta, devorando mis labios. Me dejo llevar sin olvidar que la taza que tengo en la mano está caliente y no debo perder el control. Se inclina sobre mi cuello y muerde la base pasando la lengua después.

Se aparta un poco y yo dejo la taza en la mesa que tengo detrás. Estoy muy excitada y sé que estoy demasiado mojada ahora mismo. Deseo más. Doy un paso atrás y apoyo la cadera en el borde de la mesa, subo el pie a una silla abriendo mis piernas para invitarle a que siga y no tarda en acercarse. Su mano sube por mi muslo rozando mis pliegues en busca de mi clítoris. Sus dedos acarician con insistencia y yo me estiro hacia atrás, apoyando las manos en la madera y cerrando los ojos para multiplicar las sensaciones.

—Creo que se te va a enfriar el café.

Su voz viene de lejos, lo busco con la mirada, para encontrarlo arrodillado en el suelo y con la cabeza a la altura de mi cadera. Gimo agarrándome a su pelo y le dejo acariciarme. Su lengua tortura una y otra vez mi sexo hasta dejarme tan extenuada que tiemblo de placer. Empujo mi cadera hacia él y se retira para dejarme sola en la cocina. Grito su nombre con voz ronca y le escucho reír por el pasillo. Decido no moverme y al escucharle llegar me acaricio despacio observando su reacción. Tiene la mandíbula apretada y observa mis movimientos paralizado y excitado.

—¿Debo dejar que termines? —pregunta con la voz cargada de deseo.

—Prefiero tenerte dentro.

Viene hasta mí y agarra mis piernas colocándose entre ellas y penetrándome de un empujón. Había ido a ponerse un condón. Embiste una y otra vez sin detenerse ni un segundo hasta que nuestros cuerpos estallan de placer al mismo tiempo temblando uno en los brazos del otro.

—Al final se me ha enfriado el café —gimo por un movimiento de su cadera y rio mordisqueando su cuello.

—Te lo calentaré tantas veces como quieras.

Río dejándome llevar entre sus brazos.

—¿A dónde me llevas ahora?

—Hoy no creo que vayas muy lejos.



Rubén ha cumplido su promesa. Como dos adolescentes hemos estado encerrados en casa, nunca he deseado tanto hacer el amor con alguien como lo he deseado con él. Trato de recordar en mis años de casada y ni siquiera cuando nos fuimos de viaje de novios estaba tan anhelante y excitada todo el tiempo.

Estamos cenando en su balcón. Es pequeño, pero lo tiene arreglado para poner una mesita y dos sillas plegables. Tiene césped artificial en el suelo y uno de los lados está cubierto con una madera para separarnos de la vista de los vecinos. En metro y medio ha conseguido poner de todo.

—Quiero ir a verle —digo de pronto refiriéndome a Nacho.

—Yo prefiero no hacerlo, pero si tú quieres ir, te acompaño.

—Quiero ir sola.

Nos quedamos en silencio, picoteo un poco de ensalada y miro hacia la calle. Estamos en la avenida así que los vecinos de enfrente están demasiado lejos.

—¿Cuándo?

—No sé ni qué debo hacer.

—Tienes una abogada, ella puede ayudarte con esto.

—Cierto.

—Quiero pedirte algo. —Rubén ha dejado los cubiertos y me mira. Agarra mi mano y tira de ella para acariciarla.

—Miedo me das.

—Vente a vivir aquí.

Inspiro y cierro los ojos. Deseaba mi independencia más que nada en este mundo. Cuando dejé a Nacho solo quería vivir sola. «Pero, ¿es lo que sigues queriendo?», me pregunto por un segundo.

—Es una propuesta muy seria —susurro.

—Es que voy en serio. Soy el hombre más feliz del mundo ahora mismo. Te quiero en mi vida. Te he estado esperando demasiado tiempo. Piénsalo, no quiero una respuesta apresurada. —Aparta la mano y sonríe algo tenso.

Dejo el tenedor con cuidado en la mesa pensando en sus palabras. Él sigue cenando y levanta la mirada para sonreírme.

—Tranquila está todo bien, no es una decisión que puedas tomar de un día para otro.

Se levanta dejándome sola en el balcón, inspiro mirando el edificio de en frente a lo lejos. Decido ir tras él y al llegar a la cocina lo veo agarrado a la encimera con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos y la cabeza inclinada hacia delante. Me acerco hasta él y parece que he sido tan sigilosa que al apoyarme en su espalda da un respingo. No quiero que se gire, solo quiero quedarme un rato así, pegada a él.

—Estoy tan cómoda contigo que es como si hubiera estado siempre así. Quiero quedarme, pero acabo de mudarme a la casa y quería vivir allí. De verdad lo quería.

Se da la vuelta entre mis brazos y me rodea atrapándome entre los suyos.

—Quiero vivir contigo. Pero es una decisión de dos.

—No quiero verte mal por mi culpa. —Le aprieto con más fuerza contra mí.

—Es solo una cuestión de egoísmo, soy humano. Hay cosas que me molestan.

Pasamos la noche acurrucados uno en los brazos del otro, me gusta estar así con él. Nos dedicamos a ver películas y a dormir juntos, solo disfrutar de la compañía del otro. Por la mañana nos damos una ducha y entre caricias y besos terminamos sobre su cama mojándolo todo y jugando con el cuerpo del otro.

Tengo cita con la psicóloga a las doce, luego comeré con mis padres y por la tarde tengo que ver a la abogada. Rubén vuelve al trabajo, ya que es lunes y tiene que cumplir con su rutina.

31



María me ha dado unas pautas, ya que he ido a hablar con ella porque siento la necesidad de ver a Nacho. Desde que salí del hospital no he dejado de pensar en ello.

La comida con mis padres está siendo algo extraña, mi madre está empeñada en que vuelva a casa y mi padre no parece muy conforme, dice que ya soy mayorcita, y no le quito la razón.

—Hija, perdóname por meterme tanto en tu vida desde el accidente, pero es que tuve tanto miedo que incluso la presencia de Rubén me molestaba.

Agarro la mano de mi madre y la aprieto con cariño. Sé que ha tenido reacciones fuera de lugar, pero también sé que lo ha pasado muy mal.

—Ya ha pasado todo. He hablado con mi psicóloga, María. Quiero ir a ver a Nacho.

Mi madre jadea y se tapa la boca, luego le da una palmada a mi padre en el hombro.

—¡Dile que no lo haga!

—Cielo… tu hija ya es mayorcita y debe hacer lo que quiera. Yo también lo haría si fuera ella.

—Gracias, papá. No voy a cambiar de idea, mamá.

—¡Esto es una locura! ¡Ese hombre ha intentado matarte! —grita esto último llamando la atención de todo el restaurante.

—Tengo que dejarle claro que no va a arruinarme la vida. Tengo que cerrar esto, sea como sea y quiero decirle que ha matado a mi hijo. Que sepa que es un asesino.

Mi voz ha sonado hueca, es como me siento cuando pienso que ese hombre, que formó parte de mi vida, ha matado a mi hijo. Me hace sentir vacía.

Mi padre rodea los hombros de mi madre y sonríe con tristeza mirándome.

—Hija, esto se supera. No sé cuándo, pero poco a poco terminas asumiéndolo.

Terminamos con la comida y me marcho para hablar con la abogada. En un rato tengo todo claro con ella. Paloma es un encanto y está segura de que podrá arreglarlo para que nos veamos, eso sí, me ha dicho que ella va a estar presente.

Estoy de regreso a mi casa y llamo a Rubén con el manos libres. Al segundo tono responde.

—Hola, Ari.

—¿Estás solo?

—Saliendo del trabajo. ¿Por?

—Pues... —inspiro para tener fuerzas y poder decir lo que quiero —. Quiero vivir contigo, pero en mi casa.

Un suspiro me indica que se siente aliviado. Sonrío esperando una respuesta.

—¡Espero que tengas huevos!

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Crees que no me atreveré a vivir contigo en mi casa? —Su pregunta me ha sorprendido.

—Digo que espero que tengas huevos para hacer una tortilla, porque llevo patatas y cebolla.

—Odio la cebolla en la tortilla.

—¿Cómo? —dice alargando la palabra.

—Es que me da mucho asco.

—Quiero el divorcio.

—No me he casado contigo.

Me encanta cuando nuestras conversaciones se complican de esta forma tan ridícula.

—Estoy saliendo de La Cruz.

—¿No has pasado ni por casa a por un cepillo de dientes? —Aparco en la puerta de mi casa con una sonrisa dibujada en mi rostro.

—Usaré el tuyo.

Cuelga dejándome con la boca abierta. Salgo del coche soltando una risa y veo al alcalde que baja por la calle principal. Aunque todo sea dicho, muchas calles en este pueblo no hay.

—Buenas tardes, Ari.

—¡Con usted quería yo hablar!

—¿Conmigo? ¿Es oficial? Si es oficial, estoy cerrado, mañana a las nueve más.

—Bueno, oficial no es. Solo quería preguntarle por la torre.

—¿Qué le pasa? ¿Se cae ya?

—¡No! No es eso, he pensado que si estuviera abierto al público sería un punto de turismo interesante, ya que la zona…

—¡Quieta, quieta! —Estira las manos para frenar mi explicación —. Vamos a ver, ¡esto es oficial!, estoy en mi hora de paisano.

Río con ganas y el ríe conmigo.

—La zona es preciosa. Solo falta rehabilitar un poco la torre.

Asiente varias veces con las manos entrelazadas a su espalda.

—¿Te han contado que la gente se tira desde lo alto?

—Una mujer desesperada lo hizo. ¿Rejas en las ventanas que dan al precipicio?

Cierra los ojos, y mira luego en la dirección donde está la torre.

—Lo hablamos mañana.

—¡Genial!

—Que sepas que el turismo ensucia —murmura renegando mientras se aleja hacia su casa.

El sonido de un coche llama mi atención y me giro para ver el acceso al pueblo, descubriendo el coche de Rubén que ya está aparcando al final de la calle.

Al bajar corre hacia mí para agarrarme en brazos y hacerme girar con él.

—Dímelo ahora.

—¿El qué?

—Que puedo quedarme en tu mansión a vivir.

—¡Estás loco! ¿Mansión?

—¡Oye! ¡Tienes piscina!

Río abrazándolo y dejándome llevar en una vuelta más. Luego me deja en el suelo y entramos en casa. Todo está limpio y en su sitio, no hemos sabido nada de nuestros amigos desde que los dejamos en la cena y pensaba que iban a estar aquí. Al dejar las llaves en mi escritorio veo una nota de Estela.

Me voy de vacaciones con Alex a su casa, vuelvo el viernes.

Estela

—¿Viernes?

—¿Qué pasa? —pregunta Rubén curioso.

—Mi jefe y tu amiga, que se han ido de vacaciones toda la semana ¡Menudo morro tienen!

—Hacen bien. Aunque me preocupa Tico. Quedaré con él.

—Y a mí. Ya me cuentas qué tal está y de paso podrias llevarle mi libro.

Dejo mis cosas y voy a buscar a Michu que está en el sofá. Lo cojo en brazos y Rubén sonríe observándonos. Le di a Carmen una llave por si pasaba algo y durante el fin de semana le comenté que tenía visita, pero si veía que se iban que pasase a ponerle comida y agua. Hablaré con ella para ver cómo ha ido.

—Voy a preparar la cena.

—Te dejo vivir aquí porque así me sales gratis.

—¿Te salgo gratis?

—De cocinero.

—Hay que hablar de horarios de váter —dice muy serio.

—Vale, tú de siete a ocho de la mañana y yo el resto del día.

Resopla y suelta una carcajada. Rubén se pone con la cena y yo me siento a escribir un rato.

Decido terminar la historia contando el matrimonio tan desastroso que tuve. Quiero incluir el accidente y la relación con Rubén con la que quiero cerrar la trama con un vivieron felices y comieron perdices. No la terminaré hoy, ya que mientras Rubén hace la cena solo puedo escribir mi boda y el viaje de novios.

Un desastre desde el minuto cero. En el viaje de novios todo era maravilloso, Nacho me llevó a cenar a restaurantes lujosos y fuimos a la playa juntos, una noche se enfadó porque no me había maquillado y luego por mi ropa. Poco a poco fui abriendo los ojos y dándome cuenta de que nuestra relación era una farsa, yo era una muñeca que él manejaba a su antojo y él, era dueño y señor de la muñeca.



Después de cenar es como si los dedos me picasen y decido volver a sentarme. Cada acontecimiento de mi matrimonio que viví metida en su burbuja lo describo recordando y haciéndome ver a mí misma que no fue todo como él lo pintaba. Nacho me maltrató tanto durante nuestros días juntos que no puedo creer que siguiera casada con él durante diez años. Esta parte la escribo con prisas, para mí ya no es importante, está fuera de mi vida, así que paso por esta parte de la novela, casi apresurada.

Despunta el alba y sigo enganchada a mi ordenador. He releído todo lo que he escrito hoy y corregido algunas cosas. Cierro justo el día que Sonia me llama por teléfono para comunicarme lo de Rafa.

Echo la silla hacia atrás reclinándome en ella y me agarro a la madera del escritorio viendo como las letras se entrecruzan en la pantalla por el cansancio.

Me levanto estirándome. Al darme la vuelta encuentro a Rubén con una taza de café en las manos, llevándosela a los labios y con la mano libre rascando la cabeza a Michu que está sobre la encimera.

—Casi la he terminado. Me falta lo vivido en La Fortaleza.

Me tiende una taza que acaba de llenar con un líquido dorado y la cojo entre las manos. Me inclino para dar un beso en la cabecita de mi peludo.

—Llevas toda la noche escribiendo, te absorbe el trabajo. Te he preparado una infusión para descansar.

—Cuando entro en ese mundo, salir me resulta difícil, quería quitarme de encima la parte de mi matrimonio.

—¿Podré leerla?

—¡Claro!

—¿Vas a publicarla? —pregunta reticente.

—Aún faltan cosas y trabajo, no es solo escribirla. —Sé que lo ha preguntado porque no le parece bien que la historia de Rafa salga a la luz. Ahora estoy más expuesta y todos sabrán que es nuestra historia—. Me falta una carta.

—Cuando pase por casa a por algo de ropa te la traigo.

Me rodea en un abrazo para robarme un beso. Nuestros labios se unen en una caricia tentadora y suave.

—Pórtate bien, yo me voy a trabajar.

—Yo ya he trabajado, posiblemente duerma un rato y luego subiré a hablar con el alcalde.

—¿Y eso?

—Quiero que reabran la torre.

—Buena idea, habría turismo.

—El alcalde me ha dicho que el turismo ensucia.

—Sí, eso también. —Ríe por la ocurrencia de Ramón.

Besa mi frente y coge las llaves mientras se aleja hacia la puerta para marcharse a trabajar.

—Le he puesto comida a Michu. Y, por cierto, ¿te importa si traigo a Aitana a comer? Quiero que hablemos con ella sobre lo nuestro, lo de que vivimos juntos.

—Claro que no me importa que la traigas, siempre que quieras, no me preguntes. Esta es tu casa ahora.

Vuelve en una carrera rápida y me abraza levantándome del suelo y besándome en los labios con una felicidad que me contagia.

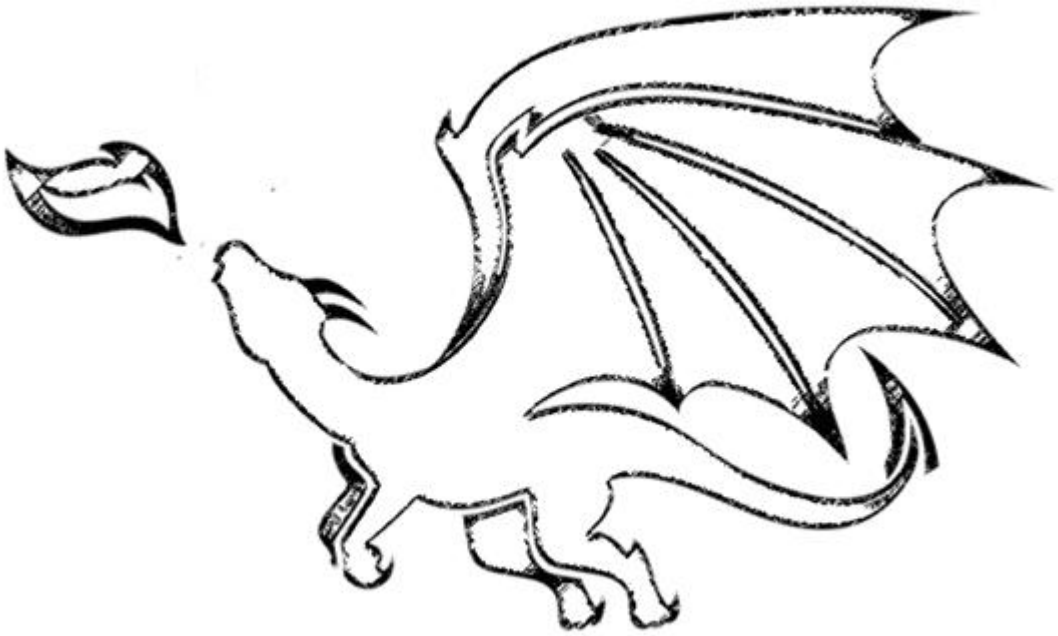
—¿Te he dicho que eres y serás el amor de mi vida?

Su mirada atraviesa la mía, estoy segura de que trata de analizar lo que estoy sintiendo. Pego mis labios a los suyos abrazándole con fuerza. Quiero decirlo, necesito decirle que le quiero, pero no me sale. Me siento mal cada vez que lo intento y sé que él no me lo dice, pero también le debe sentar mal que no le responda. Tengo que ser valiente, tengo que decírselo.

Me suelta sin perder la alegría y se marcha rápido cerrando la puerta tras de sí y dejándome con la palabra en la boca, esa palabra que se resiste a salir como si la tuviera anudada en la garganta.

Cierro con llave, voy hacia la escalera y vuelvo para ver si he cerrado. Resoplo por mi acto y subo a mi dormitorio para acostarme a dormir, lo necesito.

32



He tenido que ponerme el despertador porque quiero hablar con Ramón, el alcalde. Son las doce y estoy subiendo al ayuntamiento. Tengo un interés especial en ver esa torre abierta, no sé por qué, pero hay algo que me llama desde lo alto. «Espero que no te dé por imitar a la novia», zarandeo la cabeza para borrar ese pensamiento.

Durante más de una hora mantengo una discusión absurda, sobre turismo y cosas que no se quieren tener en el pueblo. Al final convoca una reunión con los vecinos para ver si se abre de nuevo la torre. En una semana se reunirán todos para discutirlo. Sí, he dicho todos, el pueblo entero.

Bajo a casa y me encuentro a Sonia con Aitana en la puerta. Miro el reloj de mi móvil y veo que es la una y media.

—Rubén no ha podido ir a por la peque, yo tengo turno de tarde y entro a las dos. —Sonia parpadea repetidas veces tratando de convencerme.

Intento no mirarla, la cosa no está muy bien desde que me contó todo, aunque he intentado que todo sea normal. Es como una cuerda muy tensa que si tiramos hacia uno de los lados terminará rompiéndose.

—No hay problema, a Michu le va a encantar la nueva visita.

—¿Puedo jugar con él? —pregunta la pequeña.

—Solo si él quiere jugar contigo. ¿Me prometes que no lo molestarás si no tiene ganas?

—Prometido, tita Ari.

Abro la puerta y la pequeña entra a toda prisa soltando la mochila en el camino.

—Lo siento, no quería molestar, pero eras mi única opción y como sé que luego comerá con vosotros…

—No te preocupes, no me molesta —digo interrumpiéndola.

—¿Ari?

Levanto la vista para mirarla. Intenta decirme algo, pero al final parece que se ha tragado sus palabras, hace un gesto con la mano y descarta ese pensamiento que parece que se le ha trabado.

—¿Qué pasa? —interrogo tratando de sacarla del atasco.

—No hemos podido hablar a solas desde aquella conversación que tuvimos. Te noto tensa.

—¿Sabes qué pasa? Pienso, recuerdo, veo mentiras, enredos y me duele. Mucho. ¿Te extraña?

—No soy esa persona, Ari. Ya no.

Su seriedad me paraliza, no sé qué contestarle y ahora creo que no es el momento.

—Ve a trabajar, me quedo la niña, no te preocupes.

—¿Quedamos y hablamos cuando puedas?

Asiento y me doy la vuelta para entrar en casa. Escucho como sube al coche y cierro tras de mí viendo a Aitana sentada en el sofá rascando la cabecita a Michu.

—¿Tiene frío? —pregunta la pequeña sin dejar de mirar al gato.

—Puede ser, ¿qué te hace pensar que tiene frío?

—Estaba temblando. —Con esa explicación deduzco que tal vez es ella la que está helada.

Como estaba fuera no he notado que aquí dentro hay un ambiente un poco fresco.

—¿Tú tienes frío? —Trato de averiguar si lo ha dicho por ella.

Se encoge de hombros y agarro su manita para comprobar que era justo como yo pensaba. Me acerco a la calefacción para conectarla y luego voy a la cocina a preparar macarrones para comer.

—¿Tita Ari? ¿Estás enfadada con mi mamá?

—Un poco, pero no te preocupes que se me pasará pronto.

La niña abre su mochila y se pone a buscar dentro libretas y lápices de colores, se sienta en el suelo entre el sofá y la mesa baja y se pone a dibujar. Mientras voy preparando la pasta llaman al timbre y le pido a la pequeña que abra la puerta. Al hacerlo suelta un grito de alegría y en dos segundos está en el aire en los brazos de su padre y abrazándolo con fuerza.

—¿Cuándo la han traído? —pregunta Rubén señalando a Aitana.

—Hace nada, sobre la una y algo, ha sido Sonia.

—Papá, la tita Ari está enfadada con mamá. ¿Es porque sois novios?

Aprieto los labios y apago el fuego, saco un colador de hierro y echo la pasta dentro. Noto mis músculos tensos por la pregunta de la pequeña. Trato de no contestar, no es cosa mía. Enciendo el fuego de nuevo y pongo una sartén para hacer la salsa de tomate.

Rubén se acerca a mí y rodea mi cintura para besarme en el cuello con suavidad provocando que busque su cercanía, me dejo caer hacia atrás para sentir su cuerpo contra el mío y me estrecha con cariño.

—¿Lo termino yo? —dice refiriéndose a la comida.

—No, tranquilo.

—¿No le contestamos a Aitana?

Clavo la mirada en sus ojos, brillantes y azules, más azules que nunca. Me doy la vuelta entre sus brazos. Rodeo su cuello y nos besamos en un roce rápido.

—Tenemos que hablar con ella —susurra sobre mis labios.

—Lo sé, pero yo no…

—Tú eres igual de importante para ella, que yo. Vas a serlo. —Su tono es serio.

Asiento, notando un remolino de emociones en mi vientre.

Pongo la salsa de tomate a freír mientras vamos poniendo la mesa.

—Verás, Aitana, creo que voy a venirme a vivir con Ari. ¿Qué te parece la idea?

La niña que se ha sentado en la mesa del salón, se queda muy seria mirando a su padre. Por un momento nadie dice nada, yo sigo atareada con la salsa.

—¿Papá?

—¿Qué pasa? —le responde mirándola.

—¿No te voy a ver más?

—Tú vas a verme cuando tú quieras hacerlo, y voy a seguir recogiéndote por las tardes y llevándote a las clases de baile.

—Entonces en vez de ir a tu casa en La Cruz, ¿tengo que venir hasta aquí?

—Sí, ahora esta es mi casa.

—¿Entonces la tita Ari y mamá se han enfadado por eso? —pregunta, haciéndome notar que tiene miedo, que le preocupa que su madre y yo estemos enfadadas, o que el cambio de vivienda de su padre la deje fuera.

—No, Aitana —intervengo sentándome frente a ella para mirarla a los ojos—. Entre tu mamá y yo ha habido un malentendido. Lo hablamos, pero hay cosas que no se arreglan solo con hablarlo, necesitan tiempo. Y tu padre va a vivir aquí, pero será como si viviera en su piso en La Cruz. Para ti, todo seguirá siendo igual.

La niña asiente mientras se mira las manitas. Rubén trae la pasta en una fuente y yo voy por los platos. La pequeña no parece muy convencida con todo esto.

—Papá, si tú te vienes a vivir aquí, ¿puedo quedarme más días?

Agarro el brazo de Rubén para que se quede en la mesa con la niña y yo seguiré sacando la comida.

—Aitana, puedes hacer lo que tú quieras y tu madre te deje. Tú eres la dueña de la casa, y siempre que digas donde quieres estar, si

se puede, porque no tienes cole u obligaciones, pues te llevamos.

—Tita Ari, ¿ahora tengo que llamarte mamá? —Me mira con el ceño fruncido. Empiezo a pensar que la estamos confundiendo.

Miro a Rubén y me encojo de hombros, no sé qué responder a eso. Él sonríe agarrando mi mano y dándome un ligero apretón.

—Aitana, cielo. Mamá es Sonia.

—Entonces seguiré llamándote tita Ari, me gusta más.

—Y a mí también, cariño. —Paso dos de mis dedos por su moflete y se levanta para abrazarme, yo la subo a mi regazo y me apretuja con fuerza—. ¡Ay, mi niña!

Comemos entre chismes, como lo llama la pequeña, nos cuenta cosas del cole y al final ha decidido que Rubén vivirá en casa de la tita Ari y que eso le mola. Cuando su padre se marcha se la lleva con él para dejarla con su abuela y yo vuelvo a mi ordenador. Michu decide que ahora es su momento y se sube a la mesa. Lo aparto un poco y enciendo el portátil y mientras le hago mimos. Abro el programa para escribir y Michu se sienta sobre el teclado lo que termina por escribir un montón de letras pegadas, como siempre. Río y lo bajo al suelo, en ese momento suena mi teléfono, es Paloma, la abogada, que seguro que tiene noticias sobre mi petición.

Respondo mientras pulso la tecla de borrado de mi portátil para eliminar lo que Michu ha escrito.

—Dime, Paloma. ¿Ya sabes algo?

—Sí, te dejan verlo, ¿mañana por la mañana te viene bien?

Cojo aire, miro hacia la pantalla, apretando el móvil en mi mano. Por unos segundos me agobia la idea, pero al final quedo con ella. Iremos en su coche.

Me estiro hacia un lado, luego hacia el otro, sin perder de vista la pantalla. Me pongo a escribir para terminar la historia. Escribo todo lo que sucedió cuando Rafa murió y todo lo que he vivido con Rubén. Mientras tecleo y como siempre, olvido que el resto del mundo existe y me pierdo entre letras y sucesos. No sé qué hora es, pero afuera es de noche. Me levanto de la silla y me desperezo.

Voy a la cocina a por algo de picar y veo que son las nueve. Caliento un poco de agua y me preparo una infusión. Recuerdo lo que me dijo Rubén sobre no publicar la novela. Rafa ocultó cosas

porque lo creyó conveniente, no voy a juzgar lo que hizo ni porqué lo hizo, pero creo que debo respetar su decisión.

Me siento en el sofá y justo cuando mi trasero toca el asiento llaman al timbre. Voy a abrir, pero antes veo quién es por la mirilla.

—Me vas a tener que dar unas llaves.

Me atrapa antes de que pueda darme cuenta y rodea mi cintura cerrando la puerta tras de sí. Su beso calienta mi cuerpo dejándome temblando por el deseo. Su lengua resbala por mis labios deslizándose en el interior de mi boca, la mía va a su encuentro para iniciar una lucha que nos va a dejar exhaustos. Sus manos se pierden bajo mi camiseta y siento como aprieta uno de mis pechos. Tiro de ella para quitármela y cae junto a nosotros. Sujeta mi trasero para pegarme a su cuerpo. Meto mis manos por debajo de su ropa y se aparta en un gruñido.

—¡Qué pesadilla la ropa! Quitémosla de en medio.

Río y hago justo eso. Me quito los pantalones y la ropa interior y lo miro, desnuda con algo de fresco, pero con la sangre muy caliente. Se queda paralizado observándome, con la mano en el botón de los pantalones, pero sin llegar a desabrocharlo.

—¿A qué esperas? —pregunto impaciente por verlo desnudo.

—Pensaba que ibas a tocarte… y estaba esperando —propone y sonríe travieso desabrochándose al fin y quitándoselos

Nuestras manos se enredan en caricias calientes que nos llevan a un punto de desesperación. Juego poniéndole un preservativo y él se agarra a mis hombros dejándose hacer y clavando sus dedos en mi piel. Nuestras caricias se intensifican cada vez más.

Estar de pie frente a la escalera no es demasiado cómodo. Al darme la vuelta para subir a mi habitación rodea mi cintura y me acaricia, pegado a mi espalda. Gimo notando sus manos paseando por mi vientre y mis pechos. Tropezamos entre caricias, y Rubén me sujeta justo antes de llegar al suelo. Me quedo de rodillas en el descansillo con su cadera presionando mi trasero y me remuevo inquieta al notar su erección entre mis muslos, facilitando así el acceso para que me penetre.

Empuja con fuerza en mi interior y se mueve dejándome sin aliento con cada embestida hasta hacerme llegar al clímax. Mis

temblores lo hacen llegar también y terminamos exhaustos arrodillados en el suelo y aún excitados.

Trato de acompasar mi respiración y me inclino hacia adelante apoyando los antebrazos en el suelo.

—Está frío. —Río al notar el contraste con mi piel.

—Joder… No quería que lo hiciéramos en medio de la escalera, pero…

—Lo he disfrutado como nunca —interrumpo sus palabras para que no se arrepienta de algo que me ha encantado.

Me giro para mirarlo y se aparta dejando que me mueva. Termino sentada en el suelo. He disfrutado tanto, ya tengo ganas de repetir y estoy pensando donde puede ser.

—¿Segura?

—¿Segura de qué?

—De que lo has disfrutado.

Nos levantamos y rodeo su cuello. Lo beso con suavidad, mi lengua invade la suya y juega en su boca despacio. Luego me aparto un poco y sonrío.

—Voy a darme una ducha y luego me haces la cena.

—Oye, veo que te va la marcha, ¿compramos juguetes? —Su gesto me hace reír.

—Ya tengo.

—¿De verdad? —Me mira sorprendido y resoplo.

Asiento y le tiendo la mano para que me acompañe a la ducha.

Estoy tan cómoda con él, que es como si siempre hubiéramos estado juntos, y lo de la escalera ha sido impresionante, nunca había estado con nadie así, confío en él y me dejo llevar por el deseo.

Cuando bajamos a preparar la cena, le comento que ya he terminado de escribir el primer borrador. Ahora me falta darle un par de repasos antes de mandarlo a las lectoras cero. Me pregunta qué es eso y le comento que hay unas chicas que son las primeras que me leen, por si algo no encaja.

Se tensa al escucharme hablar de que alguien más va a leer la novela. Noto que no se siente cómodo.

—¿Vas a publicar al final? —Levanto la vista al notar su tono de voz, le noto preocupado.

—Es la idea…

Doy vueltas a todo lo que hemos estado hablando estos días y pienso en las historias que he recopilado en mi mente para poder escribir posibles romances. Mi mente ya está trabajando en el siguiente proyecto.

Nos sentamos a cenar y mientras lo hacemos tomo una decisión sobre la novela. Rubén está quitando la mesa y deja un sobre junto a mi brazo.

—La última. —Besa mi frente—. Estaré en el jardín.

Quito mi plato y pongo a calentar agua. Abro el sobre y saco la hoja, es corta como las otras. El papel está arrugado, como si la hubiera tirado y luego recuperado. Miro su letra retorcida e imperfecta, cosa que me extraña y recorro con mis dedos una de las líneas.

17 de agosto de 2014

Te odio, Ari

Me has destrozado el corazón, sin saberlo, sin tener ni idea, te has casado con ese cabrón de cuarta que hace lo imposible para que no nos veamos. Me has roto en mil pedazos y luego los has pisoteado todos. Ver como lo besabas, como reías con tu traje blanco, como bailabas con él y como has disfrutado de tu boda, ha sido como una batidora a toda velocidad destrozándome lentamente el corazón.

Nunca, jamás amaré a nadie como te he amado a ti. Mantenerlo en secreto durante tanto tiempo me ha vuelto loco y seguirle el juego a Sonia ha terminado conmigo definitivamente, pero lo peor de todo ha sido verte feliz con ese imbécil.

Sé feliz, porque a mí me has quitado la posibilidad de serlo.

Rubén

Aparto una lágrima de mi mejilla y doblo el papel para meterlo en el sobre. Lleno las tazas con el agua caliente y salgo a la terraza con la infusión ya preparada.

—¿Con azúcar?

La coge y mira hacia la piscina, luego se gira hacia mí dándose cuenta de que estoy lloriqueando y deja la taza en la mesa que hay junto a él. Agarra la mía dejándola también y me abraza.

—Es pasado.

—Te destrocé.

—No lo sabías, y ahora me estás reparando. Soy como un vampiro resucitado.

Lo miro sabiendo que está con la guasa otra vez.

—No me muerdas, no me gusta.

—Pues antes casi lo hago. —Hace un gesto con la mirada señalando la escalera y levanta las cejas varias veces.

Río y le doy una palmada en el pecho. Me devuelve la infusión y nos sentamos en los sillones del porche.

33



Me he levantado demasiado temprano y salgo a la puerta de la calle para respirar un poco de aire fresco. Rubén sigue en la cama, pero mi inquietud con la visita de hoy me ha tenido casi en vela. Michu restriega su hocico en mi pierna y me agacho para cogerlo en brazos.

—¡Buenos días! Has madrugado hoy —me saluda Carmen que sale de su casa.

—Sí, no podía dormir.

—¿Me acompañas a por el pan?

Asiento soltando al gato y cerrando la puerta. Llega hasta mí y engancha su brazo en el mío para empezar a caminar juntas.

—¿Carmen? ¿Usted me contaría más sobre su historia?

—¿Mi historia?

—Sí, la novia que saltó de la torre, fue el inicio de su historia de amor, ¿no?

—Así es, su final, fue mi principio, aunque eso no me hace sentir muy bien que digamos.

—Bueno, mal de pocos… consuelo de otros.

—¡Creo que no era así, niña! Es mal de muchos, consuelo de tontos.

—Entonces el bueno no nos vale, pero como lo he dicho yo, sí.

Reímos y llegamos a la panadería del pueblo, el señor Paco debería estar jubilado ya, pero le encanta hornear pan y decidió, en su momento, seguir haciéndolo mientras encontraba un sustituto. Ese sustituto todavía no ha llegado.

El olor a pan recién hecho llena mis pulmones y decido llevarme una barra calentita para casa. Por el camino Carmen va hablándome de la novia que se tiró por la torre. Al final resulta que ambas eran amigas antes de lo sucedido. Su futuro marido según Carmen apuntaba maneras de ricachón frustrado.

—¡Ay, Ari! Yo no quería que sucediera todo lo que vino en aquel momento, pero fue como fue.

—La vida nos depara giros inesperados —murmuro pensativa recordando todo lo que he vivido en estos últimos meses.

—Las mujeres debemos ser fuertes.

—Rubén dice que tenemos un dragón con nosotras. —Ella ríe entre dientes.

—Estoy de acuerdo. Todas tenemos uno. ¿Dónde pasaréis las Navidades? —pregunta justo al llegar a la puerta de mi casa. Rubén está fuera esperándome con una sonrisa en los labios.

—Pues aún no lo sé.

—¡Niña! ¡Que es el viernes!

Ríe mientras se aleja hacia su casa y al llegar a la puerta se gira para darse cuenta de que me he quedado pasmada mirando el calendario del móvil.

—Si no tienes donde ir, en mi casa caben dos más. —Guiña un ojo y desaparece tras su puerta.

—¿Entonces no habías pensado en la cena de Nochebuena?

—Luego pasaré por mi casa. Tú…

—Yo ceno con Aitana en la casa de mis padres, si quieres venir, hay sitio. Pensé que tu madre te obligaría a ir a su casa, ha estado muy protectora estos días.

Por un momento estoy como fuera de lugar. Nadie me había preguntado y no sé qué hacer.

—Primero hablaré con mi madre.

—Puedo ir contigo si quieres. Han pasado muchas cosas los últimos días y ahora todo es nuevo para nosotros.

Entro en casa asintiendo y dejo el pan sobre la encimera.

—Luego te digo, en un rato salgo para ver a Nacho, así que cuando vuelva paso por casa a ver cuál es el plan. Porque creo que ahora mismo dependo de lo que ella quiera.

—Princesa. Primero que nada, eres tú. Si te apetece cenar con tus padres, maravilloso, pero si quieres cenar con nosotros, hazlo. De todas formas, comer, comerás en casa de mis padres al día siguiente. Eso no admite discusión.

Sujeta mis hombros para que lo mire a los ojos.

—No es tan fácil. —Mira a mi espalda, me da la vuelta y toca mis hombros, vuelve a encararme girándome con sus manos y mira mi figura todo lo largo—. ¿Qué haces?

—¡Busco al dragón! ¿Te acuerdas del dragón y de tus alas? Tú tienes al dragón contigo, tú decides siempre. Menos en la comida en mi casa.

Lo miro sorprendida por sus palabras, tiene razón, tengo que manejar mi vida, no dejar que vaya a la deriva. Tengo que encontrar al dragón que me ayudará a ser tal como soy, tal como quiero ser.

—Vale, me va a costar, ¿lo sabes? Y lo de la comida en tu casa, sí, sabes que conozco a tu familia y me apetece.

—No te va a costar, ya lo estás haciendo, desde el primer día que pisaste la consulta de tu psicóloga. —Besa mi frente y me aparta un poco para mirar tras de mí. Olisquea y sonríe ampliamente—. ¿Eso es pan casero?

Me giro para mirar la encimera y asiento.

—Paco es el panadero del pueblo, aunque trabaja un poco a la antigua, pero eso es lo maravilloso de su pan.

—¡Desayunemos antes de que se enfríe!

Rubén saca mantequilla de la nevera y se dispone a cortar unas rebanadas, también ralla un poco de tomate.

Miro el reloj mientras ponemos la mesa y veo que me faltan tres horas antes de irme. Echo un ojo al ordenador sentándome frente a Rubén y sonríe al darse cuenta.

—Creo que me he casado con una adicta a su trabajo.

—¡No nos hemos casado!

—Eso es lo de menos —dice quitando importancia al asunto y llevándose una rebanada de pan a la boca.

Sonrío sin quererlo y aparto la mirada de la suya que brilla con ese intenso azul.

—Me voy a sentar a escribir un ratito antes de irme.

—Me parece perfecto, yo me voy al trabajo, aunque si necesitas que te acompañe salgo antes.

—Voy con Paloma. Creo que he llamado al dragón para ver si pasa conmigo la mañana.

Su mirada se intensifica y estira su mano para agarrar la mía.

—Dile que se quede a dormir con nosotros. He encontrado tus juguetitos.

—¿Qué dices? —aparto la mano sonrojándome.

—¿Te has puesto roja? Puedo traer unas esposas si quieres.

Jadeo, al tiempo que aprieto los muslos para calmar la excitación que está empezando a formarse entre mis piernas.

—Orden por prioridad. Escribo, voy a ver a Nacho, como con mis padres.

—Pues esta noche no cenas. —Levanta las cejas un par de veces haciéndome reír y cuando me dispongo a quitar mi plato me para con un gesto.

—Ve a escribir. Yo me encargo.



Estoy subiendo al coche de Paloma cuando recibo un mensaje, abro la aplicación y veo que es Estela en el grupo.

Estela

Chicos, estoy pensando si podemos celebrar la Nochevieja en Madrid.

Oliver

¡Madrid! ¡Me apunto!

Rubén

Parece divertido, contad con Ari y conmigo.

Ari

¿Me has preguntado?

Rubén

¿Hacía falta?

Sonrío al leer su mensaje y justo antes de guardar el móvil, veo que Tico ha salido del grupo. Pongo el teléfono en silencio y miro a mi abogada al acomodarme y ponerme el cinturón.

—¿Estás segura de esto?

—Quiero que pare, porque esto va a matarnos a los dos.

Me giro hacia ella buscando sus ojos y veo aprobación en ellos. No la necesito, pero me reconforta.

—Pues vamos a ver si es bueno o malo todo esto, porque depende de cómo sea tu ex, va a resultar bien o va a ser un fiasco. Tienes que estar preparada, ese hombre no es quien tú conocías.

—Nunca lo fue. Estiraba la cuerda hasta que estaba tan tensa que me hacía estallar. ¿Sabes que mis amigos dejaron de verme porque el hizo de las suyas para liarnos a todos? Discutíamos delante de mi familia, y él siempre quedaba de inocente, yo era la mala.

No sé por qué le cuento todo esto, estamos sentadas en el coche mirando al frente mientras yo hablo.

—Hay hombres que de buenos que son, nos convierten en ogros —suelta con ironía.

—Siempre fui la que lo hacía todo mal. Lo tenía esclavizado.

Resopla y al girarme la encuentro aguantándose la risa. Estallo en carcajadas y las dos nos reímos con ganas.

—He tenido una pareja así. Arréglate un poco más, no puedes salir con esa facha. Pues lo que podrías hacer es quedarte en casa, así no te agobias. ¿Tus padres están locos?

—¡Me lo dijo un par de veces! Porque le dijeron que nos fuéramos de vacaciones una vez, para ver si nos relajábamos y así me quedaba embarazada.

—¡Ay, amiga! Dale gracias a la divina providencia de no haberte quedado en estado.

Su mirada es clara, pone las manos sobre el volante y lo aprieta con fuerza.

—¿Te ocurrió?

—Sí, dejó de amarme. Según él, tener sexo con eso dentro era insano. Yo creo que tenía a otra… Son tantas cosas que al final o sales y te liberas o caes en picado en sus redes y te vuelves invisible para siempre.

Arranca y nos ponemos en marcha, esta charla me ha revitalizado, creo que conocer a alguien que de verdad me entiende ha sido muy liberador.

Seguimos hablando, esta vez del caso y de cómo lo va a abordar. Me comenta que cuando entre a ver a Nacho ella se quedará cerca, me va a dar intimidad. A no ser que este su abogado.

Entramos en una sala gris, con mesas grises y barrotes a nuestra espalda. Es una sala privada. Mi abogada se sienta en la mesa y

justo entra un señor con traje que no conozco. Habla con Paloma y me lo presenta como Ricardo, un viejo amigo, es abogado.

Deduzco que va a defender a Nacho en este caso y ha venido para ver qué pasa en esta reunión.

Un guardia entra con mi ex y este se sienta en una de las sillas. Su mirada vacía se clava en la mía como si tratase de hurgar en mi cerebro. Me siento frente a él con algo de reticencia y cruzo las manos bajo la mesa frotándolas con fuerza tratando de calmar mis nervios.

—¿Qué quieres, Ari?

El abogado se ha sentado a su lado y Paloma apoya su mano en mi hombro para que recuerde que ella está conmigo.

—He venido a decirte que sigo con vida.

Su gesto es de piedra, no ha movido ni un músculo y sus ojos están fijos en los míos. Trago saliva tratando de calmarme y sigo hablando:

—Necesito que pares —continúo diciéndole.

—Me das igual.

La frialdad de sus palabras me revuelve el estómago. Inspiro y pienso en ese dragón. Cierro los ojos y lo veo junto a mí, fuerte e imponente mirándome con aprobación.

—Voy a hacer lo que sea para que pases en la cárcel el máximo tiempo posible.

—Para eso tendría que haberte matado.

Me llevo la mano al vientre y cierro los ojos con fuerza. Me levanto de la silla para marcharme y me agarro al respaldo mientras la pongo en su sitio.

—Me mataste con cada mentira, me trataste como si fuera insignificante, me aplastaste convirtiéndome en un ser vacío, que no tenía personalidad. Dejándome creer que era la culpable de que no tuviéramos hijos. He estado embarazada y tú lo mataste.

Paloma me agarra del brazo y tira de mí para sacarme de aquel cuartucho gris, sé que me está hablando, pero no la escucho. Me desentiendo de su agarre y continuó diciendo:

—No pienso tolerar que sigas manejándome y manipulándome incluso cuando no estás. Se acabó.

Su rostro muestra confusión.

—No puedes haberte quedado embarazada. ¿Nuestro hijo?

—No, cielo, tú no puedes tener hijos. ¿Recuerdas lo que decías de mí? Pues eras tú.

Esta vez no espero respuesta y salgo de allí con paso firme. Escucho a Nacho a mis espaldas gritando que miento, que soy una manipuladora, que solo le he arruinado la vida. Me da igual, ya no soy el eco de sus palabras. El dragón asoma a mi lado caminando junto a mí con paso firme y acompañándome en cada paso. Es grande, blanco y hermoso, tiene un porte imponente y sus escamas brillan con tonos dorados que reflejan la poca luz que hay a mi alrededor. Sus palabras resuena en mi interior:

—Eres poderosa, Ari. —Sonrió orgullosa al escuchar su voz por primera vez.



En el viaje de vuelta a casa Paloma me riñe por haber dicho todo aquello.

—No deberías haber soltado algunas cosas, aunque tendría que haberte avisado. Su abogado estaba ahí para tomarse buena nota de todo lo que has dicho. Alegaré que estabas en una pequeña depresión y que acordamos esta visita sin saber lo que ibas a decir. Quiero que visites a tu psicóloga y le digas que te haga un examen, quiero verlo cuando lo tengas.

—La llamaré.

—Más te vale que ese examen diga que estás fuera de ti. Porque es lo que ha pasado en esa sala. —Aparca frente a la casa de mis padres y tamborilea en el volante.

—Me he quedado muy a gusto.

Paloma estalla en carcajadas y yo me uno a ella. Río con tantas ganas que me duele la tripa, tratamos de controlarnos y al hacerlo apoya su mano en mi antebrazo.

—Sé cómo te sientes, si necesitas hablar fuera de mi horario de trabajo, aquí tienes una amiga.

—Lo mismo digo. Gracias por todo.



Antes de entrar en casa, ya sé lo que hay para comer, inspiro con fuerza olisqueando y al llegar al salón encuentro a mi padre poniendo la mesa.

—¡Hombre! ¿Ayudando?

—Si no lo hago tu madre me deja sin comer. —Reímos, sabiendo que eso es mentira y que mi padre siempre ha echado una mano en casa.

Cuando nos sentamos a la mesa les cuento mi visita a Nacho, saltándome el arranque de niña furiosa que he tenido.

—¿Qué vais a hacer para Nochebuena?

—Pues vamos a ir a cenar con unos amigos. —Su respuesta me pilla por sorpresa.

—¿Y tú? —pregunta mi madre.

—Con… Rubén, en su casa —respondo rápido para que no se note que no tenía planes.

—Nosotros hace años que vamos con ellos. Como tú y Nacho ibais a su casa, pues nos acostumbramos a cenar con los amigos.

Al terminar con la comida camino despacio por la avenida, tengo ganas de pasear sin rumbo fijo. Solo caminar.

—¿A dónde vas? —La voz de Tico me sobresalta y sonrío dándole dos besos.

—Pues a ninguna parte, solo camino. No tengo planes para Nochebuena, ¿te lo crees?

—Yo ceno solo. Es una noche como otra —murmura rascándose la nuca.

—Esa idea no me disgusta… —Pienso un momento en ello y la verdad es que me apetece mucho.

—¿Te ha contado Estela?

—Algo, sí. —No pienso mencionar a Alex y su escarceo.

—Supongo que al final voy a tener que seguir adelante sin ella.

—A veces es lo mejor, como la de cenar solo en Nochebuena.

Asiente y me hace un gesto para seguir caminando.

—Me comentó Rubén que eres escritora y me dio tu libro, también me dijo que estabas escribiendo algo donde nosotros éramos los protagonistas.

—Algo así.

—¿Vas a publicarla?

—Espero que sí, pero no salen vuestros nombres y los pueblos son inventados.

—Quiero leerla.

—Espero que lo hagas.

Nos miramos un momento y él me sonríe. Una bocina de un coche nos sobresalta y vemos a Rubén aparcando frente a nosotros.

—¿Dónde vais?

—Yo a pasear —respondo levantando una mano.

—Yo al trabajo, os veo en otro momento.

Nos despedimos y Rubén me abraza para darme un beso que acepto encantada.

—Me lo tienes que contar todo.

—Mejor que no, te reirás de mí.

—Hablamos esta noche.

Me suelta para marcharse y agarro su brazo para que espere. Busco en mi bolso y saco un juego de llaves que le entrego. Atrapa mi mano junto con las llaves y tira de mí para darme un beso rápido y alejarse de camino al concesionario.

Voy en busca de mi coche y de camino sigo pensando en lo que ha pasado con Nacho, y que la cena de Nochebuena la voy a pasar

sola. Llego a la plaza y veo a Sonia que me saluda acercándose en una pequeña carrera.

—¿Todos salís de casa a la misma hora? —suelto extrañada.

—¿Por qué lo dices? Vengo del médico. ¿Podemos hablar?

—No me apetece mucho, la verdad.

—Estoy intentando arreglar las cosas —dice enfadada.

Asiento y paseamos hasta la cafetería que hay en la avenida. Nos sentamos en una mesa pequeña que hay en la entrada y nos traen dos cafés cortos.

—Dime que tengo que hacer para que nuestra relación deje de ser tan tensa, vas a vivir con el padre de mi hija.

—Solo dame tiempo, se me pasará.

Remueve su café y se lo toma de un trago, luego hace lo mismo que la última vez y pone la taza hacia abajo.

—¿Qué dicen los posos?

—Que debo ser paciente.

—Debemos serlo—Se encoge de hombros.

—Deberías decirle a Rubén lo que sientes.

—¿Te estás metiendo en mi relación? —Salto tensándome.

Su mirada verde me atraviesa como si pudiera leerme el pensamiento, me molesta que me mire de esa forma y giro la cara para observar el escaparate de pasteles.

—Te estoy dando un consejo como amiga. He hablado con el padre de mi hija y me he dado cuenta de que se siente inseguro porque no das el paso.

—¿Te lo ha dicho? —«¿Le cuenta nuestras cosas y lo que le pasa, a sus amigos antes que a mí?», empiezo a enfadarme.

—¡No! Pero os vi salir del bar aquella noche y luego le pregunté, él no me cuenta las cosas. Son deducciones mías.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Que estabais bien, que le dijiste que con él no eras libre, esto fue antes del accidente, pero que ahora estáis bien. Deduje que conociéndote no le habías dicho lo que sentías por él.

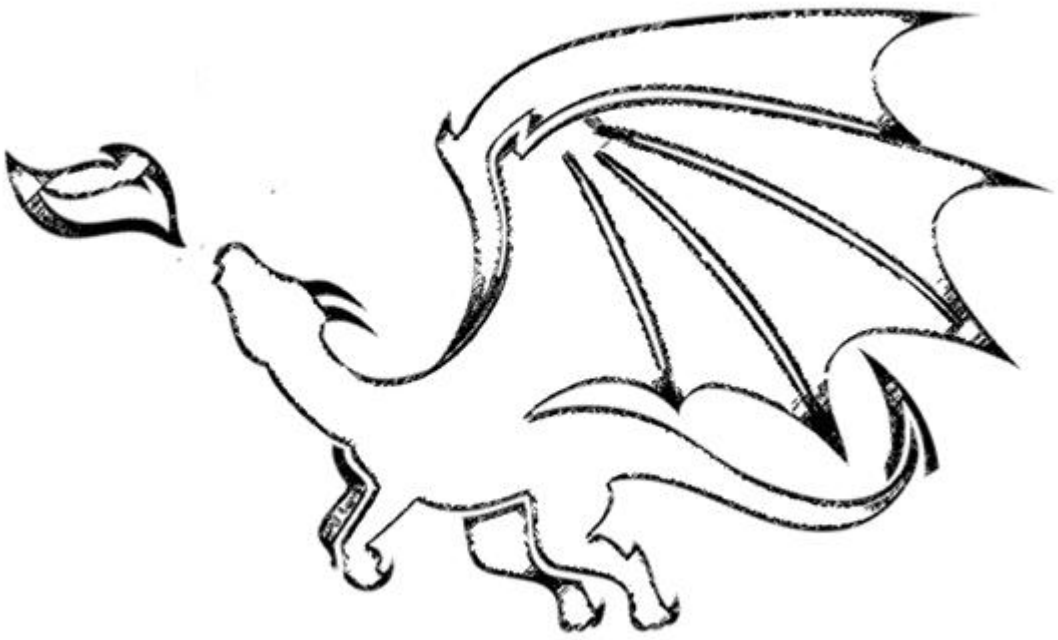
Me levanto dejando dinero sobre la mesa para pagar mi café y apoyo un dedo junto a su taza para que levante la mirada.

—Es el padre de tu hija, pero es mi pareja, no te metas en nuestra vida.

Salgo de la cafetería con pasos largos y furiosa. La forma en que me ha dicho que era el padre de su hija, dos veces, no me ha gustado nada.

Voy a por mi coche y me vuelvo a casa. Necesito desconectar de todo lo que he vivido hoy, tal vez de un paseo por la torre.

34



Subo a la torre despacio, voy paseando mirando las calles y la senda que me separa del pueblo, al llegar arriba encuentro al alcalde dando un golpe con un bastón en la puerta sellada del torreón.

—¿Va a abrir esa puerta a golpe de garrote?

Se sobresalta y luego ríe al verme.

—Me has dejado con la intriga de abrir esta pared.

—Habrá bichos, arriba está abierto. —Señalo con la mano la ventana.

—Solo por saber qué hay ya quiero subir. El viernes veremos si se abre, he adelantado la reunión, así antes de Nochebuena me lo quito de encima.

—Allí estaré.

El alcalde asiente un par de veces y pasa por mi lado para marcharse.

—Ten una buena tarde.

—Lo mismo le digo.

Me acerco a la pared de la torre y observo las vistas apoyándome en ella. Cierro los ojos e inspiro con fuerza inhalando ese olor a montaña que tanto me gusta.

«¿Qué le habrá contado Rubén?», pienso en ello un buen rato y al final, con el fresco que trae el atardecer, bajo a mi casa para seguir trabajando con la novela, tengo que terminar de leerla y pasarla a mis lectoras cero. Creo que antes del viernes ya la estarán leyendo ellas. He pensado en imprimirle un ejemplar a Rubén en sucio para que me dé el visto bueno.



No me he atrevido a contarle a Rubén la conversación con Sonia, aunque ganas no me han faltado. Sigo leyendo la novela y cuando la termino le paso un borrador impreso a él y subo el digital a mis lectoras cero.

Estos días he tenido momentos muy pasionales con mi rubiales que me han sacado de mi zona de confort, me gusta jugar con él y mis juguetes, sus caricias cada vez son más calientes y su cercanía y cariño me tienen en una nube, aunque la incertidumbre que sembró Sonia sigue ahí y no sé cómo afrontarlo.

24 de diciembre de 2024

Subo al parque para asistir a la reunión con la gente del pueblo. El alcalde se sube a un atril que han montado improvisado, frente a la puerta del ayuntamiento. Se hace un orden del día, y empieza la reunión. Es lo más raro que he visto nunca, pero me divierte. La gente se ha traído sillas de casa, otros están de pie y siguen las palabras de Ramón sin perder ni una coma.

El alcalde me pide que suba con él para expresar mi punto de vista. Explico que la torre puede traer turismo y que si lo hiciera podríamos tener hasta un bar. Todos jadean con mi sugerencia y luego siguen hablando sin sentido.

—¿Entonces aprobamos la moción? —grita el alcalde levantando el garrote.

—¡¿Pero qué moción, Ramón?! ¡Si más de la mitad ha dicho que no! —Suelta un vecino que se ha subido a la silla para gritarle.

—Eso es lo de menos, la escritora manda. La puerta de la torre se abre.

Río a carcajadas al ver cómo ha resuelto el tema después de más de una hora de gritos y negaciones, al final se ha hecho lo que le ha convenido a él.

Sale disparado hacia el ayuntamiento tan rápido, que creo que su barriga lo persigue. Esto ya empieza a parecerse a una comedia de la tele. Vuelve con una maza más grande que él y se encamina hacia la torre con ella apoyada en el hombro. Todos salimos en una carrera tras él, y río al ver la reacción de los vecinos. Está siendo la reunión más divertida a la que he asistido nunca.

Me doy cuenta de que Rubén está a mi lado justo cuando llegamos arriba.

—¿Qué ha pasado?

—El alcalde ha impuesto su decisión ante una votación en la que él salía perdiendo. Luego ha sacado la maza del ayuntamiento y aquí estamos —explico conteniendo la risa.

Rubén ríe con ganas y vemos como Ramón me busca con la mirada y levanta un brazo silbando para llamarme.

—¡Escritora, ven!

Llego hasta él y me hace entrega del mazo, lo cojo para darle el primer porrazo al ladrillo que sella la entrada.

Todos aplauden y el alcalde junto con otro hombre terminan el trabajo. Al hacerlo me indican que pase yo delante y abren la puerta de madera que había justo después de un pequeño acceso con una bóveda.

—La puerta es preciosa —susurro sin saber que todos están pendientes de lo que digo.

La puerta es enorme, unos tres metros o más, al igual que de ancho. Está tallada en unos cuadros y en el centro de cada cuadro una especie de sol, en el cruce de cada cuadro separando uno de otro hay unos clavos de hierro decorativos. Levanto la mano para tocar uno y Tomás se acerca a mí.

—Sí, lo es. Este símbolo estaba antes en el escudo del pueblo —dice Tomás.

Entramos y subo la escalera con el alcalde. En realidad, arriba no hay casi nada, una silla vieja y rota, una vasija, un botijo y una escopeta. Lo mejor, las ventanas con unas vistas maravillosas.

—Esto no va a traer turismo —reniega el alcalde.

—Ramón, unos bancos ahí fuera para merendar, un poco de historia sobre esta torre, una rehabilitación, que no parece que necesite mucho, algún cartel explicativo y una buena ruta de senderismo que termine aquí para que la gente descanse y luego vuelvan a casa.

El alcalde pone pose de estar pensando y luego empieza a bajar la escalera.

—No te apoyes en la baranda que es de madera, no vayamos a tener un susto.

Al llegar abajo en la salida, Rubén agarra mi mano para escabullirnos entre el gentío y juntos bajamos a casa paseando tranquilos. Voy contándole todo lo que hay arriba. No ha subido porque la cola, era de todo un pueblo entero.

—Estuve hablando con Sonia, el día que visité a Nacho —le comento, no puedo guardármelo más.

—¿De qué hablasteis?

—Pues parece ser que me reclama cosas que debo decirte, porque tú le has contado cosas. No sé si me explico.

—No sé qué película se ha montado. —Frunce el ceño extrañado.

—Me dijo que tenía que decirte que te quiero porque esta situación hace que te sientas inseguro.

Se detiene y me mira, soltando mi mano. Trago saliva notando en su gesto que no le ha sentado muy bien el tema del que hablamos. Saco las llaves para entrar en casa y las muevo algo nerviosa.

—¿Habéis hablado de nosotros? —continúo interrogándolo.

—Hablamos de mí.

Algo se aprieta en la boca de mi estómago. Inspiro y me doy la vuelta para entrar en casa, me sigue de cerca y oigo como cierra.

—Solo le conté que discutimos antes del accidente, sabes que yo también sufrí con todo eso, ¿verdad?

Me giro para encararlo y nos detenemos en medio del salón.

—Continúa.

—Le conté porqué discutimos y le dije que tal vez no se arreglaría y que tenía miedo. Me preguntó cuál era la causa y le dije que tú no me habías dicho lo que sentías por mí, y que me dijeras que no te hacía sentir libre me destrozó. —Está acalorado y tiene los puños apretados.

—¿Le contaste algo más? —Niega con gesto derrotado y aprieto los dientes.

Esta es nuestra primera discusión y más bien parece que le estoy condenando a la horca.

Lo dejo solo en el salón y subo a mi habitación. Necesito darme una ducha. No le digo nada más, solo quiero pensar en todo esto y luego seguir hablando.

Cuando bajo lo veo leyendo nuestra historia, y lo lanza de malas maneras en el sofá poniéndose de pie.

—No me gusta que me dejes con la conversación a medias. Yo necesito solucionar las cosas, no dejarlas en el aire como si darles tiempo las solucionase. Conmigo se habla y se soluciona. Yo no soy Sonia, a la que le dejas pasar el tiempo para perdonarle la vida. ¡Yo vivo aquí! —dice eso último muy alterado.

Su enfado es palpable, siempre he actuado así, necesito pensar en todo antes de zanjar una discusión o dejarla correr. Nacho me hacía sentir pequeña y absurda en las peleas y mi mejor salida era dejarlo plantado para buscar una solución rápida.

Aprieto los dientes sintiéndome impotente ante esta nueva situación que me hace ver que tengo que aprender a ser distinta con Rubén. «Pero, ¿cómo, Ari? Deberías contarle cómo te sientes cuando discutes con alguien, que sepa que es una reacción de defensa». Aprieto los ojos y suspiro cansada.

Lo de Sonia es distinto, no puedo volver a ser la misma con ella y no sé cómo actuar en su presencia así que, soy cordial cuando nos vemos, es lo mínimo que puedo hacer en deferencia con nuestros amigos y Aitana.

—Con Nacho tenía que huir —susurro un poco asustada.

Su mirada cambia, noto como afloja los puños y se vuelve a sentar en el sofá.

—Conmigo necesito que hables.

Me acerco a él y me siento a su lado tendiéndole la mano para que la agarre.

—Ese día fui a ver a Nacho, ya sabes lo que pasó. Cuando terminé fui a casa de mis padres, que esta noche se van a cenar con sus amigos y eso me llevo a la confusión de qué hacer, y tú con tu familia. Encontrarme con Tico me hizo darme cuenta de que cenar sola era lo que yo necesitaba hoy y que eso no es nada malo. Estar sola es una parte de mí misma.

—Y respeto tu decisión, pero ¿qué tiene que ver eso con lo de Sonia?

—Fue ese día y me pilló con la guardia baja. No me dolió que tú le contases a ella lo que te preocupaba, me dolió que yo no lo sabía. No te lo dije ese día porque no supe cómo reaccionar. Con Nacho solía guardarme las cosas para mí, solucionar mis propios problemas.

—No soy Nacho. Dime la verdad. ¿Por qué no me dijiste que habías hablado con Sonia ese mismo día?

—Porque sabía cuál iba a ser tu reacción. Creía que lo sabía al menos.

—He reaccionado gritándote… —Su mirada me muestra culpabilidad y no quiero que se sienta así—. Lo siento.

—Tienes derecho a enfadarte. Lo he hecho mal. Pero tú también lo has hecho mal.

—¿No puedo hablar con mis amigos?

—Sí, pero conmigo también. Por favor.

—Lo haré. —Se mira el reloj y se sobresalta—. Tengo que irme. Hablamos esta noche. Ceno y vengo.

—Quédate el tiempo que necesites, no te preocupes.

—Mañana comemos con mis padres. ¡No te escapas!

—Vale, mis padres se quedan con sus amigos en el campo, no hay problema, no tengo ningún otro compromiso.

Rubén me da un beso rápido y sube a cambiarse de ropa. Al bajar lleva un jersey negro y grueso de lana y unos vaqueros del mismo color, colgando del brazo tiene el abrigo.

—Nos vemos luego. —Vuelve a darme un beso—. Te quiero.

Después de su despedida me deja sola en casa. Saco mi cena especial y mientras lo hago, mi madre me llama para preguntarme si voy a pasar bien la noche. No quería obligaciones, hoy necesitaba la libertad de decidir donde cenar. Esa decisión que todos han tomado por mí en algún momento, hoy ha sido solo mía.

—Voy a cenar pollo relleno y una ensalada de marisco.

—¡Estupendo, hija! ¿Estarás bien sola?

—Es lo que quiero.

Cuelgo y meto un espumoso en hielo, luego voy calentando lo que ya había preparado. Pongo la mesa y enciendo una vela, el silencio me ensordece, nunca mejor dicho, así que enciendo la televisión y el Rey me hace compañía, mientras termino de decorar todo y poner los platos. Empieza un programa de música antigua mezclada con moderna, son videos donde recuerdan años anteriores, el locutor se pone a contar chistes malos sobre la ropa o las letras de las canciones.

Me sirvo el vino y empiezo a cenar. Viene a mi mente que Rubén me ha dicho que me quiere, pero no le he respondido. Inspiro y cierro los ojos dejando que el espumoso rosado baje por mi garganta dándome calor.

Debo hacerlo, le amo. No entiendo por qué me cuesta tanto.

La vela palpita frente a mí, Michu está durmiendo sobre el respaldo del sofá y en la tele suena Nino Bravo con su canción Libre. Me la sé, mi madre la escuchaba y yo la tarareo en la cabeza. De

pronto canto a voz en grito, cada estrofa que recuerdo, atascándome de vez en cuando en alguna parte que no viene a mi memoria. Michu me mira mal y río. Termino de cantarla y sigo cenando, esta vez sintiéndome un poco más yo. Notando como gano terreno a mi miedo.

Estoy fregando los cacharros cuando Michu salta sobre el banco. Me limpio las manos y me seco rápido, para cogerlo en brazos, llevarlo conmigo al sofá y ver la tele juntos.

Su ronroneo me relaja. Cierro los ojos escuchando la música y lo veo. El dragón está conmigo, sentado a mi lado y satisfecho con mi decisión de última hora de cenar donde yo quiera. De estar en el lugar correcto. Otra cadena que me mantenía atrapada se rompe. Decido apagar la tele y subir a leer en mi sillón. Le he dicho que lo esperaría despierta y lo haré.



Despierto en la cama, parece ser que alguien me trajo hasta aquí, al final me dormí. Me froto los ojos y me giro para encontrar a Aitana a mi lado dormida. Sonrío y la observo un momento. Es tan pequeña y dulce. Un poco más allá está su padre. Trato de levantarme sin hacer ruido. Me visto con unos leggings y un jersey calentito y grande me irán bien. Veo a Michu en el sillón que al notar que me he levantado se pone a mi lado preparado para seguirme.

Bajamos juntos y lo primero que hago es ponerle su comida. Me dispongo a sacar lo que preparé ayer para el desayuno, sabiendo que venía la pequeña. Dejé mermelada y cosas dulces reservadas. Cuando pongo la mesa, cojo las llaves y salgo a la calle.

Paco, el panadero me dijo que hoy habría pan recién hecho, que no le importaba trabajar. Así que salgo a recoger las dos barras que

encargué ayer. Llego a la calle de la panadería y escucho una algarabía de gente, pero no sé de donde viene.

—Feliz Navidad, escritora —saluda Tomás que está fumando frente a la puerta del panadero.

—Hola, feliz Navidad.

Entro para encontrarme a medio pueblo en casa Paco. Todos me felicitan la Navidad y hago lo mismo. Poco a poco van saliendo y al final consigo mi pan recién hecho que aún está caliente.

—¿Bajamos juntas?

—Claro, Carmen. —Me coge del brazo y nos encaminamos con nuestro pan hacia casa.

—¿Cómo fue la cena?

—Bien. Al final cené en casa sola.

—¡Pero si en mi casa había sitio y comida! —Se detiene para reprenderme y sonrío apaciguándola.

—Necesitaba hacerlo.

—Vale, pues ya está, el año que viene en mi casa —sentencia muy seria.

—No lo sé… Ya lo hablaremos de aquí a allá.

Hablamos sobre su historia romántica y sus entresijos el poco camino que nos resta para llegar a casa. Al llegar, Rubén está levantando la tapa con la que he cubierto el desayuno.

—¿Qué haces?

Se sobresalta y la suelta de golpe.

—¿Eso que huelo es pan?

Sonrío mostrándole mi tesoro y viene hasta mí para cogerlo y darme un beso.

—¿Aitana?

—Sigue dormida. La esperamos, si quieres.

—Sí. —Rodeo su cuello y pego mis labios a los suyos.

Sujeta mi espalda y nos abrazamos intensificando el beso. Presiona mis labios y siento su calor pegado a mi cuerpo. Ahogo un gemido.

—¡Buenos días! —dice la niña, dándonos un susto y haciendo que nos soltemos de golpe.

El desayuno es tranquilo, la pequeña me cuenta todo lo sucedido en la cena y los regalos nuevos y hablamos sobre qué hice yo en casa. Después vemos un rato la tele, unos dibujos que le gustan a ella y al final nos vestimos para comer con su familia.

Ya me conocían así que decirles que yo era la persona con la que vivía ahora su hijo, fue toda una noticia. Su madre me pide ayuda en la cocina. Rubén tiene dos hermanos y sus parejas también están. Aitana pulula entre los brazos de todos los tíos.

—¡Al fin se ha salido con la suya! —dice Elena, pareja de uno de sus hermanos.

—¿Tengo algo que ver?

—¡Todo que ver! Verás, cuando yo empecé a salir con Alfonso, ¡él ya estaba enamorado de ti!

Contengo el aire en mis pulmones, siento algo que oprime mi pecho. Ella sonríe y me abraza con fuerza y con mucho cariño.

—¿Entonces es ella? —pregunta Ana, su cuñada.

La madre de Rubén sonríe con ternura y me aprieta el hombro un poco. Sacamos cosas a la mesa y mientras vamos charlando me doy cuenta de que soy una más. Me hacen sentir cómoda y están pendientes de si necesito algo, dándome tema de conversación e incluyéndome en todo.

Cuando al fin dejamos a Aitana con su madre, volvemos a casa.

—¿Lo has pasado bien? —Aprieto los labios tratando de tragar saliva y asiento. No puedo responder—. ¿Estás bien?

—Tú… tu familia me ha hecho sentir como una más de ellos.

—Es lo normal, ¿no?

—Para mí no.

Bajamos del coche y Rubén viene hasta mí y me rodea en un abrazo que respondo apretándolo contra mí con fuerza, escondiéndome entre su agarre.

—¿Me lo cuentas? —Asiento y entramos en casa.

Rubén va a la cocina y pone agua a hervir, luego se da la vuelta apoyando la cadera en la encimera. Yo estoy sentándome en el sofá que está de espaldas a él, pero me pongo de lado para empezar a contarle lo que me pasaba con las reuniones familiares con Nacho.

—Verás, te cuento, cuando íbamos de cena o comida o lo que fuera con su familia yo era el bicho raro. Me hablaban lo justo, incluso a veces le preguntaban cosas sobre mí a Nacho, estando yo delante. —Hago una pausa, trayendo a mi memoria aquellos días que me llenaban de angustia—. Al principio les contesté un par de veces, pero luego supe que mi reacción debía ser, oír, ver y callar. Así todos éramos felices.

—No, Ari, tú no.

Vuelve a rodearme en un abrazo y nos quedamos un buen rato así, quietos. En ese momento entiendo eso que dicen de que un abrazo sana las heridas.

35



Estamos abriendo la maleta y sacando la ropa para ponerla en su percha. He traído un vestido rojo con pedrería de manga larga que podría robar el aliento a más de uno. Rubén me rodea la cintura desde la espalda y me deja un suave beso en la base del cuello.

—Tengo una reunión en veinte minutos —Susurro echando la cabeza hacia atrás disfrutando del beso.

—Pues yo ahora mismo no te dejaría escapar.

—El tiempo es oro, tengo que darme una ducha y salir pitando.

—¡No te molesto más! —Levanta las manos a modo de disculpa y sonrío.

Al salir de la ducha, me dispongo a marcharme. Rubén se acerca a mí y me estudia con detenimiento.

—Estás preciosa.

—Pues esta noche verás.

Me doy la vuelta para salir hacia mi reunión.

—¿Comemos juntos? —pregunta agarrando mi muñeca antes de que me vaya.

—No, no sé a qué hora terminaré. Si llego, te aviso. —Viene hacia mí y me da un beso rápido.

Estamos en Madrid, en un hotel de cuatro estrellas que nos ha pagado mi jefe. Hostigado por Alex que lo ha orquestado todo para que pasemos la Nochevieja allí.

En la reunión me entero de que tengo una firma de libros el día dos de enero. Me piden el manuscrito y les paso lo que tengo. Alex le cuenta a Manu que he tenido problemas personales, un divorcio, un accidente.

Entre los dos relatamos lo sucedido y parece que Manu se queda más tranquilo. Antes de irnos concretamos una comida para el día de la firma. Me pide que le confirme con Alex cuantos seremos, ya que también invita a mis amigos.

—¡La firma de libros va a ser la bomba! ¡La misteriosa Gaby Andrews en persona! —grita Alex en el vestíbulo mientras esperamos al ascensor.

Subimos a las habitaciones y él se despide de mí para ir a buscar a Estela que está en la habitación con Sonia.

Entro en el dormitorio y voy directa hasta la cama, donde Rubén parece que está dormido. Al acercarme a él me atrapa por sorpresa haciéndome caer sobre su pecho. Río a carcajadas y rodamos por la cama entre besos y risas.

La tarde se nos hace corta. Sus caricias han calentado mi piel dejándome saciada. Me levanto para darme una ducha rápida y

arreglarme antes de irnos a cenar con los chicos. Solo deseo llegar a la Puerta del Sol y poder felicitar el año a Rubén con un te amo.

Ha sido mi plan durante toda la semana, ya no valen las excusas ni los aplazamientos.

Una hora después salgo del baño con la toalla puesta y me dirijo al armario. Rubén pasa para arreglarse y yo termino de vestirme. Me estoy poniendo los zapatos cuando él sale aún con el pelo húmedo y se queda paralizado mirándome.

—Creo que me he dejado el cartel en casa.

—¿Cartel?

—Sí, ese que decía, es mía y una flechita hacia abajo señalándote a ti.

—¿De qué hablas, loco?

—De que voy a ser la envidia de todo Madrid, cuando la gente me vea contigo de la mano.

Niego y voy hasta él para darle una palmada en el trasero.

Vamos de camino al bar, Rubén me rodea apoyando una de sus manos en la pared del ascensor y la otra sujetando mi cintura, nos besamos con lentitud, juega con mis labios despacio y cierro los ojos disfrutando de su juego. El ascensor se detiene y al sonar el pitido de puertas abiertas dejamos de besarnos y salimos cogidos de la mano. Las tres personas que estaban esperando nos miran como si estuviéramos incumpliendo las leyes.

Rubén está muy guapo esta noche, ha elegido un traje chaqueta negro y una camisa de botones azul que me encanta. No lleva corbata y ese aire desenfadado con el pelo medio alborotado lo hacen muy atractivo. Yo me he puesto el vestido corto y ceñido que he traído para esta noche. El color rojo vibrante parece que atraiga las miradas de la gente.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—No, aún no lo habías hecho. Tú no te quedas atrás.

—¿Estoy precioso?

Río encogiéndome de hombros y sentándome en un taburete en la barra del bar, aún no he apoyado el culo cuando veo salir a Estela y Alex del ascensor.

—¡Madre mía con la parejita del momento! —grita Estela al vernos—. ¡El reloj de la Puerta del Sol os va a ver y se va a parar del susto!

—¡Qué dices, loca! —respondo con el mismo tono que ella ha usado, Rubén se lleva una mano a la cara y niega con la cabeza riendo.

Sonia y Oliver no tardan en hacer acto de presencia y salimos hacia el restaurante para cenar. Todas estamos guapas, con vestidos elegantes, y los chicos con trajes perfectos y bien planchados.

Durante la cena les cuento mi nuevo proyecto. Estaba deseando hablar de él con todos. Rubén ya lo sabía, pero es importante para mí y decido contarlo, ya que lo pusimos en marcha hace unos días.

—Os tengo que contar que, junto a mi abogada Paloma y mi Psicóloga María, hemos iniciado una asociación de ayuda para personas maltratadas.

Las voces de sorpresa y los asentimientos me llenan de orgullo.

—Si necesitáis algo, me lo decís. —Se apunta Estela en cuanto termino de contarlo.

—Yo también quiero colaborar. —Se apunta Sonia.

—Podéis hacerlo todos. Yo también ayudaré —dice Rubén abriendo la sidra.

Brindamos y después de hacerlo nos disponemos a marcharnos para llegar a tiempo de las campanadas. La noche está siendo maravillosa y estoy disfrutando mucho del fin de semana.

En el paseo, Rubén no me suelta la cintura. Me lleva bien amarrada y de vez en cuando me da algún beso en la mejilla o en los labios. Al llegar a la plaza nos quedamos en la distancia.

He comprado uvas que llevamos cada uno en una bolsita junto con un matasuegras y turbantes con el año nuevo. Entre risas y emoción esperamos las campanadas que no se hacen de rogar mucho. En la última y con la boca llena, tratamos de respirar y contener las risas. En cuanto podemos nos felicitamos el Año Nuevo.

Dejo a Rubén para el final y al acercarme a él me cuelgo de su cuello para darle un beso largo y con cadencia. Tengo los ojos cerrados, notando su mano en mi trasero y su erección presionándole los pantalones.

—Te amo, Rubén —digo mirando sus ojos claros y cristalinos. La sonrisa que dibuja sus labios me sorprende y provoca que mi corazón se salte algún latido.

Se inclina para seguir besándome y me aprieta contra él en un abrazo, levantándome del suelo y girando sobre sí mismo haciendo que una sensación de vértigo se instale en mi vientre, la felicidad en la que me encuentro ahora mismo, no la he sentido nunca.



Al día siguiente salimos a pasear solos por Madrid. Callejeamos un buen rato, comemos solos en un bar que nos hemos encontrado y tiene muy buena pinta, luego seguimos por parques y calles hasta volver al hotel. Lo dedicamos a estar juntos, solos y disfrutar de la compañía del otro.

Cenamos con nuestros amigos y les cuento que están invitados al día siguiente, que voy a firmar libros y después hay una comida con Manu. Sonia tiene que volver a casa y Estela también, así que solo quedamos nosotros y Oliver.

Estamos con la cena y de pronto una pregunta surge en mi mente. No puedo evitar soltarla:

—¿Cómo supo Rafa que yo era escritora?

Sonia mira a Rubén y ambos sonríen.

—Mañana creo que lo sabrás. —Ríe Sonia que sigue con la cena como si nada.

—¿Tengo que esperar hasta mañana?

—Creo que sí, es lo justo, un día más que menos… —dice Rubén llevándose el tenedor a los labios.

Nos retiramos pronto. En el silencio de la habitación nos acariciamos sin prisas, nuestros cuerpos están más unidos que

nunca, siento como si hubiera existido un antes y un después de las palabras te amo que le dije ayer. Nos dormimos agotados y saciados entre los brazos del otro.

2 de enero de 2025

La firma de libros me sorprende. La cola llega a la puerta y no dejo de escribir dedicatorias. Alex ya me ha recomendado varias veces que solo firme, que voy para rato, pero me resisto a hacerlo.

Oliver entra alucinando y sin dejar de mirar fuera, se acerca a la mesa y se inclina junto a mí.

—La cola gira la esquina.

Levanto la vista de golpe y no puedo creerlo, necesito verlo. Me levanto haciéndome fotos improvisadas con algún lector y llego a la calle. Voy caminando hacia la esquina y al llegar allí veo a más gente formando la cola. Río, notando como las lágrimas se deslizan por mis mejillas. No puedo creer lo que veo. Voy hasta el final de la cola y saco mi móvil para grabar al montón de gente que está esperando por mí.

Todos van saludando a la cámara, rio nerviosa y de vez en cuando agarro la mano de alguien para agradecerle que haya venido. Rubén está a mi lado caminando y grabando también. Vuelvo a entrar y sigo con la firma.

A medio día nos despedimos y bajan la persiana. Tengo el brazo dolorido, pero estoy tan feliz, que es lo de menos.

Llegamos al restaurante y allí nos está esperando Manu.

—¿Eres Rubén?

—El mismo. —Él no ha soltado mi mano y Manu mira hacia nuestro agarre.

—¿Qué tal Rafa?

Parpadeo varias veces. Veo como el ánimo de Oliver cae y su rostro se entristece. Rubén también se ha apagado.

—¿Conocías a Rafa? —pregunto nerviosa y apretando la mano del rubiales entre mis dedos.

—Trabajamos juntos un verano de vigilantes en una playa. Te pedí un autógrafo de la primera novela para Rafa, pero, ¿cómo está?

—Falleció en un accidente —responde al fin Oliver, lo que nadie quería decir.

—¡Maldita sea! Lo siento mucho, chicos.

Nos sentamos, ahora todos pensando en la persona que nos falta en la mesa, yo tratando de reordenar ideas.

—¿Cómo supo que yo era escritora si quedamos que iba a ser anónimo, por mi situación?

—Por una foto. La vi por casualidad y le pregunté qué de que te conocía. Me lo dijo, me contó que estabais distanciados, pensé que no te molestaría o que tal vez no te enterarías nunca.

El libro dedicado de su colección. Pienso en el cuándo lo vi por primera vez, me chocó que tuviera mi dedicatoria, y que supiera que yo era escritora.

—A mí me lo contó después, me prestó ese mismo libro —dice Rubén apoyando su mano en mi antebrazo.

Comemos entre anécdotas de la firma y de Rafa, hablamos de cuántos años hacía que se conocían, casi lo mismo que yo de casada. Después volvimos al hotel para hacer las maletas y regresar de nuevo a la rutina. Un gran fin de semana en buena compañía. Hacía muchísimos años que no disfrutaba tanto de una Nochevieja.

Epílogo

14 de febrero de 2025

Hoy es San Valentín y he decidido que me voy a ir a cenar sola. No es porque no quiera estar con Rubén, que sí me apetece mucho, pero esta noche quiero celebrar que me amo. Mi dragón y yo salimos juntos. Mañana he quedado con él para hacer algo especial, pero hoy me toca a mí.

No es porque sea una rebelde contra el sistema, ni mucho menos, o tal vez un poco sí, pero creo que hoy es un día como otro cualquiera, como dijo Tico en Nochebuena. Por lo tanto, y para no hacer lo que todos esperan de mí, he decidido celebrar que he aprendido a amarme a mí misma. A levantar la cabeza bien alta y caminar mi propio camino.

Nacho va a pasar una larga temporada en la cárcel. Darme cuenta de que todo lo que viví con él fue una mentira, obligaciones infumables y adoctrinamientos que me mantenían siendo un fantasma en vida, ha sido lo mejor que me ha pasado nunca.

He conocido a mi dragón. Gracias a Rubén que se empeñó en decirme que tenía que hacerle volver. Ahora lo tengo siempre conmigo y me da fuerzas para avanzar y hacer lo que siento.

Entro en el restaurante, donde he reservado mesa para uno. El metre me acompaña a la mesa. Las parejas se giran a mirarme y sonrío. Sí, estoy fuera de lugar. Río para mí misma y al venir el camarero me pregunta si espero a alguien.

—Hoy celebro sola. —Pido la cena y no tardan mucho en servirme los platos.

Mi dragón está sentado frente a mí, inspira mirando hacia arriba, parpadea despacio y hace una mueca que puedo interpretar como una sonrisa.

Huelo mi comida. Disfruto de mi propia compañía.

Al terminar, me traen lo que me ha sobrado de pato en un pedazo de aluminio con forma del mismo animal. Sonrío al ver el gesto del adorno y un camarero sale de la barra para traerme dos rosas.

—Señorita. Hemos pensado que como no tenía a nadie que la acompañase queríamos tener un detalle con usted.

—¡Oh! Muchísimas gracias. Tengo que decir que he cenado sola porque me apetecía.

El chico sonríe como si le hubiera contado una milonga y cojo mis cosas para marcharme. El dragón camina junto a mí, sé que siempre va a estar conmigo y eso me hace sonreír. Levanto la vista y al hacerlo me encuentro a Rubén esperándome apoyado en su coche y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me has dejado sin cena de San Valentín.

—Te he traído flores —digo dándole las dos rosas.

—¡Oh gracias!

—Cuando lleguemos a casa te explico un par de usos para estos pétalos.

Rubén suelta un gruñido y rodea mi cintura para besarme.

—Tengo un regalo para ti —murmuro sobre sus labios.

—Dime que es.

—En casa.

Subimos al coche. Por el camino mi mano juguetona acaricia su muslo y sube hasta su entrepierna. Él me la agarra para pararme un par de veces. Vamos comentando cómo ha ido mi cena y también le cuento que, para mí, ser capaz de ir sola a algún sitio, días como estos es lo mejor que he hecho en mi vida.

El próximo año estoy segura de que cenamos juntos. Al llegar a casa entramos sin poder frenar nuestras manos que insisten en acariciar al otro. Pero quiero entregarle mi regalo antes, así que le pido que vaya poniéndose cómodo arriba.

Sube y yo saco mis dos paquetes, el azul va primero. Subo con zancadas rápidas y se lo tiendo. Levanto una ceja al darme cuenta de que ya está desnudo.

—Te has dado mucha prisa.

Salta a la cama con su paquete y se cubre con la manta.

Tiro de ella para destaparlo mientras rasga el papel y vuelve a taparse de nuevo.

Segundas oportunidades y otros finales, el título de mi última novela, está entre sus manos. En la portada un ángel de espaldas vuela en una moto hacia el cielo. Sus manos se ajustan con fuerza a la novela y me mira decepcionado.

—¿No te gusta mi regalo?

—Tenía la esperanza de que no la publicases.

—Solo he hecho una tirada de tres ejemplares.

—¿Tres?

Asiento muy seria y agarro el libro para enseñarle la maquetación interior.

—Tú también sales. Uno para ti, uno para mí y uno para la colección de Rafa, que la tengo yo, y sí, ya sé que todos esos libros van a estar en mi casa, pero quería ese número de libros.

Rubén no deja de mirarme con la emoción pintada en sus ojos cristalinos de un azul intenso. Abre el libro y ojea las primeras páginas, tropezando con la dedicatoria.

A esa persona que tanto amó

Para ti, Rafa

—¿Y ese otro paquete?

—Esta es la novela que he escrito después.

Se lo tiendo y lo abre para encontrarse una portada con una torre y una mujer mirando hacia el infinito. *El amor y sus caminos*.

—¿Pero esto qué es?

—Esta habla sobre la vida de Carmen, ¿sabes que su mejor amiga se lanzó desde lo alto de la torre? La mujer estaba enamorada de su vecino Raúl y la obligaron a casarse con otro. Raúl intentó lanzarse también, pero al final Carmen impidió que sucediera y entre ellos surgió una historia que no puedo contarte. Vas a tener que leerla.

Rubén no aparta su mirada de la mía. De vez en cuando observa el libro y luego a mí de nuevo. Los deja los dos en la mesilla y me agarra para ayudarme a tumbarme a su lado.

—¿Sabes que eres maravillosa?

—Te amo, y sé que no querías que publicase la otra, pero necesitaba tener esa historia.

—No sabes lo que haces a mi corazón cada vez que me dices que me amas.

—¿Qué le hago?

—Lo reconstruyes. Con cada te amo recupero años que perdí de estar a tu lado.

—Más vale tarde que pájaro en mano. —Lio el dicho adrede para confundirlo.

Rubén suelta una carcajada y terminamos riendo juntos. Sus manos se pierden bajo mi ropa y las mías sobre su piel.

¿Te puedo pedir algo?

Si has llegado hasta aquí déjame que te pida un pequeño favor. Me puedes ayudar a difundir esta novela con el simple gesto de dejar un comentario en Amazon sobre que te ha parecido. Tus valoraciones son importantes.

Si quieres conocer mis próximos lanzamientos sigue mi página de autor en Amazon a través de este qr





Agradecimientos

Primero que nada, quiero agradecer a mis lectoras cero:

Primero, y con doble agradecimiento, a una loquita que se lee la novela dos veces por si me dejo algo colgando: **@librous90**.

A mi compañera de cañas, por tantos momentos compartidos: **@edith_winter_escritora82**.

A mi yin-yang, que siempre me apoya y está ahí cuando la necesito: **@lalokadeloslibros_84** y **@leyendoconestrella**.

A mi trío de lectoras incondicionales, que siempre están listas cuando digo: "¡allá vamos!": **@mecaienunlibro**, **@johannamartinez8895** y **@entrelibros.ros**.

También quiero agradecer a mi correctora **@angie_escritora_thriler**, con quien he compartido horas de cotorreo y lucha constante por alcanzar nuestras metas.

Y a mi correctora desde el principio, que esta vez también ha querido echar una mano. Siempre agradecida, ya lo sabes: **@mariamlosada_escritora**.

A mi gran amiga y compañera **@mandalasraquel**, siempre ahí, apoyándome y dándolo todo. Las dos sabemos cómo soy, y que tú me entiendas es lo más grande. Siempre estaré agradecida por tu ayuda y apoyo.

A mi aquelarre particular, con nuestras locuras, nuestro laurel y nuestra canela, sabemos que podemos llegar hasta donde

queramos. **Bea y Vero**… ¡el universo es nuestro! Compañeras de batallas, ¡vamos a por todas!

¡A La **Sea**! Que no se me olvide que seguimos cambiando comas de lugar… incluso cuando todo parece que va cuesta arriba.

En estos agradecimientos no pueden faltar **Ana y Lorenzo**, que también han puesto su granito de arena para que esto fuera posible.

Gracias a mi padre, que ha cumplido uno de mis sueños mientras escribía esta novela.

Gracias a mi familia, que siempre me apoya.

Y, sobre todo, a **Loren**, que siempre, siempre está a mi lado, incluso en estos meses tan locos.

Pero por encima de todo, el GRACIAS más grande es para **mis lectores**. Gracias por leerme, por seguirme, y por acompañarme en esta locura que es llegar a escribir la palabra **FIN** en una novela.

Gracias a todos.

¿Te apetece leer algo más?

Susurros del infierno



Esta es una gran historia sobre unos demonios que descubren que son más amigos que demonios. Unidos lucharán por mantener sus corazones a salvo ¿Podrán conseguirlo?

Ellas, mujeres fuertes y con las cosas muy claras, conseguirán que sus demonios encuentren esa libertad que tanto buscan.

Donde los ángeles no son tan buenos, solo nos queda esperar que los demonios no sean tan malos y que las brujas estén de su lado.

